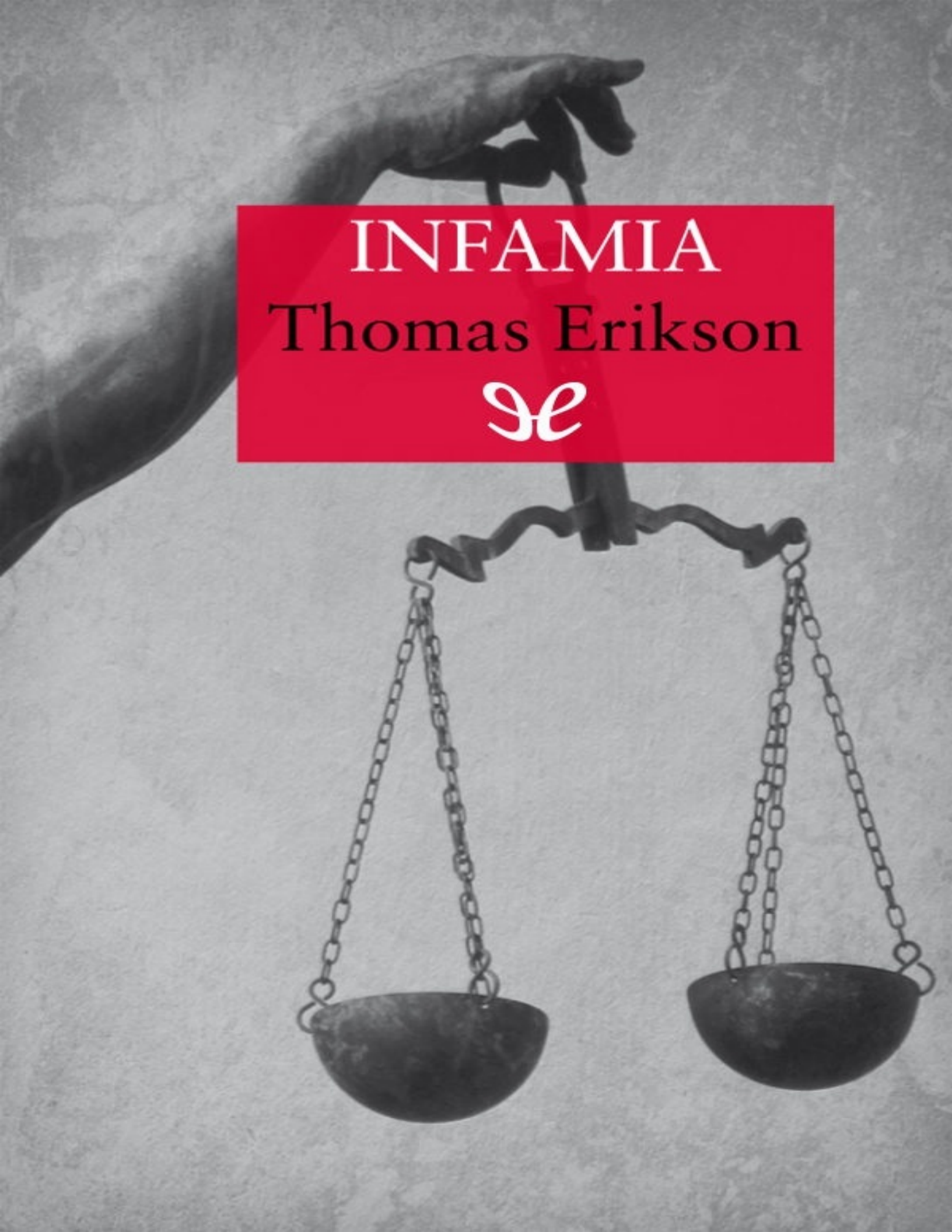

INFAMIA
Thomas Erikson

En el transcurso de una fiesta durante la noche de santa Lucía, cuatro hombres agreden brutalmente a Sara Leijon quien, aunque herida y conmocionada, consigue llegar por su propio pie hasta una comisaría y denunciar los hechos. Pero a pesar de que todas las pruebas parecen estar ahí, dolorosamente impresas sobre el cuerpo de la víctima y en su veraz testimonio, en un juicio por violación colectiva nunca conviene dar nada por sentado.

La inspectora Nina Mander, consciente de que la joven lo tendrá difícil para que la sentencia se falle a su favor, decide pedir ayuda al psicólogo conductista Alex King, confiando en que este será el único capaz de guiarla y apoyarla durante el proceso. Sin embargo, las cicatrices aún frescas de Sara reabrirán en el corazón de King viejas heridas familiares que le harán cuestionarse si debería o no haber aceptado semejante trabajo.



Thomas Erikson

Infamia

Alex King - 2

ePub r1.0
Titivillus 14.03.17

Título original: *Illdåd*
Thomas Erikson, 2012
Traducción: Francisca Jiménez Pozuelo
Fotografía de cubierta: Rob Wilson

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



CUALQUIER SEMEJANZA CON LA REALIDAD
ES COMPLETAMENTE INTENCIONADA.

El delito

«El tribunal se encargará de que se observe el orden en el procedimiento. El tribunal puede determinar que distintas cuestiones o partes de la causa deban tratarse por separado o que, en caso de discrepancia, se efectúen en el orden establecido en los párrafos 6, 9 y 10. El tribunal se encargará también de que la causa sea investigada según requiera la naturaleza de la misma, y que no se incluya nada innecesario. Por medio de preguntas y observaciones, el tribunal tratará de corregir posibles ambigüedades y/u omisiones que se efectúen en las declaraciones. Ley (1987:747)».

Cap. 46 Ley de Enjuiciamiento Criminal, párrafo 4

Capítulo 1

Al principio no entendió a qué se debía el silencio al otro lado de la línea telefónica.

Pero fue solo al principio. Después reconoció la voz.

Era una voz débil y triste.

—Me han robado el móvil —dijo ella.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Tom Leijon mientras se sentaba en el sofá.

—Me han quitado el móvil —repitió—. Se lo han llevado. El nuevo.

—¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? —preguntó Tom, desconcertado.

—¿Puedes venir a buscarme? Me han robado el móvil —dijo ella con voz débil.

—¿Dónde estás, Sara?

Tom se pasó una mano por la garganta y tragó saliva, notando el movimiento de la nuez bajo la piel.

—Espera —pidió ella.

Oyó ruidos y murmullos de fondo.

Sara le facilitó una dirección en Marieberg. Tom miró el reloj. Eran las tres y media de la madrugada del 14 de diciembre. La noche de Santa Lucía. Una de las noches festivas más tradicionales. Él la había celebrado solo, viendo un par de películas que no había tenido la oportunidad antes. Sin nadie más. Nadie con quien compartir la cena de Santa Lucía. No se atrevía a pensar cómo iba a ser la Navidad.

Sobre todo sentía inquietud ante las fiestas. El videoclub había ido tan mal en noviembre que apenas si había habido beneficios. Cada vez más gente descargaba películas de la red. En poco tiempo no le quedarían clientes.

—Voy para allá —anunció alejándose del teléfono y recogiendo los

pantalones que estaban tirados en el suelo. Miró la pantalla. «Número oculto». ¿Y si ya no estuviera allí cuando llegara?

Tom se puso una camiseta que olía a sudor y cerró la puerta de un tirón.

Capítulo 2

Nina Mander se sentó delante del escritorio de Gabriel Hellmark. El despacho estaba tan desordenado, como de costumbre.

El comisario no apartaba la vista de la pantalla. Iba sin afeitar y llevaba la camisa arrugada. Por algún motivo se percibía una mueca de descontento en su boca. Nina sabía que en ocasiones intervenía en las investigaciones de otro grupo e incluso dirigía distintos equipos a la vez. Sin duda trabajaba demasiado, como de costumbre. Delegar no era su fuerte. Llegaba el primero y se marchaba el último. El comisario Hellmark siempre trabajaba más que los demás.

—¿Qué vas a hacer en esta fiesta? —preguntó sin mirarla, mientras deslizaba los dedos por el teclado.

—¿Para Santa Lucía? No lo he pensado.

No sabía si la iba a pasar con Alex. Él no le había dejado claro si trabajaría o no ese día. La vida de consultor incluía una buena dosis de libertad, pero esta parecía tener un precio. Podía verse desbordado de trabajo de repente a pesar de que creía que ese día iba a estar libre. Había clientes que lo llamaban por teléfono en cualquier momento.

—¿Puedes trabajar? —dijo Hellmark apartando el teclado.

Se enderezó y hasta Nina pudo oír el crujido de la espalda.

Ella reflexionó unos segundos.

—No lo sé.

—Tenemos muy poco personal. Hay gente de baja.

Mencionó varios nombres y los relacionó con una larga lista de enfermedades según iba desplazando el ratón.

Nina recordó lo que había aprendido de su jefe. «Sé clara y no utilices más palabras de las necesarias».

—Vale. Trabajaré.

Su superior guardó silencio.

—Va a salir un montón de mierda, para que te vayas haciendo a la idea. Tienes formación de sobra para todo eso.

—Está bien.

Él volvió a mirar la pantalla. En cuestión de segundos estaba aporreando las teclas como si su vida dependiera de ello. Nina supuso que ya estaría pensando en otra cosa. Hellmark había conseguido lo que quería y estaba listo para la tarea siguiente. Ella sabía que no le iba a dar las gracias.

De regreso a su despacho fue pensando qué iba a decirle a Alex. No sabía si llamarle y decirle que no planeara nada o dejar que él se lo preguntara. Estaba acostumbrado a actuar por su cuenta y a seguir principalmente sus propios caminos. Pero a veces mantenía también una actitud expectante.

Llamó al buzón de voz del consultor y le dejó un mensaje.

Durante el último año se habían visto con regularidad, pero ambos trabajaban demasiado y seguían sin quedar a diario. Cada uno vivía en su propio apartamento: ella en Vasastan y él en Östermalm. Iban a su casa o a la de él. Ambos tenían libertad. En cierto modo era bastante práctico.

Con Alex no fue amor a primera vista, su interés por él fue creciendo poco a poco mientras trabajaban juntos en la búsqueda del Asesino de los Millonarios, que era el apodo que le había puesto la prensa al caso. Durante la investigación, en la que él ayudó a la policía como experto en comportamiento humano, ella lo veía como un simple consultor. Pero luego fueron conociéndose. Lo uno llevó a lo otro y una visita inesperada al domicilio de él acabó en algo que Nina no pudo controlar.

Al principio se preguntaba si realmente sentía algo por él o solo era un modo de evitar la soledad. No estaba segura. Acababa de cumplir los treinta, y no tenía ninguna prisa en averiguarlo.

Capítulo 3

Tom conducía el coche a demasiada velocidad por la aguanieve. Apenas había tráfico y el viejo y abollado Honda se deslizaba por las calles resbaladizas. Llegó en quince minutos. En una esquina vio a tres figuras inclinadas alrededor de un dispositivo móvil con linterna. Sara era una de ellas.

Salió del vehículo y fue corriendo hacia ella. Respiró hondo el aire gélido y miró al hombre y a la mujer que estaban en pie junto a Sara.

El hombre se guardó el móvil en el bolsillo, abrazó a Sara y se apartó.

—Gracias por prestármelo —dijo Sara con voz cansada—. Gracias por… —añadió y luego se detuvo mirando a Tom, buscando su mirada.

Él la miró y la saludó.

La pareja se fue alejando. La mujer volvió la cabeza. El hombre dijo algo y ella se volvió de nuevo. Después ambos desaparecieron por una esquina.

—Eran cuatro —dijo Sara.

Tenía magulladuras en un lado de la cara. Un ojo hinchado. Su tono de voz, habitualmente desenfadado, se había vuelto grave, apagado. Percibió una ronquera que no reconocía.

—Eran cuatro, yo me negué… —añadió, secándose el rostro con el anorak —. Dije que no, pero eran cuatro. Mari desapareció…

Tom la abrazó con todas sus fuerzas. Cerró los ojos. De pronto se dio cuenta de que ella iba sin ropa por debajo del anorak. La apretó con más fuerza aún contra su cuerpo. Tenía los pantalones vaqueros rotos por la parte de la cintura. Estaban a siete grados bajo cero. Al parecer también le faltaban los calcetines.

Tom trató de pensar con frialdad mientras se dirigían al coche. Al ver a Sara sentada a su lado en el asiento del copiloto tuvo la sensación de que él no tenía derecho a estar allí. A pesar de que ambos vivían en la misma ciudad, desconocía

por completo la clase de vida que ella llevaba. Tal vez en esos momentos debería de estar otra persona con ella. Intentó recordar la última vez que Sara lo llamó. Fue pocos meses antes.

Soy su hermano, pensó. Ella ha recurrido a mí, a nadie más.

Tom esperaba lágrimas y nervios, sin embargo Sara estaba serena y centrada. Quiso poner la denuncia de inmediato. Mientras subían las escaleras de la comisaría de Kungsholmen, se iba apoyando en él. Era la única comisaría que conocía, además de la más cercana. Una agente de policía que estaba allí acudió rápido al percatarse de lo que le había ocurrido a Sara. La mujer miró a Tom y levantó las cejas.

—Soy su hermano —susurró él mirando al suelo. ¿Por qué bajó la voz? Tal vez tuvo la sensación de que las paredes de la comisaría se encogían en torno a ellos.

La mujer de uniforme le dio unas palmadas en el brazo y él asintió con la cabeza a la par que le temblaba la mandíbula.

—Ahí tienen café —dijo con un perceptible acento extranjero.

Tom condujo a Sara a una habitación que le recordó a la sala de espera de un dentista, pero sin revistas manoseadas y ajadas y con sofás desgastados de color azul de comienzos de los ochenta. Sintió frío, se debería haber puesto algo más que una camiseta debajo de la chaqueta, pero el café estaba caliente y se lo bebió agradecido. Le ofreció a Sara una taza que ella rechazó con un leve movimiento de cabeza. Estaba tan callada que se asustó.

—Sara, no se librarán de esto.

Ella levantó la cabeza y le miró.

—Lo prometo. Tendrán su castigo.

Sara miró al suelo.

—Ya lo verás —afirmó convencido.

Después de unos instantes volvió la agente de uniforme.

—Espere aquí —dijo con mirada severa. Luego acompañó a Sara por el pasillo hasta una habitación que había un poco más adelante. Tom las siguió con la mirada.

Se sentó a esperar.

Capítulo 4

La sala de interrogatorios era pequeña, con una mesa y tres sillas. Sara se hundió en una de ellas y se ajustó el anorak. No recordaba haber tenido nunca tanto frío.

Un agente uniformado entró en la sala. Iba bien afeitado a pesar de lo tarde que era. Llevaba cinco bolígrafos que sobresalían del bolsillo superior de su chaqueta, todos iguales. Miró a la chica, meneó levemente la cabeza y retiró una silla del otro lado de la mesa mientras leía unos papeles.

—Bueno —dijo mientras dejaba los papeles sobre la mesa y deslizaba la mirada rápidamente por los pechos de la chica, tal vez sin pensarlo y solo por un instante, pero hizo que ella se ciñera el anorak aún más al cuerpo—. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó sacando del bolsillo uno de los bolígrafos. Después probó el mecanismo con varios clics y trazó una línea en el papel para asegurarse de que el bolígrafo funcionaba bien. Finalmente inclinó la cabeza y la miró expectante.

Sara tragó saliva.

—Yo… Me han violado —confesó en voz baja.

El policía se quedó observándola unos segundos.

—Comprendo. —Asintió—. ¿Qué recuerda?

—Eran cuatro.

—Cuatro. Eso no está nada bien. ¿Qué le hicieron?

Sara se limitó a cerrar los ojos durante unos cinco segundos e intentó no moverse.

—Estábamos en el Soap Bar. Me llevaron engañada a la casa de uno de ellos y luego me violaron —dijo ella con los ojos aún cerrados—. Todos ellos —añadió.

Le dolía mucho la zona genital. Sospechaba que estaba sangrando de nuevo,

pero no se atrevía a comprobarlo. Se agarró al asiento de la silla con las dos manos e intentó evitar el vértigo.

El agente se inclinó hacia delante. Carraspeó, fijó la vista en la mesa, luego levantó la mirada y se encontró con la de Sara.

—A veces puede tratarse de un malentendido. Hay chicas que creen que las han violado, pero cuando hablas con ellas resulta que solo se han peleado con el chico.

Sara le miró a los ojos.

—A mí me han violado.

—Suena fatal. Horrible, de verdad —dijo levantando el bolígrafo—. ¿Había bebido mucho?

—Quiero poner una denuncia —anunció Sara.

—Comprendo que estés indignada. Debe ser terrible para ti. ¿Estuvo con alguno de esos hombres?

—¿Cómo? —preguntó Sara con gesto de asombro.

Ojalá estuviera Tom aquí, así todo iría mucho más rápido, se dijo.

—Me refiero a que si aceptó estar con alguno de ellos, los otros pudieron creer que tenían vía libre —aclaró el policía haciendo un gesto de disculpa con las manos—. Hay muchos idiotas por ahí.

Sara buscaba las palabras correctas.

—¿Por qué les acompañó si no quería acostarse con ellos?

—¿Puedo poner la denuncia o no?

Sentía la garganta seca, no podía tragar bien.

—Hagamos una cosa —anunció el policía, que aún no se había presentado —. Voy un momento a buscar unos formularios. Mientras tanto usted se queda aquí pensando en todo esto. —La escrutó con una expresión supuestamente alentadora—. ¿Vale?

Se puso en pie y se fue, dejando la puerta abierta. Sara lo miró mientras salía. No parecía importarle mucho que ella estuviera o no al volver.

Sara retiró la silla y se irguió. Sintió un pinchazo, como un grito de protesta en la zona pélvica cuando, cojeando, cruzó la puerta. Tenía algún problema en un pie. No había notado el dolor antes, pero en ese momento se acordó de que alguien la había pisado. Recordó de pronto imágenes de la noche anterior.

Tom se levantó inmediatamente.

—¿Ya está?

Sara buscó apoyo en el hombro de él. Estaba mareada.

—Tom, yo, yo…

Las piernas no la sostenían, era como si alguien le hubiera quitado el control de los músculos. Se desplomó sobre Tom, que la sujetó en los brazos y la tumbó en el sofá de vinilo de la sala de espera.

Él miró a su alrededor. El policía seguía sin aparecer.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que… que tal vez no haya sido una violación.

Tom no se había percatado de la presencia de la mujer que se hallaba a solo unos metros.

—Discúlpeme —dijo la mujer—, pero no he podido evitar oírlos.

Era un poco mayor que Sara y parecía estar preocupada.

Sara hizo un esfuerzo por sentarse. Respiró hondo.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Johanna y trabajo en el Servicio de Asistencia a Víctimas de Delito. ¿No han querido escucharlos en la policía?

Iba bastante bien vestida y parecía estar fuera de lugar en esa desordenada comisaría de policía en mitad de la noche.

A pocos metros de ellos aparecieron dos corpulentos agentes de uniforme acompañando a un joven fuera de sí. Este daba patadas y gritaba sin cesar. Después de atravesar la recepción con él, todo volvió a quedar en silencio.

Sara movía la cabeza. Quería acostarse y dormir.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Johanna.

Los ojos de Sara le dijeron algo, pero no todo. Johanna le puso una mano en la mejilla y le hizo una señal con la cabeza.

—Cuéntemelo.

—Me han violado. Eran cuatro. No los conocía. Yo…

Guardó silencio.

Johanna miró a Tom.

—¿Quién es usted?

Él se cruzó de brazos.

—Es mi hermano —respondió Sara, que estalló en sollozos, sin poder contener el llanto.

—Korell, el agente que acaba de conocer, es un desastre —dijo Johanna—. Ha recibido formación para este tipo de situaciones, pero tiene dificultades para cambiar su anticuado modo de ver las cosas. —Continuó acariciando el pelo de Sara—. No tiene por qué reprimirse. Deje que salga todo.

Tras unos minutos, le indicó a Sara que esperara allí, se levantó y se marchó.

Al rato se oyeron voces airadas detrás de una puerta que se encontraba un poco más adelante en el pasillo. Alguien intentaba explicar algo, pero Johanna alzaba la voz aún más e interrumpía al que hablaba. Se oyó un ruido como si alguien golpeara una superficie de cristal con el puño.

Silencio.

Johanna regresó después de un breve intervalo. Tenía el rostro enrojecido.

—Le voy a presentar a un buen agente. Serán solo unos pocos minutos —dijo acariciándole la frente a Sara con mano cálida y firme—. A veces me llaman por las noches. Una noche como la de hoy esto suele parecer una especie de campo de batalla —dijo la asistente mirando a Sara con gesto decidido.

Ella asintió.

—En todos los distritos policiales hay asistencia a víctimas de delito —explicó Johanna a media voz, sosteniéndole la mano mientras dirigía la vista hacia el pasillo—. Procuramos estar donde ocurren cosas. Si quiere, puedo ayudarla a poner la denuncia —añadió.

Luego guardó silencio y observó a Sara.

Esta se sentía cansada, terriblemente cansada. No quería seguir allí. Lo único que deseaba era volver a casa, taparse con el edredón y no salir de la cama hasta la primavera, cuando los días fueran más largos y el aire más cálido. De pronto se arrepintió de haberle exigido a Tom que la llevara allí. Sabía que le iban a hacer un montón de preguntas, pero ya no le apetecía contestarlas.

—No puedo pagar… —comenzó a decir, pero enseguida se detuvo.

—Trabajamos sin ánimo de lucro —respondió Johanna en tono alentador mientras mantenía la mirada fija en un punto detrás de Sara.

Johanna miró a Tom unos segundos.

—Estamos esperando a Mander, otra agente. Es buena.

Tom cruzó los brazos con determinación en un evidente gesto de disgusto.

Capítulo 5

Alex King se puso a mirar el álbum de fotos. Hacía mucho que no lo abría y sabía muy bien el motivo. Estaba sentado en el cuarto de estar de su piso de tres habitaciones en Kaptensgatan, en el centro de Estocolmo. Era un domingo por la tarde y afuera iba oscureciendo poco a poco.

La semana había sido agitada. Viajó cuatro de los cinco días. Una multinacional le pidió que fuera a Viena para reunirse con un grupo de gestión. En Austria los resultados no eran los previstos. ¿Un error de liderazgo tal vez?

Lo recibieron con evidente hostilidad. Probablemente estaban al tanto de que había hecho lo mismo en Gran Bretaña el año anterior, donde se reemplazó a todo el equipo directivo después de que llegara su informe al director del grupo de empresas. Alex sabía que sus investigaciones tenían consecuencias y sentía un gran respeto por el modo en que podían afectar sus recomendaciones al futuro de las personas. Pero ¿quién lo haría de no hacerlo él?, se dijo. A veces su fama lo precedía.

En ese momento se sentía a gusto en su casa. Le parecía maravilloso.

Se sirvió un vaso de *whisky* Bowmore y encendió el televisor. En uno de los canales había un programa en el que personas adoptadas se encontraban con sus padres biológicos. Lo observó un momento y pensó, como solía hacer, que todo estaba cuidadosamente preparado. Todos querían encontrarse los unos con los otros. Aquellos padres que abandonaron a su retoño de dos años lo único que querían era reencontrarse con él para ver cómo le había ido a su pequeño y querido hijo. Y los protagonistas lloraban sin cesar mientras esperaban el gran momento. ¿Lograrían los productores que se cumpliera lo imposible? ¿Encontrarían a los padres? La tensión se hacía insoportable.

Alex encendió todas las luces de la habitación en el primer anuncio. Él

apenas mantenía el contacto con su familia. A veces llamaba a su madre, pero ella no lo hacía nunca. Ni siquiera en el aniversario de la muerte de su padre le parecía necesario ponerse en contacto con el hijo. Alex ya se había acostumbrado y podía afirmar con toda honestidad que no lo echaba de menos. Prefería evitar las discusiones que solían surgir.

A quien echaba de menos era a Nicole.

La familia se rompió después de lo que le ocurrió a Nicole, y cuando su padre falleció y se fueron a vivir a Suecia la ruptura fue total. En realidad nunca llegaron a afrontar lo sucedido. Alex esperaba de algún modo que su madre se ocupara de la cuestión. Era diplomática y debía ser la que iniciara el proceso.

Tal vez él resultaba injusto. En realidad no sabía si a su madre, Idelle King, le interesaba o no continuar en contacto. Ella no era de las personas que alientan a sostener ese tipo de conversación. Estaba tan distanciada de él como de los demás.

Apagó el televisor y volvió a abrir el álbum, mirando las fotos de Nicole y él cuando eran pequeños. Sonrientes, felices, totalmente inconscientes de lo que la vida les tenía reservado. Y él aún podía sonreír al mirar a esa Nicole morena, de boca amplia y cejas marcadas. Recordó las miradas de admiración que dirigía a su hermano mayor.

Habían transcurrido muchos años, pero no lo olvidaba.

¡Cuánto la extrañaba!

Miró por la ventana. El cuarto de estar daba a la esquina de Skeppargatan con Kaptensgatan. Una farola solitaria luchaba por apartar la oscuridad. Los copos de nieve iban descendiendo lentamente hacia el suelo. Podía ser agradable, pero Alex estaba cada vez más deprimido. No le gustaba aquella época oscura del año. Todo se convertía en hielo, los colores desaparecían. La gente estaba mucho más en casa. La relación con los demás se detenía. El tráfico se complicaba y los vuelos no funcionaban como debían.

Lógicos o no, los sentimientos siempre eran reales.

Bebió un poco del *whisky* y se acordó de Nina, de la primera vez que le abrió la puerta y la vio al otro lado. Solo llevaba una botella de vino y una sonrisa insegura.

Tardó un tiempo hasta sentirse totalmente relajado en su compañía, pero sabía que era algo que estaba en él mismo y no en Nina. Fue abriéndose poco a poco y confiando en ella cada vez más, como una roca segura en la que apoyarse.

Un compañero de la empresa le preguntó en algún momento cuándo se irían a vivir juntos, pero Alex evitó la respuesta. Nunca habían hablado de ello y le daba miedo abordar un tema que podía estropear la magia de la relación que mantenían.

Oyó el mensaje de Nina acerca de la fiesta de Santa Lucía y aceptó la situación. Se lo tomó con calma. Ya que Nina tenía que trabajar, él se quedaría en casa leyendo. Le gustaba el silencio que reinaba cuando estaba solo, y además su compañía probablemente fuera bastante aburrida tras una intensa semana de trabajo. Supuso que estaría ocupada, así que no tenía sentido llamarla por teléfono. Ya lo haría ella cuando dispusiera de tiempo.

Dejó el álbum y se bebió el *whisky* de un trago.

Capítulo 6

A Sara la condujeron a otra habitación idéntica a la anterior. Se sentó de espaldas a la ventana. Las paredes estaban desnudas. En la ventana, una flor seca luchaba contra una muerte prematura.

—Solo llevará unos minutos —dijo la agente.

Su sonrisa era una simple ilusión en una cara que revelaba cansancio. Miró a Sara unos segundos.

—Está en buenas manos —añadió mirando a Johanna, que estaba en la puerta.

La puerta se abrió y entró una mujer alta y joven. Vestía vaqueros y una chaqueta. Después de dudar unos segundos se sentó en la silla que había delante de ellos. Tenía una expresión dura en el rostro y Sara se rodeó el cuerpo con los brazos.

—Hola, Sara. Me llamo Nina Mander y soy inspectora de policía.

Sara tragó saliva y miró hacia Johanna, que se había quedado al otro lado de la puerta. Nina Mander se giró.

—Johanna, ¿puedes venir?

La cara de Johanna apareció por la puerta.

—Si pudieras quedarte un momento, te lo agradecería —añadió Nina.

Johanna fue a por otra silla y se sentó entre Nina y Sara.

Las lágrimas de Sara mojaban el suelo y aceptó agradecida un pañuelo que Nina Mander sacó de uno de sus bolsillos.

—Gracias —susurró.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Nina con rostro inexpresivo.

Sara inició un relato algo inconexo al principio y, al cabo de un rato, de forma más estable. Trató de recordar cuanto pudo y le sorprendió ser capaz de

mantener la calma. A veces Nina le hacía alguna pregunta y Sara pudo contar casi todo.

En ciertos momentos se sentía como una simple observadora. La dominaba una fuerte sensación de estar fuera de su propio cuerpo.

—¿Sabe sus nombres? —inquirió Nina.

Sara asintió.

Nina subrayó dos veces los cuatro nombres. Al hacerlo con el último de ellos el bolígrafo se deslizó fuera del papel, lo que sobresaltó a Sara.

—¿Conocía a esos hombres de antes? —preguntó Nina.

Sara negó con la cabeza. Johanna le puso una mano en el brazo.

—¿Cuánto ha dicho que había bebido? —dijo Nina a la vez que tomaba nota.

Sara vaciló pensando si le formulaba la pregunta conscientemente como si no tuviera importancia.

—Cinco cervezas, creo.

En realidad fueron ocho, nueve quizá.

Nina dejó el bolígrafo y la miró. Echó también un rápido vistazo a Johanna.

—Sara, mi intención es ser honesta con usted —afirmó, dando la impresión de que se esforzaba por mantener un tono de voz suave—. No hay nada que desee más que ponerlos entre las rejas cuanto antes. Pero el viaje que está emprendiendo es complicado y doloroso.

—Entiendo —respondió Sara a pesar de que no entendía nada.

—Hay un equipo especial en el hospital Södersjukhuset. Deberá someterse a un reconocimiento médico. Después tendrá que repetir delante de una grabadora todo lo que me ha contado. Le harán las preguntas necesarias para conocer la gravedad del delito al que se ha enfrentado. Estamos obligados a cumplir algunas formalidades antes de avanzar.

Se trata de un interrogatorio, pensó Sara al instante, al mismo tiempo que se sentía tratada injustamente y se avergonzaba de ello. ¿Por qué estaba ahí pensando en cosas desagradables? Si no hubiera bebido tanto, esa policía tan amable estaría haciendo otra cosa en aquel momento. Si no se hubiera ido con esos cerdos, no habría ocurrido nada. Si simplemente se hubiera vestido de un modo distinto… ¿Por qué no lo pensó antes?

—¿Puedo preguntarle una cosa? —dijo.

Nina asintió.

—¿Cuántos casos de violación ha habido hoy?

Nina y Johanna intercambiaron una mirada rápida, pero Sara se dio cuenta.

—Tres —respondió Nina—. Aunque yo solo la he visto a usted.

Solo a mí, pensó Sara.

Cuando volvieron a la sala de espera, Sara se quedó mirando el sofá vacío. Durante unos instantes no supo qué decir.

—¿Dónde está Tom? —preguntó mirando a Johanna.

Johanna se maldijo a sí misma. Debió haberlo entendido. Johanna miró a Sara a los ojos y le pasó un brazo por los hombros.

—Venga, tenemos que marcharnos —dijo.

Capítulo 7

Nina miró el montón de denuncias que tenía delante. Aunque normalmente se digitalizaban, ella prefería anotarlas de forma manual cuando había víctimas de delito. Poner un ordenador entre ella y la víctima era como levantar muros desde el principio, por lo que intentaba evitarlo.

Un caso de maltrato de un adolescente borracho, un accidente de circulación en el que un taxista había atropellado a una pareja de ancianos y luego se había dado a la fuga, más malos tratos, un presunto abuso sexual, peleas entre adolescentes en estado de embriaguez, cuatro robos de automóviles y toda una serie de delitos menores más o menos deprimentes.

Y el caso Sara Leijon. Nina temía que después de llevar varios años trabajando en la policía ya estuviera quemada. Cada vez era más raro que se involucrara emocionalmente en delitos individuales, pero lo de Sara Leijon era una excepción. Nina no se la podía quitar de la cabeza. Sobre todo la última pregunta: ¿cuántos casos de violación hubo esa noche?

Tal vez la mujer quería ser una de tantas, tal vez quería saber si era la única que había acabado en aquella situación la noche de Santa Lucía.

Después de pasar casi dos días en la comisaría, Nina salió casi tambaleándose y se metió en un taxi. Se miró en el espejo mientras subía en el ascensor hasta el piso de Alex y lo que vio no le pareció nada edificante. El cansancio le rezumaba por los poros. Esperaba que no lo desanimara su aspecto de agotamiento. Al llamar al timbre se dio cuenta de que llevaba la blusa manchada de café.

—Vaya, y eso que ni siquiera lo he pedido —dijo él al verla mientras le abría la puerta con una sonrisa.

Nina se encogió de hombros con gesto indiferente. Señaló la mancha y suspiró.

Él la besó suavemente en los labios y la dejó entrar. Nina percibió que olía a *whisky*. Se dejó caer en un sofá del cuarto de estar y se dio cuenta de que lo único que quería hacer era dormir. Alex le puso en la mano una copa de vino tinto.

—Es justo lo que necesito. Gracias.

—¿Has comido? —preguntó él.

Nina negó con la cabeza.

—Café y sándwiches.

Ella miró el reloj. Las nueve y media. Llevaba treinta y dos horas trabajando sin descanso.

Alex hizo un gesto dirigiendo la vista hacia la cocina.

—Si quieres, puedo preparar algo.

—No. Está bien. Me quedaré dormida en cuanto empiece a comer —respondió—. ¿Qué has hecho hoy? ¿Y ayer?

Alex se sentó junto a ella en el sofá. Le apartó un mechón de pelo que le caía sobre la cara.

—Mejor cuéntame tú.

Nina empezó a hablar. Tras pocos minutos, regresó al caso Sara Leijon.

—¿Lo puedes entender? Cuatro sinvergüenzas se metieron con una chica. O una joven, según dice el informe.

Vio que Alex apretaba las mandíbulas.

—La malhirieron. Tenía lesiones en la zona genital, estaba magullada, la humillaron. ¿Lo entiendes? Además de violarla, tuvieron que golpearla. ¿Qué clase de cerdos eran?

Alex no dijo nada. Dejó la taza de café y juntó las manos. No la miró.

—Lo que quiero decir es que violar a una mujer debe de ser una de las cosas más repugnantes que puede hacer un hombre, y en este caso eran cuatro. Además, al menos dos de ellos querían encima humillarla de algún modo. No satisfechos con haberla forzado, intentaron estrangularla, la golpearon. La introdujeron cosas.

Ella se miró las manos. La ira no tardó en volver. Nina solía mantener la cabeza fría, pero el caso Sara Leijon la indignaba. Se volvió hacia Alex.

—¿No es espantoso?

Él contuvo la respiración un momento y luego dijo con voz apagada:

—Sí, lo es. De verdad. Es una desgracia. ¿Qué edad tiene la chica?

—Veintiuno. Ya es una mujer, pero parecía tan pequeña, tan frágil y… delicada. Se notaba que le dolía todo. No podía moverse bien. Por suerte estaba Johanna, del Servicio de Asistencia a Víctimas de Delito. Yo trabajé allí hace unos años. Antes de empezar en la Academia de Policía.

Alex asintió lentamente.

—Sí, ya me lo has dicho.

—Cuatro hombres, figúrate. Debió de ser terrible.

—¿Qué más ocurrió?

—Y con el primero que se encuentra es con el idiota de Korell. Ese estúpido.

—¿El que estuvo en Norrtälje con vosotros el año pasado?

Ella asintió. Intentaron esconder en una casa de campo a una familia que estaba amenazada. El hombre fue abatido por un francotirador y Korell, rápidamente, logró poner a salvo a la mujer. Probablemente le salvó la vida. Pero eso no importaba, a Nina seguía sin caerle bien.

—¿Qué otros casos hubo?

Nina se giró hacia él.

—¿No te afecta?

Alex hizo un gesto con la mano.

—Claro que sí. Es horrible.

Había algo en su tono de voz que la provocó.

—¿Cómo puedes ser tan frío?

Se dio cuenta del error a medida que pronunciaba las palabras. No era justo, y pudo ver en su rostro que él opinaba lo mismo. Alex bajó la vista. Ella se levantó del sofá.

—¿Frío? ¿De qué modo?

Si al menos hubiera levantado la voz. A veces le molestaba mucho que no se alterara nunca. No se podía iniciar una discusión con él porque siempre se empeñaba en razonar cualquier situación. Incluso en momentos en que había discusiones serias, mantenía la calma y exponía argumentos lógicos. A Nina la sacaba de quicio. A veces necesitaba gritar y lo había hecho en alguna ocasión. Le había gritado con todas sus fuerzas. Pero él no reaccionaba como los demás. Solo esperaba a que se le pasara.

—Yo no estaba allí en ese instante —dijo él en un tono quedo—. Para mí es difícil imaginar cómo se encontraba la chica.

—Exacto —dijo Nina malhumorada, dejando la copa a un lado—. Tú no

estabas allí. No viste sus ojos.

Se puso en pie, totalmente consciente de que estaba siendo injusta. Pero treinta y dos horas eran treinta y dos horas.

Se fue al cuarto de baño y corrió el pestillo.

Capítulo 8

Era casi de día cuando por fin pudieron entrar. El doctor iba sin afeitar y parecía estar a punto de jubilarse, a pesar de que no debía de tener más de cuarenta años. Llevaba cuarenta y ocho horas trabajando con solo unas breves pausas, lo que podía apreciarse en su rostro. Para corregir las bolsas que colgaban bajo sus ojos se vería forzado a recurrir a la cirugía plástica.

Miró a Sara de soslayo. Dio órdenes concisas a la enfermera, tan agotada también que no encontraba el kit de violación.

Sara se iba hundiendo cada vez más y se sobresaltaba cuando el doctor levantaba la voz. Después de unos minutos volvió a echarse a llorar, pero al parecer solo Johanna se percató y le apretó la mano.

El doctor encontró, por fin, la caja con el equipo para tomar muestras de distinto tipo: utensilios con los que retirar restos de debajo de las uñas de Sara, por si hubiera arañado a los violadores, y peines especiales para peinarle la zona genital en busca de pelos de los agresores. Instrumentos especiales que podían localizar saliva, semen o sangre de los agresores en el cuerpo de ella, así como huellas que pudieran someterse a pruebas de ADN y les pudiera relacionar con el delito.

Sara tuvo que quitarse la ropa y tumbarse en la camilla. Cerró los ojos y rezó para que fuera rápido.

El médico le introdujo distintos instrumentos sin darse cuenta de que el rostro de la chica estaba cada vez más pálido. Buscó por todo el cuerpo, y al revisarle los pechos y ver los hematomas que tenía, ella se avergonzó hasta vomitar. Su vómito violento cayó al suelo y salpicó los zapatos del doctor. La enfermera trató de remediarlo rápidamente, aunque el facultativo se limitó a suspirar. Estaba demasiado agotado para reaccionar.

Cuando concluyó el reconocimiento, el doctor le dijo que se vistiera. También que había encontrado rastros que podrían indicar que había sido violada. En uno de los labios de la vulva tenía una fuerte contusión, una marca de color rojo oscuro de un tamaño algo mayor que una moneda de cinco coronas. Las mucosas estaban tensas y sangrantes. Había grietas en el recto que indicaban que pudo haber penetración anal. Sara tenía marcas de manos en el cuello. Tenía lesiones en las membranas mucosas de la garganta que evidenciaban que algo le había comprimido el cuello. En uno de los pechos mostraba unos hematomas oscuros, como si alguien se lo hubiera retorcido. Sin duda había recibido una bofetada en el rostro, y tenía el ojo izquierdo inflamado. Se había torcido un pie.

Desde luego. Puede haberse tratado de una violación.

Sara hubiera querido gritar «Ya lo sé. ¡Yo estaba allí!».

En otra parte de la ciudad, Tom contemplaba el amanecer sentado en un sillón. Llevaba más de dos horas allí, inmóvil, con una taza de café frío en la mano. Notaba rigidez en la espalda y frío en las manos. Se rascó la cara y notó en la palma de su mano la barba áspera.

Le parecía que era un inútil. Se escabulló sin mirar atrás. Lo peor de todo fue cuando resbaló en las escaleras de la comisaría y sintió pena de sí mismo.

Se fue a su casa para pensar. El problema era que en ese momento no podía hacerlo. Le surgían un montón de preguntas, pero no lograba concentrarse en ninguna más que unos pocos segundos. Era como si su mente intentara pasar de puntillas por el tema en el que realmente debía centrarse. Demasiadas cosas a tener en cuenta, demasiadas posibilidades impensables.

Así que se sentó en el sillón e intentó soportarse a sí mismo.

La enfermera salió de la sala de consulta por delante de ellas y, como por casualidad, recogió a un paciente nuevo. Johanna se sorprendió preguntándose cuánto tiempo tardaría ese invencible tándem vestido de blanco en caer al suelo por agotamiento.

Sara se sentó en el taxi aturdida. Las lágrimas le caían en silencio por las mejillas. Quería irse a casa. A Johanna no le parecía una buena idea, ya que consideraba que no debía estar sola en una situación como aquella. Llamaron por teléfono a Tom varias veces, sin éxito. Llamaron a Mari, la amiga que la

acompañaba aquella tarde, pero tampoco respondió. A Sara no se le ocurrió a nadie más con quien ponerse en contacto para evitar estar sola y, después de muchas vacilaciones, Johanna aceptó acompañar a Sara a su apartamento. No era nada razonable, pero no había otra alternativa.

El apartamento de Sara estaba lleno de pruebas de una noche de fiesta. Había copas de vino sobre la mesa, ropa esparcida por el dormitorio. Faldas, camisetas, medias por todos lados. Los cambios de decisión de Sara acerca de qué ropa ponerse esa noche debieron ser considerables.

Sara quería ducharse y Johanna lo entendió. Teniendo en cuenta las huellas que había en su cuerpo sería raro que no quisiera quitárselo todo. Johanna había leído que algunas mujeres violadas podían arañarse la piel en un intento de eliminar el olor de los violadores, pero Sara terminó en unos pocos minutos. ¿Era bueno o malo? Johanna no lo sabía.

Procuró que Sara se acostara y luego se sentó en el borde de la cama. Estaba también agotada tras la tensión acumulada durante toda la noche. No tardaría en amanecer y tenía que ducharse para ir al trabajo lo antes posible.

—¿Quieres dormir o prefieres hablar? —le preguntó.

Sara sacudió la cabeza.

—No lo sé —contestó esbozando una sonrisa que se quebró antes de llegar a los ojos. Luego lloró un instante, lágrimas silenciosas.

—No has hecho nada malo —añadió.

Johanna le acarició la mano sin decir nada. Sara no debía estar sola en ese momento. Lo normal era que Johanna le hubiera pedido a Tom que se quedara con ella, pero él había desaparecido. Su comportamiento era incomprensible y se culpó a sí misma por no haberle dicho que esperara.

Después de un rato Sara se tranquilizó, aunque no se durmió. Johanna miró el reloj con cuidado para que no se diera cuenta. Fue a la desordenada cocina a por un vaso de agua. Sara bebió lentamente. Parecía tener dificultad para tragar.

Johanna le contó lo que iba a pasar para que lo tuviera en cuenta. No era importante darle la información en ese mismo momento, pero no sabía de qué otra cosa hablar.

Le dijo que la policía y la fiscalía conjuntamente decidirían emprender una investigación judicial. Le aseguró que, en su caso, no había ninguna duda. Le explicó que en la investigación preliminar le harían más preguntas y que a partir de ahí podría dictarse auto de procesamiento. El principio de objetividad implica que la fiscalía debe tener en cuenta las circunstancias que hablan tanto a favor

como en contra de la culpabilidad de los sospechosos. A veces los procesos se sobreseían por falta de pruebas, pero a Johanna le resultaba difícil creer que ocurriera. El cuerpo de Sara era más que suficiente como prueba.

Sara se quedó dormida después de un rato. Johanna miró a su alrededor. Unos cuantos libros en los estantes, varios ositos de peluche en un sillón enorme. En la encimera de la cocina había una jaula de hámster. Unos leves ruidos procedentes de la jaula revelaban que estaba habitada.

Se quedó mirando la jaula y vio un hámster enano de color marrón claro.

—Hola, pequeñito —susurró—. Cuida de tu dueña, ¿vale?

El hámster se puso a dar vueltas por la jaula y luego se metió en su nido.

No debía dejar sola a una víctima en una situación como la de Sara, pero ¿qué podía hacer? En el hospital no le habían dado la posibilidad de que se quedara porque consideraron que estaba en buenas condiciones, aunque pareciera increíble. Johanna, como de costumbre, tuvo que poner límites a su compromiso. Tenía que seguir haciendo su trabajo habitual a pesar de todo. En tan solo un par de horas debía estar en una oficina, recién duchada e impecable.

Antes de marcharse encendió algunas lámparas. Sara tendría pesadillas, como solía ocurrir.

Johanna cerró la puerta del apartamento con cierta sensación de malestar en el estómago.

Capítulo 9

Una vez más, al grupo le sorprendía ver lo fácil que eran las cosas una vez adquiridos los conocimientos.

Alex estaba a punto de concluir un seminario de formación en liderazgo de dos días de duración. Había hablado de los distintos perfiles y todos conocían ya las diversas características de las personas del tipo rojo, amarillo, verde y azul. Había repasado los conceptos básicos y el grupo había trabajado en una serie de ejercicios y juegos de rol para profundizar en los contenidos.

En esa ocasión no estaba del todo centrado. Las duras palabras de Nina le venían una y otra vez a la mente. Pero tenía que ser profesional. Los problemas personales simplemente debían esperar. Nadie pagaba por tener un consultor distraído o despistado.

Concluyó con una ronda de preguntas y respuestas, como de costumbre. Una mujer que estaba sentada frente a él se había mostrado muy activa durante toda la sesión. Tenía un puesto de directivo intermedio y quería aprender más.

—Si yo soy del tipo rojo, por ejemplo, ¿no deberían saberlo los demás para que se adaptaran? —preguntó.

—¿Qué quiere decir? —respondió Alex, como hacía siempre que intentaba aumentar sus conocimientos.

—¿He de mostrar mi perfil para que todos lo sepan y que así vaya más rápido?

—¿Para que se adapten a su tipo de comportamiento, al rojo? ¿Se refiere a eso?

—Sí, para que sepan que quiero rapidez y acción. Que tienen que hablar claro y que yo siempre hablo con claridad. Y que no estoy enfadada, aunque lo parezca por mi tono de voz —añadió después de reflexionar un momento.

—Tal vez en el futuro encontremos un modo de cambiar a los demás —dijo Alex sonriendo—. Hasta entonces tendremos que hacer lo de siempre. Yo solo puedo cambiarme a mí mismo, aunque solo sea un maldito tópico —concluyó.

La mujer parecía que estaba disgustada.

—Pero ¿no es bueno que nuestros colaboradores conozcan nuestros perfiles? —quiso saber un hombre que estaba al lado de la mujer.

—Claro que sí. Pero el perfil no puede ser una excusa para comportarse mal. Si creéis que sois hábiles y emprendedores, pero otros piensan que sois agresivos e insensibles, tendréis que gestionarlo.

—Exactamente —afirmó una mujer del tipo rojo que estaba al fondo de la sala—. No es ninguna excusa pensar «Yo soy del tipo rojo y puedo comportarme como me dé la gana». Ni tampoco que, por el mero hecho de ser del tipo amarillo, los demás tengáis que aceptar que no soy capaz de ser puntual ni de tener mis documentos en orden —dijo llevándose una mano a la boca y riéndose de su propia gracia, como si de todos modos su actitud como persona del tipo amarillo le resultara bastante simpática.

—O que como soy del tipo azul necesito muchos más datos que los demás para poder decidirme. Que soy lento y vosotros tenéis que limitaros a aceptarlo —añadió otro hombre en voz baja—. Lo que quiero decir es que nosotros somos los que tenemos que adaptarnos a ellos, puesto que somos los responsables.

Alex se dio cuenta de que la primera mujer ponía los ojos en blanco.

—Le parece una cuestión menor, ¿verdad? —dijo.

—Sí, en realidad me lo parece.

Ella levantó la voz y señaló a sus colegas. ¿Por qué se iba a adaptar ella a los demás? Le llevaría demasiado tiempo, concluyó.

Alex sonrió vagamente. Estaba claro que no la había puesto de su parte. La mujer era muy inteligente y hábil en su trabajo, pero no tenía tiempo para esperar a los más lentos, sencillamente eso. Ella expuso sus argumentos en un tono airado. Él dejó que la discusión continuara unos minutos antes de intervenir.

—¿Qué tipo de respuestas obtendríamos si preguntáramos a alguien del tipo verde, que es el opuesto al rojo, su opinión acerca de las personas de este último tipo?

—Agresivas y dominantes —dijo alguien con rapidez.

—Eficientes pero también frías emocionalmente.

—Intimidantes.

—Groseras.

La mujer con características del tipo rojo parecía estar cada vez más enfadada.

—De acuerdo, pero si preguntamos en cambio a la persona roja acerca de la verde, ¿qué nos dirá?

Ella era rápida como una comadreja.

—Cobarde, perseverante, carente de ideas, obstinada y temerosa.

—Gracias —dijo Alex sonriendo—. Entonces, ¿quién tiene razón y quién está equivocado?

—Yo tengo razón —respondió la mujer con una sonrisa que demostraba que intelectualmente entendía que debía adaptarse al entorno. Solo que no quería hacerlo.

—¿Y si le pidiéramos a una persona del tipo amarillo su opinión acerca de su opuesta, la azul? —preguntó indicando con la mano que hicieran comentarios.

—Pedante —contestó el hombre del tipo azul.

—Un muermo.

—Cuadriculada y puntillosa.

—Tan insensible como las del tipo rojo.

—¿Y si hacemos lo contrario y preguntamos a las personas del tipo azul acerca de las amarillas?

Habitualmente era una pregunta peligrosa, ya que las personas amarillas eran sensibles a la crítica negativa. Por lo que lo más pedagógico era preguntar al grupo en vez de que lo dijeran ellos mismos. A las personas del tipo amarillo les gustaba disparar al mensajero.

—Molestos. Chismosos.

—Poco serios y simples.

—Impuntuales. Superficiales.

—Ignorantes.

—Hablan mucho y hacen poco.

—Gracias —dijo Alex—. Mi idea es esta: si otras personas de las que yo dependo me perciben de un modo determinado, puedo hacer una de estas dos cosas. —Comenzó a contar con los dedos—: Uno: pensar que están equivocados y no hacerles caso. Dos: aceptar que otras personas piensan de manera distinta e intentar adaptarme. Pero el proceso no es de un solo lado. Es como una cita. Conviene que mostréis vuestros perfiles a los colaboradores, pero si además conocéis los suyos podréis ser realmente efectivos. Ganar tiempo, tener espacio para la creatividad, formar mejores equipos e incrementar la calidad.

Hizo lo que solía hacer, tirar de argumentos que se adaptaban a los cuatro colores. Con suerte habría muchos interesados en los perfiles de sus grupos. Tomó nota para hacer algunas llamadas de seguimiento después de las fiestas.

Capítulo 10

Nina guardó el expediente del taxista al que le habían dado una paliza. Seguía estando enfadada con Alex y fingió estar dormida cuando él se acostó, la noche anterior. Durmió solo cinco horas.

Observó al fiscal que estaba al otro lado de la mesa. Johan Ramén no aparentaba tener más de veinticinco años, pero sabía que tenía veintiocho o veintinueve por lo menos. Ella era de la opinión de que para superar los cuatro años de estudios, especialmente los de Derecho, hay que ser responsable. Pero Ramén, de modo milagroso, no solo había superado esos años, sino que además había terminado la carrera con unos resultados brillantes. Normalmente era alegre y chispeante, tenía dificultad para mantener los papeles en orden, pero como fiscal hacía un buen trabajo. En ese momento parecía que estaba incluso más cansado que Nina. Su ropa no podía ocultar que había estado trabajando todo el fin de semana. A pesar de que llevaba un traje elegante y quizá demasiado caro, con corbata y pañuelo en el bolsillo de la chaqueta —que ella sospechaba que era para compensar su aspecto juvenil—, su apariencia era la de una cama sin hacer.

—¿Listo para el siguiente? —preguntó Nina con una energía que en realidad no sentía—. Violación en grupo. Cuatro jóvenes contra una chica. De no haber sido por Johanna, podría haberse archivado.

—¿Del Servicio de Asistencia a Víctimas de Delito? —dijo Ramén.

Nina asintió y abrió el expediente.

—Al principio la chica dio con un agente inadecuado. Un imbécil que no reconocería la empatía ni poniéndosela delante. Cuando ocurrió, yo llevaba dieciocho horas trabajando. He de reconocer que estaba totalmente agotada cuando apareció Johanna con la víctima. Pero me convenció para que la

escuchara.

Ramén suspiró y se movió en la silla. El cuero desgastado crujió.

—En estos casos siempre hay dudas. Y lo peor es cuando los novios están involucrados. Entonces es imposible demostrar la violación.

Nina dejó el expediente y miró al fiscal con el ceño fruncido.

Se aclaró la voz.

—En este caso no hay ningún novio. No conoces a la chica y no sabes quiénes son los involucrados.

Él reaccionó enseguida al tono severo de su voz, y eso era precisamente lo que ella quería. Debía ser tan obstinada como el fiscal, pero ella sentía algo por Sara Leijon. Además Sara contó con claridad lo que sucedió aquella noche. No se contradijo ni se comportó de modo irracional, lo que habría facilitado el juicio posterior.

Ramén echó la silla hacia atrás y se apoyó en el respaldo poniéndose las manos detrás de la nuca. Nina dejó a un lado el expediente. Le hubiera gustado que mostrara algo más de interés, pero carecía de autoridad sobre él. Ni siquiera el comisario Hellmark podía decirle a un fiscal cómo debía actuar. En el organigrama él era su superior, a pesar de su falta de experiencia.

Ramén leyó los nombres de los presuntos violadores.

—Jisander —dijo—. Me suena de algo.

—Le echaremos un vistazo.

Nina repasó el caso rápidamente. La joven había estado bebiendo unas cervezas en un *pub* del centro, se fue a casa con dos chicos y antes de que se diera cuenta eran cuatro.

—Una clara violación en grupo —dijo al finalizar—. Emite una orden de detención inmediatamente, yo me encargaré de traer a esos miserables.

—No es tan fácil —dijo Ramén—. Lo negarán. ¿Cuánto había bebido ella?

—Cuatro cervezas —respondió Nina, bajando sin saber por qué la cifra de cinco por su cuenta. Su trabajo no era evaluar los datos, sino documentarlos. Otros se encargarían de decir qué era lo importante.

—La defensa argumentará que hubo forcejeo. ¿Hay lesiones visibles?

—Lesiones en la zona genital —dijo Nina con gesto severo—. Contusiones por todo el cuerpo, supongo. Cuando la vi, llevaba un anorak. Todavía no he recibido el examen médico. Llegará a lo largo de la mañana.

Ramén dejó caer los pies de golpe.

—No sé. Esos asuntos nunca son divertidos.

Nina tuvo que hacer un esfuerzo para no contestarle que si impartían justicia no era precisamente porque fuera divertido. Se limitó a echarse hacia atrás en la silla con los brazos cruzados. Miró fijamente al fiscal. Él tenía que tomar una decisión.

—Está bien, diles que vengan —concluyó—. Pero se presentarán con excusas. Es lo que hacen siempre. Interrógalos y veremos si se les puede procesar.

Nina recogió sus papeles y se marchó. Al menos había conseguido algo.

Alex cerró la carpeta con las anotaciones y se recostó en el asiento tapizado en piel mientras veía pasar Estocolmo al otro lado. Sollentuna, Kista, Silverdal, el hotel Järva Krog. Mientras atravesaba Frösunda se dio cuenta de que iba pensando en Nina. Su comportamiento algo quisquilloso no era nada raro, ya que él no solía ser divertido después de trabajar con tanta intensidad. Pero ella no lo había interpretado del todo bien. Era evidente que quería oírle decir que lo sucedido era terrible. Y claro que lo era. El problema radicaba básicamente en que a él le resultaba difícil escuchar ese caso en concreto, el de una chica que había sido víctima de una violación en grupo, y no sabía cómo enfrentarse al asunto.

El taxi se detuvo frente a la entrada del Wenner-Gren Center. Mientras tecleaba el código de su oficina, Alex se preguntó cómo podía demostrarle que no estaba enfadado porque ella se marchara del modo que lo hizo. Tal vez lo más sencillo fuera no analizar tanto las cosas, dejarlas pasar y ver qué sucedía.

Entró en la oficina con una sonrisa estúpida en los labios. Dejarlo pasar, claro, ya que no se trataba de ninguna de sus competencias básicas. Al menos en lo referente a lo privado.

¿Cuánto tiempo había sido así?

Alex siempre pensaba que guardaba relación con Nicole. Un psicólogo, sin duda, sería capaz de encontrar alguna relación evidente que explicara su dificultad para admitir a otras personas en su vida, pero ¿qué haría él al respecto aunque lograran explicárselo? Las cosas eran como eran. Ciertas cosas se hacían mejor en secreto, en la sombra.

Alex sabía que no todo podía solucionarse hablando. Que no había que hurgar en ciertas heridas. Aunque era de la opinión de que no se obtienen buenos resultados ocultando lo barrido bajo la alfombra, también sabía que a veces el

silencio es la única medicina.

Silencio en la conversación, silencio en la mente.

A veces incluso en el alma.

Capítulo 11

Sara Leijon estaba bocarriba en la cama, mirando el techo.

Sentía escozor y dolor en la zona genital después de que le realizaran la exploración aquella noche. También le dolía mucho un ojo.

Tenía la boca seca. Había bebido mucho alcohol y casi nada de agua. Cuando se volvió para mirar el despertador, sintió como si la cabeza le fuera a explotar. Retiró el edredón y se incorporó con lentitud. Notaba las piernas hinchadas y fue hacia el cuarto de baño con paso inseguro. Cuando se sentó en el váter vio que le temblaban las manos. Respiró profundamente e intentó pensar en otra cosa.

Sintió un fuerte escozor en la vagina, pero no tenía otra opción. Al terminar se quedó un rato sentada. Lo que más necesitaba en ese momento era un cigarrillo. Se puso en pie y, sintiéndose una anciana, se dirigió despacio hacia el pasillo, donde creía haber dejado el bolso cuando se quitó los zapatos. Después de mirar a su alrededor sin encontrarlo, empezó a marearse y tuvo que sentarse en el taburete que había al lado de la puerta de entrada. Apoyó la cabeza entre las piernas e intentó superar el aturdimiento. Al final se le pasó y pudo volver a la cama.

Después de meterse bajo el edredón, jadeó a causa del esfuerzo. Parecía que las fuerzas hubieran abandonado su cuerpo. No recordaba que hubiera estado nunca tan cansada.

¿Dónde estaba el bolso? ¿No lo habría dejado en el apartamento? ¿Y el teléfono móvil? Lo llevaba en el bolso. No, no; lo necesitaba.

Se tapó el rostro con el brazo y empezó a sollozar.

Capítulo 12

Nina salió del coche media hora después de hablar con el fiscal y contempló la escena del crimen. Estaba en Hallonbergen, un barrio de los años sesenta algo descuidado en la zona norte de Estocolmo. No tenía fama de ser buen vecindario, pero no era una zona marginal. Al menos de momento. El deterioro se frenaría o se aceleraría dependiendo de cómo fuera la inmigración durante los próximos años, hasta que la gente que podía elegir huyera de allí y se perdiera la esperanza para la zona.

Como inspectora de policía, Nina tenía bastante trabajo burocrático, pero a pesar de la sobrecarga de papeles quería estar presente en aquel tipo de visitas. Cuando se empieza algo, hay que llegar hasta el final, se dijo.

Llevaba como acompañante a un corpulento agente de uniforme. No porque necesitara ayuda para asustar a cualquier delincuente que pudiera aparecer, sino porque un uniforme hacía mucho más fiable un arresto.

Cuatro horas después notaba un sabor amargo en la boca. Uno de los sospechosos había sido bastante insolente, lo que la había irritado mucho. Por lo demás, todo había ido sorprendentemente bien. Ninguno de los cuatro jóvenes se había opuesto al arresto, aunque tampoco podía decirse que se hubieran alegrado.

Una vez fichados como sospechosos de violación y recogidas las muestras de saliva y huellas dactilares, se los envió a sus casas. No tardarían en llamarlos para nuevos interrogatorios, y entonces iba a ser mucho más difícil.

Capítulo 13

Johanna Bergman estaba en la cocina de su casa.

Como miembro del personal de apoyo pasaba algunos fines de semana en comisarías, hospitales y albergues para identificar a personas víctimas de algún delito. Escuchaba y ayudaba a los afectados a manejar emociones y a procesar sus experiencias. Había aprendido que la víctima resultaba más vulnerable al principio. Los primeros días siempre eran los más críticos. Si entonces no se hacía bien, el camino de regreso podía ser tortuoso.

Los familiares y amigos no siempre reaccionaban como se esperaba. Muchos se distanciaban de la víctima por razones que ninguno de los involucrados entendía del todo. Y Johanna no estaba segura del hermano de Sara. La hostilidad de Tom Leijon hacia Johanna como persona de apoyo era de esperar, pero lo peor era su torpeza respecto a Sara.

Sara puso la denuncia, cosa que estaba bien. Tal vez ayudada por su hermano.

Todos sabían que las mujeres violadas esperaban demasiado tiempo antes de denunciar los hechos. Sentían vergüenza, regresaban a casa y se duchaban. Lavaban la ropa. Esperaban uno o dos días, dejaban que la vergüenza las destrozara. A veces se armaban de coraje y lo denunciaban después. La labor policial resultaba casi imposible debido a que se habían destruido evidencias. Precisamente por esa razón Johanna solía moverse por las comisarías y los hospitales. Si lograba persuadir a la víctima de que pusiera la denuncia de inmediato, había más probabilidades de una demanda judicial.

Johanna reflexionó. Ese era uno de los puntos fuertes en el caso de Sara Leijon. Llegó con la ropa rasgada y con sangre en la zona vaginal. Tenía fluidos corporales esparcidos por todo el cuerpo. El médico encontró incluso restos de

semen en un oído.

Johanna había asistido un par de meses antes a una conferencia a cargo de un experto en las violaciones en grupo. Dicho investigador habló del preocupante cambio de actitud entre los jóvenes. Muchas chicas asumían en mayor o menor medida que se exponían a que las violaran cuando estaban bajo los efectos del alcohol en una fiesta. Era una idea que por algún motivo siempre estaba presente. Aun así, las chicas bebían más que nunca.

El hecho de que la maquinaria legal funcionara como lo hacía no mejoraba las cosas. Un tribunal debía ser imparcial y valorar solo las pruebas, pero el temor del tribunal a no hacer juicios objetivos cuando se trataba de delitos violentos contra las mujeres producía con frecuencia el resultado contrario. Johanna se daba cuenta de que a la mayoría de la gente le indignaba que los delincuentes fueran absueltos, y a ella misma le parecía absurdo, pero el sistema no estaba adaptado a las víctimas.

Fue por todo eso por lo que Johanna recurrió al Servicio de Asistencia a Víctimas de Delito. Creía en la justicia. El sistema seguía sus propias reglas, y lo que más le molestaba era que no se cumplieran las leyes y las normas establecidas.

Y, además, había encontrado a Sara Leijon.

—¿Cómo te fue con el fiscal?

Alex y Nina estaban en un restaurante indio de la zona sur. En la barra se oía el rumor de un acuario. El cristal tenía un tono verde oscuro debido a las algas y unos cansados peces de colores nadaban en la penumbra.

Nina partió un trozo de pan *naan* y se lo llevó a la boca con gesto pensativo.

—Creo que ha ido bien —dijo—. El fiscal no es demasiado diligente, por lo que no pudo decidir si debía o no solicitar el procesamiento. Pero de todos modos van a interrogar a los violadores.

—¿Cuándo?

—En un par de días. Lo haré yo misma —añadió con gesto sombrío.

—¿No va a resultarte duro?

—Iré a por ellos directamente.

Alex no dijo más. No tenía nada que añadir ante tal comentario. Olió el pollo *vindaloo* que acababan de servirle y se preguntó cómo le sentaría. El hombre que estaba detrás del mostrador le advirtió de que estaba picante. Alex respiró hondo

y dio un mordisco.

—Entonces, ¿cuándo tomará el fiscal la decisión?

Nina dejó los cubiertos.

—Desde un punto de vista técnico, la decisión de dictar auto de procesamiento la toma el tribunal, pero por lo general se hace a petición del fiscal. Eso espero. Lo hace cuando está seguro de ganar el caso.

—¿Puede llegar a estar completamente seguro?

—No, pero se parte del principio de que los acusados ante los tribunales suecos son culpables. Hay excepciones, por supuesto, pero si han llegado a juicio es porque lo son. Muchos culpables de delito no llegan a los tribunales cuando la fiscalía considera que va a haber problemas con las pruebas. Entonces se los deja en libertad.

A Alex le parecía que el indio había exagerado los riesgos del *vindaloo*. En realidad no lo encontraba tan picante.

—¿Así que solo se juega cuando se está seguro de ganar? Pero ¿estás segura de que son culpables?

—Absolutamente —asintió Nina—. No necesito interrogarles para saberlo. Lo siento aquí —dijo poniéndose la mano en el pecho—. Después de conocer a la chica, simplemente lo sé.

—¿Y cómo vas a convencer al fiscal?

Ella dejó los cubiertos y ladeó la cabeza.

—Ahí es donde intervienes tú, el consultor más atractivo de Suecia —dijo señalándolo y entornando los ojos.

Él se echó a reír. Al menos el humor volvía a estar presente en un nivel aceptable. La sonrisa de Nina lo reconfortó, como de costumbre.

—Yo no sé nada de leyes.

—Pero sí de personas.

—¿Ah, sí? Podemos intentarlo. ¿Color del fiscal?

Ella pensó un momento.

—Amarillo, al menos a grandes rasgos. Pero a la vez tiene bastante miedo al conflicto. Puede ser amarillo y verde. ¿O verde y amarillo? ¿Cómo puede saberse?

—Tal vez no sea importante. ¿Tiene dudas porque no sabe si podrá ganar el juicio?

—Exacto.

—¿Pero dictará auto de procesamiento si tus argumentos son lo bastante

fuertes? —preguntó él.

—Claro que sí. Pero no hay nada tan intenso como un juicio por violación. Todo el proceso está asociado al malestar y a la vergüenza. Todos se sienten mal por estar involucrados en ese tipo de casos. Probablemente lo más inquietante sea cuando la víctima es un niño. Bueno, una violación es una violación. Pero a veces no se dicta auto de procesamiento por consideración a la víctima —explicó Nina.

Alex levantó las cejas.

—¿A la víctima?

—Cuando se considera que la víctima va a sufrir en el juicio a causa de la dureza de la defensa.

Alex la miró por un momento. Nunca lo había analizado de ese modo. Pero ella tenía razón en una cosa: una violación hacía que hasta él se sintiera mal.

—Me gustaría que me lo explicaras con más detalle. ¿No hay que proceder cuando se cree que se ha cometido un delito?

—En teoría sí. Pero hay tantos casos con los que trabajar que a veces algunos se nos escapan. Cuando, por ejemplo, un caso parece dudoso porque una de las víctimas de violación es demasiado débil, se busca otra causa en la que pueda haber más posibilidades de ganar. No hay tiempo para cumplir todos los objetivos, simplemente es así. Se cometen delitos de manera continua. En todas partes. En Suecia hay una alta tasa de criminalidad.

—Entonces, ¿cómo vas a convencerlo de que merece la pena invertir tiempo en esta causa? Me refiero al fiscal.

—Me preguntas cómo se convence a una persona del tipo amarillo-verde.

—Sí, por ejemplo.

—Lo convenceré por medio de… argumentos emocionales. Haciéndole entender que no debe dejar a la chica en la estacada, que tiene que tener en cuenta el punto de vista humano.

Miró a Alex a los ojos.

—¿Está picante?

Él se encogió de hombros.

—Sigo sin saber nada de leyes. ¿Qué aspecto tienen los sentimientos que le influyen personalmente en esta causa?

—Me comentó que por lo general no le parecía que estas causas fueran divertidas —dijo Nina resoplando.

—¿Y crees que si logras demostrarle que puede resultar divertido se

embarcaría en el caso?

Entonces fue ella la que se encogió de hombros.

—¿Qué le resulta divertido?

—Ganar —dijo ella enseguida.

—¿Pero no era poco favorable?

—Ha perdido juicios similares antes. Además contra determinados abogados.

Alex asintió con la cabeza.

—De modo que si tuviera la oportunidad de devolverles el golpe a esos abogados en otro combate, por así decirlo, ¿significaría un triunfo para el fiscal?

Nina cogió un poco más de pan.

—Suena muy banal, pero en mi opinión sí lo sería. Pero aunque tenga un gran ego no es imbécil. La mayoría de los fiscales que he conocido han sido muy competentes. Ramén sobrevivió a cuatro agotadores años de estudios de Derecho.

Alex reflexionó unos momentos.

—Estimúlale el ego. Ponlo a prueba. Dile cosas como que si tiene miedo a perder no dictará auto de enjuiciamiento. Obviamente se inclinará hacia lo seguro si así se siente mejor. Pero recuérdale que estaría bien que les diera una buena lección a los abogados.

—No sabemos qué abogados van a hacerse cargo de la defensa.

—Inténtalo. Ínflale el ego. Pero si es más verde que amarillo tal vez no funcione.

Nina lo miró por encima de las gafas.

—Tú sabes mucho de eso. Eres un experto.

Guardaron silencio un momento pensando cada uno en sus cosas. Luego Nina dijo:

—Hay algo que no entiendo. Lo que Sara contó era tan repugnante, tan terrible. Todo lo que le hicieron. ¿Por qué no se defendió?

—El instinto más fuerte de una persona es el de la supervivencia. No hay nada que lo supere. Si crees que tu vida corre peligro, haces todo para mantenerte vivo.

—¿Entonces ella pudo pensar que la iban a matar?

—Seguro que lo consideró como algo completamente factible.

Nina se puso los brazos alrededor del cuerpo y miró a Alex a los ojos.

Capítulo 14

—Soy Johanna, del Servicio de Asistencia a Víctimas de Delito.

Tom sintió que todo su cuerpo se ponía rígido y sujetó el auricular con más fuerza. Estaba sentado en la cocina, intentando trabajar con un ordenador que no funcionaba bien. Tenía la mesa llena de papeles y tazas de café. Debía pagar las facturas del mes y no podía iniciar sesión en la página del banco Nordea.

Recordó la última llamada telefónica que había mantenido con Sara, cuando la llamó para interesarse por cómo estaba y ella le respondió con evasivas. No sabía qué reacción cabía esperar y no conseguía saber si la que obtuvo era normal.

—¿Cómo van las cosas? —le preguntó en aquella ocasión.

—¿A ti qué te parece? —suspiró ella—. Mal; fatal diría yo.

Él tragó saliva.

—Qué fastidio —dijo.

—Humm.

—¿Puedes dormir?

Ella volvió a suspirar.

—¿Cómo voy a dormir?

Tom buscó las palabras.

—¿Qué haces? ¿Estás viendo la tele o…?

—Nada —respondió ella en tono desabrido—. No hago nada.

—¿Has hablado con…?

—Ni loca. Olvídalo.

Es decir, que no había hablado con sus padres. Él la entendía. Tom no quería acercarse a aquella zona llena de recuerdos que fue el motivo por el que se marchó de la comisaría. Ella no lo iba a entender. Ni siquiera él lo lograba.

Pero su interlocutora no dijo nada respecto a eso.

—¿Me acerco un rato? —le preguntó él.

—¿Cómo voy a saber lo que tienes que hacer? —espetó Sara y luego colgó.

Tom pensó que en realidad ella no le ponía fáciles las cosas. Conocía ese comportamiento lo suficiente, pero ¿qué pretendía con ello?

Volvió al presente.

—¿Y bien? —dijo a Johanna, expectante.

—Solo quería oír cómo te iban las cosas —contestó esta.

Tom carraspeó y agarró con firmeza el auricular. Dejó el portátil a un lado, entre un montón de recibos bancarios.

—Yo no he estado metido en ningún lío, así que por mi parte las cosas están bien.

—Sí, pero… —dijo ella vacilante—. Es bastante habitual que los familiares de la víctima necesiten también cierto apoyo.

—No de ti —respondió Tom y se dio cuenta del tono despectivo de su voz.

—Solo quería saber cómo estabas —añadió Johanna.

Tom resopló. Respiró hondo y agarró el auricular con tal fuerza que oyó crujir el plástico.

—Agradecemos tu ayuda en la comisaría —dijo él—, pero ahora podemos arreglárnoslas. Muchas gracias.

Al otro extremo de la línea, Johanna contuvo la respiración. Sin duda debería explicarle ciertos detalles a aquel hombre tan obstinado. Como, por ejemplo, que no tendría que haber abandonado a su propia hermana cuando la habían violado. O que a veces quizá habría que reparar en los demás, que pueden tener mayores problemas que uno mismo.

Decidió hacer un intento más.

—Es difícil obtener ayuda profesional…

—Ella no necesita ayuda, ¿entiendes? —la interrumpió Tom—. Lo superará. En cuanto pueda descansar, estará mejor.

—Sara debe descansar, por supuesto, pero también precisa alguien con quien hablar. Tiene que procesar esto, lo necesita.

—¿Qué coño te has creído? ¿Que voy a hablar contigo de esto? ¡Ni siquiera te conozco!

—Tom —dijo Johanna en un tono de voz no demasiado firme—, no se puede esconder una violación debajo de la alfombra. Sara tiene que procesarla para poder dejarla atrás.

Se abrió una especie de agujero negro y Tom hubiera querido que lo absorbiera e hiciera desaparecer la situación en su interior. No soportaba esa compasión, esos cuidados bienintencionados. ¿Realmente creía que iba a exponerse ante ella? Era demasiado. Colgó el teléfono.

Sara estaba duchándose por tercera vez esa mañana. Sentía las frías baldosas de piedra gris bajo los pies, a pesar del agua caliente. No sabía bien qué esperaba. Tal vez que iba a volver a experimentar la violación una y otra vez, pero no era así. Estaba como aturdida, como si una niebla blanquecina ocultara sus recuerdos. Se concentró en lo que ocurrió después. Recordaba con nitidez su paso por la comisaría, también el momento del reconocimiento médico le causaba un dolor especial.

Y Tom. Apenas se atrevía a pensar en él. Ya sabía que no era nada buena para relacionarse con otros y que se había peleado con la gente a lo largo de los años, pero no esperaba eso de él. Podría haber hecho un esfuerzo y no limitarse a preguntarle «cómo estás».

Le daba asco su propio cuerpo. No podía mirarse en el espejo sin apartar la mirada. No eran solo los hematomas. No soportaba verse los pechos desnudos. Siempre habían atraído la mirada de los hombres y por lo general le habían ocasionado problemas. Por un momento los odió. Y odiaba haberse depilado las ingles. Se agobiaba al pensar que esos cerdos la habían visto de ese modo. No lo haría más.

Pero enseguida se enfureció al pensarlo y le entraron unas ganas enormes de salir a la calle con la falda más corta y el escote más pronunciado que tuviera. ¡Dejaría el sujetador y las bragas en casa, eso iba a hacer! ¿No hacía lo que quería?

El vapor del agua inundaba el cuarto de baño. Ignoraba el tiempo que llevaba bajo la ducha. No podía quitarse el olor y esa sensación de malestar por más que frotara. Aun así no podía evitarlo.

Lo mismo sucedía con el apartamento. Llevaba limpiándolo desde las cuatro de la mañana, pero le parecía que el suelo seguía estando sucio. Todo a su alrededor le parecía sucio y repugnante.

Capítulo 15

—Y bien, ¿qué piensas hacer? —preguntó ella.

Ramén encontró la mirada de Nina y tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—De acuerdo, haré lo siguiente. Es muy probable que pueda convencer al tribunal de dictar auto de procesamiento. Sin embargo, hay un par de escollos.

Nina se inclinó sobre la mesa.

—Entonces habrá que resolverlos. ¿Cuáles son?

—En primer lugar, últimamente hemos tenido una serie de casos similares. Parece que haya habido una especie de incremento de la violación en grupo.

—¿Qué relación guarda eso con nuestro tema? Solo significa que es importante tomarse aún más en serio los objetivos.

—Ahora los juzgados están un poco hartos de estas cosas.

Nina se reclinó en la silla, cruzó los brazos y ladeó levemente la cabeza.

—Pero tú no compartes tales argumentos. Sé lo que defiendes.

Ramén se enderezó.

—Desde luego. Voy a encargarme de esto inmediatamente.

—¿Cuál es el otro escollo?

—Bueno…, es de otro tipo. Ha habido una sucesión de llamadas de la familia de uno de los presuntos culpables.

—¿No hablarás en serio? —dijo Nina poniendo los ojos en blanco.

—Según parece, Jisander procede de una familia en la que prefieren no tener que ver con ese tipo de cosas.

—¡Maldita sea! —exclamó ella golpeando la mesa con la palma de la mano —. Ya es un poco tarde para pensar en su reputación.

Ramén levantó las manos intentando calmarla.

—Solo quería mencionarlo. Va a complicarlo todo.

Nina decidió utilizar parte de la técnica clásica de interrogatorio con el indeciso fiscal. Volvió a recostarse y permaneció sentada sin decir nada.

—Aunque está claro que no suelo echarme atrás ante estas cosas, como ya has dicho.

Hizo una pausa. Sacó un bolígrafo y empezó a morderlo.

—Creo que puedo convencer al tribunal. Esta tarde tengo que presentar un par de casos más —dijo mirando a Nina.

Ella arqueó las cejas y se quedó esperando que añadiera algo.

—Así que iré hoy, por supuesto. Está bastante claro, ¿no?

—¿No tienes miedo a perder?

—No, no. En absoluto.

Se quedó pensativo un momento y luego cerró la carpeta.

—Sí, voy a hacerlo. Intentaré dictar auto de enjuiciamiento.

Nina se puso en pie.

Ramén también lo hizo.

—Una pregunta —dijo mostrando de repente una amplia sonrisa mientras apoyaba una mano en el hombro de ella—, ¿has almorzado ya?

Acababan de recoger la mesa después de la cena y estaban sentados en la cocina tomando café. Nina recordó que hacía mucho tiempo que no estaban juntos allí. Por lo general se veían en casa de Alex. Sin duda el piso de él era más espacioso, más agradable, estaba mejor situado y tenía todo lo necesario, pero aun así… Nueve de cada diez veces todo parecía rutina. Y ella se preguntó por qué había elegido mentalmente esa palabra en concreto.

Rutina, como una costumbre. ¿Era eso lo que iba a suceder con aquella relación? Nina disfrutaba de verdad de su compañía, y pocos de los hombres con los que había tenido una relación tenían tanta seguridad en sí mismos como Alex. Su confianza en sí mismo y su paz interior eran algo que la seguía atrayendo como cuando lo conoció. Pero no podía describir bien qué tipo de relación tenían.

De alguna manera le parecía que no lo conocía mejor que hace seis meses. Había una amplia zona alrededor de Alex inaccesible para ella. No estaba segura de que fuera malo del todo, pero a veces le gustaría que fuese más espontáneo. Más o menos como el fiscal. Durante el almuerzo con Ramén, Nina se rio a

carcajadas de sus payasadas y respecto al descarado coqueteo de él no cabía ninguna otra interpretación. Hizo que se sintiera de buen humor. Aunque ella nunca lo reconocería.

—¿Qué tal te fue con el fiscal? ¿Prestó atención? —quiso saber Alex tomando un sorbo de café.

Ella retornó a la realidad.

—Creo que sí. Generalmente no dice lo que hace, hay que averiguarlo después. Pero tiene intención de llevarlo a juicio. A mí me resulta difícil no pensar en esa pobre chica.

Alex giró la cabeza y la miró.

—Creo que nunca te había visto tan involucrada emocionalmente en un caso —reconoció.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo voy a evitar involucrarme emocionalmente?

En ese momento, él deslizó la mirada por la mesa y luego miró el suelo.

—No era una crítica —dijo con voz tranquila.

—Pero podrías mostrar cierto interés. ¿Puedes dejar de ser consultor y convertirte en una persona normal por una sola vez? —espetó furiosa.

Se limitó a mirarla. Nina se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. No era culpa suya que estuviera molesta.

Él se puso en pie de repente y abandonó la habitación sin decir una palabra.

—¡Espera! —exclamó—. ¡Alex!

Ella también se puso en pie, sin saber qué hacer. Él, siempre tan lógico y racional, el que mantenía la calma en cualquier situación. Y en ese momento se acababa de marchar.

¡Maldita sea!, se dijo.

Mientras ella permanecía de pie junto a la mesa, con la taza de café todavía en la mano, Alex regresó. Entró en la cocina y la miró a los ojos. Nina se dio cuenta de que nunca lo había visto así. Su rostro reflejaba de repente mucho cansancio. Parecía que alguien hubiera retirado la batería que proporcionaba energía a todos sus músculos. Tenía los hombros encogidos. Y un aspecto triste.

Todo el enfado de ella se esfumó en un momento.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Él la miró.

—Yo… —respondió.

Luego guardó silencio. Miró hacia el techo. Parpadeó un par de veces.

—A Nicole la violaron —dijo.

Después volvió a salir.
Nina bajó la vista. Contuvo la respiración.
Nicole, su hermana, pensó.

Capítulo 16

Cuando llegó a la comisaría junto a su abogado, Mustafá Mahmud no tenía ya el mismo aspecto de insolencia que cuando Nina fue a buscarlo. La humildad y Mahmud no tenían nada que ver, pero al menos ahora se le habían bajado un poco los humos. Probablemente el abogado había hecho su trabajo. Una actitud demasiado arrogante no solía facilitar las cosas en un interrogatorio policial.

El abogado Nilson se tomaba su trabajo muy en serio y nunca se mostraba inabordable. Sabía que tenía que colaborar con la policía para llegar a alguna parte. También era consciente de que algunos de sus clientes no eran precisamente unos angelitos, pero ¿quién iba a defenderlos si no lo hacía él? Existía un sistema legal que establecía que todo el mundo merece un juicio justo.

Los recibió el comisario Hellmark, el hombre más corpulento que Nilson había visto en su vida, y les indicó que entraran en una sala de interrogatorios. Allí estaba esperando Nina Mander, que como ya sabía fue la que encontró a la víctima —la presunta víctima, pensó Nilson—, y también la que llevó a su cliente al primer interrogatorio. Era atractiva, alta, llevaba corbata. Él debía procurar no dejarse engañar por su aspecto físico. Suponía que tendría una mente ágil y sería bastante más dura de lo que parecía.

Mahmud se sentó frente a Nina y entornó los ojos. Ella no revelaba lo más mínimo lo que pensaba ni lo que sentía.

Muy profesional, pensó Nilson. Eso le gustaba.

Hellmark tomó el mando directamente.

—Bueno, tu cliente es sospechoso de los delitos de violación, privación de libertad sexual y malos tratos. El propósito de este interrogatorio es averiguar lo que ocurrió en… —dijo revisando el archivo hasta que dio con lo que buscaba— … en el apartamento de Sonny Hansson.

Nilson levantó la mano.

—Sí, ya he oído a mi cliente. No hay mucho que decir. No niega el hecho de que estaba allí en ese momento ni que mantuvo relaciones sexuales con la mujer.

Se refería a Sara Leijon como «la mujer». No era conveniente llamarla «la joven», como suponía que haría el fiscal habitualmente, ya que eso la hacía parecer de poca edad a los ojos de los demás y, por lo tanto, más vulnerable. Se trataba de un simple juego de palabras, pero tal vez hubiera un juicio en algún momento y para entonces era importante haber establecido la expresión correcta. De hecho, había cumplido veinte años, así que era más una mujer que una chica.

Hellmark miró a Mahmud.

—Entonces, ¿por qué negaste que habías visto a Sara Leijon? Cuando el inspector Mander fue a buscarte, dijiste que no habías estado en el piso y tu pareja lo confirmó. ¿A qué se debió?

Nilson se volvió hacia Mahmud. Descubrir que mentía no era el mejor comienzo.

—Cabe suponer que mi cliente estuviera confundido por el hecho de que la policía apareciera de repente.

Iba a resultar difícil. Hellmark vio que sonreía.

Sin embargo, Hellmark no sonrió. Miró directamente a Mahmud, consciente de que representaba un papel que era intimidante en cierto modo. Él solía reprimirse para no asustar a la gente, pero en aquella ocasión más bien se envalentonó. Mahmud miró al suelo.

—En lo sucesivo nos ceñiremos a la verdad —dijo Hellmark—. ¿Podría tener la amabilidad de contar qué ocurrió?

Nilson hizo una señal a Mahmud y este se aclaró la voz.

—Sí, me encontré con estos chicos a los que conozco, aunque no mucho. Estábamos bebiendo cerveza y hablando y pasaba mucha gente por allí, más o menos eso. Luego llegaron las chicas.

—¿Qué chicas?

—Las chicas esas. No sabía cómo se llamaban.

—¿No os lo dijeron?

Mahmud se encogió de hombros.

—Tal vez sí.

—¿Y luego?

—Estuvimos hablando varias horas, bebiendo cerveza. Ella bebió también, la chica esa. Y mucho.

—¿Cuánto diría que bebió?

—Más que yo.

Nina tomó nota. Por el momento no había nada raro.

—Continúe.

—Luego alguien propuso que fuéramos a casa de Sonny a continuar la fiesta.

—¿Recuerda quién fue?

—No estoy seguro. Sí, creo que fue Sonny. No lo recuerdo bien.

Hellmark se puso a tamborilear con los dedos en la mesa.

—¿Qué pasó cuando fuisteis a casa de Sonny?

—Pues… Challe y yo fuimos delante.

—¿Y eso a qué se debió?

—¿Qué?

—¿Por qué fuisteis delante? ¿No era mejor ir juntos?

—Sí…

Entonces guardó silencio.

Hellmark miró al abogado Nilson.

—¿Le puedo dar un consejo a tu cliente? —preguntó cansado ya de tanto rodeos.

—Sí, por supuesto.

—Ya tenemos una descripción muy buena acerca de cómo sucedió, así que lo mejor es que diga las cosas como son. Ahorraría mucho tiempo.

—Di cómo sucedieron las cosas exactamente —pidió Nilson a Mahmud.

—Nos adelantamos para preparar las cosas y eso.

—¿Qué había que preparar?

—Más bebida.

Hellmark pensó que Nilson le facilitaba en cierto modo las cosas. Instaba al cliente a que dijera lo que había ocurrido. De manera exacta además, pero no se inmutaba ante las evidentes mentiras.

—Pero ¿por qué no os acompañó Sonny? Era su apartamento. La verdad es que es un poco raro.

—Yo qué sé. No recuerdo quién decía las cosas. Desde un principio no fue idea mía.

—A continuación llegó la chica con Alí Huseín y Sonny Hansson. ¿Cuándo empezó la fiesta después de llegar ella?

Mahmud tragó saliva. Miró a su abogado en busca de apoyo. Un error, ya que solo demostraba que le resultaba difícil decir las cosas tal como eran porque la verdad no resultaba demasiado atractiva. Hellmark volvió a señalar a Nilson.

Nilson hizo un gesto con la mano indicándole que siguiera hablando.

—Fueron menos de… diez minutos.

—Según otro testimonio fue menos de un minuto. ¿Cómo puedes explicarlo?

Pero probablemente Mahmud no lo podía explicar, tal vez ni siquiera quisiera intentarlo. Si reconocía que, en el momento en que Sara atravesó la puerta, empezaron a arrancarle la ropa, no terminaría bien. Hellmark sabía que no era habitual que las mujeres estuvieran dispuestas a hacer algo así. Y suponía que Mahmud también lo sabía.

—No lo recuerdo.

Hellmark se centró en la intención en vez de en quién hizo qué durante la secuencia de violación prolongada. Pero Mahmud lo hizo bien mencionando su mala memoria. Aportaba consistencia.

Respecto al acto sexual en sí, no había visto nada raro. Nadie sujetó a Sara, nadie la forzó. Sí, claro que hubo sexo oral, vaginal y anal, pero él no oyó que protestara y menos aún que gritara. ¿Realmente no la oyó protestar ni una sola vez? No, no se dio cuenta de nada. Pero tampoco estuvo todo el tiempo allí, se salió un par de veces para enviar un mensaje a casa.

Al percibir la actitud que Mahmud había adoptado, Hellmark dio por concluido el interrogatorio y pidió a Nilson y a su cliente que se retiraran.

Capítulo 17

Sonny Hansson pasó la mano por la pared y se sentó lentamente sin mirar a nadie a los ojos. Nunca lo habían fichado en una investigación criminal y estaba asustado.

En cambio su abogado estaba lejos de tener miedo.

Klingspor saludó apretando todo lo fuerte que pudo las manos de los agentes de policía. A Nina no la impresionó. Podía reconocer a un trepa obstinado nada más verlo.

—Para empezar quiero decir que mi cliente niega todo lo concerniente a violaciones o cualquier otra cosa que pueda estar vinculada a la coacción.

El comisario Hellmark le lanzó una dura mirada. No dijo nada.

—Por lo tanto es totalmente inocente y debería ser descartado de la investigación.

Hellmark seguía sin decir nada.

Klingspor miró a Hellmark, luego a Nina y después a Hellmark de nuevo.

—¿Y bien?

—¿Puede decirlo él mismo? —preguntó Hellmark—. ¿Con sus propias palabras?

—Por supuesto que sí. Sonny, diles que eres inocente.

—Soy inocente —respondió Sonny.

Hellmark no se pudo callar.

—¿De qué eres inocente? —dijo en tono suave.

—De eso —contestó Sonny todavía sin mirar a nadie a los ojos.

—¿Eso? No tenemos ningún dato acerca de «eso». ¿Significa que eres culpable de todo lo demás?

—¿Cómo?

—No vengas ahora con esos trucos —se quejó Klingspor—. Mi cliente es inocente de lo que se le acusa.

—Por supuesto —gruñó Hellmark—. Entonces sin duda nos dirá con mucho gusto por qué está sentado aquí. Tenemos un par de preguntas. Por ejemplo, ¿qué sucedió cuando se decidió que Jisander fuera a tu casa por separado?

—Sí, resulta que a Sonny le quedaba cerveza en el vaso y además andaba por ahí con unos antiguos compañeros de trabajo, así que envió delante a otros dos en un taxi. Le dio la llave a Charles Jisander, lo que no es raro porque se conocen desde hace tiempo y tienen confianza.

Hellmark miró a Klingspor.

—Tú eres el abogado, ¿no?

—Sí, soy el abogado.

—¿Entonces no eres el cliente? Porque ahora estáis en la comisaría y aquí cada uno tiene que responder por sí mismo. Cuando le formulo una pregunta a Sonny espero que la conteste él.

—Yo solo hice un resumen de la situación.

—Tú no estabas allí y no sabes nada de lo que ocurrió.

—No seas ridículo. Mi cliente lo ha explicado todo, así que tengo una idea muy exacta de cómo sucedieron las cosas.

—Y ahora vamos a dejar que Sonny lo cuente todo con sus propias palabras. ¿Entiendes lo que digo?

Klingspor le lanzó una mirada furiosa, pero no dijo nada. Se dirigió a Sonny.

—Fue exactamente como ha dicho. Yo estaba hablando con unos colegas y le di la llave a Charles.

—¿No tuvo nada que ver que ella no quisiera irse con los cuatro?

—No lo creo. Ella quería.

—¿Qué quería?

—Follar. Quería follar.

Se oyó un leve suspiro de Klingspor.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo dijo ella?

—No recuerdo lo que dijo cada uno.

—Espere un momento —intervino Nina, volviéndose hacia Klingspor—, ¿alguien dijo que Sara quería tener sexo con los cuatro pero no sabe quién fue?

—Más o menos eso.

—¿Entonces pudo ser alguien que no fuera la propia Sara?

—No —dijo Klingspor—. No pudo ser. Fue la chica la que lo dijo.

—¿Te puedes callar? —rugió Hellmark de tal manera que todos los que estaban allí se sobresaltaron—. Ahora estoy hablando con tu cliente.

Klingspor se cruzó de brazos y logró permanecer en silencio varios minutos.

Al final, Hansson llegó a la conclusión de que probablemente fue Charles quien dijo que la chica quería tener relaciones sexuales con todos ellos y que solo era cuestión de organizar el modo de entrar en el apartamento y ponerse manos a la obra.

Nina tomó nota. Eso no coincidía con lo que Sara había dicho. Charles Jisander era de alguna forma más proactivo. Revisaron los hechos ocurridos, pero la imagen que transmitió Hansson era muy similar a la de Mahmud.

Klingspor no le estrechó la mano cuando abandonó la sala de interrogatorios.

Capítulo 18

El único que mostraba algún síntoma de arrepentimiento era Alí Huseín, el tercero de ellos, aunque su abogado lo incitaba a que se declarara inocente.

Mikael Johnson defendía a Alí Huseín. Johnson ejercía de abogado desde hacía por lo menos treinta años y no había ningún tipo de juicio en el que no hubiera participado. Sus armas eran una firme voz de barítono que junto con su melena gris plateada y sus trajes de corte elegante le daban un aspecto que inspiraba confianza y seguridad. Un hombre maduro entrañable que en cuanto lo oías hablar creías que podías confiar en él.

—¿Así que puedes contarnos algo de lo que hemos venido a hablar aquí? —preguntó Hellmark logrando mostrar una sonrisa.

Johnson hizo un gesto alentador a Huseín.

Huseín describió con toda claridad que había salido con Mahmud, que era pariente lejano suyo y que luego se les unieron Hansson y Jisander, a los que Huseín no conocía. Que estuvieron bebiendo cerveza y que poco después se incorporaron dos chicas jóvenes muy simpáticas. Ellas también bebieron bastante cerveza, pero él no le dio importancia al hecho de que Sara estuviera borracha. Era más que evidente.

—¿Así que al final alguien decidió que fuerais a casa de Hansson para hacer una pequeña fiesta?

—Sí, fue idea de Charles Jisander. Insistió mucho. Quería llevarse a toda costa a alguna de las chicas.

—¿A cuál de ellas? —preguntó Nina.

—Yo diría que a la rubia, a Mari. Parecía muy interesado en que fuera ella. Pero primero se sentó la otra un buen rato en sus rodillas. Yo no entendía muy bien qué ocurría.

Nina y Hellmark se miraron. Ella se dio cuenta de que Hellmark se estaba aburriendo. Para él era algo demasiado habitual. Estaba acostumbrado a trabajar con casos más complicados y ella no sabía por qué motivo la ayudaba con eso. Pero se lo agradecía. Su aplomo hacía maravillas en esa sala.

—¿Por qué se fueron por separado usted, Sara y Hansson?

—Buenooo —respondió Huseín y parecía que realmente estaba pensando mientras fijaba la mirada en un punto de la mesa—. Jisander y Mustafá se adelantaron, pero no sé realmente por qué.

—Adivínelo —dijo Nina animándolo.

—Disculpa que interrumpa —dijo el abogado Johnson—, pero Alí no podía saber lo que pensaban los otros. Creo que intenta cooperar, pero solo son conjeturas.

—Sin embargo, sería útil oír esas conjeturas —respondió Hellmark dirigiéndose a Huseín—. Vamos.

—Tal vez no nos hubiera acompañado de no ser así. Es decir, con cuatro chicos…

No hizo falta nada más. Todos entendieron a qué se refería. Obviamente, Sara no se hubiera ido con los cuatro.

Igual que le había ocurrido otras veces, a Nina le pareció que los violadores no tenían el aspecto que uno cree. ¿Cómo se reconocía a un violador? ¿Era posible? ¿Cómo son físicamente los hombres que violan y maltratan a sus esposas? Son como otro hombre cualquiera. Como tu vecino, como el hijo del vecino, como el compañero con el que trabajas.

No todos los hombres son violadores, por supuesto, pero sí los hay de todos los tipos, incluyendo a los bien educados, a los chicos atractivos y aseados que visten ropa cara y son amables. Al pensar en Sonny Hansson y en Mustafá Mahmud le pareció que encajaban en el estereotipo. Su actitud era la que cabía esperar de ellos.

Oye, yo no hice nada malo.

Ella se lo buscó.

Pero Alí Huseín no era así, definitivamente. Iba aseado, bien afeitado y arreglado. Se comportaba como un caballero, escuchaba lo que ella le decía y también a Hellmark y a su abogado. Pero le engañaron y se metió en eso.

Nina maldijo en voz baja. No quería pensar así, pero tenía la sensación de que Huseín en el fondo tenía disculpa para todo. No hablaba de Sara ni de otras mujeres de modo despectivo. Era un chico agradable que había frecuentado

malas compañías. Eso no le disculpaba ante sus ojos, pero resultaba más difícil odiarlo por lo que había hecho.

—¿Qué te parece ese muchacho? —quiso saber Nina cuando finalizaron el interrogatorio con el arrepentido Alí Huseín.

Hellmark se frotó los ojos. Sus mejillas habían empezado a adquirir un tono oscuro y tenía los hombros más caídos.

—No estoy seguro —confesó—. Es uno de esos chicos en los que por lo general no te fijas, de los que saben cuidarse. Pero es interesante lo que ha dicho de Jisander.

—¿Que Jisander lo obligó?

—Sí. Me refiero a que si uno da con ese tipo de compañías puede retirarse, puede marcharse de allí. No tiene que participar en esas bajezas.

—Es el tercero que ha dicho que Jisander fue quien los empujó, que parece que es el que tiene más mano dura y que incluso presionó a los demás para que trataran peor a Sara y fueran más violentos con ella.

Hellmark puso sus zapatos del cuarenta y ocho encima de la mesa.

—Voy a ir al fiscal con Jisander.

—¿Podemos detenerle?

—¿Te refieres a obtener una orden judicial? No lo sé. Haré un par de llamadas.

Dieron por concluida la jornada. Jisander estaba citado para el día siguiente y convenía estar preparado. Nina acababa de recibir información acerca de quién era el abogado de Jisander, y eran malas noticias.

Muy malas.

Capítulo 19

Hacía casi un año que en el Kanal 5 emitieron un *reality* sobre la vida en Sandhamn, en el archipiélago de Estocolmo, y uno de los participantes era Charles Jisander. Se le pudo ver todas las semanas por la televisión echando champán por encima de él y de varias personas más, casi todas en estado de embriaguez y en su mayoría mujeres muy jóvenes. Después de eso, Sonny Hansson —que era compañero suyo de la infancia— volvió a ponerse en contacto con él y se vieron algunas veces, aunque en la actualidad la vida de ambos era muy distinta. A Sonny le parecía que Charles era estupendo y no tenía inconveniente en bailarle el agua. Charles solo tenía una razón para buscar la compañía de Sonny, y era que con él se sentía mucho mejor. Pero no tenía la menor intención de presentar a Sonny al resto de sus amistades.

Lo que estaba menos claro era el modo en que conoció a Mustafá Mahmud, pero la teoría de la policía era que se trató de un asunto de drogas, principalmente cocaína. Lo que no se sabía aún era quién se la vendió a quién.

No solo el dinero diferenciaba a Jisander de los otros. También tenía antecedentes penales.

El año anterior había sido acusado de agresión sexual, pero se libró con una multa y lo dejaron en libertad condicional al considerarse que la víctima estaba borracha y no había opuesto suficiente resistencia. La chica en cuestión se fue después de Estocolmo y se desconocía su paradero actual.

Nina sabía que Hellmark había estado hablando con la fiscalía antes del interrogatorio, pero luego no tuvo tiempo de comentarle qué se había dicho. Hellmark le indicó a Nina que no utilizara ninguna de las salas de interrogatorio habituales, ya que sería absurdo provocar que entraran otras personas sin necesidad. Al principio ella no entendió lo que le quería decir, pero supuso que

se trataba de un tipo de problema al que no se había enfrentado antes. Por eso fueron a una de las salas de reuniones de la policía. La habitación no era muy grande, pero tenía ventanas y plantas y acababan de limpiarla. Aún se percibía en el aire un leve olor a Ajax.

En la habitación había cinco personas. Nina miró a Charles Jisander, que estaba sentado al otro lado de la mesa. Iba recién afeitado, bien peinado y llevaba camisa y chaqueta negras. De su cuello colgaba una pesada cadena de oro de grandes eslabones. A su lado estaba sentado un hombre que mostraba con claridad el aspecto que el joven Charles Jisander iba a tener unos treinta años después. El padre tenía el pelo gris y lo llevaba recogido en una coleta que resultaba anticuada. Iba muy bien vestido con traje azul marino y corbata a rayas. Nina vio que le miraba la corbata que se había puesto ella y, por una vez, Hellmark le hizo un gesto alentador por su forma de vestir.

Helen Slättås, la abogada de Jisander, tenía el aspecto que cabe esperar de una abogada de su clase. Traje oscuro y joyas discretas pero caras. Era lo que suele llamarse una abogada de famosos. Asumía casos mediáticos, imposibles y perdidos. Escribía artículos en los periódicos, aparecía en la televisión y se dejaba entrevistar con frecuencia. Era la versión femenina de Leif Silbersky, solo que mucho más sanguinaria.

El comisario Gabriel Hellmark iba con las mangas de la camisa remangadas y miraba desde su asiento a los tres contrincantes. Se percibía que era el que estaba más cómodo de los tres, a pesar de que su aspecto era distinto. Durante los años que llevaba en la policía había interrogado a todo tipo de personas y no le temía a nadie. Nina sospechaba que aguardaba el combate con interés.

Capítulo 20

—Bueno —gruñó Hellmark, que no tardó en intervenir—. Supongo que Charles es totalmente inocente. Está bien, lo arrestaremos de todos modos.

Charles Jisander miró primero a su padre y luego a su abogada, algo que tanto Hellmark como Nina percibieron. Al parecer era con Jisander padre con quien tendrían que lidiar.

Jisander padre se aclaró la voz y se envalentonó un poco.

—Es absolutamente inadmisible que Charles permanezca… detenido —dijo escupiendo la última palabra como si el solo hecho de tener que utilizarla fuera un insulto—. Es inocente y debe quedar en libertad inmediatamente.

—¿Estaba usted allí? —preguntó Hellmark.

—¿Disculpe? —respondió Jisander.

—¿Estaba en el lugar del delito?

—No, obviamente.

—Entonces, ¿cómo puede saber si es o no inocente?

Jisander hizo una mueca.

—¡No ha hecho nunca nada parecido, por lo que sería increíble que fuera culpable de eso!

Hellmark esbozó una sonrisa de lobo.

—Lo que dice no es cierto, ¿verdad?

Acarició la carpeta que tenía a su lado. Todos se imaginaron que contenía documentos referentes a aquella molesta acusación de agresión sexual del año anterior.

Jisander miró a Hellmark, luego dirigió una mirada a Nina, a la que le resultó difícil reprimir la sonrisa. Se había dado cuenta perfectamente de lo que Hellmark estaba haciendo. A su modo, como persona del tipo rojo que era, había

tomado el mando de la conversación de inmediato, demostrando que no tenía intención de aguantar ninguna tontería.

—La cuestión de la responsabilidad se tratará en el juicio, como es natural —terció la abogada—. Lo que queremos decir es que no es preciso someter a Charles a prisión preventiva hasta que se inicie el juicio oral. Por lo general, conlleva meses de espera y no beneficia a nadie que se ejecute.

—El fiscal ha prometido acelerar esto —añadió Nina, solícita—. Se tratará de un mes como mucho.

Slättås sonrió y a Nina le impresionó lo auténtica que parecía. De no saber cómo era en realidad podría haber imaginado que estaba intentando ayudar.

—Charles no tiene condena previa, por lo que no existe motivo alguno para mantenerlo aquí. Comparecerá al inicio de la audiencia, por supuesto —dijo la abogada.

—No ha sido condenado a prisión, pero sí lo han sancionado y ha estado en libertad condicional. Por supuesto que va a comparecer; le conviene quedar libre de sospecha —respondió Hellmark.

—Exactamente —terció Jisander padre, que tal vez creía que se había quedado fuera de la conversación y quería recuperar parte de la iniciativa—. Es inocente —añadió.

Nina sintió en su interior que la irritación iba en aumento. Se inclinó hacia delante y dijo:

—He conocido a la chica a la que Charles violó, y puedo dar fe de que alguien que está aquí presente es culpable de algo; veremos lo que opina el tribunal una vez que se inicie el juicio.

Jisander hijo bajó la vista y la fijó en la mesa, mientras el padre sostuvo la mirada de Nina con un desprecio que casi podía palparse.

Hellmark le apoyó con suavidad una mano en el brazo. Ella respiró hondo y apretó las mandíbulas.

—Es un procedimiento bastante inusual —dijo Slättås—. Lo normal es dejar en libertad a todos antes de la vista.

—Si te refieres a que dejemos en libertad a los *acusados* de violación con vistas al juicio oral, tienes razón en cierto modo —dijo Hellmark—. Pero en este caso parece haber motivos para retener al joven Charles, ya que hay indicios de que fue el impulsor de las reiteradas violaciones. Además, a la fiscalía le preocupa que tal vez ni siquiera aparezca cuando se determine la pena. Charles ha dicho incluso que está dispuesto a ponerse en contacto con la demandante

para disuadirla —añadió después de consultar sus papeles.

Luego miró con dureza a la abogada.

Slättås probablemente quería preguntar quién había dicho qué, pero era demasiado profesional para hacerlo. Sería mostrar debilidad. Además los policías no eran sus adversarios. Se limitó a controlar lo que ya sabía para después elaborar los planes con el fin de lograr la libertad de su cliente. Asintió levemente con la cabeza.

Jisander padre recuperó el valor.

—Entonces pagaremos la fianza.

Todo sucedió a la vez. A Hellmark se le escapó una carcajada, Nina no pudo evitar sonreír y Slättås entornó los ojos. Sacudió la cabeza con tan poca fuerza que Nina no estaba segura de que se hubiera dado cuenta.

—Ve demasiada televisión —dijo Hellmark—. Esto es Suecia. Aquí nadie puede comprar su libertad.

Jisander miró a su alrededor con gesto inseguro.

—¿Helen?

Slättås recogió sus papeles, demostrando que no quería que sus clientes siguieran haciendo el ridículo.

Hellmark se levantó. No había nada más que hablar.

—Nina lo acompañará a la prisión después del interrogatorio —dijo dirigiéndose a Charles Jisander.

El chico miró horrorizado a su padre. No había estado nunca en una celda. Se había limitado a acudir a la comisaría para charlar un momento con la policía, decirles que esa puta se había puesto a su disposición y a la de sus colegas y que era totalmente inocente de lo que se le acusaba. ¡Ya tendría que estar de camino a casa!

—¡Papá!

Jisander padre se puso en pie rápidamente y miró a Hellmark.

—¡Esto es increíble! ¡No lo acepto! ¡Tengo contactos y esto no quedará así!

Nina le entregó la orden de detención a Slättås, que la leyó en silencio. Todos se quedaron mirándola. Ella levantó la vista del papel. No había mucho que añadir. Prisión preventiva a la espera del juicio oral.

Hellmark solucionó todo abandonando la sala. No tenía ganas de discutir sobre el asunto. Estaba claro que no le interesaban los contactos que Jisander pudiera tener.

Nina completó el resto del interrogatorio en el menor tiempo posible.

Charles, con un gesto de suma indignación, se declaró inocente de absolutamente todo.

Nina se preguntó durante el trayecto hacia la prisión si debería ponerle las esposas al violador inocente, pero le pareció que sería un desafío innecesario.

—¿Qué clase de bicho raro era ese? —preguntó Hellmark cuando volvió Nina.

Ella se apoyó en la pared. Estaban en el pasillo junto a la máquina de café en la cuarta planta de la comisaría, sosteniendo cada uno su café dentro de dos vasos, para mitigar la elevada temperatura de la bebida.

—¿Samuel Jisander? He estado mirando, y según parece es uno de esos expertos en finanzas. Tiene una especie de entidad financiera que se dedica a operaciones de *leasing*. Por lo visto se ha hecho con una fortuna y, si puede, la dedicará a sabotear la investigación —dijo.

Hellmark soltó una carcajada.

—Eso era lo que creía Ramén. No tienen ningún respeto por el sistema legal. Creen que pueden hacer lo que les plazca. Es raro que aún queden gilipollas de ese tipo. En mi opinión es algo anticuado.

Nina se encogió de hombros.

—Me parece bien que Ramén se encargue del hijo. No me sorprendería que la familia tuviera recursos para esconder al muchacho en el extranjero durante unos cuantos años.

—¿En España tal vez?

—Más bien en Tailandia —respondió ella—. Hoy en día todos tienen casas allí.

—Pues no puedo recordar dónde está la mía.

—Tal vez no haya muchas de policías —matizó Nina sonriendo.

Hellmark apuró el contenido del vaso haciendo una mueca. Luego se volvió hacia Nina.

—¿Te encargas tú de este asunto?

Ella bebió un sorbo del horrible café mientras reflexionaba. Era una buena pregunta.

—Creo que sí. Te llamaré si decido lo contrario.

Hellmark se fue a su despacho, dando por concluida la conversación.

Nina se quedó con el café en la mano. Ya no pensaba en Jisander, ni siquiera en Sara. Se puso a imaginar qué haría cuando volviera a ver a Alex.

Capítulo 21

Sara estaba en la cocina sentada en una silla y se abrazaba a sí misma con fuerza. Notaba las manos y los pies congelados. Tenía hambre. El frigorífico estaba vacío. Había que salir a comprar. También necesitaba ir al baño. Quería fumar, debía hacer un montón de cosas; sin embargo, no hacía nada.

Si al menos tuviera algo con lo que distraerse, algo con lo que lograra evitar pensar en lo ocurrido. En aquel momento parecía imposible. Las imágenes estaban ahí hiciera lo que hiciera. Recordó el momento en el que se dio cuenta de que los hombres la iban a violar, cuando se puso a gritar para salir del apartamento. Recordó que les miró a la cara, que Jisander sonrió burlón. Su gesto despectivo.

Ese recuerdo le produjo un gemido. Se agarró a sí misma con más fuerza aún y empezó a mecerse en la silla. Permaneció sentada hasta que la necesidad de ir al baño se hizo insoportable.

Nadie le impidió después que se marchara. No lo entendía. Debieron entender que les iba a denunciar. No conseguía calzarse los zapatos. Recordó aquella sensación extraña de meter el pie desnudo en el zapato. Le rozaba. Y cuando se puso el frío anorak le molestó al rozarle los pechos. Le dolía todo. Apenas quedaba una parte de su cuerpo que no estuviera mancillada.

Notó el frío cuando logró salir a la calle. Respiró profundamente y sintió el aire helado en su interior. Miró a su alrededor y después se inclinó hacia adelante y vomitó en la nieve, esparciendo un reguero repugnante de comida fétida, cerveza y otras cosas en las que no quiso pensar.

Fue al baño e intentó ignorar el dolor que sentía en la zona vaginal. Le ardía al orinar, como si fuera ácido. Se levantó y dejó correr el agua. Las bragas quedaron en el suelo. Salió del cuarto de baño y fue a buscar un paquete de

cigarrillos que tenía en otro bolso. El que llevaba la noche de Santa Lucía seguía sin aparecer. Empezó a preguntarse si lo habría utilizado. Tal vez se lo había prestado a alguien. Encendió un cigarrillo y dio una calada. Estaba de pie en el pasillo y solo llevaba puesta una camiseta. Ella, que no fumaba nunca dentro de casa.

Sara volvió al cuarto de baño, recogió las bragas del suelo y se las puso. Tiró la colilla al inodoro y ahí la dejó.

No sabía cuántos bloques de casas atravesó hasta que se cruzó con aquella pareja. El hombre del abrigo negro y largo estaba inclinado sobre una mujer, que parecía mucho más baja que él. Estaban de pie en unas escaleras y él tenía la mano puesta en uno de los pechos de ella. El hombre pareció molestarse cuando Sara pidió ayuda, pero la mujer comprendió la situación de inmediato.

Sara no recordaba sus rostros. Solo eran siluetas oscuras.

Regresó a la cama tambaleándose, totalmente exhausta. Tiró del edredón hasta que se cubrió la cabeza e intentó no pensar en nada. Cosa imposible. Por más que buscara distraerse, las imágenes pasaban por su mente una tras otra. Tenía que calmarse, tenía que hacer algo. Si al menos supiera qué. La estaba volviendo loca estar allí, viendo pasar las imágenes.

¿Qué solía hacer? Aquel 13 de diciembre había marcado un abismo entre el antes y el después de su vida.

Capítulo 22

Al final se hizo público. Los periódicos publicaron lo sucedido en cuanto se dieron cuenta de que se trataba de Charles Jisander. Tal vez no era un famoso, pero el año anterior había participado en un *reality* y, de pronto, se convirtió en un conocido de la televisión al que además podían seguir a través de la prensa sueca. Y el hecho de que su padre se distinguiera relativamente en el sector financiero otorgaba un interés especial al seguimiento del caso.

Los medios de comunicación dedicaron un par de días a evidenciar con irritada vehemencia que se había producido otra brutal violación en grupo. En aquella ocasión la víctima era una joven indefensa que había sido atacada por al menos cuatro hombres.

Un periódico enumeraba las violaciones en grupo que se habían notificado últimamente y otro dedicaba un par de artículos a echar por tierra cualquier posibilidad de resarcimiento para la víctima. Nadie creía en serio que la ley pudiera proteger de verdad a una mujer vulnerable.

Una joven columnista del *Expressen* escribió unos comentarios en los que afirmaba que su confianza en el sistema jurídico sueco era menor que en el del antiguo Irak, argumentando que estaba construido por hombres y para los hombres, por lo que nunca iba a salvaguardar los derechos de las mujeres. También decía que, desde el principio, Sara —cuyo nombre obviamente no aparecía en la prensa— no tenía ninguna oportunidad de ganar.

Capítulo 23

La abogada Helen Slättås estaba revisando el material con su asistente Roger Yngveson.

—¿Es culpable? —preguntó Yngveson.

—Nosotros tenemos que encargarnos de que lo absuelvan —respondió Slättås, sentándose mientras se desabrochaba la chaqueta. Vestía con sobriedad y casi nunca llevaba nada que no fuera negro.

—Desde luego, pero ¿es culpable?

—La tarea del abogado defensor es defender al acusado frente al fiscal y lograr la absolución del encausado —recitó Slättås, ordenando los papeles que había en el escritorio—. ¿No aprendiste nada en la universidad?

Yngveson se encogió de hombros.

Se había leído el informe policial, eran ya las ocho y media de la tarde y lo único que quería era irse a casa, pero nada indicaba que Helen Slättås pensara terminar la jornada. Ella era una incansable máquina de trabajar, conocida por su dedicación, independientemente de si era de noche o de madrugada.

—El problema que veo es su condena anterior por agresión sexual. Eso lo perjudica, es obvio —dijo.

—¿Puedes traerme la sentencia? —solicitó Slättås—. No he tenido tiempo de sacarla.

Yngveson se volvió y cogió un expediente que estaba encima de una mesa auxiliar. Lo puso delante de ella.

—No hay mucho que comentar. Una chica de aproximadamente la misma edad que esa Sara Leijon. Con testigos también en esa ocasión. Me refiero a testigos verdaderos.

—¿Qué duda hay?

—La chica había bebido, pero no hasta el punto de no poder oponer resistencia.

Slättås pasó las hojas del viejo expediente. No había mucho que decir acerca del informe, no tenía nada que pudiera utilizar en beneficio de Jisander. Lo habían acusado y condenado por agresión sexual una vez, lo que no implicaba que de manera automática fuera también culpable en esta ocasión. Si a uno lo detenían una vez en un control de velocidad, no significaba que condujera siempre demasiado deprisa. Además no lo condenaron a prisión, ya que entonces se consideró delito menor.

—Quiero que convoques una reunión para mañana con los demás abogados —pidió Slättås.

—Mañana es sábado —señaló Yngveson.

Slättås dejó el bolígrafo y lo examinó con gesto impávido durante unos diez segundos, sin decir nada.

Él bajó la mirada.

—¿Estaría bien a las once?

Ella asintió con la cabeza.

—Tenemos que ponernos de acuerdo en lo que va a decir cada uno y en qué papel desempeñarán en el juicio.

Yngveson vaciló. Tenía que decir algo.

—Pero… ¿es correcto hacer eso?

La abogada recogió los archivos y apiló los papeles ordenados ante ella.

—¿Sabes una cosa? —dijo enfadada—. La formación jurídica solo consiste en libros, teoría y grandes palabras acerca de cómo ejercer la abogacía. Más o menos como ancianos en el Club Rotary. Caballeros honorables que en teoría se rigen por la moral.

—¿Qué tiene de malo la moral?

—Nada. Pero no tiene que ser ciega, como la justicia. Si nosotros no defendemos a ese muchacho, ¿quién lo hará?

Un montón de personas más, pensó Yngveson enseguida. Todos buscan un caso así. Todos quieren defender a ese sinvergüenza cuyo padre nada en la abundancia.

—Debemos tener cierta seguridad jurídica para poder confiar en el sistema —precisó Slättås mirándole fijamente a los ojos—. Se han llevado a cabo demasiados juicios injustos. Hay personas en parte inocentes en prisión. ¿Te parece correcto?

—Por supuesto que no, pero…

—Entonces tenemos que encargarnos de que no ocurra en este caso. Charles Jisander va a tener las mejores oportunidades posibles. Es nuestro trabajo. El sistema está hecho de ese modo.

—Pero ¿puede utilizarse cualquier recurso? Me refiero a dirigir el juicio oral como si fuera una obra de teatro.

—Un abogado no debe robar ni mentir. Esas son las líneas infranqueables. Pero un abogado debe luchar también por su cliente. Con todos los medios de que disponga.

Él se metió las manos en los bolsillos. En la universidad había pasado incontables horas discutiendo dilemas éticos y morales. Slättås lo reducía todo de golpe a tres cosas: no robes, no mientas y lucha por tu cliente.

—¿Sabes por qué me hice abogada defensora? —dijo Slättås—. En casa discutíamos siempre sobre dilemas morales. ¿Cuál era el entorno social de los delincuentes? ¿Qué hacían sus padres? ¿Qué posibilidades tenían en general? Tengo que explicar continuamente por qué defiendo a los delincuentes. Sin embargo, ¿dónde estaríamos si nadie les diera una oportunidad? Para ser abogado defensor tendrás que dejar los escrúpulos a un lado —dijo señalándolo —. Todos odian a tu cliente y también van a odiarte a ti porque tú eres su abogado.

Ella se sentó.

—Entonces tendré que ser fiscal —dijo él.

—Yo no sería capaz. Soy demasiado aprensiva.

La miró como si se hubiera vuelto loca.

—Solo hay un modo de que nuestro cliente deje de estar en el punto de mira —dijo Slättås.

Ella ya había acabado con la discusión anterior.

—Según el informe policial, Jisander fue el cabecilla, el que incitó a los otros a que lo hicieran, y van a echarle la culpa. No es lo suficientemente inteligente como para poder mentir de forma creíble acerca del asunto, así que tenemos que encontrar otro chivo expiatorio.

Yngveson se puso en pie. Eran casi las diez de la noche y además viernes. Se aflojó el nudo de la corbata, algo que llevaba varias horas queriendo hacer.

—Pero si él asumió el papel más destacado, ¿cómo lo exculparemos?

—Encontraremos otro chivo expiatorio, ya te lo he dicho.

Capítulo 24

Ramén esperó unos diez tonos de llamada hasta que Sara respondió. Su voz era ronca y entrecortada.

—Soy Ramén, de la fiscalía. ¿La he despertado?

—No pasa nada —respondió Sara con lentitud—. Me he tomado un par de pastillas —explicó esmerándose en vocalizar.

—Tenga cuidado con eso —dijo él sin saber bien por qué se inmiscuía. Ella podía tomarse todas las pastillas que quisiera; su tarea se limitaba a organizar la causa jurídica.

—Sí, claro —contestó la joven con dificultad.

—He decidido enjuiciar a los cuatro sospechosos —anunció Ramén.

No le había resultado nada fácil tomar la decisión, pero Nina Mander lo ayudó animándolo y haciendo que creyera en el caso. Además el almuerzo posterior con Nina había resultado bastante agradable. La verdad es que era alguien con quien uno podía exhibirse en público. Y ella le estuvo recordando todo el tiempo lo bien que te sientes cuando logras una sentencia condenatoria, la satisfacción que suele producir después. Le mencionó, como de paso, aquel juicio similar que él había perdido el año anterior. Todavía se sentía mal cuando recordaba el asunto, y a menudo se preguntaba si podría vengarse de aquel fracaso.

—Quiero hacer todo lo que pueda para pillarlos. Y voy a mantener a Jisander en la cárcel mientras continúa la investigación.

Ramén esperó la reacción. A través del auricular oyó un ruido que solo podía ser un sollozo.

—¿Está ahí?

Se levantó y se puso a dar vueltas por el despacho. Le dijo que esperaba

lograr la condena unánime de los acusados por parte del tribunal. Le comentó incluso que sería un proceso difícil y que ella también iba a tener que hacer un esfuerzo.

Ramén vaciló, miró el reloj.

—Si en la vista preliminar de la causa se decide que yo me haga cargo de la investigación, el enjuiciamiento lo llevará a cabo el tribunal en un juicio oral. El tribunal deberá entonces determinar si se puede considerar probado que los acusados cometieron el delito. Yo no tengo la menor duda, estoy completamente seguro con su declaración. Pero la vista se centra en los autores del delito. Puede sonar un poco raro, pero son ellos los que deben demostrar su inocencia.

Se detuvo para darle a ella la posibilidad de formular alguna pregunta. Escuchó su respiración un par de segundos y luego prosiguió:

—Las víctimas están ahí para ser escuchadas. Hay que ver si puede demostrarse que los acusados han cometido el delito y, en tal caso, evaluar la gravedad del mismo para dictar la pena a aplicar. El tribunal fijará posteriormente una indemnización si se determina la culpabilidad de los acusados.

—No tengo la menor duda —dijo Sara que parecía que se había espabilado un poco.

—De todos modos, pediré una audiencia previa en el juzgado para la parte demandante, es decir para usted.

—¿Qué es una audiencia previa?

—Es lo mismo que un juicio.

—Entonces, ¿por qué no se le llama así?

—Porque en realidad no es un juicio —respondió él.

—¿Ah, no?

—La parte demandante está obligada a comparecer ante la audiencia si recibe una citación para el interrogatorio.

—Espere un momento —dijo Sara—. «La parte demandante está obligada a comparecer ante la audiencia si recibe una citación para el interrogatorio». ¿Qué significa eso?

—Que tendrá que presentarse si se la requiere, simplemente eso.

—¡Pero eso está claro!

—¿Qué está claro?

—¡Que me presentaré, por supuesto! ¡Soy yo la que los ha denunciado! ¿Cómo no iba a comparecer?

Cielo santo, con qué rapidez pierde los estribos, pensó Ramén, que casi prefería que lo escuchara en silencio y no preguntara tanto.

Él respondió entre dientes:

—Perdone.

—Hace que suene como si fuera una maldita amenaza: tendré que estar presente si se me requiere.

—Perdone.

—¡Y deje de pedir perdón todo el tiempo! —añadió enfadada.

Esa parte del trabajo era la que menos le gustaba a Ramén. Se había hecho abogado porque creía que así podría contribuir al mantenimiento de la ley y el orden, y le agradaba verlo como una especie de misión, pero no había tenido en cuenta la perspectiva de la víctima.

—Si quiere podemos continuar en otro momento —dijo él.

—Siga —respondió Sara.

Ramén estuvo a punto de pedir perdón otra vez, pero se contuvo a tiempo y pasó a decirle rápidamente lo que podía pasar.

—En el juzgado, la audiencia (perdón, el juicio) la preside un juez. Además hay un secretario judicial y tres miembros del jurado que han sido elegidos por el consejo local. —Se aclaró la voz mientras esperaba, por si acaso Sara quería hacerle alguna pregunta. Luego prosiguió—: El demandante, es decir, usted, se enfrenta a los autores del delito, a los que se les denomina acusados o demandados, y a sus abogados defensores. Si hay testigos, también se les llama.

—¿Qué testigos?

—Alguien que pueda dar testimonio de sus lesiones, por ejemplo.

En ese momento se desconocía la existencia de testigos, pero no había que preocuparse por eso.

—Todo el caso se revisará minuciosamente. En mi presentación describiré el modo en que considero que se cometió el delito —añadió.

—No —dijo Sara.

—¿Cómo que no?

—Quiero hacerlo yo misma.

—De ningún modo.

—¿Por qué no? Usted ni siquiera estaba allí.

—Porque el caso debe presentarse de un modo especial, simplemente. Pero yo solo expondré lo que hayamos acordado, no se preocupe.

—Ya —dijo Sara—. Pero ¿y si no puede exponerlo todo?

Él se contuvo para evitar una respuesta brusca. Luego respondió:

—Habitualmente se interroga a la parte demandante después.

—¿Se interroga? ¿Soy yo la acusada?

—No, no, solo se le llama así. De hecho no es más que una conversación común y corriente.

—¿Y entonces podré contar mi historia?

Ramén hizo un esfuerzo para no dejar entrever su impaciencia.

—Sí, entonces podrá dar su opinión sobre el asunto. Y si tiene alguna demanda o reclamación por daños y perjuicios, el fiscal tomará nota de ello.

—¿Puedo pedir dinero?

Ramén le explicó brevemente cómo se suele proceder en la práctica, y al terminar Sara exclamó:

—¿Así que, según lo que dice, si los cuatro son condenados por violación con agravantes puedo solicitar nada menos que setenta y cinco mil de indemnización?

—La cantidad varía, pero sí, como mucho esa cantidad.

—¿Entonces puede ser inferior? Muy generoso después de destrozarte la vida —afirmó ella.

¿Qué podía decir él? La víctima de un delito casi no tenía derechos. La ley mejoraba poco a poco con los años, pero iba increíblemente despacio. Se arrepintió de haber mencionado el asunto.

Volvió a mirar el reloj.

—Al finalizar el juicio, el tribunal lleva a efecto una vista en la que el juez y los miembros del jurado revisan la causa y emiten un veredicto. En la mayoría de delitos menores se dicta sentencia de forma inmediata.

Sara nunca había oído hablar de aquello. Le preguntó a Ramén si no era habitual, según había leído por otros casos en la prensa, que se tardaran varias semanas en conocer el desenlace, y él le explicó que eso se debía a que los delitos más complicados requieren más tiempo, y que en los medios solo se publican ese tipo de casos.

Ramén se quedó mirando en silencio el teléfono unos segundos al darse cuenta de que ella había colgado el auricular.

Sí, lo había hecho, le había colgado el teléfono. Él la sacaba de quicio. Le parecía un cobarde miserable. Sin embargo, le había resultado agradable hablar

con alguien. Al sonar el teléfono había dado un salto. Hacía tiempo que no sonaba. Hacía tiempo que no hablaba con nadie.

Después de dar unas cuantas vueltas por el apartamento y regar las plantas, recolocar los cojines del sofá, que ya estaban perfectamente colocados, y cambiar las sábanas de la cama por segunda vez en tres días, se peinó el pelo enredado y se maquilló, logrando cubrir casi por completo el desagradable rubor que tenía en las mejillas.

Miró el termómetro que tenía en la ventana de la cocina. Cinco grados bajo cero. Decidió que se encontraba bien y se sintió con fuerzas. No le importaba el dolor del pie. Con una sensación de algo que recordaba a la normalidad, cerró con llave la puerta del apartamento y esperó el ascensor.

Capítulo 25

Los pies de Nina golpeaban la cinta de correr, pum, pum, pum. Sentía la mente relajada mientras se esforzaba físicamente. La respiración era pesada, pero le gustaba la sensación del sudor que le resbalaba por la frente, el cuello y luego se deslizaba entre los pechos.

El entrenamiento era casi lo que la hacía sentirse mejor, a veces incluso mejor que el sexo. Saber cómo se forzaba al máximo cada músculo para alcanzar el objetivo. Llevaba una hora y media corriendo y debía parar. Sabía que hacía mucho que había conseguido el objetivo del día, pero algo la impedía detenerse.

Alrededor de ella había otras personas que habían terminado ya sus ejercicios de un cuarto de hora, media hora o incluso una hora, y luego se habían bajado. Nina seguía dejando que las piernas continuaran moviéndose al mismo ritmo adormecedor. Diez kilómetros por hora era una velocidad perfecta cuando había que correr un buen rato. No lo hacía para quemar grasa corporal, pues apenas tenía. Corría para relajarse mentalmente. En la cinta era donde mejor podía pensar.

Se acercaba la Navidad, por lo que Nina se acordó de su familia, de sus padres. O mejor dicho de su padre, Johan Mander.

Ulrika Mander había dejado a su marido hacía varios años, y no tardó en aclarar que era definitivo. Enseguida se fue a vivir a otra ciudad y Nina lo percibió como que su padre había sido abandonado. Sabía, por supuesto, que también su padre tenía defectos, pero lo veía desde hacía tiempo como una víctima.

La cena del domingo era un modo de perpetuar el vínculo que había entre ellos y se había convertido casi en una costumbre. Johan Mander, que a sus poco más de cincuenta años era aún relativamente joven, estaba acompañado ese

domingo. A Nina no le gustaba Monica, su acompañante. Hablaba demasiado, en un tono excesivamente alto, y decía cosas imprudentes. Era demasiado joven, seguramente no llegaba a los cuarenta, estaba divorciada y tenía tres hijos. Vivía en el lado equivocado de Estocolmo, vestía mal, tenía opiniones desacertadas; todo era negativo.

Nina dedicó aquel momento que pasaba en la cinta a intentar comprender sus sentimientos respecto al asunto, pero solo llegó a la conclusión de que Monica no era como su madre.

Nina sabía que su padre veía a mujeres de vez en cuando, se le notaba en la cara. Unas veces lo veía abatido sin razón aparente, otras extrañamente eufórico. También había señales en la casa, cosas pequeñas y sutiles como una silla que no estaba en su sitio, los cojines de la cama que se habían colocado de un modo distinto o un estante vacío en el cuarto de baño, cosas que se habían quitado antes de la visita de ella.

Cuando por fin se bajó de la cinta, ignoró las miradas de admiración, tanto de hombres como de mujeres, y fue al vestuario con las piernas temblorosas.

Alex bajó lentamente la pantalla del ordenador. Llevaba todo el día absorto en el trabajo y no podía esperar a la noche. Necesitaba hacer algo para distraerse.

Estaba enfadado con Nina. No podía recordar cuándo fue la última vez que ocurrió. A veces no se ponían de acuerdo, como es natural, pero por lo general se trataba de cosas sin importancia como en casa de quién iban a pasar el fin de semana, o que él no le había dicho que iba a estar de viaje toda la semana siguiente. Los comentarios que hizo ella acerca de su capacidad de entender las circunstancias que rodean una violación fueron innecesarios, y ella misma se había dado cuenta. Pero tal vez él había provocado la situación al negarse a compartir su pasado.

Muchos de los que lo conocían creían que no podía enfadarse, pero eso distaba mucho de ser cierto. Podía estar muy furioso, pero sabía el modo de ocultarlo. Era una pauta que estableció al marcharse de Francia, cuando era joven. En su familia había demasiadas emociones entonces y él dijo cosas que no pudo retirar, sobre todo a su madre. Por no hablar de cosas que hizo y nunca se pudieron deshacer. Se prometió a sí mismo que no dejaría que las emociones volvieran a apoderarse de él de aquel modo.

Miró el reloj. Las cuatro y media. ¿Estaría Nina trabajando aún? Lo más

sencillo sería llamarla y preguntar. Debían hablar. No había duda de que tenían cosas que decirse.

Sacó el móvil y buscó el número personal de ella. Se quedó un minuto mirando el teléfono. Luego volvió a guardarlo.

Capítulo 26

Nina localizó por fin al testigo más importante. La voz de Mari Näslund sonaba distante por teléfono, y aseguraba que prefería olvidar toda aquella historia. Nina le dijo con amabilidad que si no se presentaba por su propia voluntad irían a buscarla.

No había podido reservar una sala para el interrogatorio, pero lo gestionó rápido y la consiguió. No había logrado olvidar aún la reacción de Alex la noche anterior. Se avergonzaba de lo que le dijo. Después se enfadó consigo misma por avergonzarse. ¿Cómo lo iba a saber? Le había preguntado antes un montón de veces por su familia, por su niñez y por su historia. Y podría haber hablado de ello en vez de limitarse a cambiar de tema o a quedarse simplemente en silencio. Se avergonzó nuevamente en cuanto volvió a pensar en ello. Nina no sabía hasta qué punto fue traumática la violación de su hermana ni cómo había afectado a la familia.

Y lo peor de todo era que él se marchó inmediatamente de su casa, sin decir ni una palabra.

Debería llamarlo. Tenía que llamar. Era necesario que hablaran de ello. Sería mejor que él llamara, como solía hacer cuando se enfadaban, pero no creía que lo hiciera en esta ocasión.

Esa mañana ella no estaba de muy buen humor. Cuando vio a Mari no le gustó. Quizá fue su maquillaje. Tenía que reconocer que le pareció que su aspecto era más bien vulgar.

—Háble me de aquella noche —dijo en el tono de voz más amable que pudo.

—Estuvimos bebiendo unas copas de vino en casa de Sara. Luego nos metimos en el Soap Bar. Poco después empecé a sentirme indispuesta y me fui a casa. No sé más.

—No es mucho lo que tiene que decir.

Mari bajó la vista.

—Ya sabe cómo son esas cosas.

Nina evitó hacer un comentario seco.

—No, no lo sé. ¿Cómo son?

Mari miró a Nina como tratando de evaluar si podría engañarla. Luego habló.

Sara y ella se vieron aquella misma tarde en casa de la primera y se prepararon para salir de marcha. El vino y la cerveza estuvieron presentes desde el principio. Sara estaba eufórica. Mari intentó calmarla, aunque no era fácil. Después de discutir sobre qué ponerse durante un par de horas, pidieron un taxi y se fueron al centro.

Nina ya sabía cómo había acabado todo. Estaba de mal humor y tenía dificultades para concentrarse. Se distraía pensando en lo que iba a decirle a Alex cuando lo llamara por teléfono. De pronto se vio tomando notas sin darse cuenta, formulando alguna que otra pregunta mientras que Mari Näslund guardaba silencio, pero en realidad sin demasiado interés.

De pronto el rostro de Mari palideció notablemente. Sus respuestas se volvieron vacilantes y Nina observó que agarraba el bolso con más fuerza. Con una de las manos empezó a darle vueltas a un mechón de pelo de la nuca. La intuición policial de Nina se activó. Acababa de preguntarle a Mari cómo entraron en contacto ellas dos con los cuatro autores del delito. No había nada raro en su respuesta, pero algo no encajaba. De repente le pareció que había una cuestión que Mari quería que abordaran.

Nina se enderezó en la silla.

—¿Cómo diría que fue el comportamiento de Sara?

—Hummm…, coqueteó bastante.

—¿Los provocó?

—Podría decirse que sí —asintió Mari.

Al principio los hombres miraron a Sara con sorpresa, luego intercambiaron guiños de complicidad. Sara les dejó entrever a varios de ellos que esa noche buscaba un poco de diversión.

Nina estaba confundida. Al parecer, Mari creía que los hombres se limitaron a seguir sus instintos naturales, que no fueron capaces de detener los impulsos que provocaba la actitud de Sara.

Mari intentó prevenirla, pero Sara podía cuidarse sola.

—Sara debería haber sabido lo que iba a ocurrir. No tenía sentido que varias

horas después dijera que no. Todos sabemos cómo son los hombres.

El testimonio de Mari era fatal para Sara. Además, era evidente que no se correspondía en absoluto con lo que Sara había contado.

Nina cruzó los brazos y se preguntó cómo proceder a partir de ahí. Tal vez había algún motivo por el que Mari Näslund no quería hablar. En fin, evaluar la información era cosa del fiscal. Nina tenía la impresión de que podía confiar en Sara. Estaba absolutamente convencida de que la versión de Sara era verdadera, pero si lo que Mari Näslund decía era cierto, el panorama que tenían delante resultaba poco halagador para una chica que, además de haber bebido en exceso, llevaba ropa provocativa y se había comportado de modo incitante en un bar con unos desconocidos.

—¿Hasta qué punto sois buenas amigas? —quiso saber Nina.

—Sara puede resultar bastante insoportable a veces.

Nina se enderezó en la silla y recogió los papeles. Después de que Mari se marchara permaneció sentada un rato, resentida. Mari se había resistido, no demasiado, antes de desvelarle que Sara se comportó como una cualquiera. Ella era policía y su trabajo consistía en facilitar material; el fiscal haría posteriormente lo que considerara mejor. ¿Debería contrastar aquella nueva información con Sara? ¿Negaría haberse comportado como describía Mari?

Nina no tenía ningún derecho a evaluar qué había que incluir en la investigación. Era asunto de la justicia decidir qué era importante. Por el momento ella solo tenía muchas ganas de enterrar el informe del día en lo más profundo de un cajón.

Capítulo 27

Después de pasar diez minutos cambiando de sitio las barras de pan de arándanos para que las más viejas parecieran las más recientes, Sara se inclinó hacia delante y descansó apoyando las palmas de las manos en las rodillas. Estaba agotada de estar de pie, la cabeza le estallaba y sentía que las piernas iban a dejar de soportarla. Llevaba reponiendo pan desde muy temprano en la tienda donde trabajaba por horas. Prefería dedicarse a reponer los estantes, ya que si estaba en la caja tenía que charlar con los clientes. Trabajar sola siempre que podía era lo que más le gustaba.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó el dueño de la tienda del barrio dándole un leve codazo al pasar con una caja en las manos.

Sara no respondió. Después se volvió otra vez hacia el estante del pan.

—Vas atrasada —gruñó por encima del hombro.

Ella se quedó mirándole la espalda unos segundos y luego sacudió la cabeza. Terminó con el estante y echó un vistazo al papel que llevaba en el bolsillo. Lo siguiente era la frutería. Al llegar a la zona de la fruta, vio a un grupo de chicos de unos doce o trece años haciendo juegos malabares con las naranjas. No era la primera vez que aparecían por la tienda. Unas semanas antes tuvo que echarlos y armaron un gran escándalo. No paraban de reír y de gritar. Sara cerró los ojos al oír las voces. Se miró las manos. Estaban húmedas de sudor. Debían irse de allí.

—¿Por qué te quedas ahí parada?

El dueño volvió a pasar con otra caja.

—Espabila, hay un montón de cosas que hacer —dijo, indicándole con gesto adusto los estantes de la fruta y el grupo de chicos alborotadores.

Sara lo miró a los ojos y notó que había algo que le provocaba esa reacción. Tal vez podía leerle el pensamiento, tal vez no era habitual en ella no responder

enseguida y de mala manera. Tal vez se preguntara el motivo de sus mejillas enrojecidas. Tragó saliva y se secó las manos en el pantalón vaquero. Cuando iba hacia los estantes de la fruta, uno de los chicos se puso a correr y a gritar como un loco porque otro compañero le había lanzado un pimiento.

Sara no pudo reprimir un grito. Por un momento le pareció que el chico iba hacia ella. Los gritos resonaron en la tienda y todo el mundo se quedó mirándola.

Retrocedió lentamente y se dirigió a la sala de personal.

—¡Sara!

¡Joder!, pensó mientras se encerraba en el lavabo.

—¿Estás ahí? —exclamó Sara echándose a llorar y tendiéndole los brazos a Mari, que se acercó lentamente.

Se abrazaron en silencio unos segundos al lado de la puerta. Sara sollozaba y contenía las lágrimas.

—Pasa —respondió cuando al fin la soltó.

Mantuvieron una conversación extraña. Sara no sabía cómo hablarle de su malestar y Mari parecía tener poco interés en saberlo. Tal vez se me nota, pensó Sara. Johanna le había comentado que por su modo de moverse parecía que estaba todo el tiempo esperando que alguien la sorprendiera de repente. Le asustaban las sombras. ¿Por qué había reaccionado así en la tienda? Solo se trataba de un mocoso que iba dando gritos por ahí. ¿Por qué se había asustado de esa forma tan dramática? Por miedo, no había nada más. Después de pasar casi veinte minutos encerrada en el lavabo, tuvo que volver a salir a la tienda. Lo primero que encontró fue a un jefe malhumorado, que le soltó que se había pasado la mitad del tiempo del almuerzo en el lavabo. Procuró hacerle el menor caso posible.

Cuando estaba sola en casa, Sara encendía al anochecer todas las luces del apartamento, cosa que no hacía antes. Tal vez Mari también se había dado cuenta.

—Estás muy callada —dijo Sara después de permanecer ambas unos minutos en silencio.

Mari tragó saliva para aclararse la voz.

—Solo quería ver cómo estabas.

—Me tratas como si estuviera enferma —respondió Sara.

—Perdona, no era mi intención.

—Entonces deja de mirarme así.

—¿Cómo te miro?

—Como si fuera a romperme. Como si hubiera algo en mí que no está bien.

—Perdona.

—Vamos, dame un abrazo —pidió Sara, tendiéndole los brazos.

Mari cogió el bolso y permaneció sentada. Sara esperó un rato, luego dejó caer los brazos y bajó la mirada.

—Lo suponía.

Se levantó y se puso a mirar por la ventana.

—No es contagioso. Si hubieras estado allí, lo habrías entendido.

—Estabas borracha —apuntó Mari, a la defensiva.

Sara se dio la vuelta.

—¿Borracha?

—Yo… —balbuceó Mari. Luego guardó silencio y miró hacia otro lado.

—Tú estabas tan borracha como yo. Si hubieras estado allí tal vez habrías sido tú la que…, ya sabes. Estabas encima de él todo el tiempo.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Mari furiosa, dirigiendo la vista hacia la puerta.

Sara miró la puerta también.

—Sí, tal vez sea mejor.

—Qué desagradable eres. Siempre igual.

Los ojos de Sara volvieron a humedecerse.

—Es mejor que te vayas.

Mari salió sin decir una palabra. Sara se quedó mirando la puerta cerrada hasta que le dolieron los ojos.

Muy bien hecho, se dijo. Eres una imbécil.

La puerta no volvió a abrirse por más que la miraba.

Mari se había marchado de verdad.

Capítulo 28

Cuando estaba sola en casa subía la calefacción. Hacía casi treinta grados en las habitaciones, pero ella seguía teniendo frío. Esa noche también pensaba dormir con la luz encendida. Miró el reloj. Las siete y media. Le daría de comer al hámster para poder dormir. Limpió y secó bien todo. Abrió el frigorífico y vio unas manchas de leche que limpió enseguida.

Fue a acostarse. Solo para descansar un poco. Trabajar había resultado mucho más duro de lo que creía. Normalmente el trabajo de la tienda no resultaba tan agotador. Ella era fuerte, aguantaba más que muchos otros. Pero el cuerpo no le obedecía. Sabía el motivo pero se negaba a aceptarlo. Quería sentirse como de costumbre. Como si estuviese bien.

Tumbada en la cama, volvieron las dudas. La mirada de Mari le había dicho todo lo que necesitaba saber.

¿Había incitado a aquellos hombres a actuar así? ¿Por qué la eligieron precisamente a ella? Había un montón de chicas, y las otras se las habían arreglado bien. Tal vez hizo algo fuera de lugar, tal vez su comportamiento provocó que reaccionaran de aquella manera. ¿Por qué ella precisamente?

Recordó lo que Mari le había dicho.

«Estabas borracha».

Mari también lo estaba. Y a ella no la violaron.

Sara intentó recordar de qué hablaron. Dijeron ciertas cosas que tal vez no fueron muy acertadas. Entre otras dijo algo de los inmigrantes. Comentó que el régimen de Siria distribuía Viagra entre los soldados para meter miedo a la población cuando secuestraban a las mujeres. Cielo santo, ¿cómo lo habrían interpretado? ¿Cómo pudo ser tan estúpida como para hablar de Viagra con un grupo de hombres desconocidos? ¿Lo habrían considerado un desafío por parte

de ella?

El suéter que llevaba puesto se quedó en el apartamento de Hansson. No era nada especial, solo un suéter.

En su interior estaba desencadenándose una especie de tormenta. Se debatía entre la rabia contra los hombres y la angustia por haberse dejado engañar. ¿Cómo pudo ser tan estúpida como para no entender lo que buscaban?

Miró el techo amarillento mientras las preguntas desfilaban una tras otra.

¿Cómo pudo ser tan imbécil?

Se puso un brazo sobre la cara y siguió pensando. Había estado navegando un poco en la red. Entró en Facebook. Allí todo estaba como de costumbre. Comentarios sobre la noche y lo borrachos que estaban este o aquel. Alguien había escrito acerca de una chica que estuvo toda la noche dándose el lote con uno de ellos a espaldas de su novio, la muy hija de puta. Sara lo eliminó rápidamente. No se trataba de ella, que en ese momento no tenía novio. Pero la incomodaba.

Le dolía aún la zona vaginal. Había ido a orinar hacía un rato y le escoció como si saliera fuego de su interior. Parecía incluso que había empeorado. Lo otro lo llevaba peor todavía. Por un momento temió que se le agrietara el esfínter. Si evitaba comer no tendría que eliminar nada. Tampoco tenía hambre. Solo la idea de tener algo dentro de la boca le producía arcadas.

Odiaba a los hombres. Nunca más, se dijo. Bajo el pesado brazo, se escondía un gesto de dolor.

Nunca más.

Antaño

A Tom lo consideraban una persona bastante inteligente, pero era perezoso.

Sus padres no le exigían demasiado. El padre trabajaba de mecánico en las fábricas de la zona, y lo único que quería era que le dejaran leer en paz el periódico de la tarde. Iba y venía a cualquier hora del día. El teléfono sonaba de pronto y tenía que salir para arreglar cualquier máquina que amenazaba con paralizar el ritmo de trabajo. Tom nunca pudo suponer qué le movía a hacerlo.

La madre trabajaba en un centro de salud y, por lo general, volvía a casa con cara de sufrimiento. Cada vez que alguien le ofrecía ayuda en las tareas domésticas ella se negaba con una expresión piadosa en su ya angustiado rostro. Parecía que se sentía bien transmitiendo a la familia la horrible responsabilidad que llevaba sobre los hombros.

Debido a que Tom era siete años mayor que Sara, a veces tenía que cuidar de su hermana menor cuando la madre tenía que trabajar y el padre se marchaba para resolver algún problema técnico.

—¿Por qué pasa papá tanto tiempo fuera? —preguntó Sara a su hermano en una ocasión.

—Va a trabajar —contestó Tom.

—¿Todo el tiempo? —insistió ella—. Sale casi todas las noches.

—Tendrá mucho que hacer —dijo Tom, encogiéndose de hombros.

Sara miró a su hermano.

—Eso está mal. Debería estar más tiempo en casa. Mucho más.

La vida transcurría lentamente. La escuela no era difícil y Tom acabó noveno con notas superiores a la media.

Una mañana, antes de acabar el curso, su profesor le preguntó:

—¿Qué piensas hacer de tu vida?

Se quedó mirando al profesor sin saber qué contestar. Hizo una especie de mueca como para ilustrar su confusión.

—Lo que te pregunto es qué harás dentro de cinco años —explicó el profesor.

—Ni siquiera sé lo que haré la próxima semana —respondió Tom.

—¿Qué te gustaría hacer?

—No lo sé —dijo encogiéndose de hombros.

El profesor se quedó mirándolo, se quitó las gafas y se restregó un ojo. Luego, mientras le daba un leve golpe en la frente, dijo:

—Sería una pena y una vergüenza que no hicieras nada con lo que tienes ahí dentro.

Tom no supo qué contestar. Estaba acostumbrado a oírselo decir a sus padres desde hacía años, y ellos a su vez lo habían oído cientos de veces.

—No lo sé.

El tutor, que se llamaba Tore y había sido profesor desde la época en que los maestros sentían la vocación de ayudar a los niños a adaptarse a la sociedad, suspiró mientras movía la cabeza.

El verano anterior, en los primeros días al inicio del bachillerato, se hizo amigo de un par de chicos mayores que él. Tenían carné de conducir. Uno de ellos quería cambiarle los neumáticos al coche de su padre porque se los había gastado él practicando giros con el freno de mano. Si el padre llegaba a darse cuenta del estado de los neumáticos de su coche nuevo, tendría problemas.

Dicho y hecho. Había muchos coches de la marca Volvo y una noche de verano, mientras que Tom vigilaba, los otros le cambiaron las ruedas al coche por las de otro Volvo. Los tres descubrieron lo fácil que era y poco a poco fueron robando ruedas, radios y otros repuestos de coche que iban encontrando. La actividad duró todo el verano y no tardaron en convertirse en expertos en desmantelar coches y obtener beneficios con dicho negocio.

Una noche de agosto robaron por primera vez un vehículo. Tom iba sentado en los asientos traseros y le dolía el estómago.

Pocas semanas después pillaron a uno de ellos. Tom no se encontraba allí esa noche, ya que había tenido que quedarse cuidando de Sara, así que se salvó de

milagro. Nadie dijo nada de él, ni él preguntó tampoco cómo había ocurrido. Los colegas fueron a parar a la cárcel por robo con agravantes y él se quedó sin ingresos extra y sin pasatiempos.

Capítulo 29

Alex iba andando por Sveavägen a paso ligero. El suelo vibró bajo sus pies al paso de un camión que iba en dirección norte. El tráfico era denso y él se puso instintivamente una mano en el cuello. Hacía unos meses que se sentía mejor de su lesión cervical, pero los últimos días empezó a molestarle otra vez. Enseguida volvió a su vieja y mala costumbre de estirar el cuello mientras caminaba, pero debía tener cuidado porque un estiramiento excesivo podía agravar la dolencia. Probablemente había llegado el momento de visitar a Ove, su fisioterapeuta.

Pensaba en Sara Leijon mientras pasaba por delante de tiendas de lámparas, de música y de restaurantes que, en realidad, eran quioscos convertidos en comedores, dado lo reducidos que eran. Intentó imaginarse a la chica, pero Nina no le había dicho ni una palabra de su aspecto físico. Sin embargo, tenía una especie de imagen de ella. Pelo largo, hombros caídos, tímida en los movimientos. Sensible a los ruidos. Lágrimas que podían aparecer sin razón aparente.

Alex se detuvo frente a la Escuela Superior de Comercio. La idea le surgió en una fracción de segundo. No era a Sara Leijon a quien veía. Era a Nicole.

No era demasiado amigo de las teorías de Freud, pero estaba completamente convencido de que una gran parte del proceso mental se producía de forma inconsciente. Nicole estaba en su pensamiento desde que Nina fue a su casa después de la fiesta de Santa Lucía. ¿Cómo evitarlo?

Al llegar a la oficina saludó a sus compañeros con una inclinación de cabeza. El Justiciero se le acercó con una sonrisa en los labios. El Justiciero en realidad se llamaba Dan[1], y lo apodaban así por su habitual aspecto sombrío. La sonrisa no era nada habitual en él, por lo que a Alex le sorprendió tanto que ni se le

ocurrió preguntarle a qué se debía.

Al Justiciero le gustaba hablar, pero casi nunca tomaba la iniciativa. Podía permanecer sentado en silencio durante toda la reunión con la respuesta correcta a una pregunta concreta, mientras toda la empresa se esforzaba en resolver el problema. Después de veinte minutos de discusión, mediante algún comentario que hacía, todos se daban cuenta de que conocía la respuesta desde el principio. Su única explicación era que nadie le había preguntado. Alex sabía desde hacía varios años que el comportamiento del Justiciero correspondía al tipo azul; era de esa clase de personas que lo analizan todo y nunca hablan por hablar.

Alex se detuvo al lado del Norteño, el director de la empresa.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó.

El Norteño se limitó a sacudir la cabeza sin dignarse a mirar a Alex. Era del tipo rojo, y tan poco interesado por la charla como el Justiciero.

—¿No lo has visto? —volvió a preguntar Alex—. Ha sonreído.

Eso hizo que el Norteño se espabilara. Alzó la vista y miró la puerta por la que acababa de salir el Justiciero.

—No te creo. Tendrías que haberle hecho una foto.

—No me habría dado tiempo.

El Norteño refunfuñó.

—¿Tienes el contrato para el acuerdo con el banco?

Finalmente charlaron sobre cosas irrelevantes. Alex se despidió y fue a su escritorio para enviar un *mail* con el documento en cuestión. Otros tres consultores más, expertos también en comportamiento humano, tecleaban en sus ordenadores y un cuarto hablaba por teléfono en voz baja. Los demás habrían salido a resolver algún asunto con los clientes.

Envió lo que le había pedido el Norteño. Luego consultó en internet. Entró en Google y tecleó «violación». 3 290 000 entradas en 0,27 segundos.

Mon dieu!

El primer artículo era del *Aftonbladet* y decía que solo en Estocolmo se cometieron 16 agresiones sexuales antes de Navidad. O sea, que se hubieran denunciado. El artículo siguiente procedía de un organismo de prevención de delitos y decía que 8 de cada 10 violaciones eran cometidas por un conocido de la víctima. Otro artículo informaba con gráficos claros de que el número de violaciones denunciadas en Suecia había aumentado de 1800 a 2500 entre 1994 y 2003. En dicho artículo no había ninguna cifra correspondiente al año 2011.

Las violaciones en grupo iban en aumento, la violencia cada vez era más

brutal, a las mujeres se las trataba cada vez peor en el momento de la violación, se las agredía cada vez más e incluso eran asesinadas después de violadas.

Cuando Alex buscó en Google lo que habían escrito los medios de comunicación, encontró una serie de artículos de la década de los setenta que le llamaron la atención, firmados por la periodista Maria Pia Boëthius. En los reportajes se afirmaba que las víctimas eran ultrajadas por partida doble: la primera ocasión al producirse el delito y luego en los interrogatorios policiales y en los juicios. A los tribunales les interesaba mucho el modo en que iba vestida la mujer y su comportamiento antes de la violación; sin embargo, los hombres se libraban de ese examen tan minucioso.

Se le ocurrió que los artículos periodísticos en general presentaban a la mujer como alguien que interactuaba socialmente, mientras que a los hombres se los describía como pandilleros criminales. Los cuatro hombres que violaron a Sara no encajaban en la imagen general. Los presuntos culpables llevaban una vida relativamente bien ordenada, eso si había entendido bien a Nina. Ninguno de ellos parecía ser antisocial o un enfermo mental.

Precisamente la constatación de que los violadores parecían normales hizo que profundizara en sí mismo mientras leía. La lectura acerca de la mentalidad que al parecer tenían los hombres le hizo reflexionar sobre su propia vida cuando era un adolescente. Los chicos perseguían a las chicas, las chicas se refugiaban en sus propias pandillas. Cuando estaban demasiado borrachas, flirteaban o vestían de modo provocativo, el camino estaba libre.

Alex frunció el ceño. Era una actitud poco coherente que obligaba a la chica a asumir siempre la moderación mientras que se legitimaba como norma el comportamiento depredador del hombre. Tomó conciencia de que esta forma de pensar no estaba solo en la mente de chicos y chicas adolescentes, sino también en personas de más edad.

Un chico joven que leyera el *Aftonbladet* no vería ninguna similitud entre él y los delincuentes que uno imagina que son los típicos violadores. Y ahí residía el problema, pues esa diferencia no era real. La mayor parte de las violaciones se producía en el ámbito de las parejas, entre novios y novias, o por amigos y conocidos. Pero nadie quería leer el *Aftonbladet* o el *Expressen* y sentir que ellos podían tener algún parecido con los violadores. Cuando los hombres normales sentían que los acusaban de perpetuar comportamientos que permitían violaciones, lo rechazaban. Ellos no eran así.

Alex bebió un sorbo de su café, que ya se había quedado frío. Siguió

mirando distintas páginas y estudiando datos que aparecieron en la pantalla. La violación en el matrimonio ni siquiera se consideraba delito en la mayoría de los países, puesto que el coito formaba parte de los deberes conyugales. Por mucho que el hombre golpeara y forzara a la mujer, por mucho que ella se negara a hacerlo, no era violación.

Alex se quedó helado al observar que esa ley se había abolido en Suecia hacía tan solo unos años.

Se recostó en la silla y miró el techo. Se avergonzaba en cierto modo de ser hombre, aunque a la vez sabía que no era tan fácil.

Nada era tan fácil nunca.

Capítulo 30

Nina marcó el número de Johanna. Tenía un rato libre y suponía que necesitaría que le dieran ánimos.

—¿Sabes algo de Sara?

—Sí, tiene muchos altibajos —respondió Johanna—. A veces está deprimida y otras solo enfadada. Ayer se puso a gritarme porque le pregunté cómo se sentía.

—Estás haciendo un gran trabajo —la alentó Nina—. Sabes que no es contigo con quien está enfadada.

—No, pero no es agradable que te griten.

Nina evitó emitir más comentarios. El Servicio de Asistencia a Víctimas no era precisamente un sitio al que se iba en busca de elogios. Tal vez ni siquiera te diesen las gracias. Muchas víctimas simplemente estaban demasiado inmersas en su situación como para dar las gracias.

—Y su hermano parece ser un buen tipo.

Si tú supieras, pensó Nina que había mirado sus antecedentes en el registro.

Alex se bajó del taxi y miró el edificio. El juzgado de Attunda, en Sollentuna, parecía desde lejos un transbordador finlandés. Al acercarse lo aguardaba una mole de estuco blanco con la fachada de cristal, lo cual llevó a Alex a asociarlo más bien con una empresa de informática y no con un lugar desde el cual se enviaba a los delincuentes a la cárcel.

Al acceder al edificio oyó cómo resonaban sus propios zapatos. Miró a su alrededor. Dos pantallas de televisión colgadas en la pared, delante de un recepcionista que mascaba chicle con furia, mostraban lo que sucedía en el

edificio y el motivo por el que lo visitaba.

El juicio que buscaba iba a comenzar en diez minutos. Eriksson contra Lindgren. Segunda planta. Sala 22.

Decidió subir por las escaleras. Al llegar a la segunda planta redujo el paso. Un poco más allá había un grupo de personas.

Al acercarse vio que la chica era muy joven, hasta el punto que pensó que se había equivocado de sala. Parecía que quisiera escaparse a través de la pared. Estaba sumamente pálida y apretaba los labios con fuerza. Daba vueltas sin cesar a un anillo que llevaba. Sus ojos claros estaban enmarcados de rímel negro. Junto a ella se sentaba una mujer mayor, de unos cincuenta y cinco años. Miró a Alex al pasar. Sus miradas se encontraron un instante y los ojos de ella le dijeron todo lo que él necesitaba saber.

Sentado al otro lado de la chica, casi invisible de tan delgada que era, había un hombre de la edad de Alex que vestía traje azul, llevaba el pelo bien peinado y tenía unos papeles delante. Estaba hojeando un grueso archivo y daba la impresión de que lo veía todo desordenado.

Un banco más allá se hallaba un joven, probablemente de la misma edad que la chica. Tenía la frente llena de espinillas. Llevaba unas Converse gastadas y sucias. Su expresión indicaba un distanciamiento total. Junto a él se sentaba otro hombre algo mayor, también con traje azul y con papeles. Lo único que podían hacer los abogados para no volverse locos de tanto esperar era fingir que trabajaban.

Alex eligió un banco algo apartado. En pocos minutos se dio cuenta de que los cinco le estaban mirando y se preguntaban quién era y qué hacía allí. Pero los juicios en Suecia eran públicos y cualquiera podía asistir sin previo aviso.

Por un altavoz se anunció que podían dirigirse a la sala 22. Los abogados empezaron a recoger sus papeles y pertenencias lentamente. La joven de los hombros caídos y el muchacho malhumorado fueron los últimos que se levantaron. Tal vez eran los menos motivados de todos.

La sala de audiencia era bastante pequeña. Todos, miembros del jurado incluidos, miraron a Alex cuando atravesó el umbral de la puerta. Ocho pares de ojos siguieron en silencio sus pasos mientras entraba en la sala.

Una vez que el juez repasó el procedimiento, cedió la palabra al abogado más joven de los dos que llevaban traje azul, quien describió los hechos. Daniel había violado a su compañera de clase, Veronika, hacía cuatro meses en el transcurso de una fiesta. La llevó a una habitación en la casa de los padres de

alguien y le quitó los pantalones. Entraron varias personas y vieron lo que ocurría, pero como él les decía que no pasaba nada volvían a cerrar la puerta. Tres días después la chica lo denunció por violación y allí estaba.

Alex observó a los distintos participantes. Tanto la chica como el muchacho se habían vuelto a hundir. A continuación, tomó la palabra el otro abogado. Tenía una voz monótona y aburrida y a Alex le resultaba difícil mantener la concentración. Cuando el abogado expuso lo que traía escrito, sonó como si fuera una historia totalmente distinta. Alex se percató de que mientras que el abogado de la chica se centraba en la violación misma, el letrado del muchacho defendía sobre todo lo que había sucedido hasta el momento en que su cliente le quitó los pantalones a la joven.

Era evidente que fue ella quien incitó al muchacho. Él se había limitado a obedecer órdenes, tras lo cual se produjo una breve penetración, argumentó, resaltando el factor de la brevedad como el más fuerte de todos los atenuantes. En resumen, el chico era inocente y no debía permitirse que se destruyera su vida por una sentencia en un triste proceso.

Era un relato tranquilo y muy sensato, sin intención alguna de impresionar.

Alex, fascinado, advirtió que lo que había dicho el abogado sonaba bastante lógico. Si hubiera sido la única intervención, habría sido complicado culpar al joven por lo que había hecho. Casi daba pena.

La palabra fue pasando de un letrado al otro durante un rato. Lo cierto es que no ocurría nada. Después de una hora, Alex contuvo un bostezo.

Luego llegó lo que él de verdad esperaba. La chica tuvo que contestar algunas preguntas de su abogado. Este le indicó que respondiera lo mejor que pudiera, aunque la memoria podía haberse debilitado en cuatro meses.

Después de dos minutos la chica se echó a llorar. Lágrimas silenciosas y llenas de dolor. Su rostro palideció aún más y se hundió en la silla. Alex miró a la madre, que también lloraba y se secaba en silencio las lágrimas.

Al poco rato apenas podían oírse las palabras de la chica y lo que decía estaba lleno de llanto y de angustia. Alex imaginaba la frustración que debía sentir su abogado. Y no mejoró cuando el que representaba al violador empezó a formularle preguntas también. La chica se negó en rotundo a hablar con él. Se secó los ojos con la manga de la camiseta. Enseguida se manchó la cara de rímel.

Los miembros de jurado parecían estar afligidos y un poco aburridos también. Por algún motivo Alex dedujo que la chica era virgen antes de los hechos, lo que solo empeoraba las cosas.

Alex miró el reloj. Dos horas. Era el turno del muchacho, que contestó con sequedad y de mal humor. En realidad quería estar con otra chica, pero ya que esta iba más o menos a por él, se dejó llevar. Ni siquiera se corrió, ya que había bebido mucho, así que ¿cuál era el problema?

Después de tres horas, el juez interrumpió el juicio oral porque el llanto de la chica impedía que se pudiera hablar con tranquilidad.

Alex fue el primero en abandonar la sala. No miró atrás. Mientras se lanzaba escaleras abajo se sintió sucio, como un *voyeur* que se había colado en la esfera más íntima de otra persona.

Capítulo 31

Aquella tarde Johanna salió del trabajo un poco antes y fue en coche a ver a su última protegida, dispuesta a hacer su trabajo. Llamó a la puerta de Sara y preguntó:

—¿Puedo entrar?

Sara le abrió sin decir una palabra. No había visto a nadie después de la visita de Mari. Cuando se despertó a la mañana siguiente de que su amiga se marchara de aquel modo, llamó para solicitar la baja por enfermedad. Estaba segura de que un par de días en casa harían que se sintiera mejor.

Después de permanecer un rato en el sofá sin decir nada, Sara pensó que había personas en cuya compañía el silencio no resultaba molesto. Johanna era una de ellas. La observó sentada, tranquila y confiada, y estaba allí solo por ella. Era una sensación bastante agradable. Al menos había alguien que se preocupaba.

—¿Por qué se comporta Tom de manera tan rara? —quiso saber Sara.

Johanna se inclinó hacia adelante en el sofá y dejó la taza de té.

—A veces los más cercanos son los que peor entienden la situación —respondió mirando a Sara—. No hacen preguntas por respeto, no quieren interponerse ni molestar. A muchas víctimas de violación se las deja completamente solas debido a la consideración de sus más allegados.

—Las personas que más nos preocupan son a las que peor tratamos —dijo Sara fijando la vista en el suelo.

—¿Te has planteado buscar ayuda?

Sara frunció el ceño.

—¿No eres tú la que ayuda?

—Me refiero a ayuda profesional, un psicólogo tal vez. O un terapeuta

especializado en esta materia.

—¿Un terapeuta?

—Con tu hermano no puedes contar, si he entendido bien.

—No sé. Lo pensaré —dijo Sara retirándose un mechón de pelo de la frente y recostándose en el sofá.

Cerró los ojos unos segundos mientras se planteaba sacar el tema de Mari, pero no se atrevió. Algo hizo que eligiera pasar por alto sus comentarios. Tenía miedo de que Johanna la juzgara mal si oía lo que Mari le había recriminado. ¿Y si Johanna le volvía la espalda al saber lo borracha que estaba aquella noche, por ejemplo? Por lo visto no tenía muchos en los que apoyarse por el momento.

—Todo es una mierda —dijo al fin.

Johanna inspiró hondo y luego expulsó el aire poco a poco.

—La historia está llena de fatalidades. ¿Sabías que la violación no se consideró delito hasta el siglo XIII? Por aquella época las mujeres eran ganado y la violación un delito contra la propiedad. Un bien que si se estropeaba perdía valor. La mujer no era la víctima, pues era propiedad del hombre; el afectado era él.

—Es increíble —dijo Sara llevándose las manos a la cabeza.

Johanna se aclaró la voz.

—Esa visión de la mujer se remonta a una fecha mucho más lejana en el tiempo. Ya en los diez mandamientos, en la época de Moisés, se escribió en piedra: «No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo». La mujer violada también era culpable de adulterio, e incluso podía ser condenada a muerte —añadió Johanna.

—Pero ¿qué había hecho mal? —preguntó Sara.

—Había sido violada. En ciertos aspectos seguimos viviendo en el siglo XIII.

—¿Por qué haces esto? Debe ser terriblemente deprimente.

—¿A qué te refieres? —dijo Johanna.

—Bueno, pues a todo este asqueroso sufrimiento.

—La sociedad elude su responsabilidad social —explicó Johanna—. Yo no puedo quedarme mirando como si no pasara nada, y las autoridades me utilizan a mí y a muchos otros.

—¿Que te utilizan? —dijo Sara—. Me dijiste que lo hacías voluntariamente.

—A eso me refiero. La sociedad se aprovecha del esfuerzo de los

voluntarios. La mayoría de la gente cree que el modelo de Suecia de sociedad del bienestar es un sistema que funciona bien, en el que todo el mundo recibe cuidados, asistencia y seguridad social. Pero se basa en gran medida en quienes lo hacemos de forma voluntaria.

Johanna se quedó en silencio mirando por la ventana.

—Veo con frecuencia el peligro que corren las personas —añadió tras un rato —. Dependen de los esfuerzos de organizaciones no gubernamentales. Gente sin hogar, enfermos mentales, toxicómanos, víctimas de delitos. Somos muchos los que no podemos mirar simplemente.

—Pero habrá algo, leyes y esas cosas, ¿no? —insistió Sara.

—Las ONG hacen más de lo que, tan solo unos años atrás, se encargaban de hacer los municipios —afirmó Johanna.

La joven se cruzó de brazos.

Johanna se frotó los ojos cansados. Contempló a Sara y vio a una de las muchas mujeres jóvenes que confiaban plenamente en ella.

Al comienzo de su participación en el Servicio de Asistencia a Víctimas de Delito creía que podía ser de verdad útil. En la actualidad se sentía como si solo realizara una especie de respiración artificial. Su contribución no era más que una gota en el océano de la injusticia.

Y se preguntaba si podría resistir.

Capítulo 32

Alex encontró a Gunilla en el juzgado de Södertörn. Tenía cincuenta y tres años y era madre de cuatro hijos. Estaba separada y llevaba quince años trabajando en la misma empresa. Sus hijos mayores eran adolescentes.

El turno de preguntas transcurrió sin sobresaltos. Los hijos menores, de trece y diez años, vivían la mitad del tiempo con Gunilla. Su vida social era bastante limitada, sobre todo porque no podía permitirse casi nada. Ya se lo había comentado a Sven, su jefe más inmediato.

Sven rondaba los sesenta y formaba parte del Club Rotary. Tenía claro que Gunilla estaría dispuesta a hacer algún esfuerzo para mejorar su sueldo o, mejor aún, lograr un mejor trabajo y un mejor sueldo. Durante una fiesta de empresa se la llevó a su despacho con el pretexto de hablar de una eventual promoción. No había planeado una violación y no le prestó mayor atención a la resistencia a medias que ella ejerció. De joven había oído esa clase de negativas y no solía hacerles caso. Para él solo era cuestión de servicios y favores.

Ocurrió lo mismo en el juzgado de Attunda, más que un juicio aquello parecía que fuera una conversación pausada. Pero Alex se dio cuenta de que el juez y los miembros del jurado se esforzaban por entender a Gunilla y ser neutrales cuando escuchaban a Sven. El juez parecía francamente agradable.

Luego llegó la narración del delito en sí, y Gunilla se puso a llorar. Sven sonrió un poco, pero no dijo nada.

Alex abandonó la sala decidido a estar pendiente de las sentencias de aquellos casos.

En el juzgado de Nacka había un puñado de espectadores. Jessica tenía treinta y nueve años y dirigía una inmobiliaria. Todo en ella era rigidez, el cuerpo, el rostro y hasta su manera de hablar y de respirar. Era evidente que se

esforzaba para no perder el control. A Jessica la había violado su vecino Filip, de diecinueve años. A Filip le gustaban las mujeres mayores. Pasaba una parte importante de su tiempo libre mirándolas en internet, y cada vez que veía a Jessica en la escalera de Ektorp, en Nacka, se la imaginaba desnuda.

En una ocasión coincidieron en el cuarto para lavar la ropa que había en el bloque y él aprovechó la oportunidad para acercarse. Jessica primero lo rechazó, probablemente divertida, en parte, por el hecho de que le prestara atención. Pero al ver que no cedía le dio una sonora bofetada, lo que solo empeoró las cosas. Filip la siguió a su apartamento, se abrió paso a empujones y la violó, así de simple.

A Alex le sorprendió lo ocurrido: a mitad del día, de un modo tan abierto, sin nada de alcohol. Era incomprensible.

Jessica aguantó un buen rato el aluvión de preguntas que tenía el abogado de Filip, que era bastante indiscreto y hacía lo que podía para eximir a su joven cliente de cualquier responsabilidad por su acción. Al final el abogado casi llegó a ponerse grosero y ella se derrumbó. El llanto se oyó en toda la sala.

Alex se marchó en el receso con cierta amargura. Ya había visto suficiente.

Durante la semana siguiente alternó su trabajo habitual con visitas a los juzgados de Estocolmo. Encontrar casos nuevos resultaba fácil, por desgracia. El problema era más común de lo que él podía imaginar, y por más historias que escuchaba no podía evitar la sensación de vergüenza y repulsa. Durante ese período durmió peor, estuvo muy irritable; sin embargo, no lo dejó. Tenía que comprender el proceso y no sabía de ningún otro modo de hacerlo. Debía comprender.

Siguió una larga lista de mujeres a las que les habían destrozado la vida. Lena, Lotta, Sigdem, Josefine, Nena, a todas las habían violado y todas lloraban de vergüenza por la situación que habían sufrido. Si algo tenían en común en su modo de comportarse era precisamente el llanto.

Todas lloraban. Amanda lloró en cuanto entró en la sala.

Alex no tuvo ningún problema en entender el motivo. Llorar era lo más natural que podían hacer. Llorar por su dolor y su vergüenza, llorar por no haber sido capaces de conseguir que los hombres las escucharan.

Todo coincidía, las caras de las mujeres se fundían en un solo rostro de ojos enrojecidos por las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Después de presenciar nueve juicios en tres semanas estaba aturdido. Un día se puso a reflexionar en casa mientras miraba la pared. Sin duda era terrible el hecho de ser una mujer a la que habían ultrajado, pero tener que explicar además los detalles delante de un montón de desconocidos debía ser para ellas como una segunda violación.

¡Cuánto dolor!

¿Había tenido Nicole suerte al poder evitar esa humillación? Si las cosas no hubieran transcurrido de aquel modo tras la violación, hace ya muchos años, probablemente hubiera tenido que soportar un juicio de ese tipo. Alex no conocía la justicia francesa, pero suponía que las similitudes eran mayores que las diferencias. ¿Qué incómodas preguntas le habría formulado el abogado a Nicole? ¿Habría tenido un juez tan amable y dispuesto a escucharla? ¿Se habría echado a llorar como todas las mujeres a cuyos juicios había asistido las últimas semanas?

Trató de alejar esos pensamientos, sin conseguirlo. Una y otra vez volvía la escena que desde hacía veinte años intentaba olvidar. La imagen de Nicole.

Alex se puso en pie y fue a la cocina a buscar en el frigorífico algo que comer. Salmón ahumado, salsa de caviar, una rebanada de pan. Sin duda había llegado el momento de reponer suministros. Comió junto al fregadero de la cocina, concentrándose en el simple hecho de masticar. En cuanto aparecían signos de actividad mental intentaba distraerse. Se negaba a irse a dormir con esa imagen en la retina.

Oyó el sonido del móvil. Un SMS de Nina.

«¿Estás despierto?».

Se quedó observando el teléfono. Sabía con qué intención llamaba. Quería aliviar su mala conciencia poniéndose en contacto con él. No le iba a pedir disculpas ya que nunca lo hacía, pero de ese modo le demostraba que lo sentía.

Por otra parte, una disculpa no significaba nada. Él no necesitaba disculpas. Pero sí necesitaba a Nina.

¿Responder?

«Sí».

—Soy Alex.

—Hola, y yo Nina —anunció ella echándose a reír.

—Bueno, está todo bien. He asistido a varios juicios esta semana y tengo que decir que son deprimentes. Muchas mujeres llorando y muchos hombres indiferentes. No resulta precisamente halagador ser hombre cuando me doy

cuenta de la forma en que algunos ven a las mujeres.

—Y algunos piensan que tienen derecho a comportarse de cualquier manera —añadió Nina—. Ni siquiera lo comprenden. Cuando les preguntas si la mujer se negó, se te quedan mirando como si no lo entendieran.

—¿Porque no lo oyeron?

—Porque ella se negó, pero a ellos les dio igual. Como si un no fuera en realidad un sí, ya sabes.

Hummm, eso era exactamente lo que ocurrió en el caso de Nicole, se dijo él. Al hombre que la violó le pareció algo tan natural como cortar una flor o pedir un bistec en el restaurante. Estaba en su derecho de hacerlo.

Ella contuvo el aliento y él percibió el esfuerzo que hacía.

—Alex…, lo que nos pasó fue un poco raro, ya lo sé. Pero ¿podrías hablarme de ello? No quisiera volver a meter la pata. De verdad que me gustaría entenderlo.

Capítulo 33

Nicole era alegre y positiva, una de esas chicas que enseguida te caen bien. Siempre con ganas de reír, siempre dispuesta a ayudar a los demás. Tal vez a veces se tomaba la vida demasiado a la ligera y tenía tantos amigos que le era imposible seleccionarlos. Estaba continuamente rodeada de personas. Alex en cambio tenía dos o tres amigos cercanos con los que pasaba el tiempo. A veces le daba envidia, pero sobre todo se preguntaba cómo lo hacía. ¿Cómo podía conocer y hacerse amiga de tantas personas distintas?

Y quizá por ese motivo el cambio fue tan evidente. Si hubiera sido introvertida y solitaria, tal vez no se habría dado cuenta nadie.

Una mañana Nicole tenía intención de irse a pasar unos días a la casa donde veraneaban. Alain, su padre, llamó al tío Bertrand, un hombre mayor que conocía a Nicole y a Alex desde que eran pequeños. Él podía llevarla en su coche, y además tenía una casa no lejos de allí. Vivía en París, pero pasaba la mayor parte del tiempo en ese pequeño pueblo costero, a las afueras de Le Havre.

No era su tío, en realidad, solo un viejo amigo del padre desde hacía muchos años; eran amigos de la infancia, y se conocían todo lo bien que una persona puede conocer a otra.

Nicole no cabía en sí de contenta. Adoraba a Bertrand. Preparó la maleta y él fue a buscarla en su nuevo Citroën. Negro y tan nuevo que relucía bajo el sol. Estaba orgulloso de su coche, como si condujera un Bentley. Bertrand era extremadamente rico aunque no lo parecía. Era una verdadera personalidad allí en la costa, además tenía varias empresas con las que había amasado una fortuna considerable. Y era respetado. Había reinvertido grandes sumas de dinero en la construcción de esa pequeña ciudad donde, gracias a su ayuda, surgieron calles y

se levantaron edificios oficiales. En sus empresas trabajaban más de trescientas personas. Podía decirse que era el benefactor de aquella modesta ciudad, y al final él también empezó a creerse la imagen que la población había creado en torno a su persona.

Nicole daba saltos de alegría y bailaba alrededor del nuevo Citroën, diciéndoles a todos que ahora sí que iba a viajar de acuerdo a su categoría. Se abrazó al cuello de Bertrand y lo besó en la boca. Alex no entendía cómo era capaz de hacerlo. Bertrand se le antojaba viejo y repugnante. Tenía la barba gris y era incluso mayor que su padre. Uff.

Pero su hermana era así. Toda sensibilidad y ninguna reflexión. Recordaba que Bertrand se avergonzó y miró a su alrededor como si hubiera hecho alguna estupidez. Pero no había sido él. Había sido Nicole. Se pusieron en marcha y ella dijo adiós con la mano a sus dos hermanos mayores desde la ventanilla del coche.

Fue la última vez que Alex la vio sonreír.

En la casa de veraneo había teléfono, pero nadie pensó en llamarla. Ella tampoco llamó a casa. Lo único que iba a hacer era bañarse, tomar el sol y leer. Tal vez se pusiera en contacto con algunos amigos a los que conocía de otros veranos que habían pasado en la costa.

Una tarde, tres o cuatro días después, vieron a Nicole entrar de repente en la cocina. Alex estaba almorzando, aunque era ya algo tarde, y la madre estaba mirando por la ventana con una copa de vino en la mano.

Nicole se quedó allí de pie. Primero miró a Alex, luego a la madre, y después a Alex otra vez. No dijo nada. La ropa que llevaba no estaba rota ni sucia. Nada delataba lo que había sucedido.

Excepto sus ojos. Alex solo tuvo que mirarla a los ojos para saber que había ocurrido algo.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Idelle King.

Alex sintió ganas de gritar «¡No lo digas! ¡No quiero saberlo!».

Pero Nicole lo dijo. De principio a fin. En un tono de voz muy apagado.

—El tío Bertrand me violó al llegar a la casa —respondió con serenidad—. Tenía demasiada fuerza, no pude liberarme de él. Así que me violó en vuestro dormitorio —añadió mirando a la madre.

La madre se quedó sin habla, observándola como si se negara a entender. Tal vez solo fue un mecanismo de defensa. Alex estuvo veinte años tratando de comprender aquella reacción. Ella no lo negó, no dijo en ningún momento que

Nicole había interpretado mal el asunto ni que dejara de mentir; nada de eso.

Idelle King se dedicaba a la política, y su área de influencia se extendía por la periferia de París. Tenía grandes planes para el futuro. No podía permitirse un escándalo, simplemente.

Habían pasado al menos tres días y tres noches desde la violación y ella no se lo había dicho a nadie. Alex tuvo que hacerse cargo de Nicole y la madre se encargó de telefonear a Bertrand. Él lo reconoció de inmediato. Como si no fuera nada raro. Sí, claro, había interpretado el comportamiento de ella como una incitación a que él se propasara. Le pareció que estaba coqueteando y ya que era más o menos adulta no creyó que tuviera mayor importancia. A fin de cuentas la cosa no era tan grave. Les ofreció dinero.

Lo peor no era el dolor físico ni la humillación de haber sido violada. Lo peor, probablemente, era que hubiera sido el tío Bertrand.

Nicole lo quería desde pequeña, lo veía como a un segundo padre. No solo había violado su cuerpo sino también su mente, su persona. Su imagen de un mundo bello y bueno.

En aquellos quince minutos de su vida todo se derrumbó.

Capítulo 34

Sara inspiró profundamente el frío invernal que notó al salir a la calle. Estar fuera era liberador, pero una vez que se metió en el metro sintió de repente que la multitud se le acercaba demasiado. La gente corría de un lado a otro, alguien tropezó con ella y gritó más de sorpresa que de verdadero dolor. Se quedó de pie junto a una pared y se preguntó si lo podrían notar. ¿Podrían ver las heridas que llevaba por dentro? ¿Qué dirían esas personas cuyas miradas rehuía de haber sabido lo que había dejado que hicieran con ella?

Se contuvo.

Yo no les dejé que lo hicieran, pensó. Fueron ellos los que me lo hicieron a mí. Les dije que no.

Le hubiera gustado que alguien la acompañara adonde iba, pero rechazó la idea. Podía arreglárselas por sí misma a la perfección, como había hecho siempre. Por un momento se planteó enviarles un correo a algunos amigos, pero entonces tendría que contarles toda la historia. Desistió de hacerlo. ¿Cómo se lo tomarían?

Estaba segura de que la ayudarían si lo supieran. Porque no podían saberlo, ¿cómo lo iban a saber? ¿O sí? Se quitó la idea de la cabeza y se irguió. Era obvio que no podían.

Después de más de una hora, por fin había llegado al despacho del fiscal. Ramén puso una taza de café delante de ella y se sentó.

—Bébalo despacio. Está ardiendo —dijo él.

Solo había tenido tiempo de echarle un vistazo al interrogatorio de Mari Näslund, pero enseguida se había dado cuenta del contenido.

Le explicó brevemente que la versión de Mari no se correspondía en absoluto con la de ella. Sin entrar en detalles, le preguntó si había algo que recordara ahora de otro modo.

—No —dijo Sara escuetamente—. Llegamos allí, nos pusimos a hablar con aquellos brutos y antes de que me diera cuenta Mari estaba sentada en las rodillas de uno y yo en las de otro.

Ramén hojeó el protocolo.

«Mari estaba sentada en las rodillas de uno. Y yo en las de otro».

Subrayó una línea de la transcripción de Nina.

—¿Quién se sentó primero en las rodillas de quién?

Sara pensó.

—Mari se sentó en las rodillas de Alí. Se dio mucha prisa.

—¿Fue Mari la primera en sentarse en las rodillas de Alí?

—¡Es lo que acabo de decir!

—Exactamente.

Ramén arqueó las cejas, pero no la miró a los ojos. No recordaba si habían hablado con anterioridad de los detalles. Tal vez el orden en el que sucedieron las cosas no tenía mayor importancia.

—¿Y luego usted se sentó en las rodillas de Jisander? —preguntó él cogiendo un bolígrafo.

—Teníamos la intención de cambiar después, ya que yo estaba más interesada por Alí.

—¿De quién fue la idea?

—De Mari. Yo le había dicho a ella en voz baja que me gustaba. Por lo que me sorprendió que se pusiera a coquetear con él.

Ramén se enderezó en la silla.

—¿Se puso a coquetear con él? —le preguntó fijándose en la trascripción del interrogatorio.

—Ella se hacía la tonta e intentaba que él se fijara en sus pechos. Y además, menudo lenguaje usaba.

—¿Por ejemplo?

Sara le miró a los ojos mientras se formaban unas duras líneas alrededor de su boca.

—Ese tipo de cosas que pueden tener otro significado, ya me entiende.

—¿Por ejemplo?

—Decía que cuando se iba de juerga solo sabía estar de dos formas. O estaba

en marcha o no funcionaba. Y que en ese momento acababa de ponerse en marcha. Cosas por el estilo.

Ramén se sintió viejo de repente.

—¿Y cómo reaccionaron los acusados?

Sara levantó las cejas como diciendo ¿tú qué opinas?

—Además le manoseó la entrepierna a Jisander.

Ramén se quedó pensativo un momento. Le parecía raro.

—Según ella fue precisamente eso lo que usted le hizo —dijo hojeando los papeles en busca de algo positivo.

Sara frunció el ceño mientras cogía el bolso con fuerza con una de las manos y con la otra la taza de café.

—La versión de Mari es bastante distinta a la suya. Ella dice, por ejemplo, que la que utilizaba palabras groseras y la que quería sentarse en las rodillas de Jisander era usted.

Sara dejó la taza. Sacudió la cabeza lentamente, pero no dijo nada. ¿Estaría más borracha de lo que creía? No recordaba nada de lo que el fiscal decía. Intentó hacer memoria, se esforzó para que volvieran las imágenes a su mente, pero no consiguió nada. ¿Tal vez fue como Mari decía y a ella se le había olvidado? Ya le había sucedido en alguna otra ocasión tener lagunas después de una fiesta salvaje, pero…

Le resultaría difícil rememorar en caso de que el fiscal le preguntara por algún detalle concreto que se hubiera producido al final de la noche, pero eso fue al principio. No estaba tan borracha como al parecer afirmaba Mari, y sabía quién había dicho y hecho cada cosa. Al menos eso creía.

—¿Va a declarar Mari en el juicio? —preguntó.

—No lo sé —dijo Ramén—. Realmente no lo sé.

Era la semana previa a Navidad. Sara hacía todo lo posible por no pensar en las fiestas que tenía por delante. Lo único que podía hacer era limpiar. El apartamento estaba reluciente cuando se puso a fregar el suelo otra vez. Y no era para que nadie se diera cuenta de que tenía la casa limpia. No iba a ser su primera Navidad sola en Estocolmo. Como de costumbre, sus padres no la llamaron para preguntarle si pensaba ir a casa a pasar las fiestas. Ella tampoco tenía intención de llamarlos, aunque sabía que consideraban que era ella la que debía llamar. Era la que se había ido.

Seguía de baja porque había solicitado prórroga en el hospital. El problema no era ese, sino que su jefe la llamó muy enfadado y la recriminó haberlo dejado tirado. Fue incapaz de responderle, por lo que tuvo que soportar los gritos.

Mari había desaparecido de la faz de la tierra.

Llamó a Helena, otra de sus amigas, y le contó lo ocurrido. Sin entrar en detalles, solo le dijo que la habían violado. La conversación se cortó por algún problema técnico. Cuando Sara volvió a telefonearla, Helena no le devolvió la llamada. Le envió un mensaje, pero Helena no contestó.

Después de eso no intentó llamar a nadie más.

Capítulo 35

—Después de todo solo son humanos.

Alex acababa de decir que no podía ser fácil mantenerse neutral en contextos jurídicos. Nina se refería a que la ley era la ley y estaba para que se cumpliera.

—Ello concierne en particular a los abogados. La ley está escrita de modo que no pueda interpretarse erróneamente —dijo ella—. Para evitar interpretaciones y malentendidos. Si dice que está prohibido robar lo ajeno, está prohibido —añadió.

—El problema no es la decisión en sí, sino determinar si lo que uno oye es verdad o no.

—Un abogado debe ser neutral.

Iban paseando por Kungsholms Strand. Al otro lado del canal estaba el castillo Karlberg, que brillaba con reflejos blancos. Era un día de enero soleado y con viento. La temperatura era inferior a los diez grados bajo cero y se notaba en las mejillas.

Alex se apartó para que pasara una señora con un perrito que hizo sus necesidades sin pudor en medio de la acera. Había montones de nieve de varios metros de altura. Aquel invierno estaba siendo casi tan duro como el anterior. Cada cinco metros aparecía un coche atascado en la nieve y Alex se felicitó a sí mismo por la sabia decisión de no tener coche.

—La mayoría de las decisiones se adoptan basándose en los sentimientos —dijo Alex.

Nina meneó un poco la cabeza.

—Entiendo lo que quieres decir, pero no es tan sencillo. Sin duda depende de la situación.

—Las decisiones las toman las personas, y como las personas son seres

emocionales las decisiones también lo son. Tal vez no el cien por cien, pero sí la mayoría.

—Hay distintos tipos de decisiones —argumentó Nina.

Alex le dio una patada a una pequeña bola de nieve.

—Hace unos años trabajé con un representante que tenía la exclusiva de una marca de coches muy conocida. Pensé que investigarlo un poco no me vendría mal.

Nina resopló.

—El mejor modo de evitar ser visto en un establecimiento de venta de coches es disfrazarse de mujer. Visité muchos concesionarios y vi muchos hombres sentados en coches de lujo. No paraban de tocar y pulsar todas las teclas y artilugios que veían. Probaban los cambios de marcha, sujetaban el volante con firmeza.

—Simulaban que conducían —dijo Nina.

Alex se echó a reír.

—Me imagino lo que pensaban algunos: «¡Qué guapo estoy aquí dentro!».

Nina retiró con el pie unas botellas de cerveza vacías.

—¿Qué ocurrió luego?

—Que la mujer fue a buscarlo.

—¿De verdad? Y después tomó una decisión racional. Exactamente tal y como he dicho.

—Un momento. ¿Qué es una decisión racional en el caso de la compra de un coche? —dijo él.

—Que no tenga muchos caballos de fuerza innecesarios. Que consuma poco combustible. Buen precio. El seguro. El tamaño justo.

Alex se detuvo y la miró.

—¿Puedes decir algún coche que sea así?

Nina sacudió la cabeza.

—Te estás refiriendo a un Dacia rumano. O tal vez un Daihatsu diminuto.

—Bueno, ahí lo tienes.

—Tienen todo lo que has mencionado a un precio muy razonable.

—Ve al grano de una vez.

—Me refiero a que no conoces ni una sola persona que tenga un coche de esos —dijo Alex.

Ella reflexionó un momento.

—La verdad es que no.

—Así que aunque ese coche o cualquier otro que se ajuste a tu definición de razonable fuera realmente una compra razonable, ¿por qué no los compra nadie? ¿Por qué se compran un Audi o un BMW que cuestan un montón de dinero?

Nina se detuvo en una intersección.

—Me niego a responder la pregunta —dijo ella.

—Me remito a las pruebas.

—De hecho, hay distintos tipos de decisiones.

—¿De verdad? —preguntó él.

—Uno se puede permitir cierto grado de irracionalidad a la hora de elegir coche. ¿Qué coche tenías antes del accidente?

—Un Lexus.

—Entonces tú tampoco eres mucho mejor.

—Nunca he negado que soy irracional. Ninguna decisión es totalmente racional, ni siquiera cuando se trata de un asunto tan importante y caro como comprar una casa. ¿Cuánto cuesta una casa aquí en el centro, por ejemplo?

—Yo diría que entre tres y seis millones por lo general. Después están las que llegan a los cincuenta millones.

—Hace un tiempo mantuve esta discusión con un muchacho. Él afirmaba que la casa que había comprado el año anterior había sido una decisión racional al cien por cien. Pero según su teoría ni siquiera le haría falta ver la casa en cuestión. En la red hay actualmente planos, datos concretos, informes de inspecciones, mapas que muestran la proximidad de escuelas y todo lo necesario. Y no hablemos de la cantidad de fotos disponibles.

—Estuvo mirando, ¿verdad? —dijo Nina.

—¡Naturalmente! —dijo Alex levantando las manos—. ¿Y sabes lo que respondió cuando le pregunté el motivo?

—Quería saber cómo se sentía.

—Exactamente. Lo que desencadena la decisión es el sentimiento.

—¿Quieres decir que lo que varía es la manera en que se toma la decisión?

—Ahora me has entendido —aseguró él.

—¿Y eso de qué nos sirve? Estamos hablando de un juicio.

—Conseguir que los asistentes al juicio crean en los nuestros. El modo de lograr que se pongan del lado de ella es apelando a sus sentimientos. Si podemos descubrir qué es lo que despierta sus sentimientos en ese proceso de toma de decisiones, se pondrán de nuestro lado.

—Pero Sara es una chica atrevida. Necesita ayuda. Va a despertar una serie

de emociones erróneas.

Alex no respondió. Comprendió lo que le pedía. Se puso a pensar. ¿Pudo ayudar a Nicole? ¿De haber tenido la oportunidad, la habría aprovechado para hacer algo por su hermana?

La respuesta era sencilla.

Siguieron caminando sin que ninguno dijera una palabra. Notaban el frío en las mejillas y también les producía dolor de oídos. Sería agradable entrar en casa.

Él se detuvo y se volvió hacia Nina.

—No sé nada de leyes.

—Pero sí de personas. Puedes enseñarle a Sara cómo van a ser percibidas sus reacciones. Puedes mantenerla bajo control. Puedes hacerla fuerte. Sé que puedes.

—¿Está permitido?

—¿Respuesta concisa o larga?

—Concisa.

—Sí.

Él respiró profundamente varias veces.

—Llámala por teléfono.

Nina se acercó. Con los ojos cerrados, la abrazó con fuerza. Ambos se sintieron bien. Volvían a jugar en el mismo equipo.

Capítulo 36

Helen Slättås miró a su alrededor. Sentados en torno a la mesa estaba la habitual colección de abogados combativos. Levantó la mano y miró a los demás. Mikael Johnson defendía a Alí Huseín, Mats Nilson a Mustafá Mahmud y Stefan Klingspor a Sonny Hansson.

—Para llegar a algún sitio tenemos que atrevernos a ser honestos —dijo Slättås estudiándolos uno a uno.

Klingspor intentó parecer proactivo y, tal vez por falta de experiencia, dijo:

—Quiero que conste en acta que mi cliente es inocente. Que no es de ningún modo un delincuente sexual, y quiero resaltarlo.

Johnsson y Nilson se miraron. Nilson se mordió el labio para no sonreír ante la necedad de Klingspor.

Un fiscal sueco no iba a un juicio para demostrar la culpabilidad de un delito, ni siquiera para verificar el funcionamiento del sistema o lograr una sentencia condenatoria. Cuando un acusado se sentaba en el banquillo, era culpable.

Los abogados lo sabían perfectamente, por eso sacaban a sus clientes del atolladero mucho antes de que fueran a juicio; era la única salvación razonable. Una vez que habían llegado a juicio podía ocurrir cualquier cosa, literalmente.

Pero esos canallas eran culpables, sin duda alguna.

Helen Slättås observó a Klingspor, que llevaba un traje que le quedaba demasiado grande, y dudó si darle un escarmiento o aprovecharse de él.

—No sé si debes dejar constancia de algo —dijo ella con suavidad—. Yo te recomendaría que no lo hicieras.

Nilson y Johnson intercambiaron miradas. Apoyaban a Slättås por completo.

—Estoy hablando desde mi propia experiencia —dijo Slättås levantando la mano hacia Yngveson, el ayudante que estaba sentado a su lado. Este le entregó

el acta anterior, donde se describían las antiguas escapadas de Jisander.

—Es probable que Jisander sea culpable. Supongo que ya habréis sacado esa conclusión durante los interrogatorios con vuestros clientes. Pero esta es la única vez que voy a decirlo en voz alta.

—Mustafá Mahmud dice que Jisander convenció a los otros —habló Nilson después de aclararse la voz.

—Huseín afirma que de no haber sido por Jisander no habría sucedido —dijo Johnson en un tono amistoso, a la vez que se encogía de hombros como pidiendo disculpas porque su cliente le había ocasionado problemas al que defendía su colega.

Klingspor intervino enseguida.

—Es un verdadero delincuente. Lo he comprobado. No era la primera vez.

Pensaba luchar por Sonny Hansson. Tenía todas las de ganar. El mero hecho de llamarse Sonny era suficientemente malo. Todos sabían que los nombres terminados en «y», según las estadísticas, estaban sobradamente representados en las cárceles del país. Nadie sabía a qué se debía, solo que era así.

—Sí, sí —dijo Slättås mirando a los miembros de la mesa—. Debemos encontrar una solución que justifique que llegaran a hacer lo que hicieron. Algo que pueda explicar cómo una agradable fiesta privada pudo degenerar en una orgía de sexo en grupo.

Nilson de pronto pareció animarse. Apreciaba a las mujeres que podían decir sin bajar la mirada cosas como «orgía de sexo en grupo».

—¿Qué hay de la chica? —preguntó Johnson, sin referirse en absoluto a su estado de salud.

Slättås sonrió satisfecha dirigiéndose de nuevo a su asistente, que le entregó más papeles. Ella abrió un archivador negro que contenía datos de Sara Leijon.

—He hecho algunas averiguaciones —dijo.

Los abogados se inclinaron hacia delante con interés.

—No tiene trabajo fijo. Ha pasado los últimos años trabajando a prueba en distintos sitios. Tampoco tiene novio, probablemente salga con dos chicos a la vez.

Johnson y Nilson, e incluso Klingspor en esta ocasión, intercambiaron miradas. Interesante.

—Según algunos conocidos, sale casi todos los fines de semana y consume considerables cantidades de alcohol con frecuencia.

¡La chica bebía! Eso sí que era una buena noticia. Con un poco de suerte

podía profundizarse en el hecho de que no había opuesto la suficiente resistencia. La ley había sido modificada en ese punto, es cierto, pero si ella no protestó en el momento de la violación iba a ser mucho más fácil sacar a los acusados del embrollo. Y sin duda había bebido por voluntad propia.

Pero por desgracia esos imbéciles la habían maltratado y había resultado gravemente herida.

—Se dicen muchas tonterías acerca de las violaciones en grupo —dijo Nilson de repente—. Las denuncias de violación en grupo se han puesto de moda.

—Tal vez se deba a que actualmente se cometen en exceso —respondió Slättås de modo cortante.

—¿Podemos enfocarlo así? —preguntó Klingspor—. ¿Como que ella hace lo que cientos de mujeres más, es decir, denunciar a diestro y siniestro?

—Sus antecedentes son interesantes —dijo Slättås, y se puso a contar todo lo que había oído investigando en los círculos de amistades más cercanas a Sara Leijon.

Discutieron durante dos horas la forma de decir la verdad acerca de la demandante. ¿Cómo conseguir que el tribunal entendiera la interpretación que esos cuatro hombres hicieron de las señales de la chica sin que este creyera que los abogados intentaban difamarla?

¿Había testigos que pudieran testificar en la causa? Se indagaría a fondo ese punto. No quedaría piedra sin mover.

Era obvio que la alianza entre los cuatro abogados era frágil. Klingspor no entendía el valor de la colaboración. Los otros tres se preguntaban si deberían hacer las paces con la chica. «¿Tendríamos que hablar con ella y ver si podría plantearse retirar las acusaciones?». «No, demonios», gritó otro: eso les ocasionaría problemas. Había que tener sumo cuidado a la hora de ponerse en contacto con la víctima sin que el fiscal lo consintiera expresamente. Además, él también querría estar presente en dicha reunión, como es lógico. Pero ¿cómo iban a pedirle a la chica que retirara las acusaciones estando el fiscal delante?

—No podemos hacerlo —dijo Slättås—. Pero otros tal vez sí.

Capítulo 37

Alex se detuvo sintiendo que el pulso se le aceleraba. El corazón empezó a golpearle en el pecho y por un momento le resultó difícil respirar. Fue como retroceder veinte años en el tiempo.

El pelo de la chica, su cara, sus ojos. Todos los recuerdos brotaron en su interior y avanzaron por su mente como un maremoto, reviviéndolo todo. Parecía que no había transcurrido el tiempo. Recordaba cada instante como si hubiera sucedido la semana anterior. Aquel viaje que inició una adolescente feliz y que lo terminó una persona hecha trizas.

Después se acercó unos pasos y vio que solo era su imaginación. Era obvio que se había equivocado. La parte racional de su mente lo sabía, por supuesto. Esa chica no era Nicole y él se dio cuenta. Tenía unos veinte años y en realidad no se parecía demasiado a Nicole. Era más alta, más corpulenta, tenía el pelo más largo y la boca totalmente distinta. Los ojos de Nicole eran marrones, casi negros, mientras que los de Sara eran de color azul claro.

Se pasó una mano por el pelo y arrimó la silla. Se sentó con cuidado y miró a Sara Leijon. Ella lo percibió, pero no hizo el más mínimo gesto.

Alex se dio cuenta del motivo por el que la había relacionado con Nicole. Fue por la mirada. Los ojos de Sara le recordaban el modo de mirar de Nicole. Resignada, desequilibrada, asustada.

Tragó saliva. El nudo que tenía en la garganta no cedió.

Al lado de Sara estaba Johanna, del Servicio de Asistencia a Víctimas de Delito. Nina le había adelantado que Johanna estaría allí. Le pareció bien, le aportaba seguridad. Johanna tenía una expresión taciturna, como recelosa. Quería defender a Sara. Era natural, él podía entenderlo.

Sobre la mesa había tres tazas y una cafetera. En una esquina descansaba una

pila de periódicos viejos y en la silla que estaba libre vio ropa amontonada. El café olía bien y Alex se sirvió una taza, bebió un sorbo y volvió a dejar la taza, procurando no hacer movimientos bruscos.

—Soy Alex —dijo en voz baja.

Hizo lo que solía hacer cuando no obtenía resultados. Escuchar, permanecer a la espera. Miró al suelo y esperó.

Después de treinta segundos, Sara se volvió y lo miró. Él levantó levemente la mirada y dejó que se deslizara por el rostro de la chica. Se había maquillado en un intento de ocultar las peores heridas. Pero era imposible no percibir el ojo inflamado y las marcas que tenía en una de las mejillas. Decidió centrarse en sus ojos.

—No puedo expresarte con palabras mi pesar. Nadie se merece lo que te ha ocurrido.

Sara asintió resignada. Uno de sus ojos parecía que no seguía al otro. Alex se preguntó si sería un estrabismo natural, si habría sufrido algún daño durante la violación o si simplemente era una consecuencia del cansancio.

—Soy *coach* y especialista en comportamiento humano y en comunicación. Tengo bastantes conocimientos acerca de la forma de superar las crisis en la vida, y yo…

—¿Te ha ocurrido algo parecido alguna vez? —preguntó Sara, elevando el tono de voz inesperadamente.

Alex se irguió de inmediato.

—No, nada parecido.

Quedó satisfecha con la respuesta. No intentaba engañarla.

—Esa mujer policía tan alta me ha dicho que eres bueno, aunque no sé en qué. No creo que necesite un *coach* que me ayude a soportar el juicio.

Johanna apoyó una mano en el brazo de Sara.

—Como si tuviera interés en pasar por ese maldito juicio —añadió.

Alex la miró a los ojos y la notó firme, rebelde. ¿Tal vez estaba desafiándolo para que empezara a intentar persuadirla?

—¿Qué te dice tu intuición? —preguntó.

—Mi intuición me dice que salga corriendo —respondió ella resoplando.

Alex no la conocía previamente. No sabía quién era hasta que ocurrió todo. Solo contaba con lo que veía en ese momento.

—Te entiendo —dijo—. Probablemente la mayoría de la gente sentiría lo mismo.

—¿Cómo sabes lo que sentiría la mayoría de la gente? ¿Acaso conoces a los demás? ¿A cuántas personas conoces que les haya ocurrido… lo mismo que a mí?

Alex se irguió levemente. Notó irritación en su rostro. A ella no le gustaba que intentaran adornarle las cosas. Hizo una rápida reflexión.

—A ninguna —dijo.

—Entonces, ¿por qué crees que puedes hacer algo por mí?

—No lo sé.

Ella volvió a resoplar.

—No te puedo decir lo que debes pensar o hacer. No creo que funcione de ese modo —dijo él.

—¿Y cómo puedes serme útil?

Él evitó deliberadamente la palabra «ayuda».

—Puedo encargarme de que tomes una decisión, pero el trabajo tendrás que hacerlo tú.

La chica lo miró unos instantes. Luego enderezó también su cuerpo ligeramente.

—Explícate.

—Puedes escucharme si quieres, si te parece bien. Pero no porque Nina te lo haya dicho. Es probable que pueda ofrecerte algo de lo que necesitas durante el proceso, pero solo si tú quieres que lo haga. Es como la hipnosis, que no puede practicarse contra la voluntad de nadie.

—Lo que necesito… —dijo ella mirando por la ventana.

Alex asintió.

—¿Qué crees que necesitas?

Sara miró de reojo a Johanna, que tenía las comisuras de los labios más hacia abajo de lo normal.

—Que los cerdos que me hicieron esto vayan a parar a la cárcel. Que alguien los encierre y tire la llave.

—¿Tienes idea de lo que hay que hacer para lograrlo?

—La verdad es que no —contestó ella.

Bajó los hombros levemente y Alex reparó otra vez en lo joven y vulnerable que era. Una parte de él quería salir corriendo de la habitación. Era evidente que tenía que ganarse su confianza. Intentó darle otro enfoque.

—Del juicio en sí se encargan los abogados. ¿Sabes lo que se espera de ti?

Sara se inclinó hacia delante y bebió un sorbo de café.

—Mantendré la calma y no seré demasiado emocional —dijo en voz baja.

—¿Es lo que te ha dicho el fiscal?

Asintió con la cabeza.

—No creo que haya ningún inconveniente en que muestres tus emociones mientras puedas controlarlas. Sé que esta situación está lejos de ser normal, pero ¿cuándo sueles perder los estribos?

Resopló y lo miró a los ojos, levantando la barbilla sin miedo.

—Cuando la gente hace preguntas estúpidas. Y cuando se entrometen en cosas que no les importan.

Alex asintió. Bueno, tenía una especie de energía y espíritu de lucha. No estaba del todo destrozada, pensó.

—Los abogados te van a hacer un montón de preguntas raras. Probablemente quieran que te contradigas.

—Eso mismo es lo que tú has dicho —dijo Sara dirigiéndose a Johanna.

Esta se limitó a asentir. Parecía que estaba un poco más relajada.

—Pero ¿por qué? —le preguntó.

Alex se aclaró la voz, deslizó las manos por las perneras del pantalón y dijo:

—No soy ningún experto en juicios, pero supongamos que te sacan de tus casillas. Cuando lo logren, perderás el control de lo que digas, y entonces ellos intentarán que te contradigas. Y de repente el objetivo ya no será tan seguro. Para que ganen ellos, bastará con que parezcas poco fiable.

—¿Por qué tengo que escucharte?

Él contuvo el aliento mientras dudaba sobre si decir algo educado y correcto o hablar desde el fondo del corazón.

—Quiero ayudarte —dijo simplemente.

—Pero ¿por qué?

Era una pregunta legítima. Alex se dio cuenta de que todo el sistema había manifestado su disposición a ayudarla, pero en eso consistía su trabajo. Los policías solo hacían su trabajo, igual que el fiscal, el médico que la examinó, la enfermera. Todos se limitaban a hacer lo que se esperaba de ellos. Y el tribunal. Los abogados también hacían su trabajo, pero probablemente cobraban más. Johanna era una excepción, por supuesto. Todos los que trabajaban en el Servicio de Asistencia a Víctimas lo hacían de modo voluntario, eso ya lo sabía. Nina le había contado algunas cosas de sus años como voluntaria y había quedado impresionado.

El hecho de que fuera precisamente Johanna la que estaba allí con Sara le

proporcionaba la respuesta necesaria.

—Hace mucho violaron a mi hermana pequeña. Y durante años me he sentido muy mal porque no había nada que pudiera hacer por ella.

Sara levantó la cabeza ligeramente. Sus ojos adquirieron una nueva nitidez y Alex se preguntó qué ideas le estarían cruzando por la cabeza.

—¿Cómo se llama?

—Nicole —dijo él.

Algo se removió en su interior. Aquel doloroso recuerdo volvió en una fracción de segundo. Se dio cuenta de que iba a tener que mirar hacia dentro para hacer frente a eso.

Sara se inclinó hacia adelante.

—Dime cómo fue.

—¿Si lo hago aceptarás mi ayuda?

Sara asintió.

Capítulo 38

Nicole se quedaba en casa sin salir y apenas se comunicaba con el mundo exterior. Un médico, también buen amigo de la familia, fue a examinarla. Prometió discreción.

Su cuerpo se recuperó rápido, en realidad no había ningún problema. Pero estaba como oculta en su caparazón. Normalmente no paraba de hablar y le resultaba difícil guardar silencio, manifestando con viveza todo lo que se le ocurría. Después se volvió silenciosa y respondía solo con monosílabos. Alex no podía soportar verla tan cambiada.

Muy pronto se hizo patente lo que le iba a suceder al tío Bertrand.

Nada.

Nadie hablaba del incidente, la violación en sí era como una zona prohibida por una especie de pacto invisible. Ni Idelle ni Alain King cruzaban una palabra del asunto delante de su hijo, y él no podía saber lo que le decían a Nicole, pero tampoco creía que hubiera mucha diferencia.

Sin embargo, oía los gritos de sus padres por las noches. El padre quería denunciar a su amigo de la infancia. La madre se lo impedía, convencida de que no llevaría a ninguna parte, que era imposible pillar al tío Bertrand. ¿De verdad quería Alain que Nicole tuviera que pasar por un juicio terrible? ¿Quién sabía cómo podía terminar? Alain, el padre, no se rindió. La familia se merecía un desagravio, Nicole en especial. Pero ¿quería realmente denunciar a su mejor amigo? Sí, quería hacerlo. La madre se negaba. Suponía que sería un escándalo. ¿Y de qué le serviría a Nicole? El incidente ya había pasado. El padre insistía en que ella iba a sentirse mejor si se reparaba la infamia.

No paraban de darle vueltas al asunto.

Transcurrió una semana. Después otra. Alex iba siendo cada vez más

consciente de que la enorme energía de la madre era superior a la resistencia que oponía el padre, quien finalmente no pudo más y cedió.

La madre le comunicó a Bertrand —al que habían dejado de llamar tío y era simplemente Bertrand— que ya no les resultaba grata su compañía. Este se comprometió a mantenerse alejado de ellos, aunque seguía pensando que concedían demasiada importancia al asunto. *Mon dieu*, ¡la chica ya era mayorcita!

Ese verano no fueron a Le Havre.

El silencio se adueñó de la habitación.

—Debió ser muy doloroso para todos vosotros —dijo Sara después de unos segundos.

Alex había oído decir que cuando las personas tienen un problema grave les duele el corazón, pero no era así. A él lo que le dolía era el estómago.

—Hay personas que se preocupan por ti y te quieren ayudar —dijo.

Luego la miró. Parecía algo más relajada y en su mirada había menos rechazo. Tal vez había logrado ganarse un poco de su confianza.

—¿No querías ayudarla?

—No sabía cómo hacerlo. Y nuestros padres no colaboraban lo más mínimo.

—Mis padres no saben nada de esto —confesó ella tras un instante de vacilación.

Alex asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo lleváis enfadados?

Ella se acercó a la ventana.

—¿Cómo sabes que estamos enfadados?

Él se encogió de hombros.

—Por tu lenguaje corporal. Miras hacia otro lado al hablar de ellos. Frunces los labios. ¿Y tu hermano?

—¿Tom? —preguntó Sara, fijando la vista en Johanna.

—Sí, ¿qué podemos decir acerca de Tom?

—Tal vez no sea una persona en la que podamos apoyarnos actualmente —dijo Johanna con sequedad mientras se cruzaba de brazos.

La expresión de la cara de Johanna le indicó a Alex que se mantuviera alejado de esa cuestión.

—De acuerdo —dijo Sara.

—Tendríamos que vernos más veces —sugirió él—. A solas —añadió mirando a Johanna de reojo.

—¿Puedes venir tú? En estos momentos no tengo fuerzas para ir a ningún sitio.

—Sí —dijo Johanna—. Sara debe descansar todo lo que pueda.

Él asintió con la cabeza.

—No hay problema. Estamos casi en Navidad, pero puedo venir en cuanto pasen las fiestas.

Habían terminado, pero Alex observaba cada vez más tensión en el lenguaje corporal de Johanna.

—¿Así que vuestra madre lo ocultó todo? —preguntó Sara después de permanecer en silencio unos minutos.

—No hubo denuncia. No hubo investigación. Nada. Todo se silenció. Mi madre se dedicó a dejar discretamente de lado cualquier compromiso en el que pudiera figurar Bertrand. Clubes, actos sociales de distinto tipo y demás. Pero todo tenía que parecer natural. Al poco la eligieron alcaldesa, y a partir de entonces ni siquiera permitió que habláramos de ello.

—¿Cómo es el contacto que mantenéis ahora?

Él se quedó pensando un momento. ¿Cuál era la palabra correcta?

—Limitado —dijo.

Ella asintió con la cabeza.

—Solo hemos hablado un par de veces de lo que ocurrió, es decir, de la violación.

—¿Por qué fuiste a parar a Suecia? ¿Fue por alejarte de todo?

Alex inspiró profundamente. Es probable que su madre no le hubiese perdonado aún. Ella no logró detener la investigación policial. La restringió, pero no la detuvo.

—¿Qué hace Nicole hoy por hoy? —preguntó Johanna de repente.

Él se puso a mirar por la ventana. «¿Qué hace Nicole hoy por hoy?». Era una pregunta equivocada. No tenía la menor intención de responder, en ningún caso.

Capítulo 39

Navidad y Año Nuevo transcurrieron sin mayor revuelo. La lluvia limpió las calles de Estocolmo y sus habitantes aprovecharon los días intermedios para sacudirse el sopor de las fiestas acudiendo a las rebajas.

Sara acababa de hablar por teléfono con su jefe, el dueño de la tienda. Quería saber cuándo pensaba volver a trabajar. Le dijo que estaba de baja por enfermedad y que le había enviado el certificado. Para él no era suficiente; quería saber si se iba a prolongar la baja.

Tanta era la presión que Sara no pudo más y le dijo a gritos que la habían violado, joder. Él se disculpó. ¿Cómo iba a saberlo? Después adoptó una actitud tan servil que a ella misma le produjo náuseas. Tiró al suelo el auricular y empezó a darle patadas a la ropa sucia debido a la frustración que sentía. Fue a la cocina y se fumó tres cigarrillos junto a la ventana abierta, bebió un poco de café y dejó la taza con los demás platos sucios que tenía amontonados.

Se duchó. Los días que no dormía hasta las diez de la mañana se quedaba en la cama, mirando simplemente al techo mientras que los pensamientos la iban ahogando poco a poco. Al levantarse, se quedaba bajo la ducha una hora, a veces hora y media. Justo aquel día dejó que el agua corriera tanto tiempo por su cara que le escocían los ojos, y la piel se le quedó roja y agrietada.

Al salir de la ducha estaba cansada. Después de andar un rato dando vueltas por el apartamento, se sentó en el sofá y puso la tele. En el SVT24 había un abogado hablando acerca del modo en que se interpretaba la ley en distintos contextos. Estaba a punto de cambiar para ver *Top Model* cuando oyó que pronunciaba la palabra «violación». Se detuvo a escuchar lo que aquel hombre decía acerca de que la ley estaba en todas partes, que no importaba lo que era correcto o incorrecto moralmente. Que si la ley dice una cosa, hay que acatarlo.

El entrevistador preguntó: «¿Y si todos piensan que la ley se equivoca?». «Entonces hay que cambiar la ley», respondió el abogado. Y a partir de ahí podía empezarse a aplicar en casos nuevos.

Apagó el televisor, pero permaneció un rato sentada en el sofá mientras el agua del cabello húmedo le caía lentamente por la espalda. Sentía frío, pero no se levantó a por una toalla. Pensó en el gilipollas que tenía de jefe. Pensó en Mari. Pensó en Helena, que no la había vuelto a llamar. Pensó en Jisander, en Hansson y en Alí Huseín y en aquel otro. Pensó en todos los que conocía y en cómo reaccionarían cuando todo se supiera. ¿A cuántos habría podido llamar Helena hasta ese momento? ¿Qué diría la gente cuando se diera cuenta de que ella era la Sara de la que se hablaba en los periódicos y por la tele, la que había sido violada el día de Santa Lucía? ¿Qué dirían sus padres?

Fue al ordenador y entró en Facebook. Abrió el perfil de Helena, miró lo que había escrito hace diez días. Allí estaba. Encontró su nombre en un mensaje de hacía una semana. Era de Helena. Lo leyó mientras su ansiedad iba en aumento. Todos los comentarios. Uno tras otro, la gente enviaba mensajes sobre algo de lo que no tenían la menor idea.

Sara notó que el cuerpo se le ponía cada vez más rígido. Cerró la sesión, apagó el ordenador y se quedó mirando el reflejo de su rostro en la pantalla. De pronto, le invadió una sensación de repugnancia de sí misma.

Se puso en pie sorprendida por lo repentino del movimiento, fue al cuarto de baño y abrió el armario que estaba cerca del espejo. Permaneció un rato allí, mirando sin ver nada.

La ley estaba en todas partes.

En realidad sería sencillo. No tenía que sentirse de ese modo. Había una solución.

¿Así que eso es lo que dicen de mí?

El pelo le goteaba. Recordó lo que le había preguntado a Johanna aquella mañana de diciembre.

«¿Cuántas llegan cada noche?».

«Tres. Pero Nina solo te tiene a ti».

«Solo a ti».

Eso hizo que Sara se sintiera única de algún modo. Por fin era alguien entre una multitud. Fuera lo que fuera.

Buscó en el estante superior. Sus dedos encontraron lo que buscaba. Levantó la mano, cogió la caja de hojas de afeitar que tuvo que utilizar un par de años antes para raspar la pintura de las ventanas, y sacó una que estaba sin usar. Después de quitarle el papel se la puso en la palma de la mano.

Se miró la muñeca. La mirada iba de la mano a la afilada hoja de la cuchilla. Apoyó el fino borde en la piel. Podía sentarse en la ducha. Sería tan sencillo. Tom lo lamentaría mucho, pero en realidad no la necesitaba. Ella no se merecía sus lágrimas.

Tantas personas y ninguna había hablado con ella. Pero todas opinaban, eso sí. Y esparcían la mierda cada vez más.

Sara observó la hoja de afeitar. Apenas sentiría nada. La hoja estaba caliente y afilada, y si se sentaba en la ducha solo sería un instante.

Estaba borracha en aquel momento. Le mintió tanto a la policía como al fiscal. Había bebido más de lo que declaró, mucho más. Y no iba vestida correctamente. Sin duda también dijo algunas cosas que podían ser malinterpretadas.

Contuvo el aliento y apretó.

Antaño

Mari Näslund y Sara eran amigas desde la escuela infantil. Mari era más bien bajita, delgada y miedosa, en cambio Sara era alta y corpulenta y a menudo tenía que echarle una mano a su amiga en los conflictos del aula. No dejaba que nadie se metiera con ella, así que cuando alguien le hacía algo era como si se lo hiciera a Sara, lo que por lo general resultaba ventajoso para Mari.

La primera vez que Sara fue a casa de su compañera le llamó la atención ver allí a su padre a pesar de que era la una del mediodía.

—¿Qué hace en casa? —preguntó en voz baja a su amiga mientras subían las escaleras para ir al cuarto de Mari.

Ella se limitó a sacudir la cabeza.

—¿Por qué no está en el trabajo? —insistió Sara.

Mari la empujó hacia el interior de la habitación y cerró la puerta.

—¡Porque no puede trabajar! ¡Porque le duele la espalda!

—¿Ah, sí?

Sara había oído que hay personas que no tienen trabajo, pero nunca había conocido a ninguna. Su padre decía que los desempleados eran unos vagos.

—¿Y entonces cómo tiene dolor de espalda?

—¡Trabajó muy duro!

La cara de Mari enrojeció al instante. Al parecer era un tema incómodo.

Un día Sara riñó con su madre y se fue a lloriquear a casa de Mari. Al llegar a la casa de los Näslund vio un camión en la calzada y a dos hombres corpulentos que trasladaban un sofá al camión. En el interior del mismo también vio el televisor de la familia. Sara apoyó la bicicleta en la valla y se acercó con cuidado a la casa.

De dentro salían voces iracundas. Pudo oír que tanto Mari como sus padres

le gritaban a alguien que hablaba con voz muy baja. Mientras que los dos hombres dejaban el sofá en la parte trasera del camión, ella se coló en el umbral y accedió a la casa.

Las voces provenían de la cocina. Oyó que la madre decía palabras como «insensible» y «chupasangre». El padre utilizaba expresiones más groseras. No podía escuchar bien lo que decía la tercera persona. Sara subió las escaleras de puntillas y llamó a la puerta de Mari. No obtuvo respuesta, así que entró.

La niña estaba tumbada en la cama con una almohada cubriéndole el rostro.

—Hola —saludó Sara—. ¿Qué pasa?

Mari se retiró la almohada. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas.

—¿Qué quieres?

Sara se sentó en el borde de la cama.

—¿Vais a mudaros?

—No.

—Entonces, ¿por qué se llevan vuestro sofá y vuestro televisor?

Mari suspiró y se sentó en la cama.

—Hay que devolverlos.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Sara hacía cuanto podía para consolar a Mari, pero no sabía cómo. Lo único que se le ocurría era quedarse allí sentada con ella mientras que los padres gritaban y se enfadaban en el piso de abajo. Al mirar por la ventana vio a un hombre bajito con un montón de papeles en la mano que se iba colocando las gafas. Luego se subió al camión. Una vez que se alejó se hizo un silencio absoluto en el jardín. Transcurridos diez segundos, alguien cerró la puerta de la calle con un portazo tan fuerte que toda la casa tembló.

El silencio duró cerca de un minuto; luego estallaron los gritos con más fuerza que antes. Los padres de Mari se gritaron el uno al otro durante diez minutos. Mari volvió a esconderse debajo de la almohada y Sara la entendió. Aunque a ella los gritos de los padres no la molestaban y casi los prefería al silencio que mantenían los suyos.

Poco después, la casa quedó en silencio.

Mari se sentó de repente en la cama.

—Vámonos —dijo.

En treinta segundos estaban en la calle. A través de una ventana abierta

oyeron que la discusión empezaba de nuevo.

Después de atravesar unas cuantas calles en bicicleta, Sara ya no pudo mantenerse callada.

—¿Qué les pasaba?

—No están de acuerdo en casi nada —respondió Mari.

—¿Se oyen con frecuencia gritos?

—De vez en cuando.

—¿Tu padre bebe? —preguntó Sara mirándola de reojo.

—¿Cómo que si bebe?

—Me refiero a bebidas alcohólicas.

—A veces sí —dijo Mari.

—¿Entonces, empina el codo?

—¡Yo qué sé! ¿Por qué diablos preguntas tanto?

—Mi madre dice que los que están desempleados suelen beber —afirmó Sara.

—¡Me importa un bledo, joder!

A Sara se le quitaron las ganas de seguir preguntando.

Cuando lo contó en su casa durante la cena, los padres intercambiaron unas breves miradas, pero Sara pudo percibirlas.

—¿Por qué se llevaban las cosas? —quiso saber.

El padre carraspeó y se colocó la servilleta en la rodilla con mucha parsimonia. La madre se sirvió patatas. Por lo visto era otro de esos días en los que no se decía nada.

—¿Por qué se llevaron esos hombres los muebles y el televisor de Mari?

Su padre le lanzó una mirada llena de incomodidad e irritación.

—Son del Servicio de Ejecución de Medidas Judiciales —dijo simplemente.

—¿Qué es eso?

Pero no pudo conseguir que añadiera nada más. Enmudeció. Por lo visto no pensaban hablar de ello. Pero Sara no estaba conforme.

—¿Qué es ejecución de medidas judiciales?

La madre dio un manotazo en la mesa que hizo saltar vasos y cubiertos. Luego miró a su hija con gesto tenso.

—¿Por-qué-no-puedes-callarte-de-una-vez?

Sara se quedó boquiabierta mirando a su madre. Volvió la cabeza hacia el padre, que parecía que no hubiera oído ni una palabra, pues tras untar de mantequilla una rebanada de pan, se chupó el dedo pulgar con total

circunspección.

—Tengo que preguntar ya que vosotros no decís nada —se defendió Sara—. ¿Qué hay de malo en ello? ¿Por qué no contáis nada? —añadió.

—Vete a tu cuarto —le ordenó su madre, tajante.

Cada sílaba era como un golpe en la cara de Sara. Se bebió la leche que le quedaba en el vaso y salió de la cocina sin decir una palabra. Mientras subía las escaleras, iba negando con la cabeza.

No entendía nada. Nada en absoluto.

Capítulo 40

En el mismo instante en que Sara estaba empezando a sentir que el borde delgado de la hoja de afeitar le traspasaba la epidermis, sonó el teléfono. Detuvo el movimiento y miró hacia la puerta. Levantó lentamente la hoja de afeitar con la mano casi temblorosa, volvió a ponerla en el armario y se limpió una gota de sangre que empezaba a brotar.

Fue a la cocina arrastrando los pies y levantó el auricular. No podía articular palabra.

—¿Sara? Soy Johanna.

Sara jadeó y notó que estaba temblando.

—¿Puedes venir? Por favor.

Se produjo una pausa.

—¿Cómo van las cosas? —dijo Johanna.

—Mal —dijo Sara—. Realmente mal.

Johanna guardó silencio unos cinco segundos.

—Todos me odian —susurró Sara.

—Estaré allí lo antes posible —dijo Johanna y colgó.

Sara soltó el auricular y se derrumbó en el suelo. Se quedó tumbada tapándose la cara con las manos. El cabello húmedo le rodeaba la cabeza como si se tratara de algas. Le temblaba todo el cuerpo. Encogió las piernas y adoptó la posición fetal.

—Mal —dijo en voz baja a nadie en especial mientras se golpeaba lenta y rítmicamente la frente contra la pared—. Mal, mal, mal —repitió.

Al llegar, Johanna se percató de inmediato de la situación. Levantó a Sara del

suelo y consiguió llevarla hasta la cama, que estaba sin hacer. Fue al cuarto de baño, descubrió la hoja de afeitar y, después de envolverla en papel higiénico, se la guardó en el bolsillo del anorak. En el dormitorio vio cojines, ropa y periódicos tirados por el suelo. Tazas con restos de café en la mesita de noche y junto a la ventana. La jaula del hámster olía mal. Alguien debía encargarse de limpiarla enseguida. Se quedó un rato sentada al lado de la cama con una mano de Sara entre las suyas, mientras que esta lloraba. Johanna le acarició el pelo, que estaba húmedo y frío y tenía un olor raro.

A Johanna le preocupó el silencio y el llanto de Sara. ¿Qué había sucedido? Solo unos días antes le había parecido que tenía mucha fuerza. La naturaleza de Johanna se reveló. ¿Cómo pudieron dejar a Sara en ese estado? Sintió escalofríos al pensar en lo que podría haber ocurrido si hubiera llamado solo cinco minutos después. ¿Con qué espectáculo se habría encontrado?

Poco a poco, Sara empezó a respirar con más tranquilidad.

—Todos me odian —dijo mirando al suelo.

—No te odia nadie. ¿Por qué dices eso?

—No has visto los comentarios que han colgado en Facebook —respondió Sara con los ojos llenos de lágrimas—. La mayoría cree que fue culpa mía.

—¿En Facebook? ¿No habrás escrito sobre… eso en Facebook?

—Algunos piensan incluso que me lo merezco. Me llaman guarra, desvergonzada, puta. Bromean acerca de lo que esos cerdos tendrían que haber hecho para taparme la boca.

—No debes hacer caso a esas cosas. No te conocen. No saben lo que ha ocurrido.

—Algunos sí —reconoció Sara cubriéndose la cara con las manos.

Aquello no iba bien. Johanna no tenía formación psicológica, pero creía que lo mejor sería hablar de algo concreto, algo con lo que Sara pudiera relacionarse y procesar. Esperó hasta que vio que se había calmado un poco.

—¿Hay alguna novedad acerca de la investigación? ¿Ha llamado Nina recientemente?

No obtuvo respuesta.

—¿Sara?

Sara negó con la cabeza.

—¿Y el fiscal? ¿Y tu hermano?

Nuevos gestos negativos. Johanna se mordió el labio inferior y acarició el cabello pegajoso de Sara. Notó que estaba lleno de champú que no se había

enjuagado.

Sara empezó a volver a la realidad después de un rato. Su mirada recuperó la serenidad y se sentó en la cama.

—No sé si voy a ser capaz de superar un juicio —dijo finalmente.

—Por supuesto que sí. Te va a ayudar ese hombre, el asesor.

Sin embargo, en el fondo no confiaba en él. No había más que ver quién se estaba encargando de Sara en ese momento. No tenía aspecto de ser un tipo brillante.

La idea le dio a Johanna nuevas energías.

—¿Tendré que verlos? —preguntó Sara suspirando.

Johanna recordó sus limitados conocimientos jurídicos acerca de lo que era un juicio. A la mayoría de las víctimas les resultaba incómodo compartir sala de espera con los autores del delito y sus abogados. Pero, por lo que sabía, Sara tenía derecho a estar sola en una habitación. A los acusados se les permitía escuchar, pero podían hacerlo desde otra sala. Si a un demandante o a alguien entre la audiencia les intimidaba la presencia de los acusados, el tribunal podía ordenar que estos abandonaran la sala.

—Si no quieres, no tendrás que verlos, pero deberías hacerlo. Verlos allí sentados y avergonzados hará que te sientas fuerte —dijo Johanna.

Luego le explicó que a la mayoría de las mujeres que han sido violadas les sirve de ayuda ver a los autores como niños pequeños avergonzados. En realidad eran solo unos cobardes.

Sara sacudió la cabeza.

Johanna tragó saliva y eligió las palabras con cuidado.

—Si quieres, puedes pedir un coadyuvante.

—¿Para qué sirve?

—Es una persona que ofrece ayuda y apoyo en la instrucción y en el juicio. Tienes derecho a solicitarlo al tratarse de un caso de violación.

Sara se incorporó y se quedó sobre la cama, apoyada en los codos.

—¿Podrías ser tú?

—Yo no soy letrada —explicó Johanna a la vez que sentía deslizarse la impotencia sobre ella—. Eso lo hacen los letrados. Y también los procuradores. ¿No te lo ha dicho la policía?

—No, no necesito otro letrado. Necesito a alguien que esté de mi parte. ¿No podrías ser tú?

—Yo podría ser una simple persona de apoyo. Pero los juicios se llevan a

cabo en horario de oficina, que es cuando me encuentro en el trabajo.

Johanna recordó la escena que se había producido en el trabajo hacía apenas una hora. Su jefe le había reprochado seriamente su falta de profesionalidad y hasta la amenazó con tomar medidas si abandonaba su puesto en horario de oficina. Ella se marchó de todos modos.

—Entonces estoy sola —dijo Sara mirando a su interlocutora con gesto abatido.

Siempre hago lo mismo, se dijo Johanna. Se metía en situaciones en las que al final se implicaba demasiado y su trabajo sufría las consecuencias. Si no se andaba con cuidado, podía meterse en un verdadero problema. Además no había participado nunca en un juicio y no sabía la mecánica. Miró hacia otro lado. Podía participar como una persona de apoyo, por supuesto. Pero ¿cómo? Lamentó en parte haber hablado del tema y haberle dado a Sara una esperanza que, tal vez, no era capaz de cumplir.

Nina le dio la pista, casi por casualidad.

Acababan de hacer el amor y estaban en la cama abrazados y a punto de quedarse dormidos. Ella había estado más ardiente de lo habitual, y a Alex se le ocurrió que su modo de actuar en la cama era una especie de recompensa por haberle prometido que se haría cargo de Sara Leijon. Tal vez solo eran figuraciones suyas y simplemente le había echado de menos. Fuera por el motivo que fuera, era justo lo que necesitaba y se habían entregado el uno al otro sin disculpas.

—¿Has dicho nueve juicios? —preguntó Nina.

—Sí.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque tenía que averiguar cómo funciona. Pensé que podía resultarme útil y luego no podía quitarme la idea de la cabeza.

Ella se incorporó y se apoyó en un codo.

—Sabías que iba a pedirte ayuda.

—Yo ya lo había pensado.

Nina guardó silencio un momento y le acarició el torso.

—¿Viste a Göran Wiklund en alguno de los juicios?

—¿Quién es?

Se volvió hacia él.

—Es juez del Tribunal de Justicia de Estocolmo y será quien actúe en el juicio de Sara.

Alex se frotó los ojos.

—La mayoría de los jueces que he visto son muy amables y serviciales. Algo secos y calmados tal vez, pero bastante humanos. Abundan los tipos azul y verde.

—Como te he dicho, intenta echarle un vistazo a Wiklund si puedes.

—¿Por qué tengo de pronto la sensación de que ese hombre va a ser un problema?

—Porque eres un experto en comportamiento humano muy competente.

—¿Halagos después del sexo? ¿A qué se debe?

—No se imagine nada raro, *monsieur* King —dijo dándole una palmadita.

—Sé que lo que buscas es mi cuerpo, y ahora que ya lo has tenido…

—Algunas personas deberían poner los pies en la tierra —respondió ella después de besarle.

—Y controlar a Wiklund —añadió dándole la espalda.

Capítulo 41

Ramén se rascó la cabeza. Tenía que reconsiderar la cuestión de Mari Näslund. Debía localizarla. Teniendo en cuenta el papel que llevaba en la mano, se había convertido de repente en algo importante. Marcó el número de la comisaría. Contestó el propio comisario Hellmark y Ramén le expuso rápidamente el asunto.

—¿Y por qué es tan importante? ¿Tiene ella algo que sea relevante? —dijo.

Ramén agitó el papel delante de él, como si Hellmark lo pudiera ver.

—La defensa la ha incluido en la lista de posibles testigos —explicó.

—¿La defensa? —preguntó Hellmark—. ¡Mierda!

Era costumbre que ambas partes se dijeran entre sí y también al tribunal a quiénes iban a interrogar durante el juicio, con el fin de que ambas partes estuvieran bien preparadas.

—Sí, ¿verdad que es raro? —dijo Ramén.

—Ya lo creo, y mucho.

—Es lógico preguntarse por qué quieren la comparecencia de su mejor amiga como testigo.

—No creo que vaya a hablar a favor de los acusados precisamente.

Ramén se tamborileó la barbilla con los dedos.

—Hummm —respondió.

—¿Cuánto tiempo hace que se conocen esas jóvenes?

—Más o menos toda la vida.

—Esto me huele a chamusquina. Inclúyela tú también en la lista —aconsejó Hellmark.

Sara permanecía en la cama durmiendo a pesar de que eran las tres de la tarde. Después de un almuerzo compuesto por restos de comida de la semana, necesitaba con urgencia salir a comprar algo. Se había echado varias mantas encima y estaba empapada en sudor. Oyó el sonido del teléfono como si procediera de lo más profundo de un túnel.

—¿Hablo con Sara Leijon? —preguntó una voz masculina.

—Sí, dígame.

—Entiendo que está atravesando momentos difíciles.

Sara se sentó en la cama. La voz del hombre le sonaba conocida de algún modo. Se espabiló de repente.

—Y teniendo en cuenta su situación tal vez pueda necesitar un poco de apoyo.

—Disculpe, ¿con quién hablo?

—Enseguida lo sabrá.

¿Dónde había oído antes esa voz?

—A veces se pueden necesitar ciertas cosas para volver a la normalidad, por así decirlo.

—¿La normalidad? ¿Qué quiere?

—Solo soy alguien que quiere echarle una mano. ¿Qué es lo que más necesita en este momento?

—Tranquilidad para poder enfrentarme a un juicio. Pareces saber lo que me ha ocurrido, así que no tengo que explicar nada.

—A eso precisamente me refiero, a ese juicio —dijo el hombre bajando el tono de voz—. ¿Qué sería capaz de hacer para no tener que soportarlo?

—¿Cómo lo podría evitar? —quiso saber Sara poniéndose en pie.

El hombre soltó una leve carcajada.

—Oh, eso es lo más fácil del mundo. Es decisión suya.

—¿Decisión mía?

—Lo único que debe hacer es ir al fiscal, que por cierto se llama Ramén, y decirle las cosas como son.

Las señales de alarma empezaron a sonar. Al principio creía que se trataba de un periodista, pero en ese momento no sabía nada. ¿Por qué no le decía quién era? Fue hacia la ventana. Se acercó el auricular al oído todo lo que pudo.

—¿De qué habla?

—Dígale a Johan Ramén que quiere evitar el juicio. Que le va a resultar doloroso, insoportable, y que no va deshacer lo que ya está hecho, por así decirlo.

—Escuche, no importa quién diablos sea. El juicio es el único modo que tengo de reparar lo que me hicieron esos cerdos. No tendría nada que ganar si no se celebrara el juicio.

El hombre carraspeó y subió el tono de voz.

—Sí que podría ganar algo.

—¿Y qué sería?

Unos segundos de silencio.

—Dinero.

Sara subió la persiana y miró al exterior a través de los cristales sucios. Unos niños estaban tirándose bolas de nieve en la calle. Había empezado a oscurecer.

—Creo que es hora de que me diga quién es —dijo ella.

—Piénselo —respondió él en un tono repentinamente serio—. Podría obtener una suma considerable si decide no continuar con esto. Un dinero que le puede proporcionar cosas que tal vez quisiera tener. Lo único que debe hacer es ir al fiscal y decirle las cosas tal y como son.

De repente supo por qué había reconocido la voz. Era la misma voz, pero con más edad. Al instante sintió ganas de vomitar.

Volvió a bajar la persiana lentamente.

—¿De cuánto dinero hablamos?

—¿Qué tal suena cien mil coronas? Directamente en mano. Y nadie tiene por qué saber nada —respondió él en un tono de voz casi alegre, como si creyera que había mordido el anzuelo.

—¿Cien mil? No es mucho dinero.

El hombre guardó silencio unos segundos. Tal vez pensaba que estaba intentando negociar.

—Puedo doblar la cantidad si dice que sí en este mismo momento.

—¿Decir sí a qué?

—A retirar las acusaciones, por supuesto —respondió él impaciente.

—¿Tendría que retirarlas?

—Exactamente. Y recibiría doscientas mil coronas con las que podría hacer lo que quisiera.

—Es mucho dinero. Pero ¿no podríamos decir mejor doscientas cincuenta mil, que es más? ¿O medio millón?

—Espere un momento.

—¿Por qué no un millón? ¿De verdad cree que puede comprarme?

La voz del hombre cambió como por arte de magia, igual que cuando se pasa la página de un libro.

—Escúchame, pequeña zorra. Vas a retirar las denuncias. ¡Lo lamentarás si no lo haces!

—Sé quién eres. Eres el padre rico de Charles. ¡Y como llames otra vez te denunciaré a ti también! ¡Vete a la mierda, cerdo asqueroso! ¡Tu hijo va a pudrirse en la cárcel por lo que ha hecho! —dijo aumentando poco a poco el volumen de la voz hasta que se convirtió en un grito.

—¡Te arrepentirás de esto, puta asquerosa! ¡Espera y verás, te vas a arrepentir! —aseveró él.

Luego colgó el teléfono de golpe.

—¡Hijo de puta! —gritó Sara con tal fuerza que su voz estuvo a punto de quebrarse, aunque al otro lado ya no había nadie.

Se quedó mirando la pared. Le dolía tanto la cabeza que creía que iba a volverse loca.

Ha intentado comprarme, pensó.

Nunca se había sentido tan sucia.

Capítulo 42

Alex extendió los brazos para que el guarda de seguridad comprobara si llevaba algo que pudiera utilizarse como arma. Después de pasar el arco de seguridad, tuvo que someterse a un indiscreto cacheo por parte de dos guardias con guantes blancos, un hombre y una mujer. Eran silenciosos, muy educados y profesionales al cien por cien. Había unas treinta personas en fila a la espera de entrar en la sala, y cuando alguien gritó que quería que lo cacheara la mujer, ella no reaccionó. Ni un solo músculo de su rostro mostró haberlo oído siquiera. Se oyó la voz de otra persona pidiendo silencio a la anterior.

El caso trataba del desmantelamiento de un laboratorio de estupefacientes y de las amenazas de muerte que habían recibido varios testigos. Había varios policías en la sala, que estaba repleta de hombres de aspecto rudo plagados de tatuajes y con las cabezas rapadas. Alex no había visto nunca tantas caras sospechosas en la misma habitación. Las miradas que percibía le habrían hecho evaluar seriamente si debía prestar declaración, de consistir en eso sus planes.

Un hombre de treinta y cinco años que iba peinado al estilo mohicano se sentó a su lado. Llevaba barba de dos días y las comisuras de la boca se hallaban inclinadas hacia abajo de modo natural, lo que hacía que pareciera sentir desprecio por todo lo que había a su alrededor. Lucía tatuajes en ambas manos, pero Alex no se atrevió a examinar lo que representaban. Poseía unos músculos duros como piedras y unos hombros tan anchos como los de dos personas normales juntas. Alex se vio forzado a cruzar las piernas e inclinarse un poco hacia la derecha para poder sentarse en la silla. Al otro lado había una mujer menuda que llevaba aros en la nariz y un tatuaje en una de las orejas. Era tan pequeña como una niña de doce años y no pareció importarle que invadiera su espacio.

El murmullo fue aminorando de forma gradual. Después de un rato se hizo un silencio cargado de tensión. Los policías que estaban apostados a lo largo de las paredes iban uniformados y armados. Todos llevaban el pelo muy corto y su complexión era similar a la de los asistentes que ocupaban la sala. Alex tuvo por un momento la descabellada visión de que se producían altercados, y se preguntó quiénes serían en tal caso los vencedores.

Por una puerta que había detrás de la mesa del tribunal apareció un hombre de unos cincuenta y cinco años. Era el juez Wiklund. Vestía traje, camisa y corbata, todo en diferentes tonos de gris. Hasta el pelo era gris, y muy bien cortado. La expresión de su rostro era completamente neutral y la mirada casi indiferente. Era bastante alto, un metro ochenta y cinco por lo menos, y su espalda recta como la de un militar. Portaba una gruesa carpeta bajo el brazo.

En ese momento, el mohicano que estaba a su izquierda sorprendió a Alex exhalando una especie de bufido y luego dijo:

—Mierda, joder.

Alex advirtió que el mohicano tenía los puños apretados; seguidamente, se volvió hacia Wiklund, que se había sentado en compañía de otros cuatro hombres de distintas edades.

Wiklund dio comienzo al juicio oral. Durante unos segundos paseó la vista por la sala y escrutó con la mirada a los acusados y luego a los asistentes, deteniéndose en un par de ellos. Después centró su atención en sus papeles y apoyó los brazos en la mesa, a ambos lados de la carpeta. Finalmente tomó la palabra. Tenía un tono de voz seco y monótono, y Alex empezó a armar el rompecabezas.

Capítulo 43

Inmediatamente después de que Jisander la llamara, Sara se puso el abrigo y se encaminó a la tienda de licores Systembolaget más cercana, casi corriendo y con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta. Iba en busca de alcohol, así que entró a comprar una botella de vino tinto y luego se marchó derecha a su casa. Descorchó la botella sin quitarse siquiera el abrigo y empezó a beber el contenido directamente de ella, sin importarle que una parte del mismo le chorreara por el cuello y siguiera hacia abajo, mojándole la ropa.

Tragó hasta que ya no pudo más, luego dejó la botella dando un golpe en la encimera de la cocina. Se descalzó a puntapiés. Se desprendió del anorak y lo dejó caer al suelo. Respiró hondo y se echó vino en una taza. Tenía que emborracharse por completo para sentirse bien. Se bebió de una vez el contenido de la taza, sin siquiera respirar. El último sorbo se le atragantó. Empezó a toser y se secó la boca con el dorso de la mano. Unas manchas de vino de color rojo salpicaron la alfombra.

Las lágrimas le ardían tras los párpados. Cerró los ojos con fuerza y se tapó los oídos en un intento de detener los pensamientos oscuros. ¿Cómo había ido a caer en ese infierno? ¿Qué había hecho para merecer aquello?

El recuerdo de la repugnante oferta del cerdo de Jisander le daba vueltas en la cabeza una y otra vez. En diez minutos había vaciado la botella de vino. Además de tener el estómago lleno, sentía que le temblaban las piernas. Pero los pensamientos se negaban a desaparecer. ¡Joder! Tendría que haber comprado dos botellas. Rebuscó en el armario de la cocina y encontró una botella de ginebra que debía de tener dos años. Quedaban unos cinco centímetros. Odiaba la ginebra, pero no dejó que ello la detuviera. Entró en el cuarto de baño, se bajó los pantalones, se sentó en el inodoro y orinó mientras agotaba el contenido de la

botella, igual que había hecho con el vino tinto. Le ardía la garganta y los ojos le lloraban por el desagradable sabor.

Al terminar, dejó la botella en el lavabo y se dirigió a la sala de estar dando tumbos. Se tiró en el sofá y esperó a que el alcohol hiciera su efecto. A los diez minutos le estallaba la cabeza y no podía enfocar la vista. Se tumbó y se tapó la cara con los brazos. Se odiaba a sí misma, odiaba no haber controlado lo que había ocurrido. Odiaba sentirse tan jodidamente débil.

Puta asquerosa.

Las ideas le daban vueltas en la cabeza; las imágenes del momento de la violación, las caras llenas de odio, de enfado. Todos esos viles comentarios en Facebook. El intento barato de Jisander de comprarla. En esa ocasión no solo su cuerpo, sino de algún modo toda su alma, todo lo que ella representaba. No se consideraba un ejemplo de virtud, pero se merecía algo mejor. ¿O no? Tal vez eso era lo que podía esperar en el futuro.

Lloró un rato en el sofá con las manos alrededor de la cabeza. Si pudiera desconectar y quedarse tranquila, pensó. Poco después empezó a sentirse mal. Se acordó de que no había comido nada en todo el día. Tenía el estómago revuelto y se dio cuenta de lo que iba a pasar.

Fue corriendo al cuarto de baño y llegó justo a tiempo de vomitar en el inodoro. Hipaba y lloraba alternativamente. El estómago protestaba, le dolía la cabeza y se había manchado el pelo de vómito. Accionó a tientas la cisterna para que corriera el agua y se fuera el mal olor. Se puso en pie con piernas temblorosas. Vio en el espejo su cara enrojecida por el llanto, así como la botella vacía de ginebra. La cogió y la lanzó contra el espejo por encima del lavabo. El ruido fue ensordecedor. Se quedó mirando los trozos y luego los puso en el borde del lavabo mientras descubría su cara enrojecida en cada uno de ellos.

Maldita sea.

¡MALDITA SEA!

Era una imbécil. Una cobarde y una gilipollas a la que le habían dado lo que se merecía.

No sabía qué hacer. Podía llamar a alguien y contarle lo de la llamada telefónica, pero ¿quién iba a creerla? ¿La agente Nina Mander? No había pruebas. No había nada, excepto aquella repugnante sensación de que Jisander padre la había manoseado.

Capítulo 44

Wiklund revisó los procedimientos y explicó que era él quien decidía allí. No era ninguna declaración de poder, sino una pura constatación. Si alguien tenía intención de perturbar el orden, había agentes que de inmediato se harían cargo del asunto. En otra situación hubiera podido interpretarse como un desafío, en esta era información sin más. Simplemente dejaba las cosas claras.

Después le cedió la palabra a la fiscal, una mujer, indicándole que le correspondían quince minutos.

La fiscal, que llevaba gafas redondeadas y el pelo recogido en una gruesa cola de caballo, miró su reloj y empezó a hablar. El gesto hizo que Alex mirara de reojo su propio reloj.

La fiscal mantuvo su discurso de apertura durante catorce minutos y cincuenta segundos, y Alex se imaginó que para sincronizarlo con tanta exactitud debía haberlo ensayado varias veces. Conocía ese modo de hacer las cosas debido a que él también tenía que adoptar determinadas pautas en su actividad. Pero las manchas rojas que tenía en el cuello solo podían ser a causa del nerviosismo. ¿Por qué?

Wiklund le dio las gracias a la fiscal, ojeó el reloj que había en la pared encima de la doble puerta de entrada y asintió con la cabeza mirando a la fiscal, que esbozó una leve sonrisa. Luego tomó la palabra uno de los abogados defensores. Este también disponía de quince minutos, y Alex vio al mohicano echar un vistazo primero al reloj de la pared y, a continuación, a su propio reloj de pulsera.

El abogado estuvo hablando un rato, y el mohicano mientras tanto no pudo quedarse quieto. Murmuró algo varias veces para sus adentros. Cuando habían transcurrido exactamente quince minutos y ya que el abogado, al parecer, no

tenía intención de concluir su discurso introductorio, Alex, el mohicano, la fiscal y el juez Wiklund miraron el reloj de pared los cuatro a la vez. El rostro de Wiklund adoptó una expresión más firme y apretó los labios con fuerza. El mohicano cerró despacio los ojos y respiró.

Tras diecinueve minutos, el abogado había concluido, y el juez carraspeó y dijo:

—Gracias. Quiero señalar que esta es la primera y última vez que el abogado se excede en el tiempo que le han asignado. En esta sala mantenemos las formas.

Al abogado no pareció preocuparle. Hizo un gesto con la mano que podía significar tanto «de acuerdo, señor juez», como «me importa un bledo».

A los doce minutos de comenzar la siguiente intervención, Wiklund interrumpió al abogado antes de que este terminara de leer un documento.

—¿Por qué razón tenemos que oír esto? Todos tenemos una copia del documento.

El abogado carraspeó.

—Bueno, solo quiero destacar que…

—Ese anexo lo leyeron todas las partes hace un mes. No pierda el tiempo. Continúe.

Tal vez el abogado no había coincidido con Wiklund anteriormente, o tal vez simplemente era un mal psicólogo.

—Considero que es un derecho de la defensa alegar pruebas importantes, que además…

Entonces el mohicano se quejó en voz alta. Parecía que había perdido la esperanza por completo. Alex no se atrevió a mirarle de reojo una vez más.

Wiklund interrumpió al abogado. Su voz era como un látigo que restalló en toda la sala.

—No tengo el más mínimo problema en la vista. El tribunal sabe leer, no piense lo contrario, y si no tiene nada nuevo que añadir, continuaremos. El tribunal tiene ese documento desde hace tiempo. Siga.

El abogado se quedó boquiabierto. Se volvió hacia su colega, que mostraba una expresión similar. No entendían nada. Los habían atacado por hacer algo que siempre hacían, es decir, por repetirse. ¿Qué iban a hacer si no se les permitía repetirse e insistir en los argumentos donde más falta hacía, es decir, en el sitio donde estaban los que tomaban las decisiones? Todos sabían que una cosa repetida muchas veces acaba siendo verdad.

—Continúe —repitió Wiklund al abogado, que parecía haber perdido el hilo.

Alex oyó suspirar al mohicano. Era obvio que no iba como estaba previsto.

—Señor juez, la defensa solicita un…

—Denegado. Prosiga.

—Pero no puede saber lo que yo…

Wiklund no se inmutó cuando dijo:

—Y si pensaba pedir un descanso para ordenar sus confusas ideas, está denegado. Continúe.

Wiklund acababa de dejar en ridículo al abogado frente a un auditorio que guardaba absoluto silencio.

Cuando Alex abandonó la sala tres horas después, tenía una visión bastante nítida. Wiklund guardaba las formas con firmeza. Orden y claridad. Lenguaje corporal rígido. Protocolario. Seguidor minucioso de las reglas. Un comportamiento del tipo azul sin ninguna duda.

Pero no solo azul, ya que Wiklund intervenía cada vez que percibía cualquier infracción de la observancia de las normas, además con una evidente mordacidad, así que probablemente tuviera también una buena dosis de comportamiento rojo. Su modo de expresarse era impecable. Había demostrado con toda claridad que no iba a tolerar ninguna desviación. Era inusualmente objetivo y muy racional. Quizá lo controlaba todo a la vez que cuidaba al máximo los detalles. Una combinación complicada de manejar. No habría mucho espacio para los sentimientos en esa sala.

Si el fiscal Ramén era amarillo, como creía Nina, iban a tener problemas difíciles de superar. Las personas del tipo amarillo tenían dificultades para ajustarse a un tema; se repetían y eran peligrosamente impulsivas. Lograr que una persona del tipo amarillo siguiera las reglas del juego era una batalla perdida. Simplemente eran inapropiadas para combinarlas con un perfil rojo-azul.

Alex se empezó a imaginar poco a poco la magnitud del reto al que se enfrentaba.

Antaño

En cuanto empezó el bachillerato, Tom se dio cuenta de que era demasiado perezoso para perder tres años de su vida adquiriendo unos conocimientos que podría utilizar o no en el futuro en algún momento. Así que lo dejó.

Fue el primer enfrentamiento real que tuvo con sus padres. No aceptaban que dejara los estudios.

—Búscate un trabajo —dijo su padre un día que Tom llegó a casa justo a tiempo para el desayuno.

Tom lo miró como si fuera un alienígena. La cabeza le daba golpes a causa de la resaca.

—¿Qué?

—En esta casa no vas a vivir gratis —le aclaró el padre.

La madre miró su taza de café y guardó silencio, como de costumbre.

—¿De qué estáis hablando?

—Hasta aquí llego yo, Tom —dijo el padre cruzándose de brazos—. No espero que hagas una carrera, pero ya eres adulto y hay que trabajar —añadió.

Tom miró al padre y a la madre alternativamente. Sara, que estaba a punto de cumplir trece años, se quedó boquiabierta, pero no dijo nada. Su mirada vagaba también entre los adultos.

—Ya entiendo.

—Puedo ver en la fábrica. Siempre hacen falta jóvenes con espaldas fuertes.

Esa solución era del todo imposible.

—Ya me buscaré algo —respondió Tom saliendo de la cocina.

Después de unas cuantas llamadas telefónicas a pequeñas empresas del centro de la ciudad le ofrecieron un trabajo para cambiar neumáticos en un concesionario de coches.

Más adelante, ese hecho sería para él lo mismo que si le hubiera tocado la lotería. El Dorado para un joven con una actitud generosa acerca de la cuestión de lo mío y lo ajeno. Allí podía llevar a cabo estafas a gran escala. Por las noches, robaba valiosas llantas de aluminio que tenían las cubiertas gastadas, cambiaba las cubiertas por otras nuevas de la empresa y después vendía el conjunto por su cuenta, ganando un buen dinero. Las cubiertas usadas se las ponía a los coches de la sala de exposición de la empresa que luego se retiraban.

La ruptura con sus padres se hizo más evidente cuando se negaron a ayudarle a que se mudara. El padre siempre estaba ocupado debido a un gran cambio en la producción y la madre trabajaba tanto que estaba al borde del agotamiento.

—Te echaré de menos, Súper-Tom —dijo Sara en la puerta antes de que se marchara con las maletas. Había empezado a llamarle así el último año. No sabía de dónde lo había sacado pero al parecer se sentía orgullosa de él. No tenía ni idea del motivo.

Miró la cara triste de su hermana.

—Te las arreglarás bien.

—Me las arreglaré bien —repitió Sara con gesto serio.

—Lo harás.

Abrazó a Tom y él supuso por el modo en que temblaba que debía de estar llorando. Iba a echarle de menos y él también a ella de alguna forma. Encontró un trozo de papel en un bolsillo, garabateó su número de móvil y se lo dio a su hermana.

Sara se limpió la nariz. Luego miró con devoción el trozo de papel, como si se tratara de un décimo del primer premio de la lotería.

—Llámame si quieres —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Puedo hacerlo?

—Te lo acabo de decir.

Sara volvió a echarse a llorar. Giró la cabeza y miró al interior de la casa como si fuera a ser sorprendida haciendo algo indebido. No había nadie, como de costumbre.

—Te quiero, Súper-Tom —dijo mientras las lágrimas le corrían hasta introducirse en la boca.

Tom cogió las maletas.

—Ve a limpiarte la nariz —dijo antes de marcharse.

Capítulo 45

—Lo primero que tienes que hacer es decidirte —dijo Alex mirando a Sara.

Ella también lo miró. Habían transcurrido dos días desde que Samuel Jisander la llamó para ofrecerle dinero si retiraba la denuncia que había interpuesto contra su asqueroso hijo. Ahora tenía que centrarse.

—¿Fumas?

Sara reaccionó bruscamente al oír la pregunta.

—Sí, fumo. ¿Qué pasa?

—Nada. ¿Te has planteado alguna vez dejar de fumar?

Ella se apartó el cabello de la cara.

—¿Es ese el motivo de que estemos aquí? ¿Que tenga remordimientos de conciencia por fumar?

—No, puedes fumar todo lo que quieras. Fúmate un paquete al día si quieres, o dos. ¿Pero has intentado dejarlo alguna vez?

—Todos lo han hecho.

—¿Por qué?

—Porque los cigarrillos te matan. Ya ves, sabía la respuesta. Sabía que era peligroso para la salud.

—Exactamente. Todo el mundo lo sabe y aun así es difícil dejar de fumar.

—No es tan difícil. La nicotina es un veneno que crea adicción.

Alex se inclinó hacia adelante en el asiento. Estaba sentado en el mismo sillón que la primera vez que la vio. Ella estaba sentada enfrente de él; la única diferencia era que Johanna no estaba en esta ocasión. Se preguntó qué pensaría ella de sus técnicas de *coaching*. Precisamente por eso no quería que Johanna estuviera allí. Porque se metería enseguida en la conversación con el fin de proteger a Sara. Y esta no tendría que pensar.

—Pero hay gente que ha dejado de fumar, ¿no? ¿Cómo lo lograron? No creo que fuera diciendo continuamente que tenían que dejar de fumar. Esas cosas se dicen porque se supone que hay que decirlas. El entorno espera que un fumador lo diga, ya que debe demostrar que es una persona inteligente que sabe el riesgo que corre. Por eso dice «¡claro que quiero dejar de fumar!», pero luego va y se compra otra cajetilla de cigarrillos.

—Yo lo habré dicho un millón de veces —confesó ella, encogiéndose de hombros.

—Pero lo logran los que lo dicen de verdad. Han tomado la decisión de hacerlo. Después habrá que encontrar el método. Terapia, parches de nicotina o lo que sea. Eso no es lo importante.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo importante es decidirse.

—Exactamente. También tendrás que decidir cómo quieres que vaya el juicio. Qué quieres que pase. Y actuar en consecuencia. Si tomas la decisión de ganar, te facilitará el proceso. Pero si por el contrario vas al juicio con temor a que ellos ganen, se hará insufrible.

—Entiendo que depende de cómo vea yo el asunto. ¿Qué más?

—Durante el proceso ocurrirán cosas que no podrás controlar. Pero puedes elegir un modo de relacionarte con lo que sucede.

—¿Qué puedo decidir? ¿Y qué debo hacer cuando me haya decidido?

—Vayamos por partes. Dime cómo quieres que acabe el juicio.

—¿Tú cómo crees? Llevándose a esos cabrones de la sala para meterlos directamente en chirona.

—De acuerdo. ¿Quieres que el tribunal diga que son culpables?

—Por supuesto.

—¿Qué más?

—¿Más? Sí, que tengo razón. Que no sea cuestionada, como, según dicen todos, lo seré.

—¿Que no se te cuestione? ¿Y qué más?

Ella reflexionó. No había olvidado lo que leyó en internet.

—No sé si mucho más. No quiero que me cuestionen una serie de hijos de puta que creen que me conocen, y quiero que esos cerdos sean juzgados.

—¿Cómo sería el momento en que se dicte sentencia?

—¿No se dictará así, de repente?

—La verdad es que no lo sé. Pero, si fuera así, ¿cómo sería?

—Quiero que el juez pronuncie en voz muy alta sus nombres, uno por uno. Y

que diga: «¡Culpable!» —añadió golpeando la mesa con el puño cerrado—. ¡Pumba! ¡A la cárcel!

Alex asintió con la cabeza.

—Bien. ¿Sabes cómo se llaman todos los autores del delito?

—Sí, por desgracia.

—Si tú fueras el juez, ¿cómo lo harías? ¿Puedes decir sus nombres uno por uno y pronunciar una sentencia para cada uno de ellos?

Ella se limitó a observarlo. ¿De qué demonios estaba hablando?

—Imagina que pudieras juzgarlos tú. Di sus nombres y pronuncia la sentencia. Luego… ¡pumba! —añadió golpeando la mesa con el puño cerrado.

—¿Tengo que fingir? No puedo.

—Claro que puedes. Solo se trata de fingir. Es totalmente inofensivo.

Sara bebió un sorbo de té y se aclaró la voz.

—De acuerdo.

Respiró profundamente varias veces y se puso las manos en los muslos. En realidad no tenía nada que perder, pensó.

Transcurrió medio minuto.

De pronto gritó:

—¡Charles Jisander! ¡Condenado a diez años de cárcel! —exclamó.

Luego apretó el puño y golpeó la mesa con tal fuerza que la taza cayó al suelo y el té salpicó la alfombra. Tanto ella como Alex miraron la taza de té, pero ninguno hizo nada.

Después de vacilar un momento, ella volvió a gritar:

—¡Mustafá Mahmud! ¡Condenado a diez años de cárcel!

De nuevo se oyó ¡pumba! Y Alex sonrió.

—¡Sonny Hansson! ¡Condenado a diez años de cárcel!, ¡pumba!

—¡Alí Huseín! ¡Condenado a diez años de cárcel!, ¡pumba!

Sara lo miró. Resultaba imposible, pero ella notó que algo parecido a una sonrisa se extendía por su cara. Tal vez no era una sonrisa enorme, pero le gustaba mucho.

—¡Bien! Y lo siguiente que debes pensar es cómo quieres sentirte cuando los declaren culpables.

Eso era fácil.

—Contenta. Feliz. Quiero sentir que se ha hecho justicia conmigo. Tranquila.

Alex asintió lentamente. Algunas personas con las que trabajaba no podían apartarse de la realidad, no podían ver el objetivo. Muchos decían que eso no era

así, ¿acaso eran ellos los jueces? Pero Sara pudo hacerlo, y eso iba a serle útil, sin duda. Él había percibido su escepticismo, pero ella tenía valor.

—Y respecto a los sentimientos, ¿cómo quieres sentirte en el juicio? ¿Como si fueras de camino hacia la victoria?

—Pues… —comenzó a decir ella mientras recogía la taza del suelo y descubría una gran mancha marrón en la alfombra—. Fuerte, creo. Quiero sentir que por más que hagan y digan no podrán conmigo. Quiero sentirme… invencible.

—¿Puedes recordar alguna ocasión en la que te hayas sentido así, fuerte e invencible? —preguntó él.

Transcurrieron unos segundos.

—No directamente…

Esperó, dejó que recordara.

—Tal vez cuando encontré mi primer trabajo. Había ido por mi cuenta por ahí enseñando mis calificaciones, llamando a las puertas más o menos. Y cuando lo logré me sentí muy orgullosa.

—Habla de esa sensación.

—Orgullo, como he dicho. Fuerza. Energía. Y… un poco como «ya lo veis». Sentía que había vencido a pesar de que todo el mundo me decía que iba a fracasar. ¿Qué sensación es esa? ¿Revancha tal vez?

—¿Recuerdas si brillaba el sol cuando te dieron la respuesta?

—¿Cuando obtuve el trabajo? No, no lo recuerdo. Pero digamos que sí.

—¿Cómo te lo dijeron?

—Me llamaron por teléfono. Me lo dijo una mujer con una voz bastante grave.

—¿Estabas en casa cuando te llamó?

—La verdad es que estaba en una cafetería tomándome un café con un bollo.

—Está bien, creo que no tenemos que seguir por hoy. Quiero que hagas una cosa antes de acostarte esta noche. Quiero que vuelvas a pensar en esos sentimientos. Que retrocedas a esos instantes: el sol que brilla, una voz grave de mujer, una taza de café y un bollo. Cuando sientas todas esas cosas, vuelve a gritar los nombres de ellos. Y además… —Levantó el puño en el aire, pero en esta ocasión no lo bajó dando un golpe en la mesa.

—¿Esta noche?

—Y mañana al despertarte. Y a la noche siguiente. Y todas las mañanas y todas las noches hasta que pase todo esto. Grita todo lo fuerte que quieras.

—De acuerdo, puedo hacerlo —dijo ella con una sonrisa.

Capítulo 46

Ramén se dio prisa para llegar a tiempo a la oficina de Göran Wiklund. Este había solicitado un primer sondeo y Ramén estaba nervioso. Todos sabían que Wiklund era estricto respecto a la puntualidad. Como presidente del tribunal iba a ser el amo del juicio. Durante el trabajo previo a una negociación importante, formulaba mil y una preguntas en torno a todo lo que la fiscalía había presentado en forma de material escrito. Lo cuestionaba todo y cualquier detalle, por mínimo que fuera, había que examinarlo y profundizar en él un poco más. Si a alguien le parecía que era aburrido e inflexible, era asunto de ellos.

Y Ramén iba a llegar con retraso a una reunión inicial con ese personaje. Comenzaba con mal pie.

Entró en la habitación. Primero, Wiklund miró a Ramén y seguidamente, al reloj de pared. Se quitó las gafas de lectura y las colocó a un lado cuidadosamente. El fiscal tuvo que hacer un esfuerzo para no volverse a mirar también el reloj.

Wiklund abrió una carpeta que tenía delante de él.

—El informe dice que se han encontrado manchas de sangre en el sofá del cuarto de estar de Hansson —dijo—. ¿Cuántas manchas?

—¿Cómo? —preguntó Ramén hojeando el material que tenía—. ¿Cuántas?

—¿No lo sabemos con exactitud?

—Según parece no.

Wiklund frunció el ceño y le lanzó todas las preguntas que se le ocurrieron. ¿De qué tamaño eran las manchas? ¿Cómo pudo la policía descuidar un detalle tan importante? ¿Quién era el agente que estaba a cargo de la investigación? ¿Por qué pasó por alto ese dato? Había que averiguarlo. ¿Tenía el agente experiencia en este tipo de investigaciones?

Ramén preguntó si esos detalles eran realmente necesarios, pero Wiklund solo se le quedó mirando.

—Además tenemos el problema de su descripción, bastante superficial, de la demandante. Ha descrito en dos párrafos su vida durante los últimos seis meses. ¿Por qué no sabemos más?

Ramén se rascó la cabeza.

—¿Qué problema hay? No necesito saber más para darme cuenta de que la han violado.

—Quiero saber más.

Y otra vez lo mismo. ¿Dónde trabajaba antes? ¿Cuál era su domicilio anterior? ¿Había convivido con alguien, y en tal caso con quién? ¿Habían recopilado datos de sus contactos, por si se llegaba a necesitarlos? ¿Sabíamos algo acerca del modo en que vivía? ¿Qué aspecto tenían sus amigos? ¿Con quién se relacionaba y qué tipo de personas eran?

—Nada de eso tiene mayor importancia —exclamó Ramén—. ¡No tiene nada que ver con el asunto!

—¿Intenta ocultar que su investigación contiene graves deficiencias? —preguntó Wiklund.

Ramén apenas podía creer lo que oía.

—¿Disculpe?

Wiklund carraspeó y se enderezó un poco.

—Todavía no sabe, por ejemplo, cómo iba vestida exactamente la víctima en el momento de la supuesta violación.

Ramén se agarró con firmeza a la mesa. Se esforzó al máximo para no mostrar implicación emocional. Wiklund rehuía el sentimentalismo como la peste.

—La práctica reciente demuestra que no hay que centrarse en ello. «La justicia también se encargará de que el caso sea investigado según su índole lo requiera y que en el mismo no se contemple nada innecesario». Tanto usted como yo sabemos que la Corte Suprema sigue buscando precedentes en los que el párrafo cuatro del Código Penal se haya vulnerado gravemente. No quiero convertirme en uno de esos precedentes. Hay varios casos en los que el Tribunal de Apelaciones ha suprimido ese tipo de comentarios por parte del Tribunal de Justicia.

A Wiklund no le interesaba el párrafo 4. Él también había sido fiscal, y lo único que quería saber era qué ropa llevaba la chica. Además no le bastaba con

cualquier descripción general del tipo una blusa, una falda; no, quería saber cómo era la blusa, si era escotada o no. Quería saber si la falda era corta, si se le veían o no las rodillas. ¿Qué tipo de bragas llevaba? ¿El sujetador era de los corrientes o uno de esos acolchados con *push up*?

Ramén volvió a admitir que lo ignoraba.

—Debería averiguarlo —ordenó Wiklund.

Ramén no sabía ya dónde mirar. Estaban cada uno a un lado de un abismo gigante y tenían puntos de vista totalmente incompatibles.

Mientras se dirigía a su oficina con paso furioso, le llegaron las ideas. Sabía que a él también le afectaba el concepto anticuado de que cuando se violaba a una mujer era porque, de alguna manera, ella se lo había buscado. Que la mujer que se va con hombres desconocidos debía saber que corría el riesgo de ser víctima de abuso sexual. Que la ropa equivocada, el lenguaje equivocado y un comportamiento equivocado eran sinónimos de riesgo. Había interrogado a chicas jóvenes sobre la vida que llevaban y en las investigaciones había llegado a preguntar a las chicas —algunas de ellas de tan solo trece años— si eran vírgenes antes de la violación.

Recordó incluso una ocasión en que le preguntó a la joven si había recibido dinero de los violadores. Cuando se lo dijo a su esposa esa misma noche de modo casual, tuvieron un fuerte enfrentamiento verbal. Para ella, el solo hecho de preguntarle a una pobre chica si había recibido dinero por la violación era una barbaridad. A Ramén el comentario lo persiguió hasta el momento del juicio. La chica no había recibido dinero por ser violada. Hacer eso era gratis.

A un hombre al que le roban unos zapatos de marca y un reloj de pulsera exclusivo al salir de un bar no se le pregunta «¿cómo pudiste ser tan estúpido como para dejar que el ladrón lo viera? ¿No te diste cuenta de que también quería tener un Rolex?».

Tampoco le preguntaba nadie a la víctima de un robo si se había resistido o no. ¿Opusiste resistencia cuando te tiró del bolso? ¿No? ¿Por qué no lo hiciste? ¿No gritaste siquiera? ¿No tendrías que haberlo hecho? ¿Te lo estás inventando todo?

No tenía importancia lo que hizo la víctima del robo o cuánto dinero en efectivo tenía una familia en su vivienda cuando entraron los ladrones. Se trataba de un robo, con independencia del comportamiento de las víctimas.

Pero no era así cuando se trataba de una violación.

¿Estaba sola en casa?

¿Cómo pudo meterse en un coche con tres hombres?

¿Qué ropa llevaba? ¿Usaba tanga y tal vez se lo dijo a ellos?

¿Era virgen? ¿Con cuántos había estado antes? ¿Qué le parecía el sexo oral?

Un abogado defensor realmente creativo podía seguir así durante horas.

¿Por qué se comportó posteriormente de un modo tan confuso? ¿Por qué cambiaba todo el tiempo las señales? ¿Fueron de verdad cinco relaciones? ¿No fueron cuatro? ¿Le dolió realmente tanto como decía?

¿Por qué no gritó más alto? ¿No tendría que haberse defendido mejor?

No bastaba con que Ramén como fiscal hubiera entendido cómo funcionaba la realidad, pues ya se sabe que hay fiscales que ni siquiera enjuician a pesar de creer que la chica está diciendo la verdad, ya que sus argumentos no podrían sostenerse en el juicio a menos que el tribunal tenga intención de verlo del mismo modo. De no ser así, carece de sentido.

Ramén podía dar marcha atrás y librarla de la humillación de lo que algunos llamaban «la segunda violación». Podía pedirle a ella que lo dejara y que siguiera con su vida.

Se daba cuenta de que tenía la puerta abierta para retirar los cargos e ignorarlo todo. Wiklund apenas iba a protestar.

Apretó las mandíbulas y tomó la decisión.

Antaño

—¿No vienes?

Sara se dirigía a Mari. No podía creer que fuera verdad. Mari sacudió la cabeza. Vio que Mari ni siquiera se había vestido. No cogerían a tiempo el tren.

—¿Qué diablos ha pasado? Me lo prometiste.

Mari se cruzó de brazos y suspiró.

—Él no pagó —respondió en un susurro.

Sara lanzó el bolso al suelo.

—¿De qué hablas? Dijiste que lo habíais hecho.

Mari sacudió la cabeza.

—Eso creía, pero no era así.

Sara cerró los ojos un instante. Era increíble. Habían planeado marcharse a Estocolmo en tren para ver a las Sugarbabes en el estadio Hovet. Habían reservado el hostal y estaba todo arreglado. Una de las hermanas de su padre las iba a acompañar y se encargaría de que encontraran aquel sitio. Y justo en el momento en que el padre de Sara estaba fuera esperándolas en el coche para llevarlas a la estación, Mari dice de repente que no va porque el muy imbécil de su padre no ha pagado los billetes.

—¿No tienes billete de tren?

Mari sacudió la cabeza mientras seguía mirando al suelo.

—¿Y el hostal? Yo hice la reserva. ¿Te dio el dinero?

Otro movimiento de cabeza.

—Esto es increíble.

Sara se volvió y miró el coche en el que esperaba su padre. Luego levantó las manos y miró al cielo.

—¡Increíble! —exclamó.

Mari parecía tan infeliz que Sara estaba volviéndose loca. ¿Iba a quedarse ahí parada? ¿Por qué soportaba tanta mierda?

—¿No podías haber avisado antes de que yo pagara mis billetes, la habitación y viniera con la maleta? ¿O te ha ocurrido esto hoy?

Una voz que procedía del interior de la casa hizo que Sara reaccionara.

—¿Está él en casa?

Los ojos de Mari se abrieron como platos.

—No, no. ¡No está aquí!

—Lo estoy oyendo. Déjame pasar —dijo Sara entrando al vestíbulo.

El padre de Mari acababa de bajar las escaleras procedente del piso de arriba. Llevaba pantalón corto y camiseta y tenía el pelo revuelto. Olía a humo.

—¿Por qué no has pagado los billetes? ¿Con quién voy a viajar ahora? —le increpó—. ¿Cómo diablos puedes hacer esto?

—Tranquilízate. Tú no tienes nada que ver con eso. Es un asunto de familia —le espetó él mientras se estiraba para disimular la barriga.

—Claro que tengo que ver con eso. Ahora tendré que pagarlo todo yo.

Luego miró a Mari que estaba aún en la puerta.

—¿Y el concierto? —dijo.

Mari negó con la cabeza lentamente mientras se mordía la uña de un pulgar.

—¡Pero joder! ¡JODER! ¡Ahora ya no se pueden conseguir entradas!

Sara salió de la casa maldiciendo en voz alta. Al entrar en el coche se dejó caer en el asiento y le indicó a su padre que se fueran de allí. Este, sorprendido, miró a Mari por la ventanilla, puso en marcha el motor y se alejaron. Él no iba a salir a ver qué le pasaba a Mari, pensó Sara. Ni a hablar con su padre. Jamás movería un dedo para arreglar la situación.

Sara se quedó en casa. Sin su entrada para el concierto no había motivo para ir a Estocolmo.

A pesar de este incidente y de otros parecidos, Mari y Sara siguieron relacionándose durante años, dormían una en casa de la otra, empezaron juntas en la escuela de fútbol, fueron juntas al campamento; todo lo que se hace a esa edad. Llegaron a la pubertad más o menos a la vez e iniciaron la dolorosa evolución de niñas a mujeres manteniéndose juntas contra el resto del mundo. Se leían los diarios mutuamente e intercambiaban sueños secretos acerca del futuro. Hasta que un día su amistad se puso realmente a prueba.

El juicio

Capítulo 47

Estaban sentados en el oscuro y sombrío pasillo al lado de la puerta de la sala 37 del Juzgado de Primera Instancia de Estocolmo. Ramén le había dado instrucciones y le había dicho que no usara maquillaje, ella le hizo caso en un principio, pero al salir del apartamento se sintió desprotegida. Pensó en todas las miradas que iban a reparar en ella, que la iban a juzgar. Al final se maquilló más de lo habitual. Varias capas de maquillaje y sombra de ojos le daban cierta protección contra la desnudez que sentía. El resultado final no fue en absoluto lo que ella había pensado, pero le importaba un bledo lo que el fiscal tuviera que decir al respecto.

En el banco también estaban sentados Tom y Johanna. No dijeron nada, ya que ninguno sabía lo que era conveniente decir. Ramén estaba un poco más allá, dando vueltas y hablando por el móvil. Su voz resonaba en el pasillo.

De pronto se oyó el sonido agudo del altavoz que había en la pared. Una voz de mujer anunció que iba a iniciarse la audiencia del caso de la fiscalía contra Jisander, Mahmud, Huseín y Hansson, y que todos los implicados tuvieran la amabilidad de dirigirse a la sala 37. El mensaje resonó durante varios segundos en los deprimentes pasillos.

Ramén finalizó enseguida su llamada, y a Alex se le pasó por la cabeza que la conversación solo era una argucia para no tener que hablar con su cliente.

Llegó el momento de entrar.

La sala era bastante amplia y tenía dos accesos, uno para el público y otro para todos los implicados. Empezaron a entrar los asistentes y Alex se preguntó quiénes serían. Hasta él había leído los periódicos, así que no descartó que

pudiera tratarse de periodistas. En el otro extremo de la sala estaba el presidente, su señoría el juez Wiklund, junto a tres vocales y una secretaria judicial que también era abogada. Los acusados ya estaban sentados. A cada uno de ellos lo habían conducido a la sala dos guardas, que luego se quedaron vigilando detrás de los imputados. Contando a los cuatros abogados, el banquillo de los acusados estaba completo. Dieciséis personas en total. Toda una exhibición.

Ramén le indicó a Sara y a Johanna una mesa que formaba ángulo recto con respecto a la principal. Se sentaron. Ramén ocupó el sitio que quedaba más próximo al tribunal, Sara junto a él y por último Johanna. Sara tragó saliva. Vio que al otro lado de la sala, frente a ella, estaban los cuatro acusados con sus representantes. A apenas diez metros de distancia.

Alex tomó asiento en la primera fila, buscando un sitio donde pudiera tener contacto visual con Sara si fuera necesario.

Esta miró la mesa y reunió fuerzas. Sus manos estaban heladas. Pero ellos no lograrían que desviara la mirada. No podían acabar con ella. Tenía claro su objetivo.

Os condeno a diez años de cárcel.

Cuando volvió a levantar el rostro vio que el público estaba entrando en la sala. En un par de minutos se llenaron los bancos de la parte de atrás. De repente había una treintena de personas desconocidas en la sala.

Sara nunca hubiera imaginado que debía hablar ante un montón de extraños. No se lo habían dicho. Pero no tenía nada que ocultar. Era mucho peor para los cuatro cerdos que estaban enfrente. Ellos iban a tener que soportar la vergüenza. En cambio a ella le importaba un bledo lo que dijeran, pues no había hecho nada malo.

Ramén también se dio cuenta de que la sala estaba repleta de curiosos, además de los periodistas habituales que siempre acudían cuando iba a hablarse de cosas sustanciosas.

La escena podía resultar cómica si no fuera por lo nervioso que estaba. Miró de reojo a Sara. Aún le quedaban signos visibles de la violencia utilizada contra ella en la violación. Un moratón en la mejilla se resistía a desvanecerse. Tal vez iba a necesitar cirugía plástica para que desapareciera. También cojeaba un poco a veces. Al parecer su tobillo tampoco se había curado como debiera.

Tenía delante de él sus anotaciones y resúmenes, todo muy ordenado. Al lado

de Sara estaba la mujer del Servicio de Asistencia a Víctimas, que actuaba de coadyuvante y no era abogada. Por lo tanto era el único letrado que había en ese flanco de la sala, lo que hacía que se sintiera un poco solo.

Ramén observó el bando de la defensa.

Nilson y Johnson intercambiaban miradas y asentían con la cabeza mirando al juez Wiklund. Ramén frunció el ceño. Nilson era diez años mayor que él y llevaba quince ejerciendo la abogacía y, aunque no todo el tiempo había sido abogado defensor, tenía suficiente experiencia jurídica. Johnson probablemente trabajaba desde que entró en vigor la reforma de la Ley de Tráfico de circular por la derecha.

Ramén fijó la mirada en la abogada de Jisander. Lo sabía prácticamente todo sobre ella. Helen Slättås —se pronunciaba Hélen, y pobre del que lo dijera mal — era eficiente, formal y muy profesional. Era la defensora de Jisander y ganaba con más frecuencia que un abogado defensor medio. Veinte años de profesión.

Ramén se asustó. Helen Slättås le había puesto a la defensiva sin siquiera abrir la boca.

Al lado de Slättås había un hombre que Ramén no había visto antes. Será un asistente, se dijo. Un payaso que le lleva las carpetas. Como si estuviéramos en una novela de John Grisham.

Sin contar al inofensivo asistente había en total casi setenta años de experiencia jurídica al otro lado de la sala. Ramén se había graduado hacía cuatro años, dos de los cuales fue fiscal.

Por suerte tengo yo la razón y no ellos, se dijo tragando saliva. Notó la garganta seca.

Sara tomó la mano a Johanna.

Johanna se la apretó y le dirigió una sonrisa alentadora. Estaba preocupada y encantada a la vez. Preocupada porque no sabía si Sara sería capaz de hacer frente a lo que se le venía encima, y encantada de estar en un juicio real, con todo lo que significaba en términos de conocimientos jurídicos y normativas legales. Notó que Sara se encontraba inquieta y que apretaba las mandíbulas sin cesar.

Johanna palpó la carpeta que tenía delante. Le habría gustado revisar el contenido, pero en realidad no lo necesitaba. Ramén le había facilitado una breve biografía de los acusados y le dijo que podía dejársela a Sara si quería, pero

Johanna prefirió no hacerlo. Las cosas estaban ya suficientemente mal.

Al fondo de la sala estaba Tom Leijon con gafas ligeramente ahumadas. Había conseguido ayuda de alguien en la tienda para poder asistir al juicio.

No le resultó fácil acercarse a Sara después de su error inicial en la comisaría. Lo peor era que en realidad no quería estar allí, pero lo hacía en el convencimiento de que si volvía a dejarla sola la perjudicaría más. En cuanto empezó el juicio volvió a sentir ese tedio que le producían las formalidades, pero dejó que le resbalara por la cabeza como nieve que se derrite un día de primavera.

Miró a los acusados sin escuchar el parloteo de los abogados.

Alex contemplaba la escena desde el asiento que ocupaba como público. Ramén se ajustaba el nudo de la corbata sin cesar, a la vez que esquivaba las miradas a su alrededor. Sara parecía que estaba aturdida. Johanna, del Servicio de Asistencia a las Víctimas de Delito, daba la impresión de que iba a caerse al suelo. Tenía la cara blanca como la nieve. El juez Wiklund vigilaba la sala desde el estrado, como un general a sus soldados. Su rostro parecía estar tallado en piedra.

Alex hizo un resumen de lo que sabía hasta el momento.

Era evidente que los acusados no eran los adecuados, ni tampoco los abogados, ni siquiera el juez. Probablemente tampoco el fiscal. Se preguntó si el drama podría haber empezado peor.

Capítulo 48

Cuando todos se sentaron, el juez Wiklund volvió a carraspear y dio un leve golpe en la mesa. Después de una destemplada introducción en la que básicamente se refirió a las disposiciones del procedimiento judicial sueco, empezó a leer los nombres de los que se hallaban en la sala. Parecía que estaba pasando lista.

A continuación, inclinó la cabeza y miró a Ramén con gesto serio.

Ramén respiró hondo.

—Su señoría —dijo mientras se le formaba en el entrecejo una leve arruga —. He dictado auto de procesamiento por violación con agravantes, maltrato agravado y privación ilegal de la libertad.

Luego dijo uno a uno los nombres de los acusados y determinó que la acusación se les aplicaba a todos ellos. Indicó la hora y el lugar de los hechos y resumió los detalles de los cargos. Sin duda imaginaba que Wiklund atacaría si se alargaba demasiado, pero tenía que presentar el caso. Se concentró en lo que iba a hacer y decidió preocuparse después.

El asunto era muy simple: los acusados engañaron a Sara Leijon, la llevaron a un apartamento y la violaron repetidas veces durante dos horas y media, a pesar de las evidentes protestas de la víctima. Tenía que demostrar durante el juicio que ella hizo todo lo que pudo por escapar, pero que eran demasiados para que tuviera alguna posibilidad real de conseguirlo. Se remitió al examen médico que probaba los daños que sufrió su demandante durante la prolongada violación.

—Por consiguiente, insto al tribunal a aplicarles la pena más severa prevista por la ley —concluyó Ramén.

El juez Wiklund carraspeó y preguntó si los acusados se declaraban

culpables.

—Mi cliente es inocente, su señoría —dijo Klingsport en tono firme refiriéndose a Sonny Hansson, remarcando las palabras para mostrar seguridad.

Mikael Johnson tenía el pelo más gris y estaba más bronceado. Levantó la barbilla y utilizó un tono de voz que inspiraba confianza.

—Inocente —dijo de Alí Huseín—. Insto a que quede en libertad inmediatamente.

—Inocente, señoría —dijo Nilson de Mustafá Mahmud.

Ninguna sorpresa hasta ese momento.

—¡Su señoría! —dijo Helen Slättås con determinación.

Ramén puso los ojos en blanco. No le habría sorprendido que se pusiera en pie, como hacían en la tele.

—Mi cliente Charles Jisander es inocente al cien por cien. Admite que mantuvo relaciones sexuales con la víctima. Durante este juicio voy a demostrar que la demandante era plenamente consciente de lo que iba a ocurrir. Además presentaré material que demuestra que no era la primera vez que hacía ese tipo de cosas. Solicito que mi cliente quede en libertad de inmediato.

El juez miró a los allí reunidos. Incluso en ese momento, sus músculos faciales apenas se movieron.

—Bien. La fecha del juicio oral se fija en cinco días.

Después golpeó la mesa con el mazo.

Normalmente no solían llamar a los testigos hasta después. Lo habitual era que se escuchara primero al demandante y a todos los acusados, pero Ramén solicitó un par de excepciones que Wiklund, sorprendentemente, aceptó. De ese modo, ni Nina Mander ni el médico tenían que esperar para intervenir.

El secretario, que estaba sentado en el estrado al fondo a la derecha, dio unos golpecitos en el micrófono que tenía delante y dijo:

—El tribunal llama a la inspectora de policía Karina Mander a comparecer en la sala 37.

Un segundo después se abrió la puerta y Nina hizo su entrada vestida de uniforme. Se sentó en el banquillo de los testigos delante del juez, giró la cabeza levemente hacia la izquierda y miró a Sara Leijon. No miró a los acusados, aunque le hubiera gustado hacerlo.

El juez pidió a Nina que en voz alta pronunciara su declaración jurada.

Ella lo hizo deprisa y sin afectación.

—Yo, Nina Mander, juro por mi honor que diré toda la verdad y que no ocultaré, añadiré ni cambiaré nada.

Nina había facilitado testimonios similares con anterioridad en varias ocasiones. En realidad no podía añadir nada, pero Ramén quería que su declaración demostrara que todo había discurrido de modo correcto y apropiado en lo referente a la admisión de la denuncia de Sara Leijon y la detención de los inculpados. Se iría enseguida de allí.

Nina dijo lo que tenía que decir. Que Johanna Bergman, del Servicio de Asistencia a Víctimas de Delito, la había advertido de que una chica joven había sufrido una violación en grupo, y que ella llevó a la chica rápidamente a una sala de interrogatorios para tomarle declaración. Que la chica estaba herida, a pesar de lo cual contó con claridad lo sucedido.

—¿Qué impresión le dio? —preguntó Ramén.

—Estaba dolorida y asustada, pero con plenas facultades de facilitar al detalle un informe de lo que le había ocurrido —respondió Nina.

—¿Hubo alguna laguna en su relato?

—No, estuvo inusualmente lúcida en la interpretación del mismo.

Ramén le dio las gracias.

—¿Alguno de los representantes de los acusados tiene algo que preguntar a la inspectora Mander? —dijo el juez Wiklund mientras pasaba página en su propia documentación, que al parecer consideraba concluida con esa declaración.

Entre los abogados y sus clientes empezó a percibirse cierta actividad. Algunos de los acusados miraron a Nina de soslayo. Probablemente la recordaban del interrogatorio que había mantenido con ellos. Tal vez se alegraban de no tener que ver al otro agente, el que parecía un oso pardo.

—Yo tengo un par de preguntas —dijo Slättås, la abogada de Jisander.

—Adelante —dijo el juez.

—Inspectora Mander, ¿fue la primera persona que vio a Sara Leijon aquella noche?

—No —respondió ella—. Johanna Bergman fue a buscarme, como he dicho. Por lo tanto ella vio antes a la chica —añadió, intentando evitar el sarcasmo en su tono de voz, ya que la pregunta era innecesaria. Carecía totalmente de importancia y, sin embargo, la abogada perdía el tiempo con tonterías.

Slättås se inclinó sobre la mesa y fijó la mirada en Nina.

—¿Es eso realmente cierto?

—Sí.

—¿No es más cierto que otro agente de policía estuvo en contacto con ella antes que Johanna Bergman, del Servicio de Asistencia a Víctimas de Delito? —dijo Slättås haciendo un gesto en dirección a la mesa del fiscal, para así demostrar que ella sabía quién era Johanna y que la tenía en el punto de mira.

Nina lo había olvidado. Hacía ya mucho tiempo y la verdad era que no tenía ninguna relación con el caso. El imbécil de Korell estuvo allí y entorpeció un poco las cosas. Ella pensó que debía decírselo a Hellmark, pero luego se le olvidó.

—Sí, es cierto. Otro agente fue antes a tomarle declaración.

—¿Y dónde fue? ¿Por qué no la interrogó?

—No lo sé —dijo Nina apretando las mandíbulas—. Eso no tenía nada que ver con el asunto y todos lo sabían.

—No entiendo. Ese policía, Stefan Korell, inició una conversación con Sara Leijon, pero luego entró usted. ¿A qué se debió?

—Tal vez él tenía algo más que hacer —respondió Nina.

—¿Es probable que hiciera una valoración distinta a la suya?

Ajá, pensó Nina. Conque eso es lo que está buscando.

—Sin duda. Stefan Korell no estaba tan convencido como yo de que a la chica la hubieran violado realmente. Pero él carece por completo de la experiencia que tengo yo en este tipo de asuntos. He llevado varios casos de violación en grupo. Él, en cambio, no.

—¿Pero él hizo una evaluación distinta?

Nina suspiró.

¿Cómo iba a saberlo?

—No me sorprendería en absoluto que lo hubiera hecho.

—¿Tal vez no confía en la competencia del otro policía en esa materia? —dijo Slättås.

—Es usted muy observadora.

Ya estaba dicho. Si llegaba a oídos de Korell lo que había comentado acerca de él, en algún momento tendrían un enfrentamiento, pensó Nina.

Slättås terminó. Había intentado sembrar la duda acerca de si la denuncia debió presentarse o no con el fin de lograr que el tribunal desconfiara desde el principio. ¿Por qué se le había concedido tanta importancia al asunto si al primer policía que vio a Sara Leijon no le pareció que hubiese nada que denunciar? ¿Tal

vez no se trató de una violación?

Los otros abogados no tenían nada que añadir. Al parecer era asunto de Slättås iniciar el espectáculo.

El siguiente testigo era el malhumorado y agotado médico de guardia del Servicio de Asistencia Sanitaria. Se sentó en la silla reflejando su cansancio como un aura a su alrededor. Llevaba un traje que parecía salido de un túnel de lavado de coches y al que luego hubieran puesto a secar.

Ramén echó un vistazo al guion que tenía delante. Le pidió al facultativo que describiera el examen médico y hablara de las lesiones que tenía Sara Leijon, guiándolo por las distintas partes. Con el protocolo en la mano hizo que el médico confirmara lo que todos sabían. El hombre respondió las preguntas de modo lacónico. Él tampoco quería estar allí; tenía pacientes que cuidar, vidas que salvar.

Todo duró menos de quince minutos.

La pelota fue a parar al otro lado de la sala. Johnson esperaba su turno con algunas preguntas.

—¿Trabaja en el Södersjukhuset, doctor?

El médico miró a Johnson.

—No, solo me dejé caer por allí una noche. No tenía ni idea de que fuera un hospital.

El médico era un profesional, así que Ramén ignoró por completo su mal genio.

—¿Tendría la amabilidad de describir cómo se lleva a cabo la investigación de una mujer supuestamente violada?

—Simplemente se le hace un examen —dijo el doctor con gesto de enfado.

—¿Cómo empieza usted? —dijo Johnson con una leve sonrisa.

El médico suspiró.

—Pongo a la mujer en la camilla.

—Describa la camilla, por favor —dijo Ramén poniendo los ojos en blanco.

—Es una camilla ginecológica en la que la mujer se tumba con las piernas en posición elevada.

—¿Se desnuda?

—No, se deja el pantalón puesto —bromeó el doctor—. Por supuesto que se desnuda. ¿Cómo iba a poder examinarla si no lo hiciera?

A Johnson le parecía que era importante aclarar ciertas cosas. Tal vez le preocupaba que a algún miembro del tribunal no tuviera clara la imagen.

—¿Entonces va desnuda de cintura para abajo?

—¿Cómo iba a ir si no? —dijo el doctor frotándose la nariz.

—Y está tumbada desnuda con las piernas separadas —dijo Johnson a modo de resumen—. ¿Y después qué ocurre? —añadió.

—Utilizo distintos instrumentos para examinarle la zona vaginal.

Johnson quería saber más, mucho más. Sabía exactamente qué efecto buscaba. Quería que Sara reviviera todo el horror de aquella asquerosa noche. Quería que sintiera todo el miedo y toda la angustia que fuera capaz de sentir. Por la simple razón de que cuanto más recordara la evolución de aquella noche, más difícil iba a resultarle controlar las emociones. Y a la defensa le facilitaría las cosas.

Así que Johnson instó al médico, que entonces ya estaba muy enfadado, a que dijera por qué parte empezó la revisión y qué fue lo que introdujo en la vagina de Sara. ¿Qué instrumento utilizó para cada cosa? Johnson ardía de impaciencia por conocer qué aspecto tenía el ano de Sara después de haber sido penetrado por varios hombres. Parecía que estaba desesperado por saber el aspecto de las contusiones que mostraba Sara en los pechos. ¿Qué opinión le merecía esto y lo otro?

Una parte de la sala suspiró. Al parecer muchos pensaban que ya era suficiente. Johnson sonrió a los asistentes con indulgencia. Le interesaba muy poco lo que pudieran pensar. Lo único que le importaba era cómo lo percibían los miembros del jurado. Aunque era muy consciente de lo cuidadoso que era Wiklund con los hechos. Habían tenido varios encontronazos a través de los años.

—Por ahora sabemos qué daños sufrió —dijo al fin.

Después tuvo que formular la pregunta obvia, para que resultara serio.

—¿Cómo diría que se produjeron?

El médico se quedó mirando a Johnson. Se quitó las gafas y las limpió con la corbata y luego se las volvió a poner mientras respondía suspirando.

—Por violación.

—Eso suena bastante teórico. ¿No pudo haber sido de otro modo?

—No lo creo.

—¿Mediante relaciones sexuales normales, por ejemplo?

—Tenía las membranas mucosas dañadas y muy tensas. Tenía derrames en la vagina y en el ano, como ya he dicho. Eso no ocurre así como así.

Johnson no se rindió.

—Pero ¿podría ser que tuviera las membranas mucosas excesivamente sensibles?

—¿Cómo iba a saberlo yo en caso de que fuera así?

—Pero ¿cabe la posibilidad de que así fuera y, tras mantener relaciones sexuales normales, se percibiera tensión en esa zona?

—No he tenido la oportunidad de examinarla antes de la violación, como usted comprenderá.

—La presunta violación, doctor.

El médico levantó la barbilla.

—No sé si esa chica fue violada. Lo que sé es que tenía las membranas mucosas sensibles, cosa que no logra explicar que tuviera contusiones por todo el cuerpo. Y unas membranas mucosas sensibles tampoco producen marcas de asfixia en la garganta.

Johnson terminó rápidamente el interrogatorio.

Alex estaba sorprendido de lo que había visto y oído. Miró a Sara, a la que no podía ver todo el tiempo debido a que Johanna a veces la tapaba. Había algo en su expresión facial que no correspondía. Subía y bajaba las comisuras de los labios. Movía sin cesar una de las manos por la mesa. No la conocía lo suficiente como para poder interpretarlo, pero sin duda era algún tipo de reacción de estrés, eso estaba claro.

La táctica de Johnson funcionó en parte. Sara se vio realmente tumbada en esa camilla la madrugada del 14 de diciembre, desnuda y a merced de un médico gruñón que la ignoraba por completo como persona. No le resultó difícil evocar la vergüenza que sintió cuando, solo unas horas después del terrible abuso, otro hombre desconocido empezó a hurgar en su zona genital. Hasta ahí, el pensamiento del abogado era correcto. Pero Johnson no contaba con que a Sara el recuerdo no le producía ansiedad ni preocupación.

Lo que despertaba en su interior era algo distinto.

Capítulo 49

Sara miró a Johanna de reojo y vio que sonreía con gesto alentador. Había llegado el momento. Cielo santo, por fin había llegado el momento. Por fin iba a poder hablar.

Ramén carraspeó.

—Sara, ¿qué pensabas cuando te fuiste con Sonny Hansson y Alí Huseín aquella tarde? —preguntó con una ligera sonrisa para darle confianza.

—Pensaba que parecían unos chicos agradables —respondió Sara, oyéndose la voz por primera vez en la sala del juicio. Miró rápidamente a su alrededor y comprobó que todos la observaban. De repente, se sintió insignificante—. Alguien propuso que siguiéramos la fiesta y yo acepté.

—¿Te diste cuenta de que querían que te fueras con ellos? —dijo Ramén.

—Sí, tal vez. Pero eso no significaba que quisiera acostarme con ellos.

Ramén asintió moviendo lentamente la cabeza. Una chica lista. Habían repasado eso por lo menos cinco veces. Ella parecía tener entereza. Lo mejor era dar el salto. Respiró profundamente.

—¿Puedes hablarme de aquella noche, Sara?

—Esta noche estás de suerte —dijo Mari mirando con complicidad a Charles Jisander.

—Tal vez —respondió Sara después de otro trago de cerveza.

Hacía media hora que se sentía rara, y no estaba segura de que se debiera solo a la cerveza. Pero no le interesaba ese chico que andaba dando vueltas por el bar con los otros tres colegas. En cambio, el moreno era muy atractivo. No, atractivo no era la palabra adecuada; era guapo. Tenía una piel tersa que debía

ser lisa y suave al tacto, y unos profundos ojos negros. No era barbudo ni iba desaliñado como los otros dos. Además le gustaba su sonrisa. Pero cada vez que ella pasaba junto al grupo de chicos solo lograba contacto visual con uno de los suecos, un tipo engreído que pagaba con tarjeta de crédito en el bar. Parecía que se daba cuenta de que ella estaba cerca y siempre conseguía que lo mirara a él cuando pasaba por su lado.

Era muy molesto.

Dos horas después Sara empezó a recordar lo que era ir de fiesta con Mari. Hacía tiempo que no salían. Sara se sentó en las rodillas de Jisander y Mari en las de Alí. Según habían planeado en el lavabo, cambiarían después de un rato y Sara se encargaría de Alí mientras que Mari distraía a Jisander para que Sara y Alí pudieran irse por la puerta de atrás. Él sí que era atractivo de verdad, tranquilo y sensato, no un fanfarrón como los otros.

Los otros dos no le resultaban nada interesantes. Sonny Hansson parecía estar ido todo el tiempo. Estaba tan borracho que más que hablar balbuceaba, por lo que no se le entendía la mayor parte de lo que decía. El cuarto tenía los dientes feos. Así que, en cuanto Mari acabara de tontear, ella le preguntaría al chico de dónde era. Pero, según estaban las cosas, por el momento no podía intervenir.

Advirtió que las cosas iban mal cuando Jisander le metió una mano entre los muslos.

—Para, por favor —pidió ella en tono amable y firme a la vez, retirándole la mano antes de que fuera a parar a algún sitio que no correspondía. Jisander sonrió. Se bajó de un salto de las rodillas de él y se llevó a Mari al lavabo.

—¡Qué cabrón! ¿Lo has visto? —dijo Sara—. Me pregunto qué habré dicho para que crean que solo es cuestión de meterme la mano por debajo de la falda.

Mari se dio media vuelta y se apartó un poco.

—Solo se trata de un magreo inocente.

Sara estaba retocándose los labios.

—¿Inocente? No lo creo. Charles, que por cierto es asqueroso, anda buscando mucho más. Además parece que tiene prisa.

Mari se levantó la falda y se sentó en el váter. Mientras que Mari hacía lo que tenía que hacer, Sara pensaba en Alí. Parecía agradable, un poco tímido incluso.

—Da la sensación de que creen que vamos a estar con todo el grupo, ya sabes a lo que me refiero —dijo Sara pensativa.

Mari, que ya había terminado, se arregló la ropa y se ajustó la falda.

—¿Qué opinas? —dijo Sara.

—¿Acerca de qué? —respondió Mari mientras se retocaba el maquillaje y abría mucho la boca para ponerse un poco más de sombra de ojos.

Sara se percató de que su pulso era firme a pesar de que hacía solo unos minutos se había comportado como si estuviera borracha.

—Acerca de los chicos, por supuesto. ¿Por qué son tan impertinentes?

—Bah, déjalos. ¿Qué importa? Eso no significa que tengamos que acostarnos con ellos, ¿no? Estamos en un bar.

Mari salió del lavabo sin mirar a Sara a los ojos.

Sara se dio cuenta de que había bebido demasiada cerveza.

«Eso no significa que tengamos que acostarnos con ellos».

No, en realidad no tenían que hacerlo.

Se ahuecó el pelo y salió.

Sara estaba tranquila y no parecía tener problemas para recordar.

Ramén continuó con serenidad el turno de preguntas.

—¿Habías bebido mucho?

—Unas cuatro cervezas —dijo Sara con voz apagada pero firme.

Tenía las manos apoyadas sobre la mesa que había delante de ella.

—Cuatro cervezas. Eso es mucho para una mujer —dijo Ramén sin pensarlo dos veces.

—No lo sé —respondió Sara—. Suelo beber bastante cuando salgo.

Ramén frunció las cejas ligeramente. Ese tipo de comentarios eran los que podían volverse en su contra durante el interrogatorio.

Miró a Wiklund de reojo. Estaba tomando nota, como era de esperar. Un rápido vistazo a la defensa reveló que ellos también consideraban que valía la pena tomar nota de la declaración. Cinco personas en total estaban registrando los comentarios de Sara. Mal asunto, pensó.

—¿Qué ocurrió después? —añadió rápidamente.

Unos minutos después de que volvieran del baño, Mari empezó a sentirse mal y

dijo que quería irse a casa. Abrazó a Sara y le dijo que la quería. Luego se marchó.

Alguien propuso seguir la fiesta en algún otro sitio. Sara se sentó un rato al lado de Alí. Quería conocerlo mejor y no pensaba que fuera peligroso ir con él a casa de Sonny Hansson. Eran dos, así que podía estar segura, ¿no? Además, cuando Jisander y ese otro tipo tan raro se marcharon se sintió mucho mejor. Era como si su estado de ánimo hubiera mejorado solo por eso.

Y antes de que se diera cuenta iban de camino al apartamento de Sonny para continuar la fiesta, simplemente. Le dijo que tenía *whisky* importado y que ella debía probarlo antes de terminar la noche. Vivía en Hallonbergen, no tardarían mucho. Después ella podría volver a su casa directamente.

Cuando iban en el taxi, Sara apoyó la mano tímidamente en las rodillas de Alí. Él, avergonzado, se puso a mirar por la ventanilla sin decir nada. Sara vio que Sonny se había dado cuenta de lo que acababa de hacer y, cuando ella le sonrió, respondió con una amplia sonrisa.

Capítulo 50

—La defensa llama a Mari Näslund a prestar declaración —dijo Johnson.

Ramén giró la cabeza y miró a Sara, que inmediatamente abrió los ojos como platos y apretó las manos. Luego tragó saliva varias veces y todos se dieron cuenta de que no se lo esperaba.

El pensamiento de Ramén se reactivó de inmediato. Maldita sea, la han traído a declarar, se dijo. Estaba convencido de que era un plan conjunto. ¿Qué pretendían hacer Johnson y los demás abogados defensores? Recordó el interrogatorio que le hizo Nina Mander a Mari. En la lista de él figuraba entre los primeros testigos potenciales, obviamente, pero no con intención de utilizarla, sino porque en su declaración no respaldaba la versión de Sara sobre lo que ocurrió en el bar aquella noche. No era raro que la defensa quisiera saber lo que ella tenía que decir, pero sí que ella estuviera dispuesta a hacerlo. Miró a Sara de reojo. ¿Debería habérselo advertido?

Mari entró por la puerta detrás de un ujier, que le indicó que se sentara en la misma silla en la que se habían sentado antes Nina y el médico. Llevaba una blusa blanca y una falda negra que le llegaba justo por debajo de las rodillas. Se había recogido el pelo en una apretada cola de caballo y apenas se había puesto maquillaje.

Sara se quedó mirando a Mari mientras accedía a la sala. No lo entendía. Solo se habían visto una vez después de aquella terrible fiesta de Santa Lucía y después no había sabido nada de ella. Y de repente estaba allí, citada como testigo de la defensa. Sara intentó captar la mirada de su amiga, pero esta iba mirando al suelo todo el tiempo mientras se dirigía al asiento de los testigos. Su modo de

andar era un poco raro y Sara enseguida se dio cuenta del motivo. Llevaba zapatos planos, lo que no era habitual en ella. Usaba tacones desde los quince años. Sara la miró de arriba abajo. Parecía una mujer de negocios. Muy joven, pero lo parecía.

¿Qué era aquello?

Mari se sentó y juró que iba a decir la verdad. Johnson le dedicó su más cálida sonrisa.

—Mari Näslund, ¿conoce a Sara Leijon?

Mari contestó en un tono de voz apenas audible. Con la mirada baja dijo:

—Sí.

—¿De qué se conocen?

—Somos, o éramos, amigas.

Johnson sonrió, animándola.

—¿Son o eran?

Mari carraspeó.

—Digamos que lo éramos.

—Pero hace mucho tiempo que se conocen, ¿no es así?

—Sí. Desde pequeñas.

—¿Desde qué edad? —insistió.

—Desde los seis años. Empezamos la escuela a la vez.

—¿Así que se conocen desde la escuela infantil? ¿Diría que se conocen bien la una a la otra?

—Todo lo bien que puede conocerse a alguien —respondió Mari, que solo miraba a Johnson o al suelo.

—¿Quiere decir que hay facetas que se desconocen de la gente aunque se la conozca desde hace mucho tiempo?

—Podría decirse que sí.

—Y así es. Todos tenemos nuestros pequeños secretos.

Johnson hizo una pausa como para pensar lo que iba a preguntar después.

—¿Cómo describiría su relación?

—Buena, supongo. Hemos hecho un montón de cosas juntas durante más de quince años. Éramos amigas, simplemente. Íbamos a la misma clase, salíamos juntas de la escuela, ese tipo de cosas.

—¿Ha dicho «éramos»?

—¿Cómo? —dijo Mari, mirando algo confusa a su alrededor. Tal vez no seguía exactamente el guion.

—Antes ha dicho que eran amigas. ¿A qué se debe que hable en pasado?

—Considero que ya no somos amigas.

Johnson asintió moviendo lentamente la cabeza y miró a sus colegas que estaban en el banquillo de la defensa como diciéndoles «Mirad esto. Al parecer las viejas amigas han perdido el contacto. ¿No es una pena?».

—¿Así que hubo algo que les hizo romper la relación? ¿Qué opinión le merece eso?

—Me parece triste —dijo Mari aferrándose al bolso que tenía sobre las rodillas.

Empezó a notar cierta tensión en ella. Johnson la había ablandado, pero en ese momento iban a abordar la verdadera razón por la que estaba allí.

—¿Echa de menos la amistad de Sara?

—Supongo que sí.

—Entonces la echa de menos —afirmó Johnson.

Era algo importante y tenía que reforzarlo.

—Hablemos un poco del motivo. ¿A qué se debe que hayan interrumpido el contacto?

Mari suspiró y le tembló levemente la barbilla. Movió uno de los pies y por unos segundos dio la impresión de que iba a levantarse de repente de la silla para marcharse corriendo de la sala. Pero no pasó nada. Después de aclararse la voz empezó a hablar de nuevo.

—Ocurrió algo que hizo que pensara de Sara de forma distinta. Mostró una parte de sí misma que yo no conocía. Y después de eso me resulta difícil… Sí, eso.

—¿A qué parte se refiere?

—Se comportaba de un modo muy raro, de un modo con el que yo no me sentía cómoda.

—¿Por qué? ¿Qué tenía en contra de lo que hacía?

—Porque era… —Guardó silencio un momento mientras buscaba la palabra adecuada—. Era vergonzoso —afirmó.

Johnson levantó las cejas como si no lo hubiera oído.

—Exactamente. Vergonzoso y daban náuseas —repitió.

—¿Cómo se sentía usted?

—Estaba asqueada. No entiendo cómo podía hacerlo. Hacía que me sintiera

mal.

Otra pausa retórica. Había que dejar que la frase calara bien. El comportamiento de Sara hacía que su mejor amiga se sintiera mal.

—Pero ¿qué hizo para que se sintiera así?

—Fue lo que pasó en el Soap Bar.

—¿La noche de Santa Lucía?

—Sí.

Johnson la miró. Al parecer la intención era que dijera algo más. No lo hacía. Tuvo que ayudarla a arrancar.

—¿Qué ocurrió aquella noche?

Mari contó una historia que era en gran parte similar a la que había contado Sara, excepto por algunos detalles.

—Empezó con su modo de vestir. Yo diría que provocador.

Ramén maldijo en su interior. Los tribunales eran muy cautelosos a la hora de discutir el modo de vestir de una víctima de violación. La nueva normativa decía que no había que centrarse en cosas innecesarias, pero si un testigo mencionaba algo acerca de ello debía constar en acta y podía ser usado por la defensa.

Él lo habría evitado de haber podido.

—Después de la octava cerveza todo se fue al traste.

—¿Octava? La demandante ha dicho que solo bebió cuatro.

—No, bebió bastantes más. Siempre lo hace. Pero cuando ya estaba lo suficientemente borracha empezó a manosear a aquellos chicos. Se puso pesada. Creo que los besó a todos y tocó al menos a dos de ellos, sí…

Al parecer eso era importante, porque Johnson la miró.

Mari volvió a carraspear.

—Sí, les tocó en la entrepierna.

—¿Quieres decir que les tocó los genitales? ¿El pene?

El rostro de Mari enrojeció. Tragó saliva y agarró el bolso con más fuerza. Cambió la posición de las piernas un par de veces. Parecía que tenía dificultades para encontrar una postura cómoda en el asiento.

—Sí.

Contuvo el aliento. Luego, las palabras salieron de su boca como un largo suspiro.

—Dijo que no le importaría probarlos, divertirse con ellos.

Ya estaba dicho. No podía retractarse.

—¿Dijo eso? —preguntó Johnson.

—Eso mismo. Y me dio asco.

—Porque usted no haría eso, ¿verdad?

Ella lo miró con una expresión que parecía realmente de asco. Cogió el bolso con firmeza.

—De ninguna manera.

—¿Entonces cómo cree que debieron interpretar los cuatro jóvenes acusados la conducta de Sara?

—Como que quería mantener relaciones con ellos. ¿Cómo iban a poder interpretarlo de otro modo?

El silencio fue extendiéndose por la sala.

—Mari, seguramente hay algunas personas aquí que se preguntan por qué hace esto.

—¿Qué?

—Que declare en contra de su propia amiga. Se conocen desde que empezaron la escuela. ¿A qué se debe que cuente esto? No ayuda precisamente a Sara, como comprenderá.

—Porque me parece que lo que hizo está mal. Éramos amigas, sin duda, pero no puedo defender un comportamiento así. No puedo, simplemente.

—No tengo más preguntas —concluyó Johnson, dirigiéndose a Wiklund.

Ramén no sabía qué hacer. Aquello había sido una puñalada por la espalda. Johnson acababa de demostrar que el comportamiento de Sara fue tan reprobable que ni su mejor amiga podía defenderlo. Había obrado tan mal que había acabado incluso con una relación de quince años. Se ajustó la corbata aunque no lo precisara.

Cuando Wiklund le preguntó si quería interrogar a la testigo contestó que sí, sin pensarlo.

—Mari, hemos oído lo que acaba de contar. No tenemos que volver a lo mismo, pero ¿puedo preguntarle, para empezar, por qué no lo dijo en diciembre cuando habló con la inspectora Nina Mander? —dijo Ramén agitando el expediente que sostenía en la mano.

Era evidente que alguien la había preparado para la pregunta. Miró directamente a Ramén logrando pasar la vista por encima de Sara.

—Entonces no estaba segura de lo que sentía. Me encontraba en una especie de *shock*, en parte por lo ocurrido pero también por los motivos que lo desencadenaron. Lo siento.

—¿Su estado de *shock* se debía a que Sara había sido violada? —preguntó él.

—Y a lo que desencadenó la violación, si es que la hubo.

—¿Qué quiere decir? ¿Sabe de las heridas que sufrió? ¿Cómo puede poner en duda que fue violada? —dijo Ramén levantando los brazos.

—Tal vez las cosas se les fueron un poco de las manos, pero no estoy segura de que la culpa fuera de ellos —respondió, girando la cabeza en dirección a los acusados.

—¿Se refiere a que si un hombre viola a una mujer tiene derecho a culpar a otra persona de ello?

—Las cosas pueden interpretarse de manera diferente. Según se comportaba ella, no me extraña que creyeran que estaba de acuerdo.

Ramén levantó la voz.

—¿Que estaba de acuerdo en que la violaran durante varias horas cuatro hombres a los que no conocía? ¿La oyó decir eso realmente?

Se anotó un tanto, pero muy insignificante.

El daño ya estaba hecho.

Antaño

—¿En qué consiste en realidad tu trabajo? —dijo la madre durante la cena una de las noches que Tom se había quedado a dormir en casa de sus padres.

—Negocios —respondió Tom llenándose la boca de comida para que le diera tiempo a pensar.

—¿Qué clase de negocios?

—Coches.

Ella miró a su marido.

—Coches —repitió—. ¿Y qué haces con los coches?

—Compro. Vendo —dijo Tom.

—Me gustan los BMW —dijo Sara, que era ya una joven precoz con exceso de maquillaje—. Son geniales.

Tom se levantó y retiró el plato.

—Ven, vamos a verlo —dijo.

Sara fue con él.

—¿Cuándo te has sacado el carné de conducir? —le interrogó la madre—. No puedo recordar que lo tuvieras antes.

Tom se rio con gesto forzado.

—Vamos a dar una vuelta —dijo llevándose a Sara.

En el coche, Sara pasó la mano por la piel exclusiva.

—Es piel de búfalo —le explicó Tom.

Su hermana asintió con gesto serio. No está mal, pensó.

Él llevó el coche fuera de la casa y al salir vio que aún seguía ahí el viejo vecino, el que vivía allí desde que él podía recordar. Parecía el mismo de siempre, encorvado y con el pelo blanco. Llevaba un rastrillo en la mano y se quedó mirando el coche.

Sara le enseñó el dedo corazón.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Tom.

—Es un viejo verde —dijo ella.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber él girando la cabeza.

—Es repugnante. Se queda mirando mis pechos como si nunca hubiera visto un par de tetas.

Tom tragó saliva.

—Tal vez no deberías llevar camisetas tan ajustadas.

Se le podían ver los pezones a través del tejido, y era evidente que no llevaba sujetador. Era su hermana menor, pero no pudo evitarlo.

—El verano pasado le enseñé las tetas.

—¿Qué dices?

—Sí. Mari y yo estábamos en la calle y él miraba de tal modo que no pude más. Así que me subí la camiseta.

—¿El verano pasado? —dijo Tom, asombrado.

—Fue solo un segundo. Creíamos que el viejo iba a caerse muerto al suelo —dijo Sara jugando con los botones del aparato de aire acondicionado.

¿Qué edad tenían Sara y Mari? ¿Quince? ¿Dieciséis? ¿El verano pasado? Dios mío.

—No tienes que subirte la camiseta delante de nadie, ¿lo oyes?

—Bah.

Tom detuvo el coche y lo acercó al arcén de la carretera.

—Sara, escúchame. Hay un montón de imbéciles ahí afuera. No debes enseñarle los pechos a ninguno de esos hijos de puta. No lo hagas por nada del mundo.

—¿Qué diablos importa?

—¡Importa una barbaridad! ¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir quince. Y si todos quieren verme las tetas, ¿por qué no voy a enseñarlas? No hay joven ni viejo que no las mire como si quisiera arrancarme la camiseta.

—Ya te lo he dicho. El mundo está lleno de imbéciles.

Miró por el retrovisor y volvió a la carretera. Condujo el coche por una urbanización deprimente donde todas las casas eran exactamente iguales. Había un Volvo o un SAAB en cada uno de los accesos cuidadosamente rastrillados. No se veía ningún BMW. Pero la satisfacción de pasear a bordo de un auténtico coche de lujo se empañó.

—Oye, supongo que todavía serás virgen, ¿no?

Sara volvió la cabeza hacia él y dejó escapar una carcajada.

—Ni siquiera mamá me lo ha preguntado —dijo cuando logró calmarse.

Él le lanzó una mirada desafiante.

—Hay un chico —dijo ella mientras sonreía mirando por la ventanilla.

—¿Un chico?

—Sí, ¿qué demonios creías? ¿Que soy bollera?

Tom dio un puñetazo en el volante. ¿Qué le había ocurrido a su hermana menor el último año?

—¿Es Mari la que te enseña esas cosas?

—¿Esas cosas? No es ningún delito tener relaciones con chicos a los quince años.

—¡Casi quince! Aún no los tienes.

—Además, la primera vez solo tenía trece. Y no hay por qué tener siempre relaciones. Pueden hacerse otras cosas.

Tom se puso las gafas de sol que colgaban del espejo retrovisor. Sintió estallar de repente en su interior una ira repentina contra sus padres, y los nudillos se le pusieron blancos por la fuerza con que sujetaba el volante.

Sara iba mirando por la ventanilla; era evidente que tampoco quería encontrar su mirada.

—Al menos con este chico —dijo en voz baja.

—¿De quién se trata?

—Es un chico, solo eso.

—¿Estás enamorada de él? —dijo Tom intentando no sonar demasiado crítico. Estaba lejos de ser un santo. Además andaba con chicas desde los catorce años, así que no era ningún modelo a seguir. Pero había una diferencia. Una tremenda diferencia.

—¿Y a ti qué te importa? —dijo ella en tono de reproche—. ¿Qué tienes que ver con eso? Eres mi hermano y no es asunto tuyo a quién se la chupo un viernes por la noche.

Tom respiró hondo.

—¿Por qué hablas de ese modo? ¿Crees que vas a impresionarme?

—Tengo tu número de teléfono en caso de que se compliquen las cosas —dijo ella.

Luego sacó un trozo de papel arrugado del bolsillo de sus increíblemente ajustados vaqueros. El mismo trozo de papel que él le dio unos años antes. Le

acercó el papel a la cara.

Tom tragó saliva.

—¡Pero cuando te llamé el número no existía! —gritó ella—. ¡Allí no había nadie que se llamara Tom!

Capítulo 51

Ramén se aclaró la voz mientras paseaba la mirada por la sala de audiencia.

—Acabamos de oír el testimonio de Mari —dijo con cierta cautela—. ¿Qué tiene que decir al respecto?

Sara estaba serena.

—Que por algún motivo… no dice la verdad.

—¿Por qué cree que ha dicho esas cosas?

—La habrá incitado alguien a que lo haga.

Ramén frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir? ¿Quién puede haber sido?

—Tal vez las mismas personas que me ofrecieron dinero para que retirara la denuncia.

Ramén guardó silencio. Se volvió automáticamente hacia Wiklund. Un leve murmullo recorrió la sala.

Wiklund carraspeó.

—Tengo que pedirle que lo explique.

—Hace un tiempo recibí una llamada de teléfono en la que se me ofreció dinero a cambio de que retirara la denuncia. Mucho dinero.

Wiklund giró la cabeza en dirección a la mesa de la defensa. Miró por orden a cada uno de los abogados. Ninguno lo miró a los ojos. Se volvió hacia Sara otra vez.

—Entiendo. Lo veremos más tarde.

—¿No quiere saber quién llamó? —preguntó Sara.

—Llegaremos a ello más tarde, puede estar segura —dijo mientras escribía algo en la libreta. Luego miró a Ramén y le hizo una indicación—. Continúe. Ramén estaba totalmente desconcertado. ¿Quién la había llamado? ¿Por qué no

se lo había dicho? ¿No tenía confianza en él? Repasó los papeles para regresar al punto en que estaba.

—Sara, se sentó en un coche con varios hombres a los que solo conocía desde unas horas antes. ¿Qué pensaba hacer?

—No estaba tan afectada como para no saber lo que hacía. Pero las cosas no fueron como yo esperaba.

—¿Y qué esperaba? —dijo Ramén.

Se le ocurrió que debía dirigirla mejor y que era arriesgado formular demasiadas preguntas imprecisas. Ella podía decir cualquier cosa.

—Quiero decir que se metió en un taxi con dos hombres desconocidos —añadió en tono de reproche y levantando las cejas.

Sara esperó unos segundos. Luego se volvió rápidamente hacia los acusados. Todos estaban mirando la mesa.

—Quería demostrar de algún modo que Alí me interesaba. Intentaba quedarme a solas con él. Al mismo tiempo, no quería que nos quedáramos solos demasiado pronto, no quería que lo interpretara mal —dijo.

—Pero… ¿qué era lo que no quería que interpretara mal? Se fue con ellos, ¿no?

—Si nos hubiéramos ido los dos a mi casa, por ejemplo, él habría creído que yo pensaba acostarme con él la primera noche. Yo no quería eso. Pensé que si los tres nos íbamos a una fiesta parecería más neutral. Así Alí entendería que yo no buscaba sexo, sino que lo que quería era conocerlo un poco mejor.

Ramén no pudo evitarlo. Volvió a mirar a Wiklund, que en ese momento escribía sin cesar. ¿Qué diablos escribe este hombre?, pensó.

—Quería conocerlo mejor, no solo tener relaciones sexuales con él —dijo Ramén.

Sara negó con la cabeza lentamente.

—¡Pero si era un desconocido!

Sara esperaba que Alí no lo interpretara todo mal. Ella se había ido en otras ocasiones a la casa de algún chico para pasar la noche con él, pero quería que esa vez fuera algo distinto.

¡Era tan guapo!

Pero en cuanto cruzó el umbral del apartamento notó que algo iba mal. Sonny Hansson miró rápidamente hacia un lado.

Se dio cuenta de que la puerta de entrada se encontraba abierta y de que él simplemente había bajado la manija para entrar. Estaban en una zona de la periferia, había mucha gente por ahí celebrando la fiesta de Santa Lucía en medio de la noche. ¿Por qué estaba la puerta abierta? ¿Había sido un error? ¿Tendría que haber ido en compañía de Mari?

Se volvió hacia Alí, que estaba justo detrás de ella. Él le dirigió una sonrisa que de algún modo había cambiado.

—¿Puedo ir al lavabo mientras os encargáis del *whisky*? —dijo ella.

Hansson señaló con torpeza la puerta.

—Está allí —dijo carraspeando.

Se pasaba las manos por la tela de los vaqueros todo el tiempo, como si tuviera necesidad de secarse el sudor de las manos.

Sara lo miró y también a Alí, que bajó la vista. Le pareció raro. El cuarto de baño estaba muy sucio. Se miró en el espejo, sacó la barra de labios del bolso y lo dejó sobre la tapa del váter, que hacía meses que no se había limpiado; al menos ella no había visto nunca algo tan asqueroso.

Necesitas una asistenta, pensó Sara sonriendo. Tendrás que buscarte una de esas que no ponen pegas, de esas que recogen las cosas sin rechistar.

Llamó alguien a la puerta.

—¡No fastidies! —gritó ella.

Se retocó los labios, se subió la falda, se bajó las bragas y se sentó en el váter. No había papel higiénico. ¡Vaya mierda! Puso una mano debajo del grifo y se humedeció sus partes íntimas. Había una toalla en el suelo. Bueno, chico, no es culpa mía. Se secó con la toalla. Cuando terminó se ahuecó el pelo y salió.

Una vez en el pasillo vio a Hansson apoyado en la puerta de entrada. A Alí no lo vio, pero oyó un murmullo en otra habitación. Tal vez estaba hablando por teléfono o había llamado a su novia para decirle que estaba en una fiesta.

—Bien —dijo ella dando unas palmadas—, ¿dónde está el *whisky*?

—No hay *whisky* —contestó Hansson mirando al suelo, metiéndose las manos en los bolsillos y haciendo sonar algo en su interior.

Sara lo miró. Ahí estaba otra vez. Había algo en su cara, en su voz. De pronto, resonó en su cabeza.

¡Peligro!

—Debería irme a casa —dijo percibiendo claramente la tensión de su propia

voz. Dio unos cuantos pasos en dirección a la puerta, y en ese mismo instante comprendió por qué él estaba apoyado en la puerta.

—¿Se ha marchado Alí? —dijo ella en un tono de voz que, curiosamente, sonó distante.

Hansson movió la cabeza lentamente.

—A mí quien me interesa es él. Si te ha dado otra impresión, lo siento. Pero así es.

—A él también le interesas tú —dijo Hansson en un tono algo más alto—. Nos interesas a todos.

Sara se llevó una mano a la cara.

—¿Te refieres a los dos?

—No —dijo una voz a sus espaldas—. Se refiere a todos.

Sara se dio la vuelta. Jisander, detrás de ella, sonreía de un modo poco creíble. Se había quitado la chaqueta y llevaba varios botones de la camisa desabrochados. Tenía el pelo pegado a la cabeza como una parodia de un peinado al estilo de Stureplan. Su rostro reflejaba triunfo. Sí, triunfo era la palabra correcta. Sara notó que empezaba a ponerse tensa.

Mantén la calma, habla de lo que ocurrió, pensó.

—Me habría conformado con uno de vosotros, ja, ja, ja.

La voz le sonó como si procediera de otra parte de la habitación, no como su propia voz. En un momento se le pasaron varias cosas por la cabeza. ¿Salir corriendo o hablar? ¿Pelear o quedarse? ¿Hasta dónde llegarían si ella se resistiera? ¿Y si empezara a darles golpes, a gritar o a morderles y arañarles? ¿Qué era lo que había que hacer?

—No, gracias. Por mi parte, lo mejor es que me marche —dijo del modo más desenfadado que pudo.

Jisander enseguida dio un paso adelante y la cogió del brazo con fuerza. Vio el rostro de él a apenas un palmo del de ella. Su aliento era una mezcla de alcohol y pasta de dientes. Tenía los ojos brillantes y Sara empezó a sentir miedo. Miedo de verdad.

—Tienes ganas, ¿verdad? —dijo él poniéndole una mano en la cadera—. Lo supe en cuanto te vi en el bar.

Ella intentó apartarse, pero él le sujetaba el brazo con demasiada fuerza. No respondió; algo le aseguraba que cualquier cosa que dijera lo excitaría más.

Conoces ese modo de mirar.

Jisander la atrajo hacia él y la abrazó. Cuando intentó besarla, Sara sintió el

aire caliente que salía de su boca. Logró poner una mano entre ambos y lo empujó. Se soltó y se dirigió a la puerta de la calle. Con solo un rápido tirón del picaporte podría salir. No se atreverían a ir tras ella. ¡Podía hacerlo!

Tiró de la puerta pero no sirvió de nada. Estaba cerrada y no tenía la llave puesta.

Sintió que el pánico la invadía.

—¡Déjame salir, cabrón! —gritó.

—No puedo hacerlo, lamentablemente —dijo Hansson en voz baja.

—¡Déjame salir, joder! ¿Dónde está Alí?

—¿Así que te gustan los inmigrantes, hija de perra? —dijo Jisander acercándose—. Tranquila, los tendrás. Dos por falta de uno. Vamos a darte todo lo que puedas soportar.

—¡No! ¡Hijos de puta! ¡Malditos cabrones! ¡NO!

Capítulo 52

Ramén miró a Sara con toda la amabilidad que pudo. Era un capítulo difícil. Recordó que la primera vez que habló con Sara, ella le dijo cómo supo que los hombres planeaban violarla. Podía imaginar cómo debió de sentirse en ese momento. Era como si él tuviera que enfrentarse a cuatro brutos en un callejón oscuro; todos el doble de grandes que él, con los puños cerrados, cadenas o lo que fuera, y casi con intención de matarlo. Tremendo.

—Sara —dijo—. Sé que esto es muy duro para usted, pero quiero que diga lo que ocurrió cuando se dio cuenta de las intenciones que tenían estos hombres. Tómese su tiempo. No se sienta presionada.

Sara se aclaró la voz, bebió un poco de agua. Buscó a Alex entre el público, encontró su rostro. Él asintió con la cabeza, parecía que estaba sereno.

Ella también asintió. Resopló.

Os condeno a diez años de cárcel.

—Lo habíais planeado —dijo Sara en un tono casi calmado. Era como si algún instinto antiguo hubiera entrado en acción para que mantuviera la cabeza fría. ¿Podría convencerlos? ¿Era posible?

Jisander asintió, y se bajó la cremallera del pantalón.

—Cuando terminemos contigo, serás una chica muy feliz. Tendrás un montón de recuerdos agradables que contar a todas tus amigas.

—¡Vete al infierno! ¡Allí vais a ir a parar todos! ¡Yo me encargaré de ello!

—De eso nada —dijo Jisander—. Quítate la ropa, puta. Haz lo que mejor sabes hacer.

Se abalanzó sobre ella y, antes de que pudiera reaccionar, ya la había

levantado en brazos y la llevaba al cuarto de estar sujetándola con fuerza sobre un hombro. La lanzó contra el sofá y cuando Sara intentó levantarse se sentó a horcajadas encima de su pecho. Tenía los brazos atrapados debajo de las rodillas de él, que pesaba con toda seguridad treinta kilos más que ella, por lo que no tenía ninguna posibilidad de soltarse.

Se abrió la bragueta. Se agarró firmemente el miembro y lo acercó al rostro de Sara.

—Ahora vamos a ver lo que sabes hacer.

—No. ¡No!

La voz se interrumpió y él la silenció con su cuerpo.

Sara se detuvo a mitad del relato. Cerró los ojos, contuvo las lágrimas. No iba a llorar. No en aquel momento. Lo superaría. Y no pensaba mirar a los cerdos que estaban enfrente. Ninguno iba a quitarle su derecho al desagravio.

Ramén carraspeó.

No me interrumpas ahora. Deja que lo haga a mi propio ritmo, pensó.

Levantó una mano para demostrar que controlaba los sentimientos. Parpadeó varias veces y se aseguró de que la respiración iba como debía.

Todo bien.

Sara no podía gritar porque tenía el pene de Jisander en la boca y estaba a punto de asfixiarse. No había estado nunca tan asustada en toda su vida. Alguien le tiró de los pies y le quitó las medias, rasgándolas. El sudor le corría por la frente. Jisander la tenía sujeta por el pelo y le movía la cabeza hacia atrás y hacia delante. No vio salida, intentó pensar, sopesar los pros y los contras, evaluó el riesgo que suponía luchar o, por el contrario, rendirse.

Los pensamientos no cesaban de dar vueltas en la cabeza. Jisander empujaba dentro de su boca con fuerza y ella creía que iba a vomitar. Pensó que no se trataba de sexo, que era algo distinto y que intentaba estrangularla. Ni siquiera podía apoyar las manos en las caderas de él para apartarlo. Él la miró a los ojos y gimió.

Sara no vio nada en los suyos. Estaba totalmente ausente.

Alguien a quien no podía ver hizo presión y le introdujo algo en el cuerpo. No, por Dios, dejadme en paz.

—¡Eso duele!

Las barreras de la urbanidad habían cedido y discurrían por otros cauces, como el agua al accionar la cisterna del inodoro. Parecía que aquellos chicos agradables que conoció en el bar hubieran sido engullidos. Estos eran animales salvajes, animales intoxicados por su propia testosterona.

Alex escuchaba con creciente consternación. Oír el relato detallado de Sara convertía lo ocurrido en algo sumamente repugnante. Había momentos en los que no sabía bien hacia dónde mirar. Estaba convencido de que podía percibirse el asco que sentía.

Sara parecía sentirse fuerte en ese momento y él se alegraba de que estuviera tranquila. Solo le había temblado la voz al narrar el momento en que se dio cuenta de que habían planeado violarla, y entonces tuvo que secarse los ojos. Alex percibió un cambio en el lenguaje corporal de Wiklund cuando la vio secarse las lágrimas. El problema era que si Sara empezaba a perder la compostura y a llorar durante el juicio no iba a poder hacer frente a los previsibles ataques de la defensa. Y no podría interpretarse su testimonio.

Deseaba que hubiera estado sentada más cerca de él para poder decirle al oído un par de buenos consejos. Esperaba que recordara la conversación que habían mantenido.

Mientras Sara hablaba, Alex se dio cuenta de que Jisander tenía una especie de tic muy interesante. Cada dos minutos fruncía la nariz. No de forma discreta como si le picara, sino de un modo que a Alex le parecía excesivo y probablemente compulsivo. Alí Huseín, el único que tenía aspecto de estar arrepentido, se ajustaba todo el tiempo los puños de la camisa que llevaba debajo de una chaqueta oscura. Hansson y Mahmud estaban más quietos, apenas se movían. Alex lo tradujo de dos maneras. Mahmud era experto en mentir, había aprendido a controlarse en situaciones de estrés. Hansson estaba inmóvil por otro motivo, según sospechaba. Simplemente era demasiado estúpido para darse cuenta de la gravedad de la situación.

Estaban por todos lados. A Sara le escocían las rodillas desnudas por el roce de la áspera alfombra. Le dolían los pechos después de que Jisander le pellizcara los pezones con sus duras manos con tal fuerza que luego le saldrían hematomas.

También le dolía la vagina y notaba que tenía sangre entre las piernas.

Le latía el pulso con fuerza, algo en su interior se había roto.

Oyó una voz a su espalda. «Vamos, puta, ya estoy preparado otra vez».

¡No, no, no! Sara se resbaló, cayó de lado. Intentó meterse debajo de la cama, pero había poco espacio.

Capítulo 53

—Un momento —dijo Wiklund de repente.

Ramén lo miró sin saber qué pasaba.

—Creo que a estas alturas todos hemos entendido de qué se trata. Estoy convencido de que el tribunal y la defensa tienen una idea clara. Además, todo consta en el sumario.

Ramén estaba absolutamente perdido. Se puso a hurgar en sus papeles.

—La verdad es que no lo entiendo bien —dijo despacio.

¿Qué quería decir? ¿No quería que Sara relatara lo sucedido? Era muy raro. En circunstancias normales había que detallarlo todo.

—En tal caso se lo explicaré a la fiscalía. En este momento ya sabemos cómo recuerda la demandante lo ocurrido.

—Pero ¿no desea conocer los hechos? —dijo Ramén rascándose la nuca.

—No revelan nada nuevo. Solo es una repetición de lo mismo.

—Discúlpeme, señoría —dijo Ramén sin pensar—, pero se trata de una serie de violaciones que se llevaron a cabo durante varias horas, y creo que tengo el derecho de brindar a la demandante la oportunidad de describir el horror de cada uno de los abusos que sufrió.

Wiklund levantó la palma de la mano en dirección al fiscal.

—Es suficiente.

—Estos cuatro cerdos violaron a mi cliente —dijo Ramén señalando la mesa de la defensa—, ¡y es obvio que ella debe exponer su punto de vista acerca de todo lo sucedido! —añadió sin darse cuenta del modo en que Wiklund achinaba los ojos.

—¿Entonces el fiscal considera que todo debe ser documentado y explicado?, ¿hasta el más mínimo detalle?

—¡Por supuesto!

Wiklund sonrió, algo que ni Ramén ni los demás abogados que estaban allí recordaban haber visto antes.

—Entonces tendré que hacer lo que desea el fiscal. Tenga la amabilidad de continuar.

De pronto Ramén se percató de que se había quedado a medias al levantarse. Tragó saliva, se volvió hacia Sara, que lo miró a los ojos y probablemente se preguntó qué estaba haciendo. Luego se sentó de nuevo.

—Gracias, señoría —dijo elevando innecesariamente el tono de voz, que retumbó en las paredes desnudas.

No se atrevió a mirar a su alrededor, pero le pareció oír deslizarse los bolígrafos de los abogados defensores.

Wiklund no dijo nada.

Siguió una descripción larga y dolorosa acerca de lo que todos los hombres le habían obligado a hacer. Sara explicó a los miembros del tribunal que la cabeza le latía con fuerza, que la vista se le fue nublando. Recordaba que en una ocasión se levantó del sofá y entró en un dormitorio. Que intentó meterse debajo de la cama, pero alguien la sacó de allí y a continuación le practicó un coito anal. Alí Huseín se asustó cuando vio que estaba empezando a sangrar, pero Jisander animó a los demás a que volvieran a agredirla, lo que hicieron sin interrupción durante unas dos horas, según podía recordar.

Ramén solo intervino brevemente para formular alguna pregunta simple a fin de que Sara continuara el relato que, sin duda, estaba surtiendo efecto.

Una vocal que integraba el jurado cerró los ojos en varias ocasiones durante la narración de Sara. Por un momento se llevó una mano a la boca y dio la impresión de que iba a vomitar. A Wiklund no pareció preocuparle. Se recostó en su asiento y miró la mesa.

Alex percibió la angustia de la mujer. La mirada de ella iba de Sara a los acusados, mientras tomaba notas sin cesar y suspiraba agobiada.

Bien, pensó Alex. Al menos a una de las personas que iban a decidir le había influido el relato de Sara. Esperaba que esa vocal recordara la repugnancia que había sentido cuando, en su momento, hubiera que imponer las penas. Iba a ser

necesario, dados los problemas que el fiscal acababa de provocar.

Cuando Sara concluyó el relato, Ramén dejó que la quietud se extendiera por la sala. El silencio era un arma eficaz y supuso que no sería interrumpido si lo prolongaba un poco más. Cuando miró a su alrededor solo vio rostros horrorizados. El público, los miembros del tribunal, muchos parecían estar disgustados por lo que habían oído, otros simplemente desolados. Los únicos que no mostraban ningún sentimiento eran los cuatro abogados de la defensa. Y el juez Wiklund, por supuesto. Para él solo se trataba de un día más en el trabajo. Ramén se preguntó de qué estaba hecho realmente aquel hombre.

Después de diez segundos de silencio, Ramén se aclaró la voz.

—¿Podría decirse que alguno de los acusados jaleaba a los demás y, en tal caso, cuál de ellos sería según su opinión?

Sara se enderezó y, sin dudar un instante, señaló a Jisander.

—Ese. Él animaba a los otros.

—¿Podría decir su nombre?

—Charles. Entonces no sabía su apellido, pero ahora sé que se llama Charles Jisander.

Ramén carraspeó.

—¿Puedo solicitar que conste en acta, su señoría, que la demandante señala a Charles Jisander como el impulsor de las reiteradas y dolorosas violaciones?

Wiklund miró el reloj. Le dijo algo al vocal que estaba sentado a su lado, pero en un tono tan bajo que Ramén no pudo oírlo. Luego expuso unas cuantas fórmulas legales de rutina, como por ejemplo que ambas partes no debían hablar entre sí antes de que se reanudaran las negociaciones. Como si Sara quisiera hablar con los hombres que le habían causado tanto daño.

La sesión finalizó poco después. El primer día había acabado.

La sala se fue vaciando poco a poco. Sara y Johanna fueron las primeras en salir, a continuación el público empezó a recoger sus cosas. Al encender los móviles se extendió la algarabía habitual de voces, señales de llamada y fragmentos musicales de mal gusto. Ramén desapareció por el pasillo. Alex lo siguió con la mirada. No había forma de alcanzarlo.

—Hola, *coach* —dijo una voz que le sonó familiar.

Se volvió y vio a Nina, que iba hacia él con la gorra del uniforme debajo del brazo.

—Hola, oficial. ¿Te llamas Karina? —preguntó en voz baja.

—Nadie me llama así, no lo han hecho en veinte años y tampoco vas a hacerlo tú —dijo señalándolo con un dedo cuya uña resaltaba pintada de rojo.

Él se llevó dos dedos a las sienes en un gesto militar.

—*Naturellement.*

—Eso está mejor —dijo ella—. ¿Cómo te ha ido ahí?

Él volvió a ponerse serio.

—Ha sido un relato terrible. No sé si quiero volver a oírlo.

Pensó que había cuatro abogados. ¿Hurgarían todos en el mismo asunto?

Nina le sacudió algo que llevaba en el hombro, rozándole ligeramente el lóbulo de la oreja con la mano.

—Ya verás —dijo ella.

—Ramén no tiene ni idea de lo que acaba de hacer.

—¿Qué ha hecho?

—Le ha allanado el camino a la defensa.

—¿Qué quieres decir?

Él bajó la voz todavía más.

—Ha desafiado al juez delante de todos los que estábamos allí. No debería haberlo hecho. Y además consiguió que el juez aceptara que se sacaran a la luz todos los detalles. Puede parecer acertado, dado que Wiklund va en busca de hechos. Pero teniendo en cuenta cómo os trataron los abogados tanto a ti como al médico, es muy preocupante.

Nina se cruzó de brazos.

—Este fiscal no suele ser tan malo.

Alex frunció el ceño.

—Ahora sí lo ha sido. No ha prestado atención a las pequeñas señales. Tengo que hablar con Sara esta noche.

—Sara va hacia su casa. Johanna la lleva en el coche.

—De acuerdo. Pero tal vez te interese saber que Jisander intentó comprar a Sara antes del juicio. Le ofreció dinero para que retirara las denuncias.

Nina se quedó con la boca abierta.

—¿Qué estás diciendo? Esas acusaciones son muy graves.

—¿Abuso procesal?

—¡Déjate de tonterías! ¿Dijo eso realmente?

—No, ella no dijo quién la había llamado. Wiklund se lo impidió. Pero fue Jisander.

—¿Y cómo lo sabes si ella no lo dijo?

—Vi cómo reaccionó él cuando Sara lo mencionó. Los tics lo delataron. Se puso muy nervioso.

—Es increíble —dijo Nina negando con la cabeza.

Capítulo 54

Alex y Nina salieron del coche y cerraron las puertas al mismo tiempo. El día estaba gris y parecía que iba a empezar a nevar en cualquier momento. Alex miró a su alrededor en el aparcamiento. La fiscalía estaba en Kungsbron, entre Kungsholmen y el centro de la ciudad. El edificio era grande y parecía más bien un hotel. Un hotel nuevo.

—¿Entramos o nos quedamos admirando la arquitectura? —dijo Nina.

Alex apartó la mirada del edificio y entraron. Todo era de piedra. De piedra dura, gris e implacable.

Nina le dijo al guardia quiénes eran. Al parecer no se podía entrar al edificio sin que te acompañara alguien, un sistema parecido al de la comisaría de policía. Nina mostró su placa de policía y Alex contuvo una sonrisa. Era algo a lo que aún no se había acostumbrado, pero abría puertas. El hombre que estaba detrás del cristal pulsó un botón y asintió mirándolos, Alex observó que la mirada del hombre se detuvo justamente a la altura de los pechos de Nina.

Accedieron a uno de los pasillos y después de dar unos pasos vieron a un hombre que mantenía abierta una puerta. Una vez que entraron en el ascensor, Alex dijo:

—He visto al joven Ramén en acción. ¿Qué me puedes decir de él?

Nina se echó a reír y miró de reojo al empleado que iba con ellos en el ascensor.

—Es agradable y bastante entusiasta. También algo espontáneo, como te habrás dado cuenta.

Salieron del ascensor. El empleado señaló a la derecha. Después de veinticinco metros, Nina se detuvo frente a una puerta.

—Es aquí.

—Espera —dijo Alex—. Me comentaste que era del tipo amarillo y creo que llevas toda la razón. Tal vez debería hablar con él a solas para intentar que se relaje. ¿Podemos decirle que tienes que marcharte?

—Sin problema.

Nina llamó con un único golpe en la puerta y entró directamente. Alex echó un rápido vistazo a lo que había en la habitación. Diplomas en las paredes y fotos de la familia en un estante detrás del escritorio. Una ventana a través de la que se veía el aparcamiento. En la ventana había dos macetas con flores que parecían encontrarse perfectamente allí.

En el escritorio había muchas carpetas y papeles sueltos, pero no estaba desordenado. Parecía que hubiera una especie de sistema en los montones. Incluso los estantes de detrás del escritorio estaban ordenados. Muchos libros e impresos grapados, pero todo parecía que lo habían colocado siguiendo un sistema. Un par de fotos de una mujer joven muy bonita. Pelo oscuro, rasgos sudamericanos posiblemente. Fotos de un niño de ocho años con sonrisa desdentada.

Al otro lado del escritorio estaba sentado Ramén. Camisa azul a rayas y corbata. Parecía estar concentrado, pero al ver a Nina y a Alex sonrió ampliamente. Alex observó su peinado y su blanca dentadura. De cerca parecía más un modelo que un fiscal. Pero era terriblemente joven. Alex sabía que estaba cerca de los treinta, pero no aparentaba más de veinticinco.

Se presentaron y se sentaron.

—Tú dirás qué puedo hacer por ti, Nina —dijo Ramén y enseguida se corrigió—. Por vosotros —añadió mirando a Alex.

Nina se volvió hacia Alex y después hacia Ramén.

—Alex es consultor y experto en comportamiento humano y nos ayuda en casos especiales. Entre otros, el año pasado nos ayudó a resolver el caso del asesino de millonarios.

—¿Asesino de millonarios?

Alex hizo un esfuerzo por no demostrar lo que pensaba al oír aquella denominación. El asesino de millonarios era un seudónimo inventado por la prensa. El chantaje complicado y bien ejecutado del que el año anterior fueron objeto suecos extremadamente ricos y que había sido una noticia destacada durante varias semanas. El juicio se efectuó bajo fuertes medidas de seguridad, y en él se condenó a una persona a cadena perpetua. Alex ahora seguía adelante y ni Nina ni él hablaban ya del asunto, aunque no estaba convencido de que

hubieran descubierto toda la verdad.

—Yo he oído rumores de que la policía utilizó métodos no convencionales —dijo Ramén dirigiéndose a Nina.

Alex se encogió de hombros.

—Soy consultor y experto en comportamiento humano y comunicación no verbal.

—Interesante —dijo Ramén y se puso a hojear sus papeles.

Alex comprendió que iba a resultar difícil que ese fiscal lo escuchara.

—Tienes problemas.

Ramén se enderezó ligeramente en la silla. Su rostro reflejaba curiosidad.

—¿De verdad?

—Alex tiene… cierta experiencia en interpretar a las personas —dijo Nina.

Ramén suspiró levemente.

—Yo también tengo una experiencia bastante amplia en ese tipo de cosas. No duraría mucho en la profesión si no pudiera interpretar a los demás. Pero no sé cómo puedo ayudaros —dijo mirando a Alex y a Nina sucesivamente.

Alex se dio cuenta de que Ramén solía empezar las frases con el pronombre yo, lo que era bastante elocuente. Decidió rápidamente ensalzarle el ego más aún.

—Con tu experiencia tienes la herramienta que necesitas para hacer juicios profesionales de las personas que encuentras en la vida cotidiana. Lo comprendo. Difícilmente habrías sobrevivido sin esa habilidad. Y eso me dice que Sara Leijon ha conseguido la defensa correcta. El caso es complicado y necesita de alguien que esté… comprometido.

Pudo percibir la mirada de Nina en su nuca.

Ramén respiró profundamente y se creció un poco.

—Yo creo en lo que hago. Tal vez sería demasiado decir que es una misión, pero hablamos de personas. No te puedes figurar el poco espacio que hay en el sistema para la empatía.

Alex podía imaginarse perfectamente que en el sistema judicial faltaba empatía, pero eso también formaba parte del aparato. Las decisiones se basaban en hechos y no solo en sentimientos. El sentimiento estaba allí de todos modos. Como el propio Ramén había dicho, de lo que hablaban era de personas. Lo que le condujo al motivo por el que estaba allí. Le entraron ganas de zarandear al fiscal.

—He descubierto algo acerca del juez Göran Wiklund.

La reacción fue inmediata. La expresión abierta y sonriente del rostro de Ramén se convirtió en un gesto de dolor. Se hundió ligeramente en la silla.

—¿De verdad? —fue todo lo que pudo decir.

—Fue en un juicio, hace solo un par de semanas. Un asunto de drogas. Hasta yo percibí que eran culpables. Pero la fiscal tuvo que esforzarse mucho para que él se diera cuenta. Además estuvo increíblemente quisquilloso con los detalles y ella tuvo que soportar un montón de críticas del público. Él estaba a la defensiva, pero sin duda fue a la fiscal a la que más atacó.

Alex se inclinó hacia delante.

—¿Has estudiado esa situación?

Ramén asintió lentamente. Lo había aceptado. Ramén había confirmado que podía ocurrir.

—Era obvio que la fiscal, cuyo nombre no puedo recordar… —dijo haciendo una pausa—, ¿Margareta… Åkerman? ¿Marianne Åkerman?

—Marianne Åkerlund —puntualizó Ramén—. Tiene más de veinte años de experiencia —añadió frotándose la nariz.

Bien. Ramén acababa de reconocer que una fiscal con mucha experiencia había tenido problemas con Wiklund. Siempre era un comienzo. Tal vez aceptara un poco de ayuda para ponerse en marcha.

Alex continuó.

—Exacto. Pues ella tuvo problemas. Y lo que vi me hizo reflexionar. Supongo que estarás convencido de la culpabilidad de los acusados, ¿no?

Ramén asintió. Luego se enderezó en la silla.

—Es evidente que esos capullos son culpables.

—Y probablemente Wiklund también lo sepa. Pero su proceder consiste en poner palos en las ruedas hasta obtener un resultado.

Ramén resopló y saltó de la silla. De repente, se llenó de energía. ¿Palos en las ruedas? Oye, ese hombre no es como nosotros. El palo lo tiene metido por el culo, y parece que bien clavado.

Alex puso los codos encima de un montón de papeles que había en el escritorio.

—He estado en varios juicios, y mi opinión es que la mayoría de los jueces y miembros del jurado son sumamente humanos y serviciales. Parece que quieren escuchar a ambas partes, pero más que nada a las víctimas. Da la sensación de que, a pesar de todo, lo que predomina es un enfoque moderno.

—Entonces sabes que Wiklund no forma parte de la inmensa mayoría.

—Lo percibí el primer día del juicio. No se deja llevar por las emociones. Solo atiende a los hechos, y sin duda tiene su propio modo de hacer las cosas —dijo Alex.

—La tarea del tribunal no es llegar al fondo de las cosas y encontrar algo de verdad, si era eso lo que creías. Su única tarea es evaluar las pruebas que se presentan.

Ramén se volvió hacia Nina.

—¿Puedo confiar en que lo que he dicho se quedará en este despacho? Normalmente la instrucción de la causa les importa una mierda.

—Alex trabaja como asistente de la policía. No podría hacerlo si no fuera capaz de tratar información sensible con criterio y discreción.

Ramén asintió, pero Alex estaba convencido de que en cualquier caso habría dicho lo que pensaba, incluso sin esas garantías por parte de Nina.

No habría podido evitarlo.

Capítulo 55

—Hay muchos jueces buenos. Expertos y humanos, como tú dices —convino Ramén dirigiéndose a Alex—. Un gran número de esos bondadosos profesionales escucharía a la chica y haría un esfuerzo hasta que cesaran sus lágrimas. Podríamos haber tenido aquí a alguno de ellos. Pero no, ¿a quién tenemos? A Göran Wiklund, el déspota más astuto que se haya podido arrastrar y entrar en el sistema. Es imposible que coopere. Nadie puede trabajar con él. Pregunta a otros fiscales. Pregúntale a Marianne Åkerlund. Ella podría decirte un par de cosas. O a los abogados de la defensa, da lo mismo. ¿Por qué nos tocó a nosotros? Es el colmo de la mala suerte, joder.

—Entiendo lo que quieres decir, sin embargo, no considero que él sea totalmente imposible —dijo Alex.

—Yo creo que sí, que es la personificación de la palabra imposible. Göran Wiklund sabe más que nadie de ese tema, podría escribir un libro.

Nina se volvió hacia Alex.

—¿No te pareció que mantuvo una actitud bastante chulesca contra los acusados en el juicio al que asististe? —dijo.

—Ya lo creo —dijo Alex—. Ambas partes recibieron una paliza.

Ramén meneó la cabeza. Parecía que tuviera dudas acerca de lo que quería decir.

—Hay algo de verdad en ello —dijo al fin.

Había llegado el momento de cerrar la tapa. Alex tenía que saber si Ramén iba a aceptar o no su ayuda.

—¿Así que tú también te enfrentas a un desafío?

Ramén espiró lentamente, casi jadeando. Hizo un gesto vago con la mano que podía significar cualquier cosa. Luego puso los codos sobre la mesa y apoyó

la barbilla en las manos.

—Creo que no fue del todo mal. Logré que dijera que hay que poner los hechos sobre la mesa.

Alex levantó las manos.

—Te engañó. No parará a nadie en lo sucesivo.

—Pero ¿por qué? —dijo Ramén con gesto de asombro.

—Tú lo has desafiado.

—Pero…

—Habrá problemas, te lo puedo garantizar. Pero si existiera una solución, ¿te interesaría?

Ramén asintió.

—Sé lo que puedes hacer para evitar las peores trampas. No hay ningún sistema que sea seguro al cien por cien, pero yo me dedico a eso. Utiliza sus patrones de comportamiento y conviértelos en una ventaja para ti.

Ramén volvió a sonreír de repente. Alex supuso que tenía intención de darle una pequeña charla para decirle que no necesitaba ayuda puesto que él era un magnífico profesional.

Sin perder un segundo, Alex añadió:

—Es totalmente comprensible que no me creas, pero si te cuento algunas cosas de él quizá puedas decidir sobre si estoy en lo cierto o no.

Ramén miró a Nina. Ella le envió una señal de ánimo.

—A Wiklund solo le interesan los hechos —dijo Alex—. Sigue las reglas, por más absurdas e inútiles que sean. Si resuelve algo, ha de ser así, aunque los demás digan que está equivocado. Tiene la capacidad de ver el panorama completo sin perder ningún detalle de nada. Me imagino que los detalles destacan, pero son los hechos los que mandan. Es racional y no le gustan las personas muy emocionales.

Ramén resopló levemente, pero no dijo nada. Sacudió la cabeza y se cruzó de brazos.

—Wiklund es sumamente racional y un organizador brillante. Podría suponer que vive para su trabajo.

—Se rumorea que en su casa es igual —dijo Ramén.

—Pero en realidad no lo sabes, ¿verdad? Puesto que nadie lo conoce bien. No permite que la gente se le acerque demasiado. Si preguntas por ahí, nadie te podrá decir cómo es fuera del trabajo. Y te puedo garantizar que no vas a encontrar a nadie con quien se relacione en su tiempo libre.

Ramén miró a Nina, pero no dijo nada.

—Además es insensible a la crítica. La cuestión es si toma partido por alguien o si solo le interesa la teoría.

Ramén se recostó en la silla y tamborileó con los dedos en las piernas.

—¿Cómo diablos voy a tratarlo?

Alex se miró el reloj. Después se volvió hacia Nina.

—¿No dijiste que tenías que estar temprano en el centro? Puedo volver en tren, no me importa —dijo.

Nina se levantó.

—Sí, tengo una reunión —dijo mirando a Ramén e inclinando la cabeza a modo de despedida. Este sonrió por cortesía mientras ella salía del despacho y cerraba la puerta.

—Qué chica —dijo Ramén.

Alex levantó las cejas.

—¿Disculpa?

Ramén señaló con la cabeza hacia la puerta y sonrió ampliamente con una de esas sonrisas de complicidad típicas entre hombres a la que Alex no respondió, pero sí guardó en la memoria junto con el conocimiento de aquel almuerzo que Ramén compartió con Nina.

Si Ramén solo fuera del tipo amarillo, todo lo que pudiera interpretarse como crítica personal sería arriesgado. Precisamente por esa razón Alex no quería que Nina estuviera allí. Alex no llegaría nunca a ningún sitio si Ramén —que en sentido organizativo ocupaba un cargo superior al de la policía— tuviera que exponerse ante ella. Pero en Ramén había algo más, algo a lo que Alex no había logrado llegar aún. Tal vez estaba relacionado con los motivos que lo impulsaban.

—He hablado con la víctima —dijo Ramén.

—Sara.

—Ella tampoco es fácil de manejar. Suelo intentar establecer una especie de relación con mis clientes, pero en este caso…

—Se encuentra en una situación de vulnerabilidad —dijo Alex.

Ramén asintió.

—Es una situación especial, por supuesto. Pero ella está enfadada, y esas chicas no suelen sentirse así.

—¿Entonces cómo suelen sentirse?

Ramén miró por la ventana.

—Humilladas.

—Johan —dijo Alex—. Te resultará más fácil si captas cómo te percibe ella. Y en el caso de Wiklund es lo mismo. Ambos te perciben de un modo determinado y eso es lo que producirá buenos resultados —añadió. Después esperó y contó hasta tres—. O el fracaso.

—Es parte del juego —dijo Ramén—. A veces se gana, otras se pierde. Aunque creas que llevas la razón.

—Sara merece que se asuman ciertos riesgos. Debes intentar por todos los medios ganar este juicio.

—Veo que estás muy involucrado. ¿Cómo has dicho que me percibe Wiklund a mí?

—Va a darse cuenta de que te dejas llevar por las emociones, algo que él no respeta. Nosotros podemos opinar lo que queramos sobre eso, solo digo cómo piensa él. Eres desordenado y no cuidas los detalles. Además él cree que le dedicas demasiado tiempo a tu apariencia.

Ramén lo miró fijamente. Tardó unos segundos en contestar.

—Digamos que tienes razón. ¿Puedes ayudarme?

—Por eso estoy aquí —respondió Alex con una leve inclinación de cabeza.

—No lo entiendo. Eres consultor y ayudas a la policía. Pero también quieres ayudarme a mí, ¿no? Yo no dispongo de presupuesto para consultores.

—Podríamos decir que tengo razones personales para querer hacer lo correcto. Y no se trata de ayudarte a ti. La persona a la que quiero ayudar se llama Sara Leijon y va a necesitar cuanto apoyo pueda conseguir. Como te he dicho, el primer día cometiste un grave error.

—Más de uno probablemente.

—Conseguiste que Wiklund dijera que todo debe sacarse a la luz. Y sin duda puede ser conveniente cuando eres tú el que controla el espectáculo. Pero él no va a olvidar tu proclama.

Ramén se quejó en voz alta. Se levantó de la silla y fue hacia la ventana.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo de espaldas a Alex.

—Tienes que ocultar las debilidades que Wiklund percibe. No tienes que cambiar tu personalidad, pero tendrás que considerar cómo adaptarte de un modo inteligente. Y todavía no hemos hablado de los abogados que van a estar presentes en la sala.

—Ellos son menos importantes —dijo Ramén desde la ventana, haciendo un movimiento con la mano—. No hablamos mucho unos con otros. Casi nada en

realidad.

—De todos modos, tendrás que saber cómo son Wiklund y Sara. A ella no la conozco aún demasiado bien, pero es sumamente vulnerable. Y nada equilibrada. Es probable que corras el riesgo de que ella también se vuelva contra ti si te comportas de forma irracional. No sé nada de juicios, pero no creo que ello facilite las cosas.

—¿Que me comporte de forma irracional? Hummm.

El fiscal se quedó un momento asimilando lo que le había dicho Alex.

—¿Qué vas a hacer con el intento de soborno de Jisander? —dijo el consultor intentando cambiar de tema.

Ramén se volvió hacia Alex. Se apoyó en el alféizar de la ventana y a punto estuvo de caerse una de las macetas.

—¿Jisander? ¿Cómo sabes que fue él?

—¿Quién iba a ser si no? Además, el muchacho lleva grabada la palabra «culpable» en la frente. Tal vez convendría tener claro lo que son capaces de hacer, ¿no crees?

Capítulo 56

Pasaron unos días. La temperatura descendió a veinte grados bajo cero. La oscuridad cubrió Estocolmo. Sara estaba sentada en la cocina de su apartamento mirando la pared. Acababa de comerse un sándwich tan seco que apenas podía morderse. Hubiera estado bien acompañarlo con un té, pero le costaba demasiado esfuerzo levantarse y prepararlo. Además no quedaban tazas limpias. La sensación de hambre empezó a dar paso a otra cosa. No sabía a qué, pero en lo último que pensaba era en la comida.

Estaba obsesionada con el juicio, y lo único para lo que tenía cabeza era para darle vueltas a un montón de preguntas. Era tal la avalancha de sensaciones que no sabía cómo manejarlas. ¿Habría parecido creíble su testimonio? ¿Tendría que haber dicho esto y lo otro? ¿Qué pensaban realmente esas estatuas de piedra que permanecieron sentadas al fondo de la sala? Y cada vez que lograba silenciar sus impresiones sobre el juicio, aparecían las imágenes de la noche de Santa Lucía.

Si tuviera alguien con quien hablar. Estaba Johanna, claro, pero no se trataba de una amiga. Para ella solo era un trabajo, aunque lo hiciera como voluntaria. La verdad es que la veía muy estresada. Sara no podía pedirle más en ese momento.

Se había pasado el día buscando un móvil nuevo. El viejo no lo había encontrado. Era evidente que había desaparecido durante la noche, aquella maldita noche. Pero cuando bajó a la tienda no pudo decidirse. Había cientos de modelos y ella no podía apreciar qué diferencia había entre ellos. Un vendedor lo intentó durante quince minutos antes de darse por vencido. Y eso que ella normalmente no tardaba en decidirse a la hora de comprar algo. Decidir se había convertido en algo más o menos imposible. Como muchas otras cosas más. Volvió a casa.

Al final se levantó de la silla de la cocina y se fue a la cama con la ropa puesta. Se tapó con el edredón. El reloj que había junto a la cama marcaba las siete y media. Intentó no pensar en nada, pero resultó imposible. Entonces recordó lo que Alex le había aconsejado hacer. Hacía unos días que no lo practicaba. Se le había olvidado por completo.

Se sentó en la cama. Se sentía una estúpida cada vez que lo hacía, pero gritó el nombre de los cuatro cerdos y terminó diciendo:

—¡Os condeno a diez años de cárcel!

Había mirado a aquellos cerdos a los ojos. Ellos fingieron no reconocerla. La cara del juez era como una piedra enorme. Algunos hombres del público la habían desnudado con la mirada.

—¡Os condeno a diez años de cárcel!

Se echó a llorar. ¿Por qué no funcionaba?

Nunca en la vida se había sentido tan sola.

Los mocos y las lágrimas se mezclaron cuando se apretó una almohada contra la cara. Gritó sobre la almohada, rugió de infelicidad y de angustia hasta que ya no pudo gritar más.

Después de un rato se durmió, agotada, con los brazos alrededor de su propio cuerpo.

En el exterior del edificio de apartamentos de Gröndal donde Sara vivía, un vecino estaba aparcando el coche en el último aparcamiento que quedaba libre. Otro se daba prisa para llegar a la cena. Un caminante nocturno que paseaba al perro se detuvo bajo una farola y encendió un cigarrillo. El asfalto helado brillaba débilmente bajo la luz de las farolas.

Un momento después se acercó a la puerta un coche gris. Frenó produciendo un leve chirrido. Los tres hombres habían robado el coche en el barrio norte de la ciudad, y una vez realizada la tarea tenían intención de abandonarlo en alguna zona boscosa.

El conductor miró a su alrededor, buscó un hueco para aparcar, pero no lo encontró. Se volvió hacia el asiento de atrás y le dijo algo al hombre que iba sentado allí. Este sacó un trozo de papel y leyó algo. El conductor apagó el motor. Se quedaron un buen rato esperando en silencio.

Tras unos minutos alguien encendió un cigarrillo dentro del coche y bajaron las ventanillas. La calle estaba vacía y silenciosa. Unos minutos después se abrieron tres de las puertas del coche a la vez, como si alguien les hubiera hecho una señal, y los hombres se bajaron del coche.

Del techo colgaba una guirnalda luminosa. Estaba compuesta por cien pequeñas bombillas rojas y producía un resplandor cálido. Todas las lámparas de la habitación se hallaban encendidas.

La guirnalda se apagó de repente y después las demás luces. Una sombra se movió en la oscuridad. Alguien fue hacia la cama de Sara. La sombra movió una mano y otra sombra más se puso en movimiento. Cada una se colocó en un lado de la cama.

Alex salió del taxi. Acababa de cenar con un cliente en el restaurante Sturehof y estaba contento y satisfecho. Hacía años que no se sentaba en un buen restaurante a hablar de negocios con un cliente y le pareció que era un contraste increíble comparado con lo que había hecho durante la semana. Presenciar el juicio de Sara le había resultado estresante. Era otro mundo.

Miró el reloj. Las ocho. Buena sincronización.

No se dio cuenta de que había un coche aparcado en doble fila delante de la puerta. Se ajustó el abrigo. Hacía demasiado frío en Estocolmo para vivir allí. A veces todavía echaba de menos el clima mucho más suave de Francia.

Fue hacia la puerta de entrada y tiró del pomo. La cerradura seguía estando estropeada. Al llegar al segundo piso se detuvo delante de la puerta de Sara. Qué raro, pensó. Estaba abierta. Como si solamente la hubiera empujado, sin echar la llave. ¿Quería tal vez que entrara directamente?

Tocó el timbre. Al principio no ocurrió nada. Luego se oyó un grito en el interior del apartamento.

¡Sara!

Alex abrió la puerta de par en par y entró precipitadamente. En el interior todo estaba a oscuras. Oyó la voz de Sara, llena de miedo. Fue al dormitorio sin pensarlo.

De pronto, oyó una áspera voz masculina que gritaba:

—¡Retira todas esas mentiras!

La puerta del dormitorio se abrió de golpe. Primero salió un hombre, luego dos más, con capuchas negras tapándoles la cara. Uno corrió directamente en dirección a Alex, a quien arrojaron contra la pared de la entrada del dormitorio. Cayó al suelo, pero se puso otra vez en pie con rapidez.

Sara volvió a gritar desde la habitación.

—¡Sara! —exclamó Alex.

El primer hombre desapareció en dirección a la puerta de entrada. El segundo también. El tercero se detuvo un momento delante de él. Iba totalmente vestido de negro. Eran de la misma altura y Alex pudo ver un par de ojos oscuros a través de los agujeros del pasamontañas.

De repente, sonó el golpe. Alex no pudo ver el puño, y menos aún defenderse.

Tan fuerte fue el golpe que recibió en la mandíbula que hizo que volara por los aires, volviese a golpear la pared y cayera al suelo. También cayó con él un cuadro, lo que causó un gran estrépito. Antes de que pudiera reaccionar, recibió una patada en el estómago. Se quejó de dolor y vio alejarse una imagen borrosa con unos pantalones vaqueros que, por fin, desapareció de su vista.

Se apretó el estómago con fuerza e intentó ponerse en pie. Apenas podía respirar. Mientras luchaba en busca de oxígeno oyó unos pasos que bajaban la escalera y luego desaparecían. Le pareció que toda la habitación daba vueltas. No había recibido nunca un golpe así. El dolor se le extendía desde la mandíbula y le llegaba a la cabeza, que parecía que le iba a explotar, pero la descarga de adrenalina y los gritos de Sara hicieron que lograra levantarse.

Entró en el dormitorio tambaleándose, con una mano en la barbilla y la otra en el estómago y se preparó para lo que le esperaba.

Sara estaba sentada en la cama, tapándose la cara con las manos. Tenía el pelo alborotado, pero por lo demás su aspecto era el habitual. Alex fue hacia ella con paso inseguro. Le dolía mucho la cabeza. Se tocó la mandíbula y no pudo determinar si estaría dislocada o no. También sentía dolor al respirar. ¿Se habría hecho daño en alguna costilla?

—Sara, estoy aquí.

Se sentó en la cama y la abrazó. Ella también lo abrazó con fuerza, aferrándose a él. Todo el diafragma era un grito en señal de protesta. Era terrible escuchar su llanto. Se quedó sentado un momento hasta que ella se tranquilizó.

—¿Te han lastimado?

Ella negó con la cabeza.

—No les dio tiempo —sollozó—. Llamaste a la puerta justo en el momento que me desperté.

Él le rodeó la cara con las manos.

—Te llevaré al hospital. Allí te harán un reconocimiento.

—No, no es necesario.

—Claro que lo es.

La chica negó con la cabeza.

—¿Qué haces aquí?

—Íbamos a vernos esta noche. ¿Lo habías olvidado?

Respiró un poco más tranquila.

—Parece que sí. Me he quedado dormida.

Alex asintió lentamente. Llegar en ese momento había sido un enorme golpe de suerte. Sentía palpitaciones en la cara y al tocarse la barbilla notó que estaba inflamada. Ya podía respirar mejor, pero se preguntó cómo estaría cuando se quitara la camisa.

—Deberías ponerte hielo —dijo Sara.

Logró llegar a la cocina, encontró el congelador y sacó unos cubitos. Tuvo que buscar en distintos compartimentos hasta encontrar las bolsas de plástico. Le temblaban las manos y se le cayeron los hielos, esparciéndose a su alrededor. Tuvo que recogerlos antes de volver al dormitorio de Sara.

Cogió el teléfono móvil mientras que Sara le ponía hielo en la barbilla. Buscó el número de Nina.

Nina tardó veinte minutos en llegar.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con aspecto preocupado.

—Esta tarde tenía una sesión de *coaching* con Sara. La puerta estaba entreabierta cuando llegué. Entré al oír que gritaba. Tres hombres de negro que salían del dormitorio se abalanzaron contra mí. Uno de ellos me hizo esto —dijo señalándose el rostro con gesto de disculpa.

Nina lo abrazó y luego entraron en la habitación de Sara. La policía se sentó en la cama y miró a Sara, la cual parecía que se había sosegado un poco, aunque todavía le temblaban las manos.

—Dinos qué ocurrió.

—Me fui a la cama con la luz encendida. Ya no la apago. No sé cuánto tiempo habría dormido cuando uno de esos tipos me sacó de la cama tirándome

del pelo —dijo mirando a Alex—. Empecé a gritar y luego, más o menos a la vez, oí que estabas en la entrada.

—¿Te dijeron algo? —dijo Nina.

—Retira todas esas mentiras. Eso fue todo.

—Yo también lo oí —dijo Alex.

—Retira todas esas mentiras. ¿Nada más?

Sara negó con la cabeza. Alex no se atrevió a hacerlo por miedo a que se le desprendiera si la movía demasiado.

—Quién sabe qué intenciones tendrían —dijo Nina—. Has tenido mucha suerte.

—Sí, lo sé —afirmó Sara con gesto abatido.

—Vamos a llevarte al hospital. Tienen que hacerte una revisión.

—Estoy bien. No hace falta.

—Estás en estado de *shock*. No podemos dejarte sola aquí —dijo Nina.

—Estoy de acuerdo. Deberían echarte un vistazo —terció Alex.

Sara los miró a los dos, primero a uno y luego al otro.

—No quiero. Quiero quedarme en casa —dijo retorciendo un mechón de su pelo entre los dedos.

—Espera un momento —dijo Nina al ver que los ojos de Sara se llenaban de lágrimas.

Se llevó a Alex a la cocina y cerró la puerta.

—No la podemos dejar.

—Está muy tranquila —dijo Alex retirándose la bolsa de hielo.

El hielo había empezado a derretirse y le había empapado el cuello de la camisa.

—Sí, es probable que esté conmocionada, pero ¿cómo estás tú? —dijo fijándose en su barbilla.

Él se encogió de hombros.

—¿Deberíamos llamar a Johanna Bergman?

Nina negó con la cabeza.

—No tengo valor para hacerlo. Ella se encarga en su tiempo libre, ¿sabes?

—¿Puede quedarse alguien aquí? ¿Tú, por ejemplo? —dijo él.

—Tengo que mantenerme neutral. Si la defensa llega a saber que he pasado la noche aquí, no sabemos cómo pueden llegar a utilizarlo.

—Yo no estoy en condiciones de hacerlo.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no sería buena idea.

Se quedaron en silencio un momento. La solución parecía difícil.

—¿Qué crees que pensaban hacer? —dijo Alex.

Nina se estremeció.

—No quiero ni pensarlo. En el mejor de los casos tal vez solo pretendían amenazarla. O tal vez darle una pequeña paliza. No lo sé, la verdad.

—¿Crees que hubieran podido…?

—No lo digas. Habría sido demasiado repugnante.

—No estoy segura de que ella esté conmocionada. Creo que se siente fuerte.

—¿No habrá alguna amiga suya a la que pueda llamar? —dijo Nina—. A cualquiera de ellas.

Volvieron al dormitorio.

Sara se había quedado dormida de lado en la cama, con los pies en el suelo.

Nina la miró e hizo un gesto extraño con la boca.

—¿Qué?

—Solo hay una persona a la que podemos llamar. Pero no tengo demasiadas ganas de hacerlo.

Capítulo 57

—Gracias por recibirme tan pronto —dijo Ramén con cortesía mientras se sentaba en la silla de visitas de Wiklund.

Wiklund no respondió.

Ramén expuso a toda prisa el incidente. Le contó lo que le había ocurrido a Sara y por una vez sintió que era algo absolutamente importante. Describió con sumo cuidado el intento de ataque y los supuestos daños psíquicos que podía haberle causado.

—¿De qué modo afecta al juicio oral? —preguntó Wiklund.

—Debo tener en cuenta los hechos. Para que el tribunal pueda hacer una valoración correcta es necesario que sepamos toda la historia —explicó Ramén.

Se felicitó por las palabras que había elegido. Esas expresiones eran las que entendía el cuadriculado de Wiklund. Correcta. Hechos. Las palabras adecuadas, según le había dicho el consultor.

—Entonces, ¿qué sugieres? —dijo Wiklund.

—Que aplacemos la continuación del juicio, por supuesto —aseveró Ramén sin pensarlo dos veces.

—¿Aplazar el juicio? —rugió Wiklund.

—Desde luego que hay que hacerlo —rugió Ramén a su vez—. Solo tener lista la investigación llevará semanas. Y habrá que volver a interrogar a los sospechosos.

Wiklund cogió las gafas de lectura y se las puso casi en la punta de la nariz. Buscó un bolígrafo y una página en blanco en su bloc.

—¿Y quiénes son los sospechosos? —preguntó, indicando que estaba preparado para escribir los nombres.

—Es bastante obvio —dijo Ramén, desconcertado.

—¿A quiénes te refieres?

—A los canallas que perpetraron la violación, por supuesto.

—¿Cómo lo sabemos?

Ramén apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y esperó un momento mientras respiraba profundamente. Se dio cuenta de que estaba sudando.

—¿Quiénes iban a ser si no?

—No lo sé —dijo Wiklund—. ¿Quiénes podrían ser?

Ramén levantó las manos.

—Eran tres. Al marcharse le advirtieron que retirara las acusaciones.

Wiklund lo miró sin pestañear siquiera.

—¿Mencionaron las acusaciones que tenía que retirar?

—¡Que la habían violado! ¿Qué iba a ser?

—¿Entonces lo dijeron? —dijo Wiklund.

Ramén puso lentamente ambas manos sobre el escritorio.

—Yo no he hablado con ella. Nina Mander asegura que eso fue lo que ella dijo.

—¿Así que Nina Mander, la inspectora de policía, fue la que interrumpió todo?

Ramén decidió que sería inútil explicarle quién había encontrado realmente a Sara. Cuando Nina lo llamó por la noche para contarle las malas noticias se dio cuenta enseguida de que solo iba a conducir a más cuestionamientos.

—Sí, eso es —dijo simplemente.

—¿Y manifestaron que eran precisamente esas las denuncias que tenía que retirar?

—No es necesario ser pariente cercano de Einstein en la línea descendente directa para imaginarse a lo que se referían —dijo Ramén.

—Entonces esperaremos hasta tener datos concretos para tomar la decisión —dijo dejando a un lado el bolígrafo que no había usado.

—Pero la próxima audiencia será dentro de cuatro días. ¿Vamos a dejar que ella esté en la sala? ¿Cómo voy a poder manejar el intento de maltrato si no dispongo de tiempo?

Wiklund se aclaró la voz y sentenció que lo más importante era que no hubiera ningún cambio en el orden del juicio. Cambiar la fecha de esa negociación, que iba a ser bastante extensa, podría tener consecuencias de largo alcance en todo el cronograma de primavera.

Ramén no llegó a ninguna parte. Era como hablar con una pared.

Nina seguía conmocionada pensando en lo que podría haberle pasado a Sara. ¿Y si Alex no hubiera llegado justo en ese momento? Era lamentable que le hubieran dado un puñetazo, pero a Nina le parecía que exageraba su importancia. Tenía la mandíbula inflamada y un gran moretón en la zona del estómago, desde luego, pero no era nada grave.

Se quedó mirando el papel que tenía delante. Era algo que había presentido todo el tiempo. Se llevó los datos al despacho del comisario Hellmark.

—Ahí tienes —dijo él señalando la silla que había delante de su escritorio y que, como de costumbre, estaba abarrotada de documentos y diversos asuntos que llevaba.

—Tengo trabajo para ti. Se ha encontrado a un muchacho muerto en un aparcamiento en Östermalm. Tiene muy mala pinta. Están acordonando la zona en este momento. ¡Encárgate de eso!

—Desde luego. Pero quisiera que me aclararas algo.

—Pero habla deprisa.

—He estado mirando en las compañías aéreas más importantes. Encontré una reserva a nombre de Charles Jisander para los Estados Unidos. A Miami exactamente.

—¿Todo correcto?

—Sí, excepto la fecha. Es para dentro de cuatro días.

—¿Todavía sigues con eso? Sé que tú recibiste la denuncia, pero aquí hay cosas más importantes que hacer. Asesinatos, por ejemplo. Lárgate.

Nina miró a su jefe. Por lo visto, si eres del tipo rojo una vez, siempre lo serás. Grosero, polémico e insensible, pensó. Además en ese momento ya estaba hojeando la documentación de otro caso.

—Sí, lo sé —dijo ella—. Pero ¿cómo piensa viajar a Miami estando en la cárcel?

—Tal vez crea que se va a librar.

—¿O tal vez crea que en pocos días estará fuera?

Nina le contó brevemente lo que le había ocurrido a Sara la noche anterior. Hellmark la escuchó mientras escribía en el ordenador. No hizo ni una sola pregunta.

—Él debía saber lo del intento de asalto o como se le quiera llamar. No hay otra explicación —constató él.

—Pero no se puede probar —dijo Nina.

—No. Déjalo. ¿Cómo le fue a Alex?

—Está bien. Tal vez algo impresionado. Con unos cuantos hematomas.

Hellmark gruñó. O quizá era una carcajada, Nina no estaba segura.

—¿Cómo está la chica?

—Hoy ha ido al hospital. Más que nada para que la revisen. Se quedará ingresada unos días. Al parecer no come bien. Está desnutrida y deshidratada. Hay una cosa más acerca del billete —dijo Nina agitando el papel impreso con la información del viaje que Jisander tenía planeado hacer.

—¿Solo pasaje de ida?

—Exactamente.

Capítulo 58

Los periódicos se recrearon con el asunto. Una mujer joven que había sido violada y posteriormente atacada cuando el proceso del juicio oral no había terminado aún. Hablaron con la inspectora Mander, que era responsable de la investigación de la violación, y ella les dijo de modo impreciso que no tenían pistas pero estaban trabajando en ello.

Olía a abuso del derecho procesal; alguien estaba intentando influir en el resultado del juicio. Que Jisander estaba involucrado era algo que todos entendían, aunque no se mencionaba su nombre y siempre aparecía como «el famoso de la tele». Algunos artículos con titulares dramáticos narraban la violación con todo detalle, hechos aberrantes que todos querían conocer. Los ejemplares se vendían rápidamente.

Los medios de comunicación se posicionaron del lado de la víctima, y en el transcurso de unas pocas semanas todo cambió; no solo los agresores pasaron de ser sospechosos a condenados, sino que incluso la policía y el fiscal fueron a parar al banquillo de los acusados.

Wiklund resultó ser un hueso duro de roer. A los periodistas los mantuvo alejados mediante rigurosos sistemas de seguridad, y no había llamada que pudiera atravesar la muralla de asistentes y ayudantes que había levantado.

En algunos periódicos surgieron expertos e investigadores que sostenían que había que cambiar la fecha del juicio por violación. En su despacho, Göran Wiklund estaba cada vez más convencido de que el juicio debía celebrarse según estaba planificado. Sería extraño para él cambiar la fecha del juicio solo porque todos los periódicos del país lo exigían.

No tenía intención de ceder.

Capítulo 59

Johanna había llamado a Sara por teléfono por lo menos cincuenta veces, sin éxito. Tampoco obtuvo respuesta en el teléfono particular de Tom ni pudo localizar su móvil en los buscadores. Probablemente tenía una tarjeta prepago. Johanna entregó el informe habitual en el Centro de Asistencia a Víctimas y el supervisor le dio instrucciones acerca del modo de mantener el contacto con la víctima en cuestión.

Pero nadie le advirtió de que la víctima podía desaparecer de repente de la faz de la tierra. Así que llamó a la única persona que se le ocurrió.

—Oye, estoy algo ocupada… —dijo Nina.

—Seré breve. ¿Qué hay de Sara Leijon?

—Iba a hablar con ella en este momento —dijo Nina.

Johanna se paró a pensar.

—¿Entonces está en su casa?

—No, no. En el hospital.

Johanna se enderezó y se llevó el auricular a la otra oreja.

—¿Qué hace en el hospital?

Nina carraspeó.

—¿No lo sabes? —dijo y luego le contó de manera sucinta lo que le había sucedido dos días antes.

—¿Por qué no ha llamado nadie para informar? —dijo Johanna.

—No lo sé —dijo Nina, distraída—. ¿Quién iba a llamar?

Esa era la cuestión. ¿De quién era la responsabilidad de informar al Servicio de Asistencia a Víctimas? La respuesta era tan simple como obvia. De nadie.

Johanna finalizó la llamada. Volvió a su trabajo, pero le costaba concentrarse. ¿Cómo iba a poder hacer su trabajo si se quedaba fuera?

¿Y cómo estaba Sara?

Alex se sentía increíblemente incómodo con la situación. Si se hubiera podido quedar en casa lo habría hecho sin dudar. Sabía que muchos lo consideraban un hombre tranquilo y seguro de sí mismo, y a él le gustaba hacer creer a la gente que siempre tenía pleno control de todo, ya que una de sus funciones como consultor consistía en saber siempre lo que iba a ocurrir. Pero incluso él tenía una zona de confort fuera de la cual no le gustaba salir. Y los hospitales estaban definitivamente fuera de esa zona. Por lo que ni siquiera fue a que un médico le viera la mandíbula inflamada.

No le gustaba el olor, esa desagradable combinación de desinfectante y enfermedad de la que no te podías deshacer. Se incrustaba en la nariz, en el pelo, en la piel. Lo odiaba. Después de visitar un hospital siempre quería irse directamente a casa y darse una ducha.

Iba medio paso detrás de Nina. Parecía que ella no había percibido que él se había quedado en silencio cuando salieron del coche en el aparcamiento exterior del hospital de Huddinge. A Alex le venía bien; no tenía ganas de dar explicaciones.

Caminaron por los largos pasillos que parecían no tener fin.

—¿Estás bien? Te noto algo callado.

Parpadeó sin contestar.

Ella abrió la puerta de la sala. Se deslizó produciendo una especie de jadeo, como si la presión del aire en el interior de la sala no se correspondiera con la del exterior. Se detuvo en la puerta. Sara estaba tumbada en la cama y tenía los ojos cerrados. Estaba pálida y una de sus manos sobresalía de la manta. Era imposible saber si estaba despierta o dormida.

Nina suspiró y se volvió hacia Alex. Él miró por encima del hombro de ella y sacudió levemente la cabeza.

Había un hombre sentado al lado de la cama de Sara, al que Nina enseguida reconoció. Era alto y fuerte, aunque probablemente no tenía ni una pizca de grasa en el cuerpo. Era ancho de hombros y se percibían unos abultados bíceps debajo de las mangas de su camiseta.

Nina dudó unos segundos antes de cruzar la habitación y quedarse de pie al lado de la cama. Alex la siguió sin decir palabra. Entró en la habitación en absoluto silencio y vio que había una silla junto a la ventana.

Tom levantó la vista del periódico que estaba leyendo. Nina no tenía ni idea de lo que le podía esperar.

Tom se puso en pie.

—Tom Leijon —dijo a modo de presentación.

—Nina Mander —dijo ella en tono neutral.

Nina miró de reojo a Sara, que parecía dormir, y luego miró a Alex y lo presentó:

—Él es Alex King.

Tom se limitó a echarle un vistazo rápido que pretendía ser un saludo.

—Alex fue el que interrumpió el intento de asalto —dijo ella.

Tom miró a Alex a los ojos. Este inclinó ligeramente la cabeza.

Nina miró la puerta, hizo un gesto y levantó una ceja.

—Sí, claro —dijo Tom.

Los tres salieron de la habitación después de mirar a Sara un momento, quien parecía no darse cuenta de nada. Cuando la puerta se cerró, Nina dijo:

—¿Café?

—Sí, vale —dijo Tom, encogiéndose de hombros.

Se dirigieron al ascensor sin decir palabra. Bajaron tres pisos sin mirarse siquiera y fueron a la gran cafetería que había en el sótano del hospital. Nina revisó a su alrededor buscando una mesa vacía, la encontró y se sentaron.

Alex también miró a su alrededor. Casi todas las personas que vio llevaban distintas variantes de ropa de hospital: bata los médicos, las enfermeras de blanco, los técnicos ropa de laboratorio. Una serie de médicos jóvenes estaban sentados e inclinados delante de sus almuerzos. Debían ser personas interesadas en la alimentación saludable, pero se estaban metiendo en el cuerpo todo tipo de comida basura. En la mesas se veía patatas fritas, hamburguesas, nachos y restos de *pizza*. La bebida estándar por lo visto era la cocacola.

Mientras Nina iba a por el café, Alex y Tom Leijon se sentaron juntos. Era una situación rara, pero Alex se dio cuenta rápidamente de que a Tom no le molestaba el silencio. Permaneció sentado, inmóvil, mirando hacia adelante. No tamborileaba los dedos, no movía los pies. Apenas parpadeaba.

Sara era más bien del tipo rojo, lo que le aportaba mucho espíritu de lucha. Alex se preguntó si los hermanos tendrían personalidades similares. No sería raro. Pero como la personalidad no estaba en el ADN de las personas era

imposible sacar alguna conclusión.

Nina volvió con una bandeja con tres tazas de café y un vaso de leche. Se aflojó un poco el nudo de la corbata. Tomaron un sorbo de café en silencio.

Finalmente, habló Nina:

—Lamento lo que le ha ocurrido a Sara. Desearía que no hubiera tenido que vivir todo esto.

Tom suspiró profundamente. Algo se le movió en el rostro, a la vez que aparecía una dura expresión en sus ojos.

—He conocido suficientes policías como para darme cuenta de que hay un problema —dijo.

—Yo, es decir, nosotros, estamos aquí para ayudar —dijo Nina.

Tom señaló a Alex, pero se dirigió a Nina.

—Él no es policía —dijo.

—Es consultor. Ayuda a Sara a afrontar el juicio —dijo Nina cruzando los brazos y echándose hacia atrás en la silla.

—No necesita ayuda —dijo Tom.

—Las estadísticas hablan por sí solas. De veinte mil violaciones anuales se denuncian aproximadamente el diez por ciento. De esas dos mil solo va a juicio otro diez por ciento.

—Tendremos que estar agradecidos —dijo Tom.

—De los procesados, un setenta y cinco por ciento queda absuelto. Así que necesita toda la ayuda que pueda conseguir.

Alex se dedicó a hacer un cálculo mental. ¿Veinte mil violadores y el sistema solo era capaz de encarcelar a doscientos cincuenta? Ha debido de calcular mal.

Nina miró a Tom fijamente a los ojos y dijo:

—Los juzgados se inclinan más por considerar el encuadre social de la víctima. Una mujer que procede de una clase social alta y que realmente se atiene a su denuncia, tiene muchas más posibilidades de lograr que se repare el desagravio.

En el rostro de Tom apareció algo oscuro.

—¿Y las que no proceden de zonas distinguidas?

—Desde el punto de vista estadístico tienen menos posibilidades de que se las crea durante un juicio —dijo Nina.

Alex observaba el discurrir de la conversación sin abrir la boca más que para beber un sorbo del horrible café. No lo había pensado pero era lógico. A la gente de dinero se la educaba por lo general para creer en sí misma, por lo que

irradiaba naturalidad espontáneamente. Si a ello se le añade que a menudo tienen un lenguaje más culto y variado, la imagen es todavía más clara. Lo que significaba que no había modo de poner fin a las dificultades de lo que él acababa de asumir.

Tom apretó los puños.

—Entiendo que sea cuestionada, pero no creía que iba a ser juzgada en función de quién es.

—Lamentablemente así es.

Él asintió con la cabeza.

—Uno de esos cerdos vive en la zona de Stureplan, así que a él sí lo escucharán.

Nina se bebió el resto del café. Era policía y su trabajo consistía en presentar las pruebas y quedarse mirando con indulgencia cuando el tribunal volvía a mandar a la calle a uno de cada dos delincuentes, fortalecido para volver a las andadas. Tenía que ser neutral. Ella había recogido a los malos y los había llevado hasta allí, ahora era el sistema el encargado de juzgarlos.

—Cadena perpetua.

—¿Qué? —dijo Nina.

—A ella le han dado cadena perpetua —repitió Tom—. Con independencia de la condena que reciban esos cerdos, Sara ya ha recibido cadena perpetua.

—Es lo que suele llamarse un bala perdida —dijo Alex cuando se dirigían al centro. Fueron por Huddingevägen, pasaron la intersección en la que se producían más accidentes de toda el área metropolitana, a la altura de Stuvsta. Las cámaras de control de velocidad estaban muy próximas unas de otras, aunque resultaban innecesarias puesto que la carretera siempre estaba resbaladiza ya que nevaba copiosamente. Debido a las condiciones climáticas, los habitantes de Estocolmo mantenían una velocidad adecuada. Alex miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor porque precisamente un día de esas características, un par de años antes, un coche se empotró contra el suyo. Al recordar el latigazo cervical se llevó una mano a la nuca. Iba empeorando cada día y él sabía que era a causa del estrés.

—¿Tom Leijon? —dijo Nina.

—No sé qué habrá hecho antes, pero hacía tiempo que no veía a una persona que controlara de ese modo las emociones.

—Estuvo en chirona hace unos años.

—Deja que adivine. Delito de lesiones. Graves.

—Sí, pero solo una vez —dijo Nina—. He visto sus antecedentes, y debo reconocer que se trata de algo un tanto ambiguo. Cometió algunas estafas con anterioridad, pero parece que muchas de ellas fueron delitos de juventud. La víctima era otro estafador; pero sí, fue un delito de lesiones graves.

—¿A qué se dedica actualmente?

—Tiene un videoclub por aquí.

Alex se volvió hacia ella.

—¿Un videoclub? ¿Está limpio?

—¿Limpio? —dijo Nina riendo—. Creo que ves demasiada televisión. Nunca ha estado relacionado con las drogas. Pero si te refieres a si es honrado, parece que sí. No lo he investigado, pero he hecho algunos controles de rutina. Parece que sigue por el buen camino.

Alex asintió.

Pasaron el cruce de Rågsved y después de Älvsjömässan llegaron a Stureby.

—¿Dices en serio que sus antecedentes pueden influir en el juico de Sara?

En esa ocasión fue Nina la que asintió.

—*Guilty by association.*

—¿Por eso le has controlado?

—No está de más —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Alguien va a tener problemas con él. Te sostuvo la mirada sin ningún problema. ¿Cuántas personas miran tan fijamente? Tuvo los puños apretados casi todo el tiempo. Los hombros tensos. Tanta ira y tanta agresividad internas deben de haber surgido en algún sitio.

—Probablemente en el gimnasio.

Se volvió hacia ella.

—¿Hay que tener esos brazos tan fuertes? ¿Para qué los quiere?

—Para asustar a pequeños consultores tal vez —dijo ella sonriendo.

—Pues funcionó. Yo estaba aterrorizado. Mi hombría está fuertemente amenazada.

Sonó el teléfono móvil de Alex. Ramén había hecho un hueco en su agenda y quería saber si podían empezar de inmediato. Ya mismo. Parecía que estaba desesperado.

Capítulo 60

Ramén llevaba unos pantalones arrugados y una camisa de cuadros. Sus pies descansaban encima del escritorio y había tirado la chaqueta en una de las sillas para visitas. Por lo demás, el escritorio estaba relativamente en orden. El típico esteta, pensó Alex. Uno de esos amarillos con tendencias estéticas. Necesita tener orden a su alrededor para poder pensar. Los líos había que esconderlos en algún otro sitio. La armonía y el equilibrio probablemente eran importantes. Lo que, como es natural, se convertía en un gran problema si se enfrentaba a un conflicto.

Alex se sentó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Ramén movió la mano.

—Tuve una reunión con Wiklund. Intenté que aplazara la fecha del juicio, pero no quiso escuchar. Dijo que o se ejecutaba o se sobreseía. Le daba igual.

—¿No quiere que la justicia siga su curso? —dijo Alex levantando una ceja.

—¡Yo qué sé! ¡No es como los demás! ¡Menuda mierda!

Alex guardó silencio. Esperó.

Después de diez segundos, Ramén dijo:

—Discúlpame.

—No te preocupes —dijo Alex—. Supongo que habrás tenido juicios difíciles anteriormente, ¿no?

—No se trata de eso. No estoy preocupado por el juicio. En realidad es bastante sencillo. Tenemos un montón de pruebas. Pero Wiklund me preocupa, lo tengo que reconocer. Me preocupa tremendamente. Sigue la normativa del principio al fin.

—De acuerdo. Sois totalmente distintos como personas, como te habrás dado

cuenta.

Ramén asintió.

—Y, en condiciones normales, os habría metido en una habitación y os habría pedido que llegarais a un compromiso. Ahora tendrás que encargarte tú de adaptar las cosas. Y va a ser una adaptación considerable. Más vale que te vayas preparando.

Ramén se inclinó hacia delante y miró a Alex a los ojos.

—Todo eso lo entiendo. Solo hay un problema. El juicio continuará dentro de tres días. Wiklund se niega a posponerlo, así que tendremos que seguir… ¡a pesar de que apenas he hablado con la demandante, ya que lleva un día ingresada en el hospital!

Conversaron durante dos horas. Alex introdujo a Ramén en los conceptos básicos de los perfiles personales DISC. Le explicó que los rojos eran dominantes y los amarillos sociables; que los verdes buscaban estabilidad y los azules orden. Le reveló a Ramén de manera pormenorizada el porqué su comportamiento correspondía al tipo amarillo. Le dijo que, aunque podía equivocarse, consideraba que era una persona alegre y positiva, a la vez que desordenado y más bien poco preparado. Que su mayor debilidad era su incapacidad de acercarse a una situación de un modo completamente objetivo, sin mezclar los sentimientos. Y que a veces era muy espontáneo. Que tenía que estar extremadamente bien preparado y que debía ajustarse al guion. Evitar las improvisaciones. Y medir el tiempo.

Ramén tomaba nota sin cesar.

Después, Alex le explicó las características de las personas del tipo azul. Para ellos eran importantes los detalles y todo debía ir según el manual. Si además el libro lo habían escrito ellos mismos, como en el caso de Wiklund, entonces el asunto estaba claro.

Ramén se había puesto pálido. Darse cuenta de que Wiklund era lo opuesto a él fue como recibir un golpe. Alex, sin embargo, no tenía opción. Añadió la parte roja de Wiklund.

—¿Conoces al comisario Hellmark?

—Bastante bien. Es una persona que da mucho miedo, si he de ser honesto.

—Aprovecha al máximo su impaciencia y su modo de exigir al entorno. Su necesidad de control. Su tendencia al conflicto y a la insensibilidad. Ahora

empiezas a tener una imagen del juez Wiklund.

Ramén dejó el bolígrafo y se puso a mirar por la ventana. Antes de que terminaran había oscurecido.

Cuando Alex cogió el tren de cercanías para ir al centro notó en su interior una especie de desazón. Apenas si había tiempo: habían dedicado demasiado poco a los preparativos y él había tardado mucho en decidirse. Pero ya era tarde para volverse atrás.

Capítulo 61

Alex sacó del taxi las bolsas de comida. Estaba sudando por el esfuerzo y en cuanto pudo se sirvió un vaso de agua. Todavía le dolían los músculos abdominales, pero eso podía soportarlo. Lo peor era la mandíbula. Seguía sin poder masticar por el lado izquierdo.

Eran las seis y media de la tarde y Nina iba a llegar en cualquier momento. Sacó la ensalada que había preparado por la mañana. Buscó el atún y puso un par de huevos en una cacerola. La cena debía estar lista en diez minutos.

El día había sido bastante gratificante. Tuvo una reunión con una posible candidata a la función de consultor. La mujer estaba nerviosa pero no de forma negativa. Alex era responsable de las nuevas incorporaciones y había mantenido una reunión de noventa minutos con ella para realizar una primera evaluación de su personalidad.

En general estaba de buen humor cuando empezó a planear su próximo encuentro con Sara Leijon. Se le había ocurrido una idea acerca de cómo conducir a Sara en lo sucesivo.

Hacía apenas una hora que Sara había vuelto del hospital. Lo primero que le hizo reaccionar a Alex fue su lenguaje corporal. Sara se movía de un modo raro. Mecía el cuerpo lentamente hacia adelante y hacia atrás. Tenía una herida en un dedo y a veces se lo metía en la boca. Entendía que estaba afectada por lo ocurrido un par días antes, no cabía esperarse otra cosa. Pero tenía que entrar en contacto con ella enseguida. No podía permitir que se hundiese en una especie de bajón depresivo; no en ese momento.

—¿Qué piensas hacer concretamente en este instante?

Sara detuvo el movimiento y se enderezó un poco.

—Bueno…, intentaré mantenerme tranquila —dijo.

Alex asintió. Miró de reojo a Nina, que lo había acompañado para ver si había alguna posibilidad de que Tom se ocupara de Sara. Ella no dijo nada.

—No hay nada malo en mostrarse enfadado siempre que se haga en el momento adecuado. ¿Acierto al decir que tienes un temperamento bastante fuerte?

Sara dejó escapar un sonido. Podía tratarse de una risa cansada.

—¿Con quién has hablado?

—Solo es una conclusión. Vas directamente al grano. No le das vueltas a las cosas. No pareces tener miedo al conflicto. No te gusta enredarte en trivialidades. Algunas veces tienes dificultades con las personas que piensan más despacio que tú.

—Sí. Todo eso es cierto. Al menos lo era antes. Ahora ya no lo sé. A veces pierdo los estribos. Quizá demasiado a menudo —dijo mirando a Nina y encogiéndose de hombros.

—Sé a lo que te refieres —dijo Nina.

—No puedo controlarme. Si me enfado, me enfado. Nunca he podido controlar mi mal humor. He sido así desde pequeña. Mis padres lo odiaban. Intentaban combatirlo con silencio.

Alex se inclinó hacia delante. Odiar era una palabra fuerte, pero el hecho de que ella hubiera elegido precisamente esa palabra solo confirmaba su idea anterior. Miró a Sara a los ojos.

—Entiendo por qué lo dices. Pero puedes cambiar ese patrón. Si logras controlarte, puedes dominar la situación. Pero si pierdes los nervios sin poder controlar lo que haces, entonces los otros tendrán más fuerza que tú.

—No sabes de qué hablas. ¿Puedo ser más débil de lo que ya soy? Muchas veces ni siquiera el fiscal se cree un carajo de lo que digo.

—A eso me refiero. Todo es cuestión de poder. Todos y cada uno de los pasos que se dan en este juicio aluden a quién tiene más poder.

—Pero yo tengo la razón. Ellos me violaron.

—Gana el que tiene más poder.

Los hombros de Sara se volvieron a hundir.

—Yo no tengo ningún poder. Nada en absoluto.

Alex se preguntó cómo iba a poder despertar en ella su innato espíritu de lucha sin que la llevara demasiado lejos. No creía que Wiklund aprobara las

rabietas en la sala.

—Puedes obtener poder si lo deseas. El suficiente para ganar este caso. Pero tienes que estar decidida a hacerlo.

—¡No me trates como a una niña, joder! Ya lo he decidido. Voy a meterlos en la cárcel. Os condeno a diez años de prisión.

—Bien —dijo él, sonriendo—. Eso ni siquiera es un juicio. Se llama negociación. Y es una buena descripción de lo que se trata. Distintas posiciones. Una de las partes quiere una cosa; la otra quiere algo diferente.

La miró durante unos segundos. Parecía que seguía el razonamiento. Alex se inclinó hacia delante y prosiguió:

—En una negociación, la parte con más poder o influencia es la que puede inducir a la otra a ceder. Si sabes cómo influir en otras personas y aprendes a utilizar sus métodos en tu propio beneficio, entonces tú tendrás el poder.

—Continúa —dijo Sara, que parecía estar muy concentrada.

—No hablo del poder que obtiene un dictador para mentir, manipular y atormentar a las personas, sino de tener influencia psicológica sobre otros. Se puede practicar con medios muy pequeños.

Nina se aclaró la voz. Elevó una ceja.

—Lo conozco. Doy conferencias sobre ellos —dijo él, moviéndose ligeramente en la silla—. El primer tipo de poder que me puedo imaginar es el poder legítimo. Si nos fijamos en la sala de audiencia lo encontramos en un sitio determinado.

—El juez y su pequeña banda de cascarrabias —dijo Sara.

Él asintió.

—No importa lo que podamos encontrar allí, de todos modos decide el tribunal. El solo hecho de estar allí sentados les aporta poder. ¿Estás de acuerdo?

Sara asintió.

—Estamos en su propia sala. Su territorio, digamos. Continúa.

—El juez Wiklund tiene poder. Es el que decide. Pero nada dice que tengamos que seguir sus normas. Nosotros cambiamos las normas. No aceptamos las cosas tal y como han sido siempre. Estamos estableciendo una nueva forma de hacer las cosas.

Nina se incorporó ligeramente en la silla. Tal vez era eso lo que la asustaba, que intentara manipular el sistema de derecho. Bueno, él pensaba poner a prueba su idea, luego ella simplemente tendría que pararle si iba demasiado lejos.

—Piénsalo. Entras en una tienda, en cualquiera. Un establecimiento donde

venden ropa, comida, zapatos. Encuentras algo que quieres comprar. ¿Qué es lo primero que haces?

—Mirar la etiqueta del precio —dijo Sara.

—Si quieres esos zapatos, simplemente tendrás que pagar lo que cuestan. Es la forma de cobrar establecida. Siempre lo hemos hecho así, dicen en la tienda. Nosotros ponemos el precio en una pequeña etiqueta y tú vas a la caja y pagas. Porque siempre ha sido así. La etiqueta transmite poder legal. Y tú lo aceptas.

Arrastró la silla un poco más hacia adelante, presa del entusiasmo que se apoderaba de él cuando se ponía en marcha.

—La misma tradición se aplica en la sala de audiencia. El juez ha establecido las normas. Sabe lo que es válido. Quién habla y cuándo, en qué orden, durante cuánto tiempo. Qué se puede decir. Contra qué se puede protestar o no. Todo está en las normas. En la tradición. Y todo le otorga un poder legítimo sumamente fuerte. La buena noticia es que nosotros no tenemos que seguir sus normas. Podemos intentar negociar, igual que en la tienda.

—Me gusta que digas «podemos» —dijo Sara.

Alex la miró a los ojos y por unos segundos la vio terriblemente vulnerable. Deseaba hacer algo por ella. Por su bien. Por el bien de Nicole. Por el suyo propio.

Tenía la impresión de que no conocía a Sara muy bien. ¿Qué opinaba de él? ¿Qué solía hacer? ¿Había alguien en su vida? ¿Qué perdió aquella noche además de la libertad? Al mismo tiempo estaba impresionado por su fuerza, y porque recibía de verdad lo que él tenía que dar.

Continuó al ver que ella fruncía el ceño ante su vacilación.

—El juez también tiene la facultad de recompensa. Puede dejar en libertad a los cuatro acusados. Y puede castigarlos. Lo que hace es equilibrar esos elementos entre sí.

—Ocurre con bastante frecuencia —dijo Nina de repente—. El indulto es algo habitual si hay cooperación.

—Es un buen ejemplo del equilibrio entre la facultad de recompensa y la de castigo.

—Sigo sin entender qué puedo hacer yo —dijo Sara.

Alex asintió con la cabeza. La parte roja de Sara estaba cada vez más impaciente.

—Ya llego a eso. En el poder también hay expertos; es más o menos como cuando un técnico de IT te dice que se te ha roto el disco duro. ¿Qué puedes

decir en contra? Nada, porque no sabes de qué está hablando. Es el poder carismático.

—¿Eso qué es?

—Cuando iban a elegir a Bill Clinton presidente de los Estados Unidos este se puso en contacto con una persona que le interesaba como consejero. Esa persona no compartía en absoluto su punto de vista ideológico, pero era demasiado educado para decir que no. Así que el consejero le contestó algo así como: Buena suerte, señor presidente, no deje que le ganen. Y Clinton le puso una mano en el hombro, lo miró a los ojos y le dijo: Con usted a mi lado, lo haré. Y el consejero dijo sin pensarlo bien: Puede contar conmigo, señor presidente. Solo tardó unos segundos.

—¿Y bien? —dijo Sara—. ¿Cómo diablos utilizo yo eso?

Alex hizo un movimiento con la mano.

—Hay algo que sé que funciona mejor que todo lo demás y no cuesta nada adquirirlo. Es la fuerza que todos quieren tener y, sobre todo, la que más admiran.

—¿Tenemos que sacártelo? —dijo Nina.

—Hablo de la fuerza de la coherencia.

Capítulo 62

—Necesito ayuda.

Kurosz se movió en la silla y se oyó un agradable sonido a cuero viejo.

—No hay ningún problema en pagar lo que cueste —dijo Tom.

Kurosz lo estudió durante unos incómodos segundos.

—¿Cómo diablos vas a saber tú lo que cuesta?

Tom tragó saliva.

—Tengo un problema que afecta a mi hermana. Ha sido víctima de una violación en grupo.

Luego miró al gánster a los ojos. Buscaba compasión y no la encontró. Kurosz era también un completo psicópata.

—Eso no está bien —dijo mecánicamente—. A esos cerdos habría que castrarlos.

—Es por lo que necesito ayuda —dijo Tom.

Kurosz cambió la posición de las piernas y se quedó unos segundos observando a Tom.

—¿Perdona?

—Necesito ayuda por si lo del juicio se va al infierno.

—Por supuesto que se irá al infierno. ¿Sabemos quiénes son?

—Naturalmente.

Kurosz levantó las manos. ¿Cuál es el problema?

—Es probable que los absuelvan.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Darles una paliza, retorcerles un par de dedos como advertencia? —dijo el otro enarcando las cejas.

Tom miró a Kurosz y se preguntó si no habría sido un error ir allí. Tomó impulso y le contó lo que había pensado, por qué necesitaba ayuda. Al terminar,

el gánster se quedó mirándolo un momento. Luego Tom le entregó un papel con un nombre escrito.

—Y yo que creía que el que estaba loco era yo —dijo Kurosz leyendo el papel.

Tom se levantó y se quedó en pie contemplando el paisaje por la ventana. El cielo estaba claro, caían gotas de agua del tejado y corrían por los cristales. Pronto sería primavera.

—Si crees que no lo puedes hacer, seguiré buscando.

—Se necesita gente especial para esto, unos cuantos bichos que sean realmente desagradables. Supongo que lo sabrás.

—Sí.

—Solo para que estemos de acuerdo en ese tema. No se me ocurre ninguno así de pronto, pero volveré a hablar contigo. Dame un número de móvil y te llamaré.

Kurosz se levantó y fue hacia Tom. Volvió a mirar el papel.

—¿Estás seguro de esto?

Capítulo 63

—El poder de la coherencia es, sin duda, el más fuerte de todos. Se produce cuando partes de un sistema de valores determinados y no te desvías del mismo.

—¿Hablas de la moral y de esas cosas? —dijo Sara.

—Entre otras. El poder de la moral es increíblemente fuerte, pero no solo se trata de eso. Si una persona dice que hay que hacer las cosas de un modo determinado, y lo lleva a cabo, solo podemos admirarla.

—Suena bastante aburrido.

—Piénsalo. La mayoría de la gente admira a las personas que apoyan algo, que están dispuestas a hacer cualquier cosa por lo que creen. Cuando yo llevaba poco tiempo viviendo en Suecia, un primer ministro quería dimitir. Habían asesinado a Olof Palme unos años antes, e Ingvar Carlsson ocupó el cargo de primer ministro en contra de sus deseos, en realidad. Había que encontrar un sucesor, alguien que pudiera tomar las riendas de los socialdemócratas en el futuro. Se barajaron un montón de nombres, entre otros el de Göran Persson.

—Que se negó —dijo Nina.

—Le preguntaron: ¿Quieres ser primer ministro? No, dijo. Volvieron a insistir. ¿Quieres? No, gracias. Fue astuto procediendo así, aunque creo que él mismo no sabía en realidad lo astuto que era. Persson siguió empecinado en su negativa durante mucho tiempo. Nosotros lo respetamos, admirando su postura clara. Muchos lo respetaban incluso por su coherente modo de ser. Después, como por arte de magia, se dio media vuelta y dijo que sí. Lo más curioso fue que las cifras de su popularidad descendieron de inmediato.

—Pero ¿por qué? —dijo Sara—. No es lógico.

—Había cambiado de opinión. No era el que creíamos. Decía que no, pero quería decir que sí. Y de pronto no supimos bien cuál era su sistema de valores.

¿Se podía confiar en ese hombre? Salió elegido, como sabemos, pero un montón de personas no confiaron nunca en Göran Persson. ¿Quién sabe cuándo cambiará de opinión la próxima vez que cambie de opinión?

—De acuerdo —dijo Sara—. Yo puedo ser coherente.

—Tú tienes que ser extremadamente coherente. Vas a repetir todo el tiempo lo mismo. Hasta las cosas erróneas las repetirás. Si dijiste una cosa en algún momento, debes repetirla. Porque si cambias un dato la gente no confiará en ti. Y si no confían en ti…

Después miró a Nina.

—Tiene razón —dijo ella, asintiendo con la cabeza.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Sara notando que le brotaba de nuevo su vieja irritación.

Entendía que Alex obraba con buena intención, pero ella tenía dificultades con la gente que la trataba como si fuera tonta, en especial si eran hombres. Aunque quizá solo procuraba ser cauteloso para que ella no tuviera que sacar conclusiones precipitadas. En ocasiones era demasiado obvio, tal vez por consideración hacia ella. La noche anterior se le había pasado por la mente en algunos momentos, cuando se quedó en la cama llorando por su deprimente situación, y entonces decidió intentar ser un poco más complaciente. Él no había retrocedido como hacía la mayoría de la gente cuando ella se enfadaba, se dijo, por lo que se esforzó en mostrar algo que al menos pareciera una sonrisa.

—A largo plazo, el poder de la coherencia triunfa por encima de todo lo demás. Por encima de la educación, del poder legítimo, de la inteligencia, de la experiencia, de los títulos de alto copete o de cualquier otra cosa. Ya que la mayoría de las personas son inconsecuentes, admiramos a los que logran ser coherentes. Y así podrás ganar —dijo Alex.

Sara se removió. Miró a Nina de reojo. Empezó a buscarse un mechón de pelo con las manos.

—¿Y bien? —dijeron Nina y Alex a la vez.

—Yo… tal vez mentí en una cosa.

—No quiero saber en qué —dijo Nina rápidamente tapándose los oídos con las manos.

—Yo… —dijo Sara mirando a Alex, que le hizo un gesto de ánimo—. Yo dije que había bebido cinco cervezas. Pero fueron siete por lo menos. Tal vez incluso ocho.

Alex se volvió hacia Nina.

—Eso posiblemente no tenga importancia ¿no crees?

Nina intervino.

—Soy policía. Ni siquiera debería estar aquí. Pero sí, por supuesto —dijo dirigiéndose a Sara—. Yo misma me encargué de bajar el dato. Ahora figuran cuatro cervezas. Pero Alex tiene razón acerca de lo del poder de la coherencia. Déjame que te hable de una chica a la cual apoyé en un juicio hace unos años —dijo Nina con calma.

—No sé si quiero oírlo —dijo Sara.

Nina se volvió hacia Sara y se acomodó en el sofá.

—Cuando llegó la patrulla de la policía al apartamento encontraron a una chica joven, más o menos de tu edad, en el cuarto de baño, desnuda y con las manos atadas.

Sara se frotó los brazos y desvió la mirada.

—Durante la noche habían entrado cinco hombres en su apartamento mientras dormía —dijo Nina—. La sujetaron y la violaron uno tras otro. Ella no tenía idea de cuánto tiempo se estuvieron aprovechando de ella, pero pudieron ser unas seis horas. Con unas correas que llevaban le ataron las manos y se las levantaron a la altura de la barbilla, junto con las corvas, para terminar haciéndole un nudo alrededor del cuello. La dejaron en el cuarto de baño en una especie de posición fetal. Si intentaba tirar demasiado de las correas se podía estrangular.

Sara se llevó las manos a la boca y cerró los ojos.

—¿Cómo? ¡Qué horror!

Nina miró a Alex.

—De ese modo la dejaron. En la investigación que efectuamos se demostró que los hombres debían conocer su apartamento. No tuvieron ningún problema en acceder a ella, así que probablemente eran personas que conocía, puesto que la agresión se llevó a cabo en total oscuridad en su apartamento.

Sara, que seguía cubriéndose la cara con las manos, dijo:

—Ella no los vio.

—Efectivamente, por lo tanto no sabía quiénes la habían violado en el dormitorio. Lo único que dijo fue que no había visto allí a su novio. Al realizarle la prueba del ADN se encontró esperma de él, por lo que la fiscalía retiró los cargos.

—¿QUÉ? —dijo Sara dejando de golpe la taza de té.

Alex levantó las cejas.

—Ya que ella no pudo indicar quién o quiénes ejecutaron las violaciones, su credibilidad iba a ponerse en duda durante un juicio. Había afirmado en el interrogatorio policial que no había sido el novio, pero fue el único que dejó huellas. Luego dijo que debió de ser él, y ahí surgió el problema, ya que ese cambio en la información fue suficiente para el fiscal. No se atrevió a acudir a los tribunales.

—No puede ser cierto, joder —dijo Sara.

—Ella no resultaba creíble —concluyó Nina—. Facilitó un dato que no era cierto.

—¿Qué significa?

—Que no fue coherente —dijo Alex con voz apagada.

Nina miró a Sara fijamente.

—Es de suma importancia que no cambies la versión de los hechos durante el juicio, Sara. No lo hagas nunca pase lo que pase. No pensaba que llegaría a decir esto: es preferible que te aferres a una mentira.

Afuera estaba anocheciendo. Pronto habría oscurecido. Sara se inclinó en la silla. Pensó en las cuatro o cinco cervezas que en realidad fueron ocho. O más. Sin tener en cuenta el vino que bebió en casa.

—A esa chica la habrían aplastado en un juicio —dijo Nina—. Solo porque cambió la información del novio.

—Qué cobarde de mierda, el fiscal ese —dijo Sara, que sentía una rabia conocida burbujeando en su interior.

—Lo hizo por la chica. No quería que los abogados abusaran también de ella. El fiscal sabía que la chica decía la verdad, que la habían maltratado. Sabía que la habían atado, pues era difícil que lo hubiera hecho ella sola. Sabía que la habían violado.

—Pero no fue coherente.

Nina carraspeó.

—No, no lo fue.

Sara asintió con la cabeza lentamente mientras fijaba la mirada en un punto lejano.

—¿Quién era el fiscal? —dijo.

Nina bajó la cabeza y miró a Alex de reojo.

Él cerró los ojos y enseguida le dijo a Sara:

—También debes procurar tener tu propio espacio de poder.

—¿Qué es eso?

—Pide ir al servicio si la situación es demasiado dura. Di que no puedes continuar cuando necesites hacer una pausa. De ese modo establecerás una norma que incluso Wiklund deberá seguir. ¿Cómo va a negarle a una mujer tan vulnerable que vaya al servicio? No tiene suficiente poder para hacerlo.

Sara asintió. Miró por la ventana.

—Lo haré lo mejor que pueda.

Capítulo 64

Después de un intervalo de seis días llegó el momento de la segunda jornada del juicio. Sara había dormido realmente bien. En general estaba en mejor forma que la vez anterior. Comió de manera adecuada en el hospital y recibió suplementos nutricionales, lo que le había devolvió algunos de los kilos que había perdido.

Mucho más fuerte y más concentrada, aguardaba la continuación con interés. ¡Al fin pasaba algo! Se estaba volviendo loca de tanta pasividad. Además se sentía reforzada por el *coaching* de Alex. Recordó el poder de la coherencia y preparó su propio plan por si las cosas no iban como ella esperaba.

Ramén dejó delante de él las carpetas que llevaba. Estaba nervioso, igual que la vez anterior.

Había estado un par de días sumido en un dilema mental, pero ya se sentía un poco mejor. Vio a Alex King, que estaba sentado al fondo, entre los asistentes. Sus miradas se cruzaron por un instante. Ramén lo saludó inclinando la cabeza. El consultor le devolvió el saludo.

Se preguntó por un momento qué iba a ocurrir. Era una situación agobiante, sin duda, pero al mismo tiempo una parte de él tenía ganas de hacerlo lo mejor posible.

Después de una serie de nuevas formalidades jurídicas llegó el momento de comenzar. Era el turno de preguntas de la defensa, que le correspondía interrogar a Sara. A las diez y cuarto empezó la abogada de Charles Jisander. Helen Slättås levantó la vista de los papeles y miró a Sara fijamente tanto tiempo que Ramén

llegó a preguntarse si se le habría olvidado por dónde iba a empezar. Después de medio minuto, Wiklund tosió para que arrancara todo.

—Sara Leijon, he hablado con diez personas, hombres y mujeres, que consideran que su modo de vestir y su comportamiento son los de una puta. ¿Qué tiene que decir al respecto?

Se oyó un fuerte murmullo en la sala. Ramén sintió una sacudida por todo el cuerpo. Las cosas van a ponerse feas, muy feas, se dijo. Miró hacia Alex, pero este miraba a Slättås, muy concentrado.

Johanna, que había estado trabajando toda la noche para no retrasarse demasiado con sus cosas, resopló y apoyó una mano en el brazo de Sara.

El juez Wiklund dio un fuerte golpe en la mesa con el mazo e impuso silencio en la sala. Se arregló el nudo de la corbata y se quitó las gafas, dispuesto a reprobar y llamar la atención a la abogada rebelde.

—La abogada tendrá que explicar eso —dijo.

—Retiro la pregunta —dijo Helen Slättås sin mover ni un músculo. No creyó en ningún momento que fuera a obtener respuesta a la misma—. Tengo otra pregunta. ¿Está en este momento bajo los efectos del alcohol?

Sara se quedó con la boca abierta, igual que Ramén y el resto de la audiencia. Wiklund golpeó el mazo sin que fuera necesario en realidad.

—Eso es absolutamente inapropiado. Solicito a la abogada que se explique.

Slättås no esperó ni un segundo.

—Si es necesario llamaré a los testigos que aseguran que Sara Leijon se emborracha a menudo, que puede beber hasta veinte cervezas durante el fin de semana y que a veces no está sobria entre diario. Por eso le he preguntado directamente si ahora lo está.

—¿Qué es esto, señoría? —dijo Ramén—. Esto no puede ser un espectáculo. Estamos hablando de una mujer joven a la que le han destrozado la vida.

Wiklund evidentemente no pensaba dejar que el juicio se le fuera de las manos.

—¡Uno por uno! —rugió.

Contempló la sala. Pasó la vista lentamente por la audiencia, la defensa, los acusados. Echó también un breve vistazo a los miembros del jurado, por seguridad. Con gesto sombrío, dijo al fin:

—Llamo al orden. Pido que se utilice el lenguaje que corresponde a un juicio oral. No quiero saber nada de artimañas para desviar la atención del motivo por el que estamos aquí. Y hablen de uno en uno, ¿entendido?

Luego se volvió hacia Sara y dijo:

—Responda para que podamos continuar.

Ramén inclinó la cabeza mirando a Sara. No tenía ninguna duda. Sara estaba sobria, por supuesto. No entendía el atrevimiento de Slättås.

Sara respiró profundamente. No hay que ponerse de mal humor, se dijo.

—¿Cuál era la pregunta? —dijo.

Slättås sonrió de modo insidioso.

—¿Está usted bajo los efectos del alcohol en este instante? —repitió.

—No.

—¿Y de alguna droga?

—No.

—¿De medicamentos que le hayan recetado?

Ramén se quejó en voz baja. Generar inseguridad en la víctima desde el principio era un truco habitual. ¿Quién conocía realmente la relación que tenía con el alcohol o con las drogas? Todo era posible.

—¿Sabe que está bajo juramento? —dijo Slättås.

—Sí.

—¿Sabe lo que es cometer perjurio? —dijo Slättås arrugando la frente.

—Yo no miento.

—Puede hablar con el fiscal si lo desea.

«El poder de la coherencia».

—Puedo responder por mí misma —dijo Sara entre dientes.

Slättås levantó una ceja y cambió de dirección en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Puede contar algo de su trabajo?

Sara suspiró ligeramente antes de empezar.

—Trabajo por horas en un supermercado de ICA.

—¿Así que no se trata de un trabajo fijo? —dijo Slättås indicándole a su ayudante Yngvesson que tomara nota, como si se tratara de algo decisivo.

Ramén sabía que los abogados defensores no formulaban preguntas si no conocían las respuestas. Era probable que se hubieran informado de la vida de Sara con todo detalle y supieran con exactitud dónde trabajaba, qué hacía allí y cuánto le pagaban. Todas las respuestas estaban seguramente en la documentación de Slättås. No obstante, el asistente tomaba nota a toda velocidad: la demandante no tiene trabajo estable.

Sara dijo que había solicitado muchos puestos de trabajo, pero no había conseguido nada fijo. ¿A qué suponía que se debería? Bueno, había recesión y

muchas solicitudes. Incluso en esa ciudad era difícil encontrar verdaderos puestos de trabajo que duraran un tiempo. Había que tener estudios.

—Correcto —dijo Slättås—. Hablemos entonces de los estudios que tiene.

—¿Por qué? —dijo Sara con cierta agresividad.

—Permítame que le recuerde una cosa —dijo Slättås sin mostrar el menor indicio de irritación—. Yo soy la abogada y la que formula las preguntas. Usted es la que responde esas preguntas. ¿Entendido?

Sara asintió. Supuso que Ramén debía de estar a punto de estallar por tener que escuchar a esa abogada tan prepotente, pero ella consiguió no perder los estribos. Por el momento.

—¿Estamos de acuerdo? Yo pregunto, usted contesta.

—Por supuesto. Continúe.

—¿Hay algo que no le quede claro?

—¡Lo entiendo todo perfectamente! —dijo Sara apretando con fuerza las mandíbulas.

—Si hay algo que no entienda, puede consultárselo al fiscal sin ningún problema —le recomendó Slättås mirando a Sara y sonriendo—. ¿Qué estudios tiene?

—Secundaria.

—¿Qué notas sacaba?

Sara se volvió y miró a Ramén con gesto de asombro. Ramén reflexionó. Los estudios de Sara no guardaban ninguna relación con eso. No había nada peligroso en las preguntas, aunque el tema de la educación siempre era un problema. Los miembros del jurado debían de tener tantos créditos universitarios que podrían ganarse la vida vendiéndolos.

Él asintió sin demasiada convicción. ¿Qué era lo peor que podía ocurrir?

—Creo que tenía cerca de cuatro de nota media.

Slättås levantó un papel. Un folio normal. Tan limpio, tan blanco y, sin embargo, tan inquietante. ¿Qué tenía ese papel que de repente parecía tan importante? Ni Ramén ni Sara ni el juez veían lo que ponía en él. Las calificaciones de una persona eran documentos públicos, sin duda, pero el papel podía reflejar cualquier cosa.

—Le recuerdo que está bajo juramento. ¿Quiere hablar con el fiscal, Sara?

—De acuerdo, tenía dos de nota media. Pero se debió a que falté mucho el último curso.

Slättås bajó el folio nefasto. Sonrió, y todos se dieron cuenta de que tenía

algo en la mente.

—¿Por qué faltaba tanto?

—Por enfermedad.

—¿Puede decirnos algo más?

Ramén miró a Sara de reojo.

Sara cruzó los brazos lentamente.

—En noveno me quedé embarazada.

Antaño

Hacía seis meses que no hablaba con su madre. Cuando la llamó para acallar su mala conciencia, ella le contestó con total frialdad. Sus respuestas fueron escuetas y francamente hostiles.

—¿Cómo está Sara? ¿Puedo hablar con ella?

Recibió un compacto silencio por respuesta.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Es por un chico?

—¿Así que lo sabes? —dijo la madre—. Debería haberlo imaginado. Le dije a Mats que tu mala influencia la llevaría directamente a la destrucción. Ahora además está embarazada.

Oyó que su madre dejaba el auricular encima de una mesa. Seguramente había contestado la llamada desde el piso de arriba.

—¿Tom? —dijo Sara con voz débil.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué has hecho ahora?

—Espera.

Tapó el auricular con una mano y se oyó:

—¿Te puedes ir de una vez?

Volvió después de unos segundos.

—¿Te acuerdas de aquel chico?

Tom intentó hacer memoria. Aquel chico. ¿A quién diablos se refería?

—Te hablé de él, ¿te acuerdas?

Recordó la conversación del año anterior en el coche, cuando intentó asustarlo con su lenguaje vulgar. Ahora sonaba más tranquila y más serena.

—¿El de «solo un chico»? ¿Te refieres a él?

—Más o menos; es decir, sí. Pasó algo.

Tom acercó más el auricular. Pudo oír los gritos de la madre. De repente, le

cruzó una posibilidad por la cabeza.

—¿Se ha portado mal contigo?

—Algo así —dijo Sara—. Dijo que se lo había puesto, pero por lo visto no era así.

A Tom le sorprendió tener que volver a discutir los excesos de su hermana.

—¿Así que ahora estás preñada? ¿Estabas borracha? ¿Cómo demonios se te pudo pasar por alto que el tipo no llevaba goma?

—Sí.

—¿Sí, qué?

—¡Estaba borracha! —gritó Sara todo lo alto que pudo—. ¡Y tú cállate, arpía! —gritó, apartándose el teléfono.

A Tom le empezaba a doler la cabeza.

—Te dije que hablaras con él.

—¿Qué hablara con él? ¿Y de qué iba a hablar con él?

Sara dudó, como si buscara las palabras.

—Bueno, el caso es que no quiero seguir con él, pero no me escucha. Ha venido varias noches y quiere entrar.

Lo de costumbre. Un hijo de puta que quería utilizar a su hermana cuando le diera la gana. Tom sintió que una extraña calma se apoderaba de él.

—¿Es de la ciudad?

—Hum.

—¿Cómo se llama ese cabrón? —dijo Tom buscando un bolígrafo.

Ella le facilitó un nombre.

Un sinvergüenza se había acostado con su hermana, la había dejado embarazada y ahora no aceptaba un no por respuesta, sino que el muy cabrón quería visitarla por la noche y divertirse a costa de ella.

Bueno, puedo poner fin a eso, pensó Tom.

A los veinte minutos, Tom estaba sentado en el coche con un cepillo de dientes y su cartera encima del asiento. El plan no lo tenía muy claro. Por esa época se había mudado a Estocolmo y tenía por delante doscientos cincuenta kilómetros. Suponía que eran suficientes para darle tiempo para calmarse. Después de oír lo sucedido, se le había ocurrido una idea.

Pero la verdad era que cuanto más se aproximaba a su ciudad natal, más furioso se ponía. Se saltó todos los límites de velocidad y en tres horas estaba en

una lúgubre habitación de hotel con moqueta polvorienta y cortinas desgastadas. Dejó su escaso equipaje encima de la cama, que era tan dura como una piedra, y se miró en el espejo de la pared.

¿Qué estás haciendo?

Marcó el número de Sara.

Cuando ella llamó a la puerta de la habitación del hotel iba sin maquillar y parecía muy vulnerable. Tom no podía recordar cuándo fue la última vez que la vio sin nada de maquillaje. Tenía un aspecto tan infantil, tan… inocente.

Tomó las manos de ella entre las suyas y la miró a los ojos.

—Sara, hay algo que quiero que me digas. Es muy importante.

Ella asintió con la cabeza y levantó la vista hacia Súper-Tom. Él se encargaría de que todo volviera a estar bien.

—¿Qué?

—¿Qué es lo que más le interesa a ese tipo?

Ella lo observó. Le apareció una arruga en el entrecejo.

—¿Lo que más le interesa?

—¿Qué es lo último que quisiera perder?

Sara pensó un momento mientras retenía una de las manos de su hermano entre las suyas.

Tom sintió una rara intimidad con ella. No tenía nada de malo, simplemente era inusual.

—Su aspecto físico. Está todo el tiempo pendiente de su aspecto y de su pelo —dijo ella.

Después de decirlo, levantó la barbilla y miró a Tom con los ojos muy abiertos.

Él también la miró, pero no dijo nada.

Capítulo 65

En el pasillo había un despacho auxiliar de unos ocho metros cuadrados con un pequeño escritorio, una violeta africana marchita en una ventana, paredes feas pintadas de amarillo, un sofá marrón de tela áspera y varios sillones de madera llenos de polvo.

Wiklund había solicitado una pausa de diez minutos para que Ramén pudiera hablar con su cliente. En el despacho estaban sentados Johanna, Sara y Alex. Ramén iba y venía. Se aflojó el nudo de la corbata y se secó las manos sudorosas en la camisa.

—¿Por qué no me lo dijiste, Sara? —dijo intentando ocultar su enfado.

Alex lo miró y le dijo:

—Tranquilízate.

Pero hasta a él le extrañó que el fiscal no supiera nada. Había que presentar los hechos para evitar sorpresas. Era normal que Sara no pudiera evaluar lo que debía o no debía decir, pero se suponía que Ramén era un profesional en la materia. Tendría que haber hecho más preguntas.

Sara estaba consternada.

—No me lo has preguntado nunca.

—¡Tendrías que habérmelo dicho! —dijo Ramén—. El hecho de quedarte embarazada en la secundaria es un serio revés para tu credibilidad.

—¿Y qué demonios importa?

—No está bien que los abogados de los acusados sepan más de ti que yo —dijo Ramén arrugando la frente.

—Fue hace siete años. Ya no tiene importancia. ¡Joder! Siete años o siete semanas, ¿por qué tengo que hablar de eso ahora? ¡No quiero hablar de ese tema! —dijo Sara, agitando las manos—. ¿Crees que esa bruja escuchimizada

puede haber estado embarazada?

—Estoy dispuesto a apostar dinero a que Helen Slättås no ha estado nunca embarazada. La veo más como una viuda negra que devora a los hombres después del acto sexual. Pero eso no tiene nada que ver con esto.

—Será mejor que nos centremos en los hechos —dijo Alex.

No había más remedio que seguir.

—¿Qué pasó con el bebé? —preguntó Ramén.

—Lo di en adopción.

—¿No abortaste? —dijo él, pasándose la mano por el pelo—. ¿Por qué?

—No —dijo Sara—. Mi madre me obligó. Para que aprendiera la lección.

Alex reaccionó al oír la respuesta. Otro progenitor que imponía sus valores a una persona joven, quizá con las mejores intenciones. La similitud con el caso de Nicole era palpable.

Pero ¿quién se fiaría de Sara en lo sucesivo?

Esa era la cuestión.

Capítulo 66

La noticia llegó por la tarde. Estaba anocheciendo y la cena ya estaba lista. El sol caía en el horizonte aquel día de finales de verano a las afueras de Le Havre, donde la familia tenía su casa de veraneo. Era sábado y Alex se había pasado casi todo el día tomando el sol y durmiendo. No había visto a Nicole desde la noche anterior. Era bastante más madrugadora que él y probablemente ese sábado había salido temprano de casa.

Notaba la cabeza un poco pesada, y cuando estaba saliendo del jardín en dirección a la casa oyó que su madre le gritaba a su padre.

Alex se detuvo. No tenía ganas de oír otra pelea. Idelle King era difícil por naturaleza, y cuando estaba de mal humor era intratable. Alex sabía que en su faceta política no mostraba del todo su temperamento, pero en casa y con los seres queridos no tenía inconveniente en darle rienda suelta.

Se volvió y miró el mar. La zona de la costa se hallaba tranquila, pero pudo advertir que a pocos kilómetros el mar estaba agitado. De haber habido olas más cerca de la costa habría sacado la tabla de *windsurf*, pero en ese momento no era conveniente, por lo que se quedó sentado en una hamaca bebiendo té helado y hojeando un libro distraídamente. Le picaba la piel de la cara por haber pasado tantas horas sentado al sol.

En el interior de la casa reinaba el silencio. Escuchó. Sin duda su madre se había resignado en esa ocasión. Hacía tiempo que Alex había aprendido la táctica de su padre. Asentir, darle la razón y luego hacer lo que quieras.

Justo en el momento en que atravesaba las amplias puertas del porche para entrar en la casa, su madre fue a su encuentro.

—¿Sabes algo de Nicole?

Alex se detuvo.

—No. ¿Por qué? ¿No ha llegado todavía?

—La cena está lista. Sabe que espero que esté en casa para la cena.

Alex se encogió de hombros.

—¿Con quién has hablado?

—Con todos. He hecho varias llamadas, pero nadie la ha visto.

Idelle King daba vueltas por el salón retorciéndose las manos. Los diamantes se balanceaban en sus orejas y Alex se puso a pensar para quién se habría arreglado. Al padre no le molestaba y a ella le habría dado igual aunque le molestara, al menos eso creía Alex.

—Voy a mirar en su habitación —dijo Alex.

Subió al piso de arriba. No entendía por qué su madre removía cielo y tierra porque alguien llegara tarde a la cena. ¿Cuánto tiempo llevaba buscándola? ¿Cómo podía decir que llevaba buscándola tanto tiempo cuando Nicole solo se retrasaba quince minutos?

El cuarto de Nicole estaba como de costumbre, como si hubiera explotado allí una granada. Ropa, CD-ROM, libros, papel, cosméticos, basura, latas de refresco vacías; todo revuelto allá donde se mirara. La cama estaba deshecha y la ventana abierta. Suspiró. Aunque había algunas pistas, él no era la persona adecuada para encontrarlas. Vio unos labios pintados con carmín rojo en el espejo. Sacudió la cabeza. ¿Cómo podía vivir en ese desorden?

Volvió a la planta baja.

—Todo está como siempre —dijo.

El padre dio una calada a su pipa, como de costumbre, y emitió una especie de gruñido. Notó que había perdido mucho pelo el último año. Iba sin afeitar y vio que la barba era gris. Tenía la piel de las manos arrugada de un modo que Alex no había advertido antes. Seguía llevando las gafas con uno de los bordes de los cristales roto. La madre le había regañado muchas veces por no ir a la óptica a comprarse unas nuevas, pero aún no había conseguido que fuera. Alex sospechaba que obraba así deliberadamente, para enfadarla.

—¿Dónde estará, Alain?

—Andará por ahí —respondió el padre, chupando la pipa.

—Sí, ya lo sé. Pero ¿por qué no está aquí?

Sonó el teléfono. Idelle King se apresuró en contestar y por el camino estuvo a punto de pisar a Closeau, el gato mimado de la familia. Closeau dio un salto y le dirigió a Idelle una de esas miradas de «ve con más cuidado» que tan bien se les da a los gatos.

Alex lo levantó en el aire.

—Vamos, ya ha pasado el peligro —dijo rascándole debajo de la barbilla al ofendido gato hasta que cedió.

—¿Diga?

La madre se quedó escuchando unos minutos.

—*Oui* —se despidió y colgó el teléfono.

Al darse la vuelta parecía que hubiera envejecido diez años. Con la boca todavía entreabierta miró a Alex, luego al padre y después a Alex de nuevo.

—¿Quién era? —dijo finalmente Alain King.

—Era Bertrand —dijo la madre.

Alex sintió que algo negro brotaba en su interior. Normalmente creía que la palabra «odio» era muy fuerte, pero realmente odiaba al tío Bertrand.

Alex dejó a Closeau en el suelo y fue hacia la madre.

—¿Qué quería?

La madre lo miró confusa. Era como si toda la energía y el empuje que tenía la hubieran abandonado. Se pasó los dedos por el pelo teñido de color caoba. Alex vio que se había mordido parte del esmalte de las uñas, probablemente por el nerviosismo. Solía hacerlo cuando estaba estresada.

—Lo sabía. ¡Lo presentía desde esta mañana temprano!

—¿Qué ha ocurrido? ¿Se trata de Nicole?

—Lo vi en su cara anoche, pero no reaccioné entonces.

Alex elevó el tono de voz.

—¡¿Qué ha ocurrido?!

—Bertrand…

—Sí, ¿qué ha hecho ahora ese viejo cerdo?

Se volvió hacia su marido.

—Idelle —dijo él en voz baja.

—Ella estuvo allí ayer. Se lo recriminó. Todo acabó en que ella se llevó su coche.

—¿Se llevó el Citroën? ¡Pero si ella no tiene carné de conducir! —dijo Alain.

—¿Qué importa? —rugió Alex, que se estaba volviendo loco al averiguar qué le había sucedido a su hermana—. ¿Cuándo pasó eso? ¿Cuánto tiempo hace?

—Fue sobre las dos —dijo Idelle con voz apagada.

Alex se miró el reloj.

—Hace cuatro horas. ¿Y llama ahora? Lo voy a matar.

Se volvió bruscamente y fue hacia la puerta principal.

—¡Alex! ¡No vayas!

—Intenta impedírmelo —respondió él de espaldas. Después cogió las llaves del coche y se marchó.

Condujo a toda velocidad y en quince minutos llegó al desvío del camino de acceso a la casa del tío Bertrand. Alex sentía hervir la rabia a borbotones en su interior y casi le nublaba la vista mientras salía del coche y cruzaba a grandes pasos el sendero de grava. Subió de cuatro zancadas los amplios y viejos escalones de piedra y abrió de golpe la puerta de entrada. Había estado un millón de veces en esa casa desde que era niño, por lo que la conocía perfectamente.

—¡Bertrand! —gritó.

No hubo respuesta.

Encontró a su viejo tío en la cocina. Estaba de pie, fumando debajo del ventilador de la cocina y tenía un vaso de vino tinto en una mano.

Alex no había visto a Bertrand después de la violación, a principios del verano. En el momento que lo divisó, una sensación de frío le recorrió todo el cuerpo. Fue como estar ante el mismo diablo.

Bertrand era sexagenario. Tenía el pelo completamente gris y la barba descuidada. Podría parecer un millonario, pero había elegido ese aspecto medio bohemio para estar a tono con el ambiente del campo.

—Tú —dijo Bertrand tras un trago de vino—. Me preguntaba quién vendría, tú o Idelle. Debe de ser lógico que lo hayas hecho tú.

—¿Dónde está? —dijo Alex desde la puerta de la cocina.

—¿Nicole? Estuvo aquí. Fue bastante desagradable, por cierto. Le dijo cosas feas a su viejo tío. Luego se marchó en mi coche. El mismo en el que tú aprendiste a conducir. Quiero recuperarlo.

Alex fue hacia él.

—¿Quieres recuperar tu coche? Yo quiero recuperar a mi hermana.

—Si encuentras el coche, la encontrarás a ella.

Alex sentía que las manos se le cerraban y se volvían puños duros. Tuvo que esforzarse al máximo para no poner las manos en el arrugado cuello del viejo y apretarle la garganta.

—Quiero recuperarla tal y como era antes.

Bertrand resopló y dio una larga calada al cigarrillo. Por lo visto ni siquiera merecía una respuesta.

—Tu hermana siempre ha sido una putita. Es raro que ninguno de vosotros lo

viera.

A Alex se le oscureció la vista. Sin saber cómo, en medio segundo Bertrand estaba tumbado en el suelo con el pecho manchado de vino tinto. Alex se puso de rodillas y le asestó otro puñetazo directamente en la cara. Notó que algo se rompía bajo sus nudillos, pero no se inmutó. Quería matar al viejo.

Bertrand gritó e intentó defenderse. Alex le propinó un par de golpes más antes de calmar el odio y la furia que sentía. Se puso en pie lentamente y se miró las manos.

—*Merde*, ¿qué demonios me has hecho, imbécil? —dijo Bertrand llevándose las manos a la cara—. Me has roto la nariz.

Alex respiraba con vehemencia.

Bertrand resoplaba de dolor.

—Te arrepentirás de esto, puedes estar seguro.

Alex retrocedió despacio y se marchó. Empezaba a oscurecer cuando se sentó en el coche.

Nicole. Tenía que encontrarla.

Cuando su hermana acusó a Bertrand de haberle arruinado la vida era probable que este también la increpara —ella podía ponerse hecha una furia de repente—, y que al salir precipitadamente de la casa viera el coche de su agresor. Alex suponía que tuvo que ser algo totalmente imprevisto. Tal vez las llaves estaban puestas.

Pero debía de estar muy triste y enfadada, lo cual no ayuda precisamente a la hora de conducir.

—¿Dónde habrá ido?

En el trayecto de ida a la casa del tío Bertrand no se fijó mucho, pero sabía que había una serie de tramos peligrosos. Al regreso condujo sin rumbo, intentando revisar cualquier rincón.

Después de diez minutos oyó el sonido.

Las sirenas.

Un coche patrulla lo adelantó a gran velocidad. Alex lo siguió. En el viaje hubo de subir colinas y bajar barrancos, y el viejo Renault se quejaba en señal de protesta. No estaba hecho para ese tipo de conducción.

Por un momento perdió de vista el coche patrulla, pero cuando giró en una curva oculta entre los árboles estuvo a punto de chocar contra él. Estaba

atravesado en la carretera con las luces azules encendidas. Frenó en seco, el coche derrapó y se detuvo a solo un centímetro del parachoques trasero del coche policial.

Salió precipitadamente y corrió hacia los dos policías que estaban de pie con la vista puesta en el fondo de la pendiente. Alex miró por encima de la barandilla de protección, siguiendo sus miradas. Uno de ellos indicó:

—Allí abajo.

El Citroën del tío Bertrand estaba volcado en el fondo del precipicio. Resultaba difícil ver los daños que había sufrido, pero uno de los lados parecía oscuro, como si se hubiera quemado.

Alex saltó por encima de la barandilla sin dudarlo un momento y empezó a deslizarse por la pendiente.

—¡No, espera al personal de rescate! —gritó uno de los policías.

—¿Es el coche de Bertrand? —dijo el otro, de repente.

—Puede que sí —dijo el primero—. Es muy probable.

Alex fue deslizándose poco a poco. Su cerebro era como un trozo de hielo. Tenía las ideas claras. Notaba todos los músculos del cuerpo en tensión, pero se sentía extrañamente tranquilo.

¿Cuánto tiempo llevaría ella ahí abajo? ¿Cuatro horas? ¿Estaría gravemente herida? ¿Habría ardido el coche?

Cuando llegó abajo se agachó y se puso a mirar por las ventanillas. El coche estaba vacío. ¿Habría salido despedida? ¿Iría conduciendo sin el cinturón de seguridad puesto? ¿Qué sentido tenía? Resultaba obvio que no estaría pensando precisamente en el cinturón de seguridad cuando se marchó de la casa de Bertrand en su coche.

Dio una vuelta alrededor del vehículo, agarrándose a lo que quedaba del mismo. El coche se tambaleó un poco, pero Alex se asustó tanto que estuvo a punto de caerse.

La noche era cada vez más cerrada. En ese momento vio un cuerpo a unos cinco o seis metros del automóvil. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

Un cuerpo.

Nicole.

Dio unos pasos en la grava, resbaló y cayó de rodillas delante de su hermana. Ella yacía con la cara girada hacia él. Tenía un mechón de pelo en la mejilla y pudo ver que respiraba. Una de sus piernas formaba un ángulo extraño, un ángulo antinatural.

¿Qué podía hacer? Volvió la cabeza y miró hacia la parte superior de la pendiente. Allí estaban los policías, fumando y mirando lo que hacía. No parecía que ninguno de ellos tuviera intención de bajar a ayudarlo.

Alex respiró profundamente varias veces. Tenía que saberlo.

Se inclinó sobre ella.

—¿Nicole?

No recibió respuesta. ¿Respiraba? Debía averiguarlo. Retiró suavemente el pelo que le caía sobre la cara. Estaba enredado y al tocarle la piel notó algo raro. No podía entenderlo. A cuatro patas rodeó su cuerpo.

Uno de los policías gritó algo desde arriba de la carretera, pero Alex no se inmutó.

Llegó al lado correcto. Miró el rostro de Nicole y se le escapó un grito.

Capítulo 67

—¿Algún contacto con el bebé en la actualidad? —dijo Ramén.

Sara negó moviendo la cabeza.

Ramén se reclinó en la silla. El reducido despacho parecía menor aún de lo que era. Tenía la sensación de que no hacía un buen trabajo, que debía haber dejado que otra persona se encargara del caso. Podía renunciar a todo, pero ahora estaba sentado con una demandante en la que no confiaba.

¿Por qué no asumía ella más responsabilidad? Además, se había buscado a una persona del Servicio de Asistencia a Víctimas que la apoyaba sin dudar en todo lo que hacía y decía.

Johanna no podía seguir guardando silencio. Se volvió y le dijo a Ramén con voz firme:

—En el capítulo cuarenta y seis de la Ley de Enjuiciamiento Criminal hay un párrafo que regula lo que es relevante en una negociación. Está diseñado especialmente para evitar situaciones similares. ¿Por qué no haces referencia al párrafo cuatro?

Ramén creía que no era posible, pero su humor sí podía empeorar. La pregunta era una inmensa provocación para él. No reconocería nunca que fue una estupidez meter a Sara en eso. Si no hubiera exigido que todo saliera a la luz podría haber pedido a Wiklund que interrumpiera el chismorreo de Slättås. Ahora iba a ser tremendamente difícil.

—No corresponde en este caso. Trata de cosas que no están relacionadas con el delito.

No miró a Alex. Maldito consultor, pensó.

—¿No corresponde? —dijo Johanna—. El embarazo de Sara hace siete años no está relacionado con el delito. Precisamente de eso habla el párrafo cuatro.

—¡Basta de lecciones, por favor! Sé lo que es el párrafo cuatro —interrumpió Ramén en voz alta—. El párrafo cuatro habla de no incluir nada innecesario en el juicio. Pero en dichos casos es el tribunal el que lo impide, no la fiscalía. Además, eso no es irrelevante.

Johanna se puso en jarras.

—¿No es irrelevante? Ocurrió hace siete años. Sara tenía quince. Apenas tiene importancia en este juicio —dijo mirándolo fijamente.

—Los antecedentes de la víctima salen siempre en este tipo de juicios —dijo Ramén, que de pronto sintió una gran necesidad de culparse a sí mismo—. Solo deseo que la persona correspondiente haya informado a su representada acerca de los hechos que podían volverse en su contra. Entonces tal vez yo podría haber hecho hoy mi trabajo en buenas condiciones.

Johanna lo miró con gesto hostil.

—¿A todas las víctimas de delito les exiges lo mismo? ¿Tengo que decir en el juicio que me robaron el coche hace siete años en caso de que me roben el bolso en el cine? Si un borracho me pega en un bar, ¿tengo que hablar de una bofetada que me dieron siete años antes? ¿Qué tiene que ver? Te agradecería que nos lo explicaras a los neófitos para que lo entendamos. El párrafo cuatro dice claramente…

—¡Cállate! —rugió Ramén.

Johanna y Sara lo miraron sorprendidas y con cierta desconfianza. Alex apretó las mandíbulas todo lo fuerte que pudo. Las leyes no eran su área específica, pero eso había ido demasiado lejos.

Miró a Ramén con gesto de asombro.

—¿Johan?

—Lo que intento explicar es que la víctima de violación siempre se expone a ese tipo de preguntas —dijo Ramén en un tono de voz más calmado—. Me refiero a las señales que ella envió a los hombres que llevaron a cabo la violación. No se trata del párrafo cuatro, sino de lo que se hace en la práctica, y eso no viene detallado en la Ley de Enjuiciamiento Criminal.

—¿Por qué tiene que haber diferencias entre la violación y cualquier otro tipo de delito?

Ramén levantó las manos en un gesto de impaciencia.

—¡Porque estamos hablando de sexo! A veces la gente lo acepta, otras no. Nadie va por ahí pidiendo que le den una paliza o que le roben de vez en cuando.

La cara de Johanna estaba completamente roja.

—¡Hay una enorme diferencia entre sexo y violación!

Ramén miró a las dos mujeres y dijo en tono resignado:

—Yo no puedo influir en eso. Solo el juez puede evitarlo.

Johanna pasó un brazo alrededor de Sara, que estaba mirando al suelo.

—Tú no puedes hacer nada. Solo el juez puede evitarlo —repitió mirando fijamente a Ramén.

—Exactamente.

Ramén se frotó los ojos. Wiklund le había dicho que hiciera más averiguaciones sobre el pasado de la chica, pero él le había asegurado que ya se lo había dicho todo. Había salido a la luz un gran error. Detestaba que Wiklund tuviera razón, era algo que odiaba.

—¿Cómo vamos a seguir? —dijo Alex—. No podemos continuar así.

—Tienes razón —dijo Johanna.

Se levantó bruscamente, cogió su bolso de un tirón y fue hacia la puerta.

—¡Johanna! —gritó Sara.

Podían percibirse distintos sentimientos en su voz, pero el más fuerte era la angustia.

Johanna abrió la puerta. Se volvió hacia Sara y dijo:

—Lo siento.

Luego se marchó.

Alex miró a Ramén, que apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Sara, tenemos que regresar ya —dijo Ramén después de suspirar un par de veces.

—No sin Johanna —dijo ella mientras se deslizaba una lágrima por una de sus mejillas—. El jefe ha vuelto a reñirla. No le gusta que venga aquí en horario de trabajo. Está estresada. Yo no puedo hacer esto sola.

Tenía los puños apretados.

Alex sintió un nudo en la garganta. Respiró con dificultad. No podía dejar a Sara en la estacada, era sencillamente impensable. Si la dejaba y tenía que luchar sola no podría volver a mirarse en el espejo.

—Sara —dijo—, si me lo permites, puedo ser tu persona de apoyo a partir de este momento.

La miró a los ojos y además de lágrimas solo percibió tristeza por haber sido abandonada. Le partía el corazón verla así.

Ella los miró a los dos sucesivamente.

—¿Tú?

Él asintió con la cabeza. Esperó.

Transcurrió medio minuto.

—¿Qué otra opción tengo? —dijo.

—No tardes en contestar —dijo él, procurando sonar neutral—. Slättås gana terreno cada vez que dudas. Lo que intenta hacer es presentarte como una estúpida que no entiende nada, y no podemos dejarla. Di la verdad directamente. A partir de hoy tendremos que hablar más de cómo hacerlo. Pero procura decir las cosas tal como son. Puedes ser concisa, pero no tardes en contestar.

—Vi la reacción de él cuando dije la verdad acerca de lo que solía beber los fines de semana —dijo Sara mirando a Ramén.

Alex puso una mano encima de la suya y la acarició ligeramente. Nada de lo que dijera la calmaría. Tenía que estar ahí, librar la batalla a su lado.

Llamaron a la puerta.

Había llegado la hora.

Alex iba en último lugar cuando atravesaron el sombrío pasillo. Le dolía la nuca. No había ido bien. Helen Slättås estaba de pie hablando por el móvil a pocos metros de la puerta de la sala. En el momento que pasó él, finalizó la llamada. Se detuvo delante de ella.

Slättås lo miró extrañada, no dijo nada.

—Pronto cambiará la suerte —dijo él.

—¿Disculpe?

—Con el nuevo testigo, toda la defensa se va a desmoronar.

—¿Qué nuevo testigo?

—Ya lo verás —dijo Alex, que entró en la sala y tomó asiento.

—¿A qué viene eso? —dijo Ramén por encima de la cabeza de Sara.

—Necesitamos algunos puntos a favor, por si no te habías dado cuenta.

—No podemos seguir así.

—Tal vez no puedas tú.

Slättås siguió mirando a Alex inquisitivamente mientras ocupaba su asiento. Parecía que estuviera preguntándose quién es y por qué se sienta de repente al lado de la demandante.

Capítulo 68

Se sentaron en los mismos sitios, con la diferencia de que Alex ocupó la silla que estaba al lado de Sara en lugar de Johanna. Oyó el murmullo de la audiencia preguntándose quién era. Y no solo ellos se lo preguntaban.

—Un momento —dijo el juez—, ¿usted quién es?

Alex levantó la vista y dijo con voz clara:

—Mi nombre es Alexandre King, la nueva persona de apoyo de Sara.

—¿Es abogado?

—No, su señoría.

Alex no sabía si tenía que ser tan formal, pero no creía que le hiciera daño. Se inclinó un poco hacia adelante.

—Igual que no lo era la persona anterior —añadió.

Wiklund murmuró algo. No había cuestionado a Johanna, así que no podía cuestionarlo a él. Observó a Alex. Era un *rara avis* en la sala. Además era audaz. No había bajado la vista ni un momento.

—Este tipo de cambios deben notificarse con antelación. Me parece que no se ha hecho debidamente.

—Vamos a seguir las normas que correspondan, por supuesto —dijo Alex—. Pero es el mejor modo de mantener el ritmo en el juicio, teniendo en cuenta lo apretado de la agenda. Así sufriremos las menores molestias posibles.

Wiklund consideró el argumento durante unos segundos, le pareció aceptable e inclinó la cabeza.

—Lo apruebo.

Enseguida se reanudó el interrogatorio. Helen Slättås se había puesto las pilas

durante la pausa. Como era una profesional, no tardó en recuperarse de los comentarios de Alex. Pero él pudo percibir una arruga que le había aparecido entre las cejas.

Ahora le urgía saber quién era el padre de ese hijo desconocido de Sara que nació cuando estaba en noveno grado.

—No tengo ningún motivo para pregonar quién es el padre.

—¿Entonces no piensas decirlo?

—Exacto.

—¿Es posible que exista otra razón para que no quieras decir quién es?

Slättås no insistió más. No era necesario. Alex pudo ver la reacción de los miembros del jurado.

—¿Así que no terminaste la secundaria? —dijo Slättås.

—Tuve que estudiar todo el verano —dijo Sara.

—¿Y cómo te fue?

—Me aprobaron.

Revisaron sus estudios. Alex advirtió que Ramén quería interrumpir y cuestionar la relevancia de las preguntas, pero resultó imposible. Además, eso era totalmente inofensivo.

Slättås quería hablar del bachillerato. Sara no pudo solicitar ninguna de las ramas que prefería. La abogada dejó constancia de toda la formación a la que Sara fue incapaz de acceder. Al finalizar, Sara apareció como una joven que posiblemente tenía ambiciones, pero que carecía por completo de capacidad para desarrollarlas.

—Al final estudié dos años de distribución y administración.

—¿Qué calificaciones pedían para entrar?

—No lo sé. Inferiores a las mías.

—¿Poco más de dos de nota media?

Parecía que Sara se iba a hundir en la silla. Alex le hizo un gesto alentador.

—¿Entonces con qué notas terminaste los estudios? —dijo la abogada mientras sacaba otro papel del montón que tenía delante. Lo leyó y dejó que todos los que estaban en la sala vieran que estaba leyéndolo. Era evidente que había algo raro.

—No obtuve ninguna nota final porque terminé justo antes del examen. ¿Es necesario esto?

El juez Wiklund se aclaró la voz.

—Sí, ¿realmente es necesario?

Hasta él parecía estar cansado a pesar de su interés por los detalles.

—Por supuesto que es necesario, señoría. Parece que estamos empezando a conocernos. Enseguida vuelvo al tema.

La actuación de Slättås era brillante. En realidad detestaba atormentar a Sara más de lo necesario, pero ella había denunciado a los acusados y tenía que aceptar el control. Podía abandonar la sala en cualquier momento y todo acabaría. Mientras tanto estaba en las garras de los abogados.

—Esto es ridículo —dijo Sara—. Había una chica en mi clase que terminó cuando yo. También lo dejó antes de tiempo. Consiguió trabajo en un banco. Actualmente es jefa de personal en una empresa de informática. Con ella no llegarías muy lejos. Está casada y tiene dos hijos. Su marido se dedica a la artesanía y fundó su propia empresa. Tienen sus coches, viajan y son dueños de muchas cosas. Ella es genial. No entiendo que eso tenga nada que ver.

—Me alegro por ella —dijo Slättås recostándose en la silla y mirando a Sara fijamente—. Pero no es esa la que está sentada hoy aquí. Tendremos que dejar su suerte para otro momento.

Alex estaba haciendo un esfuerzo mental. ¿Qué buscaba la abogada? Los limitados conocimientos que tenía él de leyes eran como un lastre que le colgaba del cuello. La abogada se traía algo entre manos, pero no podía saber qué era. No dudaba ni por un momento que cada pregunta se formulaba con un propósito determinado. Y no había nada que él pudiera hacer, aparte de mostrarle a Sara que no se encontraba sola, que estaba con ella. Después tendría que recoger los restos. En ese momento solo podía mirar.

El minucioso examen continuó. Revisaron los primeros trabajos de Sara. Había sido conserje en una escuela, había cuidado niños y trabajado como monitora en centros juveniles.

—¿Por qué crees que no te ofreció nadie un trabajo permanente, Sara?

—No lo sé.

—Pero tendrás alguna idea, ¿no? ¿Supongo que lo habrás pensado?

—Bueno, no tengo formación ni experiencia.

—Pero nada de eso se trasluce externamente —dijo Slättås dejando caer la trampa otra vez.

—Algunas personas te juzgan directamente. Creen que lo saben todo sobre ti —dijo Sara.

—¿Qué quieres decir? —dijo la abogada.

—Te miran y creen que te conocen, que saben quién eres.

—¿Creen que te conocen? ¿Qué opinas de esas personas?

A Ramén se le ocurrió justo lo que Alex no podía averiguar. De pronto se dio cuenta de hacia dónde se encaminaba Slättås. Repentinamente sintió el impulso de ponerse de pie y gritar «¡Protesto!».

Sara estaba aburrida, pero no podía ver nada peligroso en las preguntas.

—No es culpa de ellos. Supongo que yo hago lo mismo. Nos formamos una opinión que luego es difícil de cambiar. Y tal vez deberían darte trabajo y todo eso. No lo hacen con mala intención.

—¿No lo hacen con mala intención? —repitió Slättås.

—En realidad, dan lástima. Por no ser capaces de entender las cosas mejor, quiero decir.

—¿Así que te dan lástima las personas que juzgan a otras antes de tiempo, sin averiguar cómo son en realidad? ¿Te inspiran lástima los que no tienen la capacidad de profundizar en la personalidad de otros?

—Es lo que he dicho.

—Pero ¿no tienen ellos mismos una responsabilidad? —dijo Slättås.

—Ellos no pueden evitar ser quienes son. Simplemente se han vuelto así con el paso del tiempo, supongo. ¿Cómo voy a saberlo? —dijo con cierto tono de impaciencia.

Con parsimonia, Slättås levantó la vista hacia Ramén. Tenía una leve sonrisa en los labios. Si él hubiera podido arrojarle algo, lo habría hecho.

—Sara —dijo Slättås—, ¿dirías que estos hombres te juzgaron de antemano cuando los conociste? —preguntó haciendo un gesto hacia los acusados.

Sara abrió la boca y por un momento parecía que no iba a responder. Luego dijo:

—Sin duda. Ellos se imaginaron por alguna razón que yo me quería ir con los cuatro.

Al girar la cabeza y mirar a Ramén se dio cuenta por primera vez de que algo no iba bien. Vio moverse algunas cabezas entre los asistentes, y cuando miró a los cuatro acusados, comprendió.

—¿Así que ellos, al parecer, te percibieron de un modo determinado? —dijo Slättås—. Me pregunto a qué se debió.

Sara se quejó en su interior. ¿Cómo había podido caer en una trampa tan simple? Había admitido que le daban lástima los acusados por juzgar a las

personas con demasiada rapidez. Había eximido a los violadores de una enorme responsabilidad. No por lo que le hicieron, sino por lo que vieron en ella. Se percató de que eso no iba a ayudarla en absoluto.

Alex se perdió por un momento en sus propios pensamientos. Le había impresionado involuntariamente la astucia de la abogada. Sin duda acababa de rodear a una testigo inexperta de un modo elegante. Slättås era una oponente bastante más peligrosa de lo que podía imaginarse en un principio. Suponía que hacía falta algo más que beligerancia para sacarla de quicio.

Las piezas del puzle empezaban a encajar en su lugar. Obviamente esa era la razón de que Ramén estuviera tan estresado. Sabía que Slättås era más inteligente que él y era plenamente consciente de que lo iba a manipular. Ella quería que Jisander quedara absuelto, eso estaba claro, pero era evidente que él había estado detrás de la violación. Solo un abogado ciego y sordo podía ignorar los hechos. Entonces, ¿cuál era el plan?

Alex decidió estudiar las reacciones de los vocales. ¿Empezarían a evaluar a Sara de otro modo?

Slättås continuó. Había intervenido antes y sabía que corría el riesgo de que el juez la interrumpiese si hurgaba demasiado en las cosas que ya habían revisado otros abogados. Wiklund no toleraba repeticiones. Todos lo sabían. Pero ella formulaba las preguntas de manera que Sara casi no se repitiera.

La víctima se concentró y facilitó más detalles, y recordó que esta vez tenía que contar los hechos exactamente del mismo modo.

—¡Fóllatela! —gritó Jisander—. Hansson estaba encima de ella y se movía de un modo salvaje. Sus nalgas pálidas subían y bajaban. Sara apartó el rostro para evitar recibir su aliento.

Vio que Huseín estaba de pie en la puerta, mirando.

—Vamos, otra vez, maldita sea. ¡Hay que aprovecharlo! —gritó Jisander—. ¡Hay suficiente para todos!

Huseín parecía dudar. Cuando Hansson terminó —con un gemido que podía despertar a los muertos—, Jisander empujó a Huseín, pero él retrocedió y se

marchó de la sala de estar. Sara intentó levantarse rápidamente.

Mahmud apareció en el hueco de la puerta.

—Ten cuidado, tía, aquí llega un misil de la peor especie —gritó Jisander.

Mahmud se arrojó sobre ella.

—¿No te parece suficiente? —oyó decir a Alí, que estaba detrás de Jisander —. Ya ha recibido bastante.

—Bah, nunca será suficiente para ella. ¿No oyes cómo gime de placer? —dijo Jisander sonriendo.

—De dolor, Charles. Le habéis hecho daño.

Jisander se quedó mirando a Huseín.

—No digas gilipolleces. Has tenido tu oportunidad. ¿Quieres renegar de los demás solo porque no eres lo suficientemente hombre?

—Esto está mal, ¿no lo entiendes? Está mal. Ella no quiere. ¡Le produce dolor!

Jisander se acercó a Sara y se sentó al lado de su cara. Le acarició la mejilla. Ella se apartó de él instintivamente. Si se acercaba demasiado iba a vomitar.

—¿Verdad que te gusta? —dijo sonriendo.

Mahmud la sujetó por el cuello con una de sus gruesas manos. Jisander se rio y luego miró a Mahmud, que mostraba los dientes mientras gemía encima de Sara.

Antaño

El bloque de viviendas era igual que cualquier otro edificio de cualquier ciudad. La triste fachada de color marrón sucio y el césped seco. La escalera estaba sucia y mal cuidada. Al llamar a la puerta del apartamento de ese cerdo debería hacer un esfuerzo para no darle un puñetazo al primero que abriera. Se quedó mirando el letrero de la puerta mientras escuchaba unos pasos al otro lado.

Abrió un individuo mayor que él. Tom se quedó boquiabierto. ¡Tenía por lo menos veinticinco años!

El muy cabrón llevaba un estúpido flequillo tapándole parte de la cara. Uno de esos peinados que se hacían para parecer descuidados, pero que llevaba mucho tiempo mantener así.

Ya que cuidas tanto el peinado, imagínate todo el dinero que vas a ahorrarte los próximos seis meses en gomina, pensó Tom.

—¿Cómo te llamas? —dijo Tom sin esperar ni un segundo.

—¿Qué pasa? —protestó aquel tipo con un acento raro a la vez que se cruzaba de brazos.

Tom era el doble de ancho que ese imbécil, y eso incrementó aún más su confianza. Estaba listo para la acción y tuvo que obligarse a mantener la calma.

—No me gusta repetir las cosas. ¿Cómo te llamas?

—¿Qué coño quieres? ¡No vas a entrar aquí!

Tom puso una mano en el pecho del chico y lo empujó. Al instante estaba dentro del apartamento. Después dio una patada a la puerta, que se cerró produciendo un ruido metálico.

El vestíbulo era grande y espacioso y las baldosas del suelo formaban un dibujo a cuadros. En una de las paredes había un gran espejo.

—Quiero estar seguro de pegarle a la persona adecuada —dijo Tom

cogiéndolo por el brazo y llevándolo a la cocina. Había platos sucios en la encimera y Tom juraría que había una mosca deleitándose con la cena de la noche anterior.

¿Habría estado Sara allí? ¿Habría hecho ese cerdo que le sirviera? ¿Habría accedido ella a limpiarle la casa a ese cabrón? Tom no creía que hubiera pasado nada de eso, pero la idea lo puso todavía más furioso. Era casi peor que saber que ese cerdo la había obligado a que se abriera de piernas.

Lo sentó de un golpe en una de las sillas de la cocina.

—¡Yo no he hecho nada! Espera un momento, mi hermano…

Tom le atizó. El primer golpe le dio en medio de la barbilla. Chico y silla se despegaron del suelo y chocaron de espaldas contra la pared. Luego cayó al suelo emitiendo un fuerte gemido. Se quedó ahí tumbado, sosteniéndose la barbilla.

Después de un momento miró hacia arriba, como intentando averiguar si el huésped no invitado seguía allí.

Tom se puso encima de él.

—¡Vete al diablo! —gritó el muchacho—. Mi hermano…

—Me cago en tu hermano. Pero hablemos de hermanos. Yo también soy hermano de alguien. Soy el hermano de Sara, y te puedo asegurar que deberías estar muerto de miedo.

El otro se arrastró por el suelo e intentó levantarse. No le fue nada bien. Tropezó con sus propios pies y se golpeó la cabeza contra la pared.

Tom se agachó y lo cogió por el cuello. Lo sacudió y lo miró a los ojos.

—Te ha dicho que te mantengas lejos de ella y eso es lo que vas a hacer. ¿Entendido?

—¿Qué demonios? Estamos juntos. ¡No puede irse!

Tom pensó en lo que Sara le había dicho: «Todos tenemos algo que no queremos perder». Apuntó con cuidado. El segundo golpe le dio en un lado de la nariz y Tom notó que el hueso nasal se movía y se rompía bajos sus nudillos. Después vio que le corría la sangre por la camisa.

Lo agarró con fuerza y se lo acercó a la cara.

—No estáis juntos, ¿entendido? La dejaste preñada porque eres un gilipollas.

—Ella también quería, nunca le impidió a ninguno…

Todo se oscureció a su alrededor. Al tercer golpe, el tipo estaba a punto de perder el conocimiento. Tom le atizó en el rostro a viva fuerza, cuidando de no dañarlo de por vida, pero haciendo que ese hijo de puta no lo olvidara.

Cuando Tom acabó, el otro permanecía en el suelo y parecía tener dificultades para respirar. No era un espectáculo agradable.

—No estáis juntos. Nunca más lo estaréis. Métetelo en la cabeza y me iré.

El muchacho asintió lentamente, llevándose las manos a la cara destrozada. Estaba hundido.

Tom fue a buscar la chaqueta que había dejado encima de una silla. Sacó unas tijeras y sujetó el flequillo del muchacho.

—A modo de recuerdo —dijo, y empezó a cortar.

Capítulo 69

El juicio prosiguió tras una breve pausa.

—¿Qué ropa llevaba ese día, Sara? —preguntó Slättås sin hacer el más mínimo gesto después de que la víctima dijera que Mahmud estuvo a punto de estrangularla mientras la sodomizaba a la fuerza. Las marcas de dedos que le vieron al hacerle el reconocimiento médico probablemente eran suyas.

Ramén recordó de pronto que Mari Näslund había hablado de la ropa de Sara. Habría protestado, pero sabía que ahora no podía hacer nada. Podía hurgarse libremente en todo aquello que aflorase en el juicio.

—¿Qué importancia tiene? —dijo Sara, decidida a no dejarse engañar de nuevo.

—Limítese a responder a la pregunta.

La joven miró a Alex y tomó aliento. Él evitó cualquier gesto, solo acompañó sus palabras en voz baja con una leve inclinación de cabeza:

—Cuenta las cosas tal como fueron. Ella conoce la respuesta.

Sara se volvió otra vez hacia Slättås.

—Camiseta. Falda. Botas.

—¿Falda corta?

—No sé bien cómo es de corta una falda corta.

—¿Hasta dónde le llegaba?

Sara miró a la abogada, que vestía de modo elegante. Levantó un poco la barbilla.

—No tengo que contestar a eso.

—¿Qué tiene que esconder? —dijo Slättås.

Sara contuvo el aliento. Levantó la barbilla y dijo:

—Según el párrafo cuatro, no corresponde. Así que ya puede ir olvidándose.

Luego se cruzó de brazos y miró a Slättås a los ojos. Vio con cierta satisfacción que la abogada perdía la compostura por un momento.

—¿Disculpe?

—El párrafo cuatro de la Ley de Enjuiciamiento Criminal —dijo Sara rescatando lo poco que había entendido de la conversación entre Johanna y Ramén.

Después se quedó mirando a Slättås con una vaga y momentánea sensación de poder.

Cambia las normas, crea tus propias reglas de juego, le había recomendado Alex. Tal vez pudiera frenar de verdad todo eso aquí y ahora.

Los que estaban en el lado de la defensa empezaron a mostrar cierta turbación. Algunos se agitaban, a uno le entró una prisa fulminante por buscar algo en su portafolio, a otro le pareció necesario controlar que el móvil estaba realmente apagado. Ninguno de ellos quería tener nada que ver con el condenado párrafo cuatro. Sin duda llevaba un buen rato revoloteando por allí, pero si el tribunal empezaba a ponerlo en práctica sin más tendrían evidentes problemas: ¿cómo iban a poder difamar a los demandantes si tenían que cumplir el párrafo cuatro?

—Decir qué párrafos hay que aplicar no es asunto suyo —protestó Slättås girando la cabeza hacia Wiklund.

El rostro de Wiklund mostraba preocupación. Probablemente nunca se había topado con una demandante que hiciera referencia a ciertos párrafos, ni al número cuatro ni a ningún otro.

Ramén miró a Sara y luego a Alex, que hizo un gesto levantando una mano. No tenía idea de lo que iba a ocurrir a partir de ese momento.

Wiklund, con el ceño fruncido, dio unos golpes en la mesa con el bolígrafo.

—Esa cuestión déjenosla a los juristas.

Sara se volvió hacia Alex, que parecía tan sorprendido como todos los demás. Era evidente que pisaba un terreno de juego desconocido. Buscó desesperado algo que susurrarle, pero no se le ocurrió nada.

Ella se volvió hacia el otro lado y buscó la complicidad de Ramén. Este miraba al frente y no parecía tener intención de apoyarla. Estaría buscando su propio espacio de poder. ¿Qué se había creído Sara? ¿Que las estatuas de piedra que estaban allí iban a ponerse en pie y la iban a aplaudir?

Sara esperó unos segundos e intentó aclararse un poco las ideas. Si no se resistía, se hundiría. Intentó recordar todo lo que había hablado con Alex, pero

tenía la mente en blanco.

—Mantén la calma —dijo Alex—. Cuenta hasta diez.

Sara hizo lo que le decía. Algún minuto más lo dedicó simplemente a respirar.

En cambio, Slättås no había olvidado que jugaba en su propio campo. Después de un instante dijo con evidente determinación:

—¿A qué altura del muslo llegaba la falda?

Sara respiró profundamente.

—Siguiendo la moda, la falda era bastante corta; yo diría que llegaba a la mitad del muslo. Igual que las faldas de las otras doscientas chicas que había en el bar esa noche. Sin que fueran violadas.

Slättås tomó nota, igual que los otros cuatro abogados. La falda le llegaba a la mitad del muslo.

—Hoy no vamos a discutir si a las otras que estaban en el bar les ocurrió algo o no. ¿Podría describir la camiseta que llevaba?

Sara miró a Ramén y arqueó las cejas. ¿Reaccionaría esta vez? Él hizo un gesto con la mano. Limítate a responder.

—Era blanca.

—¿Se te marcaban los pechos a través de la tela?

—¿Perdone?

—¿Era transparente?

—Creía que esto iba de que me violaron, no de cómo era mi camiseta. ¿Le va a preguntar a esos qué ropa llevaban? —dijo señalando a los acusados.

—En este momento me dirijo a usted, Sara. ¿Su camiseta era transparente?

—No, no lo era.

—¿Está totalmente segura? ¿Puede jurar que no se le veían los pechos a través de la tela?

Sara se inclinó un poco hacia adelante. Alex le puso una mano en el brazo con cuidado.

—Llevaba sujetador. Ellos me lo arrancaron. Lo dice el informe policial.

—¿Suele ir por ahí sin sujetador? —dijo Slättås—. Se le transparentarán los pechos bajo la camiseta, ¿no?

—No iba sin sujetador —dijo Sara con serenidad—. Llevaba sujetador, acabo de decirlo. Además he dicho también que la camiseta no era transparente.

—Pero ¿sueles ir sin sujetador por ahí?

—¿Es usted tonta? —dijo Sara mirando a Slättås.

Helen Slättås dio unos golpes en la mesa con expresión distraída, como si estuviera pensando si pedir o no al juez que reprendiera de nuevo a la demandante. Decidió no hacerlo.

—¿Había algo impreso en la camiseta?

—Eso… no lo recuerdo —dijo Sara llevándose una mano a la nuca.

Alex reaccionó de inmediato. De repente estaba mintiendo. En su cámara interna apareció una larga serie de posibilidades inadecuadas: textos, fotos, cualquier cosa que pudiera interpretarse mal.

Él se volvió hacia Ramén. Sin poderlo evitar, arrugó la frente esperando que Sara lo entendiera.

—¿Está segura de que no lo recuerda? —dijo Slättås.

—Tal vez, no lo sé.

—Estaba muy segura de lo demás. ¿Por qué no recuerda esto?

—Era blanca —dijo Sara—. Estoy completamente segura. Blanca.

La abogada sacó una bolsa de la cual extrajo una camiseta blanca. La fue desdoblando lentamente para despertar la curiosidad de todos los que estaban en la sala. La alisó con cuidado para que la tela no tuviera la más mínima arruga o pliegue. Cuando por fin estuvo satisfecha y segura de que todos la habían visto bien, dijo:

—¿Es esta su camiseta, Sara?

Ramén apretó los puños con toda su fuerza.

En la parte central de la camiseta podía leerse en letras rojas: estrella porno.

—Tal vez quieras ponértela para que el tribunal vea cómo te queda —dijo Slättås sonriendo de un modo afable, como si le propusiera tomar una taza de café antes de seguir.

Sara no podía dar crédito a lo que oía.

—¿Me está diciendo que me la ponga?

—¿Hay algún inconveniente? —dijo Slättås.

—¡Que te den por culo!

Wiklund carraspeó.

—Le ruego que cuide su lenguaje aquí —dijo en tono cortante.

Alex frunció el ceño. Si ese era el resultado de que Ramén desafiara abiertamente al juez Wiklund el primer día, el sistema estaba peor de lo que él había imaginado. Slättås podría seguir adelante como le diera la gana. Lo único positivo por el momento era que Sara, al parecer, estaba muy enfadada por todo lo que ocurría, lo que era más sensato que llorar sin cesar. Sin embargo, Alex

sospechaba que lo que veía era solo una frágil agresividad. Y Slättås era la primera de los abogados.

—¿De dónde ha sacado eso? —dijo Sara entre dientes.

Y era algo que incluso Ramén se preguntaba. La camiseta tendría que ser una prueba, pero él no había visto que esta figurara en el material en el momento de la investigación. Slättås debió de encontrarla en la casa de Sonny Hansson. ¿Habría perdido la camiseta la policía cuando estaban haciendo la investigación? La tuvo esconder alguno de los violadores.

—Entonces es su camiseta, ¿no? —dijo Slättås.

—¡Maldita bruja! —exclamó Sara.

Al parecer no tenía intención de seguir el consejo de mantener la calma que le había dado el consultor. Estaba tan furiosa que no pensaba lo que decía.

—Es suficiente. ¿Puedo pedir al fiscal que llame al orden a la demandante? —rugió Wiklund desde el estrado.

Ramén levantó una mano y apoyó la otra en el brazo de Sara.

—Cerdo.

Capítulo 70

Mari buscó a Sara cuando ya llevaba dos años viviendo en la ciudad. Se citaron en un café y procuraron evitar temas que pudieran reavivar antiguas discusiones. Se vieron una vez más. Mari fue al apartamento que Sara subarrendaba. Fue agradable.

Después Mari se alejó por un tiempo y estuvo varios meses sin llamarla. Un día le propuso que salieran juntas a divertirse. Había encontrado ese bar tan acogedor que Sara aún no conocía a pesar de que vivía en el centro.

Mari llevó vino, probablemente un gesto para marcar la segunda fase de la amistad que había entre ambas. Era la primera vez que salían juntas desde que las dos se trasladaron a Estocolmo.

Enseguida surgió la cuestión de qué ropa iban a ponerse y, ya que entonces tenían la misma talla de todo excepto de sujetador, solo había que explorar el armario de Sara. Se probaron ropa durante dos horas largas. Sobre las seis, Mari encontró la camiseta en el fondo de un cajón.

—¿Qué es esto? —dijo poniéndosela de tal modo que el texto «Estrella porno» se le ajustaba a la altura del busto.

—Quítate eso —le pidió Sara.

—¿De dónde sale?

Sara bebió un poco de vino y se echó el cabello hacia atrás. Vio que Mari se estaba poniendo la camiseta de letras rojas.

—¡Bah! De un idiota con el que estuve hace medio año. El que trabajaba en Bromma, ya sabes. Un día llegó con eso, supongo que le resultaba excitante. Una estupidez —dijo.

Recordó que había desaparecido después de un romance breve pero intenso.

—*Baby, baby* —dijo Mari haciendo movimientos obscenos con las manos

sobre los pechos.

Mencionó algunos títulos de películas porno e hizo una graciosa imitación de una estrella porno que explicaba por qué se dedicaba a esa profesión.

Sara no paraba de reír y de beber vino. Mari siguió con la camiseta un poco más y, cuando Sara decidió al fin qué se iba a poner, dijo:

—En realidad tendrías que llevarla tú. Yo no la lleno. Pruébatela para que la vea.

—¿Estás loca? No pienso hacerlo.

Más vino.

—Vamos.

Después de bromear un rato, Sara se probó la camiseta. Tal vez fuera el vino, tal vez su habitual incapacidad de negarse a un desafío. Le daba un aspecto de chica fácil, pero Mari seguía fastidiando.

Ella le hizo unas fotos con el móvil en las que a Sara se la veía contenta. A fin de cuentas solo era para pasar el rato, nadie iba a ver las fotos, ¿verdad? Después de todo, la camiseta era graciosa.

Recordar la escena en ese momento le produjo náuseas. Bien pensado, la minifalda no combinaba del todo mal con la camiseta. Las botas altas completaron el conjunto. Se preguntó si se habría puesto esa ropa si hubiera estado sobria.

¿Tal vez fue la interpretación obvia que hicieron esos cuatro cerdos? Parece una cualquiera, así que no hay más que hablar.

¿Tendría que habérselo dicho a Ramén? Recordó la cara que puso cuando le reveló su embarazo de adolescente. Para él resultaba fácil juzgarla ya que era mayor, debía de rondar por lo menos los treinta años. Habría formado una familia, probablemente compartiría su vida con una esposa cariñosa y dos o, tal vez, tres hijos bien educados. Quizá tuviera un Volvo reluciente y cortara el césped todos los domingos.

¿Cómo lo iba a entender?

Le asaltaron las dudas por primera vez durante todo el proceso. Sara estaba más sola de lo que quería reconocer. Se puso a buscar aliados mentalmente. Miró a Alex. Él quería ayudarla de verdad. Pero esto iba más allá de su competencia. El sistema iba a engullirla, a triturarla hasta convertirla en papilla y luego la escupiría.

Capítulo 71

—No podemos tolerar en el juicio ese tipo de arrebatos —dijo Wiklund pasando la mano por el libro de Derecho que tenía delante.

—Pido disculpas —dijo Ramén en el tono más calmado que pudo—. Me encargaré de que no vuelva a ocurrir.

Sara lo miró como si le hubiera clavado un cuchillo.

—¿Por qué no te largas al otro extremo de la sala? —dijo ella en voz baja. Alex le volvió a poner una mano en el brazo.

Slättås permanecía sentada observando la escena.

—¿Puedo preguntar a la abogada si la petición era sincera? Me refiero a que la demandante se probara esa camiseta —dijo Wiklund aparentemente irritado.

Slättås negó con la cabeza. Había conseguido un punto a su favor. Sara se había proclamado estrella porno y eso era más que suficiente. Además la abogada se guardaba una carta en la manga. Sacó un sobre y lo dejó delante de ella.

—Sé que no lo he notificado con antelación, pero quisiera pedir al tribunal que mire estas fotos.

Le hizo una indicación a un empleado, que recogió el sobre y lo puso delante del juez Wiklund. Este lo miró unos segundos sin decir nada.

Después golpeó la mesa con el mazo y ordenó una pausa de treinta minutos. Le hizo una señal a Ramén y a los abogados.

—A mi despacho, ahora mismo.

Lo normal en los recesos era que tanto la demandante como los acusados salieran de la sala y los condujeran a una de las muchas habitaciones del edificio

destinadas a tal fin. Cada uno de los acusados disponía de un guardia de prisiones que los acompañaba a sus correspondientes habitaciones, donde los encerraban y les indicaban que se quedaran tranquilos. Otro guardia llevaba al demandante a un cuarto más agradable.

El presidente del tribunal dio la orden, pero Wiklund no se dio cuenta por algún motivo. Sin reaccionar, los tres vocales abandonaron sus puestos para ir a fumar, a chismorrear o a buscar algo con lo que pasar ese rato.

Wiklund se dirigió a su despacho seguido de una serie de abogados enfadados. Su intención era echarles una severa reprimenda a todos y cada uno de ellos.

Los empleados comprendieron que se había cometido un error. Conocían la rutina y lo habían hecho miles de veces antes. Cada uno tenía que llevarse a su demandado y hacer lo habitual, eso era todo. Pero Wiklund era de sobra conocido por su ilimitada necesidad de controlarlo todo. Infringir una orden expresa o tomar una iniciativa inoportuna carecía de sentido. Por lo tanto, permanecieron sentados en su sitio.

Alex intentó que los guardias entraran en razón. Sabían lo que tenían que hacer. Se tenían que llevar a los demandados. Había que separarlos de la demandante. Lo sabían y debían hacer su trabajo. Pero no lo consiguió. Los guardias solo recibían órdenes de Wiklund. Alex se planteó por un momento salir con Sara fuera de la sala, pero no sabía cuándo volverían los abogados. Podían aparecer en cualquier momento.

¿Cómo había sido capaz de meterse en esta situación sin una preparación previa? ¿Por qué no se informó bien?, se recriminó.

Porque ella necesitaba a alguien, le dijo su voz interior. Necesitaba a alguien y eras el único que había cerca de ella.

Todos permanecieron sentados en la sala. Se oyó un murmullo. Charles Jisander, Sonny Hansson, Mustafá Mahmud y Alí Huseín no se dieron cuenta de la metedura de pata hasta que pasaron unos minutos. Todos estaban absortos en sus propios pensamientos, cada uno por su lado. De repente, los muros de protección desaparecieron. La putita que les había amargado la vida con ese juicio estúpido estaba sentada enfrente de ellos.

En el despacho del juez el ambiente no era nada cordial. Wiklund estaba de mal humor por culpa de esos abogados estrella que no podían atenerse a las leyes.

—¿Qué es esto? —preguntó enfadado.

—Como he dicho, encontré esas fotos ayer a última hora, y sencillamente no he tenido tiempo de notificar que se trata de material probatorio —dijo Slättås.

Los otros tres abogados parecieron felicitarse a sí mismos por pertenecer al equipo líder.

Wiklund vio las sonrisas de satisfacción y no le agradó.

—¿Material probatorio? ¿Qué prueba?

—Se trata de dar una imagen completa de lo que realmente vio y sintió mi cliente. Sin esas fotos, el tribunal no podría considerar correctamente el modo en que la demandante manipuló a los acusados, antes incluso de esa inventada violación —alegó Slättås.

Ramén se aclaró la voz y miró a Wiklund levantando una ceja. Este asintió brevemente con la cabeza.

—Elija bien las palabras —dijo entre dientes a la abogada—. Todavía no conocemos la sentencia. Veamos las fotos.

Ella abrió el sobre que se había llevado de la sala y esparció las fotos por el escritorio de Wiklund. Ramén, al verlas, se preparó para protestar. Iba a hacer cualquier cosa para que esas fotos no fueran aceptadas en el juicio como material probatorio. Permitir que se incluyeran sería un verdadero suicidio.

En las fotos, Sara parecía realmente una puta, y no solo por culpa de la maldita camiseta. En las fotos Sara llevaba puesta la camiseta blanca con el mensaje estimulante. No había sujetador en el mundo que pudiera ocultar lo que había debajo; hasta un anciano con deficiencia visual podría apreciar los pezones a través de la tela. En varias fotos se veía a Sara de cerca con los labios pintados de rojo y poniendo morritos. Tenía la mirada turbia.

—No son relevantes —dijo Ramén con determinación—. Esas fotos no demuestran nada y no deben aprobarse.

Se alegró de que su voz sonara firme a pesar de lo agitado que estaba interiormente.

Slättås no dijo nada. Los tres abogados, que a Ramén le recordaban a los sobrinos del Pato Donald, se inclinaron sobre la mesa con interés, mirando las diez fotos que, con sus vivos colores, privaban a Sara de toda credibilidad.

—¿Quién hizo esas fotos? —dijo Wiklund.

—No lo sé —dijo ella.

—¿De dónde las has sacado?

—Hay fotos de Sara Leijon por toda la red. Esas las encontramos en distintas páginas de Facebook.

—¿Tuviste tiempo para encontrarlas pero no para notificarlo como material probatorio? —le reprochó Ramén.

—¿A quién podía interesarle su difusión? —preguntó Wiklund.

Ramén se detuvo a reflexionar. Por una vez era una pregunta correcta. No había duda de que Sara Leijon tenía un enemigo en algún sitio. Y se preguntó si sería Mari Näslund.

—A la demandante le robaron el teléfono móvil, que se quedó en el lugar del delito. Apostaría algo a que fueron los propios violadores quienes vieron las fotos y las subieron a la red. De haberlo sabido, lo habría añadido a los otros cargos —dijo Ramén.

—No existe calificación para tal delito —dijo Nilson, solícito.

—Ya se me ocurrirá algo.

Slättås levantó las manos.

—¿Qué importa? La cámara no miente. Eso es lo que encontraron nuestros clientes en ese bar. ¿Cómo cree que deberían haberlo interpretado? —dijo mirando a Wiklund.

Wiklund miró a Ramén y se dio cuenta de que el fiscal se estaba preparando para la lucha.

—No acepto esas fotos —dijo Wiklund, conciso—. No veo para qué va a servir que se muestren en el juicio. No vienen al caso. Que se destruyan.

Helen Slättås no protestó. Había logrado su propósito. Y aunque no había conseguido la aprobación de las fotos como material probatorio, se las había enseñado al presidente del tribunal, a quien sin duda le iban a influir. Para Slättås era suficiente ver su gesto de desaprobación.

Ramén no estaba seguro de si había ganado o perdido el enfrentamiento.

Cuando el presidente y los abogados volvieron a la sala se encontraron con una Sara Leijon anegada en llanto. Sollozaba ruidosamente y en la sala se oía un intenso murmullo. En diagonal frente a ella se hallaban sentados tres sonrientes acusados. Jisander y Mahmud se pavoneaban de habérselas arreglado para sacar

a la putita de sus casillas.

Sara no podía dejar de llorar. Alex la abrazó y le acarició el pelo. Hasta él tenía el rostro enrojecido. Se le habían tensado los músculos de la mandíbula y si en vez de un una sala de audiencia hubiera estado en otro sitio probablemente hubiera mostrado su enfado. En esas circunstancias solo podía intentar que Sara estuviera lo más tranquila posible.

Ramén miró a Wiklund, que se volvió a sentar con gesto sombrío. Ambos percibieron el error en cuanto entraron en la sala. El lenguaje corporal de Wiklund ponía de manifiesto que no iba a reconocer su error. El fiscal conocía bien esa expresión. No tenía sentido abordar el tema.

Cuando le preguntó a Alex en voz baja qué había ocurrido, este le dijo que los acusados primero se rieron de Sara, y que cuando se dieron cuenta de que no intervenía nadie empezaron a hacer gestos obscenos. El peor fue Mustafá Mahmud, agitando de manera grosera la lengua. Sara intentó volver la cabeza para no verlos, pero no pudo resistir más. Cuando empezó a llorar, ellos se volvieron más insistentes y Jisander incluso se puso en pie e hizo movimientos ofensivos con la pelvis.

Ramén estaba hirviendo por dentro y se giró hacia los guardias, que miraron en todas direcciones excepto en la suya. Al volverse y mirar a la audiencia vio un montón de rostros enfadados. Muchos de ellos podían testificar, pero la opinión de esas personas carecía de importancia para el tribunal.

El juicio se prolongó dos horas más y la abogada siguió hurgando en el pasado de Sara sin que la interrumpieran ni una sola vez. Cuando vio a Alex en la puerta del juzgado, fue hacia él con paso enérgico.

—¿A qué te referías con eso que has dicho antes?

Él se detuvo. Vaya, al parecer había dado resultado, se dijo. Tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír.

—Entiendo que estés preocupada. Yo también lo estaría en tu situación.

Ella seguía combativa.

—No está permitido llevar a testigos nuevos sin previo aviso a ambas partes. El fiscal lo sabe.

Alex supuso que Slättås no estaba acostumbrada a que la ignoraran. Decidió ponerla a prueba. Se volvió y miró intencionadamente hacia el tráfico, un poco más allá de donde estaba ella. La abogada lo siguió de inmediato dando un par

de pasos a la derecha.

Bien. Está a la defensiva, se dijo él.

—Creía que habíais tirado la toalla hace tiempo —dijo.

—¿Qué sucede? —dijo ella en voz baja.

—Algo que va a darle la vuelta a todo.

—¿Qué significa? ¡Si os inventáis algo se lo diré a Wiklund!

Alex se encaminó sin prisas hacia el metro. Ella fue tras él con paso airado.

—Tal vez tendrías que echarle un vistazo a la lista anterior.

Ella se detuvo. No lo siguió.

Alex se rio para sus adentros. Solo se trataba de equilibrar el poder en la sala, nada más. Slättås ahora tendría algo en qué pensar. Ignoraba si aquella estratagema le iba a ser útil, pero un poco de inseguridad entre los defensores no podía hacer daño. Supuso que los teléfonos echarían humo durante toda la tarde.

Antaño

Sara apenas recordaba que estuvo embarazada. Cuanto sucedió mientras hacía noveno grado parecía estar cubierto por una neblina.

A veces se despertaba por la noche con lágrimas en los ojos. No siempre sabía el motivo del llanto. Unas veces creía que era porque echaba de menos al niño, otras estaba convencida de que había soñado que estaba embarazada aún. Era como un sueño lejano. Sus padres no mencionaban nunca el incidente y Sara hacía todo lo que podía para no pensar en ello. Después de la adopción no se dijo ni una palabra del asunto. Era como si nunca hubiera ocurrido.

Tom la ayudó. Tal vez de un modo más violento de lo que ella esperaba, pero el solo hecho de que se ofreciera era, de algún modo, una sensación agradable. Volvió a ser el Súper-Tom que hacía cosas que nadie más se atrevía a hacer. Era su héroe. La cuestión era cuál sería el precio de su aportación. Ese mismo día la policía les hizo una visita.

Mari se distanció de Sara por un tiempo. No le hizo ni una sola pregunta acerca de cómo le había ido el parto. Ni la llamó antes ni fue a verla después. Un buen día apareció en la puerta y le preguntó si quería acompañarla a dar una vuelta.

—Claro que sí —dijo Sara, asombrada de que alguien pudiera ser tan indiferente.

¿O se alegraba en el fondo de la desgracia de Sara?

Dieron un paseo por el centro. Mari le contó que había conocido a un chico y que se lo iba a presentar a sus padres.

—Claro —dijo Sara.

Mari eludió elegantemente los temas del embarazo y del parto. Hubo un montón de oportunidades de sacarlos, pero Sara no tenía intención de pedir

comprensión ni compasión. Si Mari se negaba a hablar de eso, ella tampoco pensaba hacerlo.

—¿Sabes qué? —preguntó Mari de repente.

Sara sacudió la cabeza.

—Pedí un teléfono móvil, pero no lo conseguí.

—¿En serio?

—Un asqueroso tacaño. O sea, todo el mundo tiene móvil hoy en día.

Sara asintió lentamente. O sea, todo el mundo, pensó. Claro, ella sí lo tenía, pero le descontaban las llamadas del subsidio por maternidad.

—¿Y por qué no lo conseguiste?

Mari se echó el flequillo hacia atrás.

—No lo entiendes. Es un asqueroso tacaño.

—¿Y si se lo pides a tu madre?

—Vaya chiste. Siempre dice que hable con mi padre.

Sara se encogió de hombros.

—Cuando cumpla dieciocho —dijo Mari—, entonces tendré uno propio. Pienso irme de casa el mismo día que los cumpla. Lo prometo. Voy a hacerlo.

—¿Y cómo te mantendrás? —preguntó Sara.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, ¿cómo vas a pagar el alquiler y esas cosas?

Mari soltó una carcajada forzada.

—Eso no es problema. Solo tengo que aceptar un trabajo —dijo sacudiendo la cabeza como si Sara fuera una estúpida.

—¿Solo tienes que aceptar un trabajo?

—Sí, un trabajo. Ya sabes, eso en donde te pagan por hacer algo.

—¿Y en qué vas a trabajar? —dijo Sara.

—En lo que sea. En el peor de los casos puedo hacer la calle.

Sara resopló. Como si Mari pudiera ir a hacer la calle. Ni siquiera había estado con uno.

—O en una oficina —dijo Mari—. Una prima mía trabaja en una empresa en Estocolmo. Puede meterme allí. De hecho, podría haber conseguido un trabajo incluso después de noveno grado —dijo.

—¿Qué dices? A los quince años no te dan trabajo, como debes saber.

Mari frunció los labios.

—Dieciséis en realidad. Tú eres la que solo tiene quince.

—Dieciséis entonces. Aun así hay que tener algún tipo de formación.

Mari se detuvo. Miró a su alrededor. Habían llegado al centro de la ciudad y estaban delante de un quiosco de salchichas en una calle peatonal. Mari miró a Sara. Sara le devolvió la mirada. Mari se volvió hacia el quiosco y pidió una salchicha. Parecía que por una vez tenía algo de dinero. Sara se preguntó si Mari iba a invitarla. No fue así.

Mientras masticaba la salchicha, Mari volvió a la conversación.

—Tú no puedes hablar, ya que ni siquiera terminaste noveno.

Ahora viene, pensó Sara.

—¿Tú qué sabes de estudios? —la desafió Mari.

—Sé que tendré que esforzarme en la secundaria.

—Puedes estar segura de ello.

—¿Por qué eres tan cruel? ¿Estás enfadada conmigo? —dijo Sara.

Mari terminó de comerse la salchicha sin responder la pregunta. Se echó el flequillo hacia atrás por centésima vez.

Un coche se detuvo delante de ellas. Bajaron la ventanilla.

—¡Hoooooola! —gritó Mari con voz afectada. Un segundo después iba sentada en el coche.

Se volvió y miró a Sara.

—Tengo que irme. Hasta la vista.

Sara se quedó mirando el coche. Así estaban las cosas. Mari se había ligado a un chico que tenía coche. Se preguntó qué edad tendría el chico y enseguida se acordó de su ex. El padre del niño que había dado en adopción, al que Tom le había destrozado la cara.

Hundida por el dolor, se sentó en la acera. Lloró un buen rato sin que nadie reaccionara. A nadie le importaba que se tumbara ahí y se muriera.

Pensó en lo que Mari había dicho. ¿Qué le impedía irse a vivir a otro sitio? Ella también podía irse a Estocolmo, y además era mucho más emprendedora que ella, una experta en quedarse sentada sobre su culo huesudo quejándose.

Exactamente. Mari podía decir que iba a irse, pero ella podía hacer más que eso: podía irse de verdad.

Sara parpadeó. Irse de casa. Sería un sueño. Lejos de sus malhumorados padres, de un padre que apenas estaba en casa y que nunca decía nada. Lejos de una madre que la fulminaba con la mirada cada vez que abría la boca. Lejos del asqueroso ambiente que había en torno a la mesa cuando comían. Lejos de ese eterno y maldito silencio.

Aunque no iba a ser así, naturalmente. La esperaba el instituto; no tenía

trabajo, ni un novio que pudiera mantenerla, ni idea de qué hacer.

Poco después se levantó y, despacio, se dirigió a su casa, a la casa de sus silenciosos padres.

Capítulo 72

Charles Jisander no se sentía bien. No podía dormir en la minúscula habitación que le habían asignado. Por cierto, ¿era una habitación? Era una celda, ni más ni menos. Una celda de la prisión de Kronoberg. Ocho metros cuadrados, medía menos que el cuarto de baño de su apartamento. Una mesita de madera clara, una cama que no podía ser más incómoda y una alfombra horrible. Un televisor atornillado a la pared. De veinte pulgadas como mucho, tenía que entornar los ojos para poder leer el texto. Solo tres canales. Y la comida, una basura.

Además estaba completamente aislado del mundo exterior. Ninguna llamada, ninguna visita. Unas reglas odiosas. Aunque podía salir de vez en cuando, no lo hacía. ¿Qué iba a hacer en un maldito patio de recreo? No tenía ningún interés en tropezarse con otros presos. Agresores, torturadores, asesinos tal vez. Auténticos criminales. No podía entender que estuviera entre toda esa escoria.

¡Y su padre que le había prometido que no iba a pasar ni un solo día encerrado! ¡Mira ahora! ¡Llevaba allí tres semanas! Esa maldita abogada era además una bruja de poco fiar. Ni siquiera le había sacado de allí. Si hubiera hecho bien su trabajo, estaría en ese momento en Estados Unidos, sin planes de volver en un futuro próximo.

Pensó en Sonny, Alí y Mustafá. Esos miserables cobardes que lo habían dejado ahí, asumiendo toda la responsabilidad. No debía volver a juntarse con esos malditos perdedores. Y era casi seguro que desde el momento en que fue arrestado, la mayoría de sus supuestos colegas del entorno de Stureplan lo eliminaron de sus contactos telefónicos. Era así. Haz lo que quieras, pero si te detienen te quedas solo. En medio del frío.

Los días se eternizaban. Intentó leer un libro, pero no podía concentrarse. Los pensamientos siempre retrocedían a aquella desgraciada noche de Santa

Lucía. Tenía mucho tiempo para pensar. Pensar en lo que hizo y en cómo se encontró después. No sentía nada por la chica que violaron. No significaba nada para él. Era una pequeña zorra que iba pidiéndolo. Pero, si tuviera la oportunidad, no lo volvería a hacer, sin ninguna duda. El precio era demasiado alto. Dormía fatal, en parte debido a esas terribles pesadillas que hacían que siempre se despertara gritando.

Sabía que estaba mal lo que hizo, no era eso. Entendía que habían violado a la chica, oyó muy bien sus protestas. Pero después de un rato ella dejó de luchar. El problema fue que eso no le encendió. La repentina renuncia de ella no le resultó tan excitante como cuando se defendía para escapar.

Entonces empezaron sus verdaderos problemas.

Capítulo 73

Ramén estaba preocupado. Tendría problemas con una testigo principal cuya versión estaba más bien del lado de la defensa. La camiseta, las malditas fotos. ¿De dónde salió todo eso? En realidad solo había una respuesta.

Tomó la decisión. Tenía que ver a Mari Näslund. Cuando llamó a Nina para pedirle información acerca de ella, le respondió un contestador automático. Probó con el comisario Hellmark. Se aclaró la voz y se preparó para ser eficaz. Aunque se hablaba mucho de la notoria eficiencia de Hellmark y de su capacidad para resolver las cosas, a Ramén le daba bastante miedo.

—¿Qué quieres? —gruñó Hellmark al otro extremo de la línea telefónica.

Ramén se dio cuenta de que al oírlo se había enderezado en la silla.

—Tengo que hablar con esa Mari Näslund y no sé dónde está.

—¿Todavía con lo de la violación? Nina tal vez tenga algún número de teléfono.

—No contesta. ¿Puedes llamarla tú y comprobarlo?

—¿Pretendes que llame a Nina?

—No, a la testigo, por supuesto.

Hellmark se quejó en voz alta.

—Creo que alguien me ha confundido con el servicio de información telefónica. Bueno, ¿qué quieres saber?

—Intenta traerla de nuevo. Quiero hablar con ella en persona.

—¿Por qué demonios no lo hiciste cuando tuviste la oportunidad? —dijo Hellmark, cortando la llamada bruscamente.

A los diez minutos volvió a marcar.

—Se ha ido.

—¿Qué estás diciendo?

—Según su jefe, está de licencia hasta nuevo aviso —dijo Hellmark—. Sin sueldo.

—¿Por qué motivo? —dijo Ramén.

—Por motivos familiares.

Hellmark estornudó de repente en el auricular. Ramén sostuvo el teléfono con el brazo extendido para apartarlo del oído. Sonó como un trueno.

—Mira esto —dijo Hellmark cuando se recuperó—. El jefe de Näslund le dio licencia el mismo día que Nina habló con ella. Al parecer, después de la reunión que tuvo con Nina en diciembre, fue directamente a verlo a él.

—¿Cuánto tiempo va a estar de baja?

—Tres meses como mínimo. Tal vez más. Pasa de ella, joder.

Qué oportuna, pensó Ramén. Para entonces ya habría acabado el juicio. Aunque tal vez era una buena noticia después de todo.

—¿Qué tipo de preguntas acostumbras hacer? —dijo Alex.

Ramén dejó la taza de té a un lado.

—Bueno, hay que evitar las preguntas demasiado cerradas, por supuesto. Aparte de eso, pues no sé…

Estaban sentados en el despacho de Ramén con la puerta cerrada. Alex se había invitado él mismo a entrar al resultar evidente que los logros de Ramén en la sala dejaban mucho que desear. Le preocupaba sobre todo que el fiscal fuera demasiado amable con los acusados.

—¿Has oído la historia de Kipling?

—No estoy seguro.

—Kipling fue un personaje muy activo en la sociedad británica durante la segunda mitad del siglo XIX. Todos querían tenerlo en sus cenas y veladas y en las actividades que organizaban por aquel entonces.

—¿En serio? —dijo Ramén cambiando de postura y hundiéndose ligeramente en la silla. Miró de reojo el ordenador que se acababa de apagar. Se acercó a la mesa y cerró la tapa.

—Como lo oyes. Así que en alguna ocasión le preguntaron a qué se debía su popularidad. Respondió que no lo sabía bien, pero que podía estar relacionado con que él siempre llevaba consigo a sus seis mejores amigos: el cuándo, el dónde, el cómo, el quién, el qué y el porqué.

—Preguntas abiertas. Un clásico —dijo Ramén.

—Así que sencillamente se sentaba allí durante las cenas y hacía preguntas abiertas a la gente.

Ramén suspiró.

—Eso hace que la gente cuente cosas. No se puede contestar una pregunta abierta con un sí o un no.

—Exactamente —dijo Alex.

—No siempre funciona.

—A veces solo quieres obtener respuestas directas y cortas.

—No es tan sencillo. Yo no sé lo que van a contestar. No es como en el caso de un abogado defensor. Cuando preguntan a sus clientes siempre saben la respuesta que obtendrán. Por lo general, están muy bien preparados. Deben estarlo.

—Pero ¿qué ocurre cuando le preguntan a la parte demandante, como en el caso de Sara?

—Entonces pasan por encima como una apisonadora. No necesitan tener ningún miramiento. Creo que esta charla deberías tenerla más bien con la defensa.

Capítulo 74

Mustafá Mahmud no entendía que le dieran importancia a todo. Un montón de chicas habían pasado por lo mismo que Sara Leijon sin quejarse después. Era parte de las reglas del juego. Si bebían y enseñaban los pechos sabían que corrían el riesgo de tener problemas. Todo el mundo lo sabía.

Lo más difícil era Yasmín. Ella sabía exactamente cómo marchaba aquel asunto aunque no lo dijera. Él negó su implicación en la violación en grupo, por supuesto, pero cuando vio aparecer a Yasmín el segundo día del juicio, estuvo a punto de caerse de la silla. Ella no lo miró, solo se sentó tranquilamente entre los demás espectadores. Y claro que entendió. Después de escuchar a la guarra de Sara no había la menor duda de que había sido violada. Dentro de su cuerpo estaba el ADN de Mustafá. Si pudiera pedir algo sería que esa puta se cayera muerta para que ese maldito proceso se evaporara.

Yasmín sin duda lo entendió. Lo peor de todo era que no decía nada. Que en casa siempre estaba tensa y distante. Que ponía la cena sin decir una palabra. El sexo estaba eliminado, pero eso lo podía comprender y además no tenía ganas, por el momento.

Llamó Sonny. Mustafá habló con él unos minutos. Sonny berreó por teléfono y dijo que estaba tremendamente arrepentido. La conversación solo daba vueltas y vueltas sin llegar a nada.

Sonny siempre fue un maldito imbécil y seguiría siéndolo. Mustafá intentó llamar a Alí, pero este colgó el teléfono al escuchar su voz.

Mustafá no se lo podía reprochar, la verdad.

Capítulo 75

El tercer día empezó a buen ritmo. Helen Slättås miró a su cliente, Charles Jisander. La expresión de él dejaba entrever que se sentía por encima de ese triste proceso.

—¿No es cierto que le dio la impresión de que Sara estaba dispuesta a irse con usted y con sus amigos?

Jisander se tomó su tiempo para aclararse la voz y sentarse bien en la silla. Después dijo:

—Claro que sí.

Miró a su abogada a la espera de orientación.

—¿Y que le dio la impresión de que Sara quería mantener relaciones sexuales con todos?

—Así fue.

—¿Es cierto que cuando estaban sentados en el bar les toqueteó a todos?

—A mí sobre todo.

—Pero ha dicho que les tocó de un modo que podía interpretarse como que despertaban su interés, ¿verdad?

—Sí, es cierto. Todo el tiempo.

—¿Apretó después sus pechos contra usted?

—Varias veces.

—¿Hizo algo más? ¿Le tocó los genitales?

—Me apretó varias veces la entrepierna.

Alex se rascó la barbilla. Al escuchar a Slättås se quedó pensativo. Ella utilizaba una extraña técnica de interrogatorio. Anotó en su bloc algo que la vez anterior

no advirtió. Recordó que entonces se dirigía a Sara y ahora se trataba de otra cosa. Pensó en lo que Ramén le había dicho. Un abogado defensor no hace preguntas a su cliente si no conoce de antemano las respuestas. Y se le ocurrió algo interesante.

—Bueno —dijo Slättås mirando de reojo a Ramén, que tomaba notas sin cesar —, ¿sucedió algo más en el bar que le llevara a pensar que ella tenía ganas de diversión?

—Manoseó a Alí en el taxi.

—Entiendo —dijo la abogada, que siguió repasando lo ocurrido aquella tarde con la ayuda de Jisander.

A él le pareció que Sara era interesante y sabía que no resultaría especialmente difícil. Le gustaba su pelo oscuro, igual que el de otra chica con la que mantuvo una relación hace tiempo. Y además, ¿desde cuándo era delito apreciar a una mujer que solo era ella misma? ¿Fue esa la impresión que le dio Sara Leijon?, ¿una chica que quería ser ella misma? Por supuesto, era de lo más natural; un encanto. ¿Entonces por qué se aprovecharon de ella, si parecía tan agradable? Los que tuvieron relaciones sexuales con la chica eran cuatro, ¿acaso no era eso aprovecharse de ella? En absoluto. Ella quería hacerlo con varios a la vez. Y el sexo en grupo no era delito.

Quedaba tan evidente que el comentario estaba preparado que resultó ridículo.

Jisander describió algo que sonó como «una noche cualquiera en la ciudad que acabó, por casualidad, con un montón de sexo». Guiado por Slättås, explicó a todos los que querían escuchar que lo único que hizo fue aprovechar la oportunidad para pasarlo bien. Que luego hubiera otros tres chicos más no le pareció ningún problema. Podía decirse que la gente de hoy en día estaba más liberada que la de generaciones anteriores. Si la abogada no lo sabía, las chicas jóvenes tenían ahora el doble de parejas sexuales que antes, él lo había oído decir incluso por la tele.

—¿Cabe la posibilidad de que Sara se lastimara mientras practicaba sexo voluntariamente? —dijo Slättås.

—No.

—¿No hizo usted nada malo?

—No.

—¿No traspasó usted los límites?

—De ningún modo.

—¿Algún otro lo hizo?

—No, ninguno lo hizo.

La pausa duró solo diez minutos, y Ramén se pasó la mitad del tiempo hablando por teléfono. Cuando acabó, Alex se lo llevó rápidamente a un lado.

—Hay algo extraño en todo esto.

—¿Ah, sí? —dijo Ramén.

—Slättås. Hace preguntas raras. Largas y complicadas.

—Es para obtener exactamente la respuesta que quiere. Ya te lo he explicado.

—Sí —dijo Alex—. Pero su defendido solo tiene que contestar con monosílabos.

Ramén miró por encima del hombro. La gente ya estaba accediendo otra vez a la sala.

—Sabes bien que los abogados preparan todo lo que pueden a sus clientes.

—¿Sabes lo que creo? Creo que se han dado cuenta de que Jisander es un poco torpe. Que hay que dirigirlo. ¿Y si le hicieras preguntas un poco más abiertas? Si mi teoría es correcta, tendría problemas. Le resulta difícil explicar las cosas porque le falta fantasía para encontrar la respuesta por sí mismo.

—Puedo intentarlo.

—Haz que hable. Utiliza solo preguntas abiertas. Pero sé duro con él. Duro de verdad. Hará el ridículo.

Cuando le llegó el turno, Ramén seguía molesto por la repentina intrusión del consultor. Le había desequilibrado un poco.

—Ha dicho que Sara iba en busca de diversión. ¿Puede especificar a qué se refiere con eso?

Jisander cambió de postura en la silla antes de responder. Se tocó el flequillo, comprobó que todo estaba como debía estar.

—Sí, bueno, ella tenía ganas de fiesta —dijo haciendo un gesto parco con las manos que recordaba a Sven Melander borracho en la película *El vuelo chárter*.

—¿Fue eso lo que le dijo a usted y a los demás, que tenía ganas de fiesta?

—Al menos así lo entendimos.

—¿Qué entendieron?

—Ya sabe.

—No sé nada. ¿A qué se refiere?

—Que quería.

—¿Qué significa eso? —dijo Ramén, implacable.

—Ya sabe.

Ramén estuvo a punto de sonreír. Tal vez el consultor tenía razón. El muchacho no podía hablar correctamente.

—La verdad es que no lo sé. ¿Podría contestar? La pregunta es: ¿qué fue lo que entendieron usted y los demás?

—Uno entiende lo que dice la gente. O sea, no hay que decirlo.

—¿Cómo pudo usted saber que ella quería tener sexo con todos si no lo dijo en ningún momento?

—Sabía cómo era.

—¿Cómo podría saberlo?

—Bueno, pues… La gente hablaba de ella, o sea. Dijeron cosas. Ya sabe.

—No sé nada, se lo acabo de decir. ¿Qué le contaron de ella?

—Que había estado por ahí con un montón de chicos.

Ramén volvió la vista hacia Slättås. Ella miró a un lado.

—¿Entonces sabía quién era Sara cuando la vieron en el Soap Bar? —dijo Ramén.

Jisander cometió un error que era comprensible. Ya que no conocía a Sara de nada —de hecho no la había visto antes—, miró rápidamente a Slättås de reojo. Y Ramén sumó dos más dos y enseguida obtuvo la respuesta. Satisfecho de sí mismo, echó un vistazo por la sala.

—¿Quién le habló de Sara?

Jisander se encogió de hombros y cruzó los brazos.

—Un chico.

—¿Un chico? ¿Quién era ese chico?

—No me acuerdo.

—¿Hasta qué punto lo conoce? —dijo Ramén.

—Un poco.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se llama ese chico?

Jisander vaciló unos segundos. Miró hacia abajo, a la altura de las rodillas. Volvió a levantar la vista. Su mirada se cruzó con la de Ramén.

—Andersson.

—¿Andersson? —Ramén miró a su alrededor, deslizando la mirada por los miembros del tribunal. Fortalecido por las expresiones divertidas que veía, prosiguió.

—Ha dicho Andersson. Supongo que no tiene sentido que le pregunte por su nombre. ¿Cuándo cree que fue?

—¿Cuándo fue qué? —dijo Charles, confuso. Eso no seguía el guion en absoluto.

—¿Cuándo habló con ese muchacho, con Andersson?

Jisander no podía recordarlo. No recordaba dónde lo había oído, ni cuándo, ni en qué contexto. Pero sabía que Sara Leijon era ligera de cascos.

—Me habló de lo que le gustaba a ella. En la cama y eso.

Jisander parecía sentirse incómodo al decirlo. Ramén pensó que se lo estaba inventando.

—Charles. —Lo ayudó Ramén, señalándolo con el dedo—. ¿De verdad fue un chico el que le dijo esas cosas?

—Claro —dijo Jisander.

—Creo que esa información se la brindó una mujer.

—¡Qué va! —exclamó Jisander—. Fue aquel chico.

—¿Andersson?

—Ya se lo he dicho.

Jisander se encogió de hombros e hizo un esfuerzo para mostrar indiferencia.

Ramén le dio un poco más de soga a Jisander y este se la puso al cuello. Probó con una pregunta cerrada.

—¿Sabía eso de Sara antes de que se lo dijera la abogada? —preguntó Ramén.

Jisander guardó silencio y miró la mesa.

—No —respondió.

—Entonces no sabía cómo era. Acaba de asegurarle a su abogada que Sara «manoseó a Alí en el taxi». ¿Cómo lo sabe?

—¡Lo hizo! —dijo Jisander apretando la soga alrededor de su propio cuello.

—No he preguntado eso. Escuche con atención: ¿cómo sabe que manoseó a Alí en el taxi?

—¡Porque lo hizo! ¡Es lo que he dicho!

Jisander buscó con la mirada entre los asistentes, y Ramén se preguntó a quién estaría buscando.

—En este momento no está usted prestando demasiada atención. ¿Cómo lo

sabe? Usted no iba en el taxi, ¿verdad?

—No, o sea…

—¿Entonces cómo puede saber lo que ocurrió en el taxi?

—Él me lo contó más tarde. Alí.

—¿A qué se refiere con «más tarde»?

—Después. Cuando todo acabó.

—¿Cuando acabaron de violar a mi cliente de forma salvaje?

Slättås se puso en pie. Había que romper como fuera la tendencia negativa.

—Me opongo a las expresiones del fiscal, su señoría. Una violación se produce cuando se llevan a cabo relaciones sexuales contra la voluntad de alguien, lo que aquí no se ha demostrado de ningún modo.

Wiklund pareció sacudirse, como si viniera de lejos.

—Sí, tengo que pedir al fiscal que elija mejor sus palabras.

Luego recomendó a la abogada que permaneciera sentada en su silla.

Ramén miró a Wiklund. Se quedó pensando un momento. Mientras lo hacía, consideró la sonrisa de satisfacción de Jisander. Miró a Alex de reojo, que hacía un movimiento circular con el dedo.

Ramén lo interpretó como «continúa, ve hasta el final».

—Bueno —dijo Ramén—, ¿cuándo le contó Alí que Sara lo había manoseado en el taxi?

—Cuando ella se marchó —respondió Jisander, que tenía el aspecto de un sapo que acabara de atrapar una mosca especialmente escurridiza. Parecía estar satisfecho de que el engreído fiscal hubiera recibido una reprimenda.

—Es muy raro —dijo Ramén—. Antes ha dicho que llegó a la conclusión de que Sara estaba abierta a mantener sexo de forma ilimitada debido a que usted ya sabía lo que había sucedido en el taxi, ¿no?

Jisander lo miró fijamente. Tal vez él también se había dado cuenta de que fallaba la lógica. En alguna parte había hecho clic.

Abrió la boca, pensó un momento y volvió a cerrarla.

Wiklund tomó la palabra y dijo con voz áspera:

—Es evidente que lo que va a salir de su boca no será la verdad. Le informo de que el perjurio es un delito grave que puede conllevar pena de hasta cuatro años de prisión. Responda la pregunta del fiscal.

Jisander abrió la boca despacio.

—¿Cuál era la pregunta?

—Cuando la violaron, no tenían ni idea de que Sara Leijon había tocado a

Alí Huseín. ¿Cómo pudo sacar conclusiones de esa información cuando ni siquiera había llegado usted al apartamento? —dijo Wiklund.

—Uh, bueno, yo… —Jisander miró con gesto de súplica a su abogada.

Ramén volvió al interrogatorio. Se dio cuenta de que Wiklund había afirmado que Jisander violó a Sara.

—Más aún, ¿es posible que el que le interesaba a ella en realidad era Alí Huseín y no los otros tres?

Pero Jisander no tenía respuesta para eso. ¿Qué importaba si le interesaba o no uno u otro? Lo que ella buscaba era sexo.

—¿Y por qué decidió adelantarse usted? ¿Para que ella no se preocupara tal vez? ¿No tendría que haberse quedado con Sara si lo único que quería era estar con usted? ¿No se sentó en sus rodillas y todo eso? Acaba de decirlo.

—Bueno, yo qué sé. Tal vez pensé que iba a ser difícil conseguir otro coche —dijo Jisander.

—¿Creía que habría cola en la parada de taxis? ¿Entonces por qué fue usted delante si suponía que iba a resultar complicado conseguir un taxi? ¿No habría sido más práctico que se hubieran marchado los cinco en el primer taxi que llegó?

—Porque…

No había ninguna respuesta inteligente; tanto Jisander como Ramén lo sabían y Jisander guardó silencio por fin en vez de empeorar las cosas. Slättås parecía disgustada. Era evidente que Jisander se había apartado demasiado del guion. Tendría que haber perdido la memoria bastante antes.

—Permítame que sugiera lo siguiente —dijo Ramén—. Usted se adelantó al resto porque no sabía cómo reaccionaría Sara si les veía a los cuatro en el coche, ¿verdad?

No, pensó el fiscal. Sabía exactamente cómo habría reaccionado: hubiera echado a correr de haber sabido que eran cuatro. ¿Qué mujer normal se iría con cuatro hombres a los que había conocido unas horas antes? Ninguna, al menos que él supiera. Y no creía que Jisander supiera de ninguna otra.

Luego siguió una descripción de lo que realmente ocurrió en el apartamento. Jisander y los otros tuvieron sexo con Sara, desde luego, pero ella era la que daba las órdenes.

Ha ido bastante bien, pensó Alex. Lo único que le había disgustado era que

Ramén se había puesto demasiado ansioso al notar que el viento soplaba a su favor. Empezó a hacer preguntas cerradas de nuevo y a poner palabras en boca del acusado. Le faltó rematar. Y lo peor fue que al final del interrogatorio estaba tan entusiasmado que formuló varias preguntas seguidas, una tras otra. Y le ocurrió lo habitual en esos casos. Solo obtuvo respuesta para la última.

Sara escuchó las ambigüedades de Jisander con el alma en vilo. Toda la historia hizo que se pusiera a dudar aún más de sí misma. Entendía lo que estaba intentando hacer el fiscal, pero la verdad acerca del viaje en taxi era sencilla.

Sentía que le ardía la garganta. Recordaba que le tocó los muslos a Alí de un modo innecesariamente descarado.

Capítulo 76

Johnson miró a su alrededor en la sala. Era un abogado experto. No había nada que no hubiera visto o hecho en una audiencia sueca y era su turno de entrar en escena. Se ajustó un poco el nudo de la corbata, se pasó la mano por el cabello gris y bajó levemente su agradable voz de barítono al empezar a hablar.

—Mustafá —dijo con una amplia sonrisa—, ¿es cierto, como dice el fiscal, que tuvo usted sexo con Sara Leijon?

La sonrisa, la voz, todo su aspecto era un arma brillante. Parecía estar hecho para conducir a alguien al matadero.

—Pues claro. Varias veces —dijo Mahmud con aire franco—. Durante dos horas —añadió.

Johnson volvió a sonreír, frunció ligeramente el ceño para amortiguar un poco el entusiasmo de su cliente.

—Ella dijo en el interrogatorio que fue contra su voluntad. ¿Qué piensa usted? —preguntó.

—Yo no lo noté. Disfrutó tanto como cualquier otra mientras lo hacíamos. Decir que no quería es una pura mentira.

—Una pura mentira —repitió Johnson mirando hacia los asistentes—. Entonces, ¿por qué cree que dice eso ahora?

—Tal vez le dé vergüenza. Nos divertimos un rato y ella sabía de qué iba la cosa. Yo qué sé.

—Una acusación de violación es algo muy serio —dijo Johnson en tono grave—. Sé que lo entiende. Pero ella se refiere a que gritó e intentó decir que no quería hacerlo.

Mahmud se inclinó hacia delante.

—Hacía mucho ruido. Gemía todo el tiempo. Por lo visto algunas mujeres lo

hacen.

Johnson no quiso entrar en detalle acerca de cómo sonaba eso y cambió de tema.

—Ella afirma que intentó marcharse —dijo levantando las cejas—. ¿Qué puede decir de eso?

—¿Por qué iba a marcharse? Estaba totalmente ocupada con lo que hacíamos. No tenía tiempo para ir a ninguna parte. Pero tengo una idea de por qué quiere que me metan en el trullo.

—¿Ah, sí? —dijo Johnson y solo los más observadores pudieron ver que vaciló medio segundo. Tenía demasiada experiencia para dejar caer la máscara, pero se preguntó qué se le podía ocurrir al cliente. Durante las reuniones preparatorias que mantuvo con Mahmud, en algún momento le había animado a que utilizara un poco la imaginación, pero no había espacio para ninguna teoría sin elaborar. Desde el comienzo del proceso, Johnson había intentado bajarle un poco los humos a su cliente, puesto que Mahmud no creía que pudieran condenarlo.

—No le gustan los inmigrantes —dijo el fiscal con complicidad—, así que cuando se dio cuenta de lo bien que se sentía con uno de nosotros se quedó desconcertada y decidió que había sido violada.

Johnson respiró profundamente por la nariz, asegurándose de que nadie se percatara de que había sido cogido por sorpresa. Ese maldito imbécil no se ajustaba al guion. Un debate sobre el racismo no era lo que él buscaba, aunque de todos modos la idea resultaba interesante. Solo deseaba tener la oportunidad de prepararlo. Miró a un lado y percibió la intensa mirada que le dirigía Helen Slättås. La miró a los ojos un par de segundos.

¿Por qué no?

—Lo que ha dicho no suena nada bien. ¿Puede ampliar un poco eso de que no le agradaban los inmigrantes? —dijo incitándolo.

—Por supuesto —dijo Mahmud enderezándose.

Se sacudió del hombro una invisible mota de polvo. Atrajo la atención de todos estirando el cuello y ojeando la sala.

—Dijo que no había estado jamás con un hombre de mi país y que nunca lo haría.

Se llevó una mano al pecho con gesto ofendido.

Johnson sacudió pesadamente la cabeza.

—¿Qué dijo concretamente sobre las personas de otros países?

—Nos llamó moros, kebabs, berenjenas, cabezas negras.

—¿Cómo describiría su actitud hacia los inmigrantes en general?

Ramén se aclaró la voz.

—Disculpe la interrupción, pero eso resulta irrelevante. Difícilmente puede estar relacionado con el asunto que nos atañe. He de señalar que dos de los acusados son de origen sueco y al parecer igual de culpables.

—Señorías —dijo Johnson volviendo su rostro bronceado hacia los miembros del jurado—, solo quiero investigar si a mi cliente pudo afectarle ese manifiesto racismo.

—Pero ¡es un sinsentido! —exclamó Ramén.

Wiklund se volvió hacia él.

—Todo debe aclararse. ¿No fue lo que acordamos?

Ramén sacudió la cabeza con gesto de disgusto. Wiklund asintió mirando a Johnson, quien a su vez miró a su cliente. Este solo necesitó un instante para empezar a hablar.

—Nos odia. Dijo que le quitamos el trabajo a los suecos, que vivimos de las subvenciones, que robamos todo lo que vemos y que somos terroristas, que ponemos bombas.

Sara miró la mesa y Alex vio que la piel del rostro se le había oscurecido. Volvió a apoyarle la mano en el brazo.

—Esto carece de importancia —susurró—. Ni siquiera lo escuches, son tonterías.

Johnson quería saber más.

—Pero ¿cambió de opinión al conocerles a usted y a Alí Huseín?

—No pudo resistirse, pero tal vez después pensó que no encajaba con sus ideas racistas.

Johnson siguió trabajando un rato de forma rutinaria con el recientemente descubierto racismo de Sara, y cuando finalizó esta era una joven blanca de mente estrecha, llena de prejuicios, perezosa, que no había dado golpe en su vida. Ella era la que vivía de subvenciones y no Mahmud, quien por cierto pagaba sus impuestos religiosamente.

Ramén pidió una pausa de media hora. Después de todo era la hora de almorzar. Wiklund se la concedió con un fuerte golpe de mazo.

Capítulo 77

Estaban en el despacho auxiliar del pasillo. El ambiente era tan hostil como la última vez que tuvieron que refugiarse allí.

—Bueno, ¿qué vamos a decir a esto? —dijo Ramén con gesto serio.

Sara, que estaba sentada en el borde de la silla, se encogió de hombros y sacudió lentamente la cabeza, de modo que el pelo le cayó sobre la cara. Seguía pensando en aquel viaje en taxi y se decía que tal vez no habría pasado nada si hubiera controlado las manos.

Se volvió y miró a Ramén. No contaba con que el tribunal permitiría a los demandados que se metieran con ella. Sabía desde el principio que los abogados se emplearían con dureza, pero lo otro fue toda una sorpresa.

—¿Hay algo de verdad en lo que ha dicho? —preguntó Ramén mientras le ofrecía una taza de café.

Notó que le sudaban las axilas y tenía una desagradable sensación en el estómago. Era probable que el juicio continuara por esa línea trillada e inmunda.

—Disculpa —dijo Alex cruzándose de brazos—. Supongo que te habrás dado cuenta de que se lo inventa todo, ¿no? Hasta un niño habría visto que se lo iba inventando mientras hablaba.

—Tengo que ser neutral, no lo olvides. Quisiera oír lo que tiene que decir Sara —dijo Ramén con gesto serio.

—No, escúchame a mí —dijo Alex con calma—. Aunque un espectáculo así no pueda interrumpirse, tampoco le debe molestar a ninguno de los que estamos aquí. Todos saben que son simples cortinas de humo, una forma clásica de desviar la atención de la gente del verdadero problema. Miente como un bellaco.

Ramén apretó los labios.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Entre otras cosas porque utiliza el gesto clásico para indicar honestidad —dijo Alex poniendo su mano derecha a la altura del corazón—. Es lo que hacen las personas que no son honestas para hacernos creer que no mienten. Y Mahmud lo emplea continuamente.

—¿Entonces es mentira la mayor parte de las cosas que dice? ¿Significa eso que no debo hacerle preguntas abiertas para que hable?

—No tiene sentido. Miente con facilidad. Dice lo que le viene en gana. Mantenlo todo lo corto que puedas. Preguntas cerradas.

Ramén resopló mostrando su irritación.

—Es probable que hablásemos de terroristas mientras estábamos en el bar —dijo Sara pensativa—. No sé. Estuvimos varias horas allí. ¿Qué importancia tiene?

—Ninguna —dijo Alex—. Es preferible que pienses en tu objetivo.

—¿Qué fue lo que se te ocurrió decir de los terroristas? —preguntó Ramén.

Sara levantó la vista hacia él, y casi de inmediato volvió a bajarla al suelo. Se retorcía las manos y parecía triste.

—Les pregunté si eran unos de esos malditos talibanes. Pero no hablaba en serio, obviamente.

—¿Y qué contestaron?

—Creo que Alí se quedó pensativo y… Ahora recuerdo; dijo que no era musulmán, que no creía en…, bueno, en Dios. Aunque yo pensaba que eran los cristianos los que creían en Dios. ¿No creen los musulmanes en Alá?

Alex se rascó la nuca.

—¿Te pareció que a Huseín le ofendió lo que dijiste?

—No lo sé. Después hablamos de otras cosas.

—¿Y al otro?

—Creo que no estaba allí.

—Solo disponemos de un par de minutos —dijo Ramén—. Voy a preguntarle si considera que algo de lo que dijiste fue realmente racista y si dio pie a que hicieran lo que te hicieron. No creo que se convierta en un problema, pero es lamentable que lo haya mencionado. Es un modo de utilizar algo que se considera un tabú. El tribunal tal vez no se arriesgue a ponerse del lado de alguien que supuestamente es racista.

—¡Pero no es cierto! —exclamó Sara abriendo mucho los ojos—. He estado con chicos de otros países.

Ramén giró inmediatamente la cabeza hacia ella.

—¡Una vez tuve un novio israelí! —dijo Sara—. ¡Dilo! ¡Díselo a ellos! He estado con chicos de otros países. ¡Incluso con uno de África!

—Mencionar a los novios que has tenido sería peor que acusarte de racismo —afirmó Ramén—. Lo último que quiero ver es una larga lista de todos los hombres que han pasado por tu cama —dijo levantando una mano—. ¡Me duele la cabeza de solo pensarlo!

Alex se interpuso entre los dos.

—¡Calmaos! —exclamó al ver que Ramén perdía los estribos poco a poco—. Eso exactamente es lo que quieren que suceda. Que olvidéis que estáis del mismo lado. Si seguís así, ganarán.

—¡Mierda! —dijo Ramén.

—Escuchad —dijo Alex levantando una mano hacia cada uno como si intentara separarlos—. Dejad a un lado los hechos por un momento. La defensa quiere echar por tierra esta causa. Y de este modo lo logrará. Es cuestión de credibilidad, tú mismo lo has dicho.

Miró a Ramén, que también se había puesto en pie. El fiscal tenía la cara roja.

—¿Cómo le afectará a Wiklund que volváis así a la sala? —dijo mirando a Ramén.

Luego se dirigió a Sara:

—Comprendo que es duro para ti. Sé que estás atravesando un infierno en estos momentos. ¿Me crees cuando digo que quiero que se te desagravie y que esos imbéciles reciban su castigo?

Sara asintió. Se hundió en la silla y se secó las lágrimas.

—No tendría que haber ido allí. ¿Por qué fui al Soap Bar? Me siento como una inútil.

Ramén se preparó para replicar, pero Alex le hizo una indicación y se tragó lo que tuviera pensado decir.

Alex se sentó junto a Sara.

—Sara, todas esas personas están aquí porque no eres ninguna inútil. Porque significas algo. Todos han venido para que se aclaren las cosas. Hasta los acusados están aquí porque tú lo has querido. No de forma voluntaria, pero han venido porque tú importas. No eres una inútil. Eres una chica joven y buena que merece que se la desagravie. No hay que invertir el orden y limitarse a creer que tú nos necesitas, en mi opinión. Pero lo que sí debes entender es que no has hecho nada malo. Son ellos los que han obrado mal. Te mereces una

compensación.

Ella asintió con la cabeza y se le escapó un sollozo.

—En este momento estamos jugando este juego porque no tenemos otra opción. De haber hecho nosotros las reglas tal vez serían distintas, pero las cosas están así en este momento.

—Lo sé. Lo que pasa es que es tan doloroso —dijo Sara mirando a Ramén.

El fiscal no contestó. Tenía los brazos cruzados y parecía estar enfadado.

Alex bajó un poco el tono de voz.

—Lo que quieren es que pierdas la compostura, que no puedas más, porque solo entonces empezarás a decir cosas que luego te resultará difícil retirar. Ajústate al plan inicial. Recuerda el valor de la coherencia.

—No cambies nada. Repite lo mismo todo el tiempo —dijo ella asintiendo.

—¿Y por qué es tan importante?

—Porque aumenta mi credibilidad —dijo ella—. Demuestra que soy de fiar. Y… —Se quedó en silencio.

—¿Y?

—Y que la razón está de mi parte. Solo tengo que decir las cosas como son una y otra vez, pues yo tengo razón y ellos están equivocados.

—No has hecho nada malo.

—Exactamente.

—¿Cuál es tu objetivo?

Sara contuvo el aliento. Alex vio una lágrima furtiva en uno de sus ojos. Luego ella se enderezó ligeramente y dijo uno a uno los nombres de los cuatro acusados. Despacio, con claridad, con énfasis. Después gritó:

—¡Os condeno a diez años de cárcel!

A continuación, dio un golpe con el puño cerrado en el reposabrazos de la silla.

Ramén primero miró a Sara y luego a Alex, pero no tenía tiempo para explicaciones.

—Se ha acabado el descanso —dijo Alex volviéndose hacia Ramén—. ¿Dónde te encuentras en estos momentos?

—En el sótano, diría yo.

—Johan, es normal sentirse frustrado; es normal sentirse desesperanzado a veces. Pero no es normal quedarse paralizado por ello.

Ramén había perdido el entusiasmo inicial y se hallaba confuso. Lo que necesitaba eran ánimos y un rumbo claro. El problema con Alex era que no

ofrecía un rumbo inequívoco, no facilitaba instrucciones precisas. No era abogado y no tenía ni idea de lo que era y no era posible judicialmente. No sabía a qué párrafos o leyes concretas podía apuntar en caso de que en algún juicio anterior hubiera algún precedente que poder lanzarle a la cara al juez Wiklund para detener ese circo.

Lo último que tenía que oír Sara era que el fiscal ya no creía en el objetivo. Necesitaba oír que había un plan que los llevaría a la victoria. Alex se volvió a preguntar cómo había podido llegar a una situación en la que él sería el único responsable del plan.

—Para ganar esto nos ayudamos mutuamente. Lo enfrentamos juntos. Lo que tienes que hacer ahora es ir a los hechos. Enseguida llegará tu turno para que le formules preguntas a ese hombre acerca del supuesto racismo de Sara. Ve a los hechos. Desmantela sus argumentos, pídele ejemplos, hazle preguntas concretas, oblígalo a que repita. Sé despiadado con él. Formúlale la misma pregunta una y otra vez. Hará el ridículo y todos se darán cuenta de que es un mentiroso. Aprovéchate de esa situación. Conviértela en ventaja para ti —dijo a la vez que asentía con la cabeza y se llevaba la mano al pecho imitando a Mahmud—. ¿Puedes hacerlo?

—Creo que sí —dijo Ramén suspirando.

Capítulo 78

Ramén se enfrentó a Mahmud un buen rato sin lograr ningún acierto. Dio vueltas a las preguntas intentando variar la técnica para encontrar grietas. Formuló preguntas abiertas, cerradas, capciosas, retóricas, ingeniosas. Por desgracia, Mahmud era un mitómano de primera y su credibilidad iba, sin duda, en aumento ya que, aunque fuera inconcebible, al parecer se creía lo que decía.

Sara no solo le había llamado moro, sino además asesino de niños, terrorista suicida y fundamentalista islámico. De ese modo logró además la hazaña de convertirlo todo en una cuestión religiosa. ¡Y él que creía que había libertad religiosa en Suecia! Ella lo llegó a calificar de cabeza negra. Mira quién fue a hablar. ¡Sara también tenía el pelo oscuro!

Ramén estaba frente a un dilema. Quería preguntarle a Mahmud si él se creyó con derecho a castigar a Sara mediante una violación en grupo ya que ella le había tratado mal. Pero si se lo preguntaba abriría una puerta en caso de que Sara realmente hubiera dicho esas cosas. Era arriesgado, aunque Wiklund parecía que había elegido ignorar el asunto del racismo. Sería jugar el juego de la defensa. Tal vez lograran crear la imagen de un acusado tan ofendido que no estaba en su sano juicio cuando atacó a Sara.

Ramén vio que Helen Slättås y el viejo Johnson juntaban las cabezas. No había duda de lo que iban a hacer más tarde. Le harían entender a Mustafá Mahmud que tenía que seguir mintiendo, pero de manera más elaborada.

Llegó el momento de que Sonny Hansson diera un paso adelante.

Hansson se había arreglado ese día y llevaba camisa y corbata. Parecía un niño al que habían acicalado contra su voluntad para celebrar la Nochevieja, y al

que pocas horas después se encontrarían en una pelea salvaje con la camisa por fuera del pantalón y sin corbata. Vacilante y con un nudo raro en el estómago, comenzó a ofrecer su testimonio dirigido por el abogado Klingspor.

—Vamos a llevar a las chicas a tu casa —dijo Jisander dirigiéndose a Hansson.

—¿Quieren ellas? —dijo Hansson mordiéndose una uña. Estaba un poco borracho, pero nada grave. No pensó que Charles vivía mucho más cerca.

—¿Que si quieren? —dijo Jisander riéndose. Se frotó la entrepierna a modo de demostración e hizo movimientos obscenos con la lengua—. No pueden soportar las ganas, ¿o es que estás ciego, joder? Hace un momento le metí la mano entre las piernas a una de ellas. Podemos tirárnoslas todos, estoy absolutamente seguro.

El grupo se quedó en silencio. Los otros tres muchachos se miraron. Alí Huseín y Hansson parecían reacios. El tercero —cuya presencia Jisander no se explicaba y que solo había pasado un rato con ellos durante la tarde—, era probable que también se uniera.

—No sé —dijo Alí Huseín—. No es lo mío.

—¿No ves que están dispuestas? —dijo Jisander, irritado.

—Sí, pero todos nosotros… No sé, Challe, no sé, de verdad.

—Vamos, no seas ridículo. Todo irá bien —dijo Jisander sonriendo y mirando a los otros—. ¡Vamos, joder! ¿Sois hombres o ratones?

Los demás se retorcieron incómodos. Hansson se bebió su cerveza y pidió otra. Cuando se la sirvieron, dijo:

—Si estamos los cuatro no creo que nos acompañen.

—Tonterías —dijo Jisander—. Lo están deseando y seguramente quieran enrollarse con todos. Y si no quieren, lo dirán, ¿no?

El chico que no conocían se inclinó hacia delante.

—Creo que podemos intentarlo. A mí me gustan las dos. Especialmente la rubia.

—No —dijo Alí Huseín—. Eso no está bien.

—¡Ya vuelven! —gritó Jisander—. ¡Decidiros!

—Podemos ir nosotros delante —dijo Mustafá Mahmud.

Sonny miró hacia el bar donde las chicas se habían detenido para comprar más bebida. Sara estaba buenísima, se le notaban las nalgas bajo la falda, y él la tenía dura como una piedra.

—¡Rápido! Dame la llave de tu casa. Me llevo a… a… —Charles Jisander señaló a Mustafá Mahmud—. Tú vienes conmigo. Vamos delante.

Hansson no parecía estar muy contento cuando sacó las llaves.

—¿Estás seguro de que es buena idea?

—Si ellas no quieren, las mandamos a su casa. ¿Qué podemos perder?

Sonny se encogió de hombros y le entregó la llave a Jisander.

Capítulo 79

—¿Qué impedías que hiciera Jisander? —preguntó Ramén con una amplia sonrisa como muestra de que Hansson y él estaban en realidad del mismo lado. Dime lo vicioso que es realmente ese Jisander para que podamos seguir, pensó.

—Él pretendía que…, bueno, que estuviéramos todos con ella. Pero creo que a ella no le interesaba. Por lo menos al principio. Luego le pareció bien —añadió Hansson para que no fuera demasiado evidente su cambio de postura respecto a la vez anterior.

—¿Qué fue lo que le pareció bien?

—Bueno, pues estar con nosotros. Lo hizo, así que no pudo ser tan grave.

—¿Pero al principio creías que ella…? —dijo Ramén moviendo la cabeza para darle ánimo.

—A ella le gustaba Alí, la verdad. Pero también le debíamos gustar los demás.

—¿Y eso lo sabes porque…?

Hansson no lograba ordenar bien las ideas. A ella le gustaba Alí y en el coche le puso una mano en una rodilla. Era evidente, lo manoseó. Pero Ramén se preguntaba si realmente fue un manoseo. ¿Se sentaron todos en el asiento de atrás? Sí, iban todos apretados. ¿Iba el coche a mucha velocidad? Bueno, como todos los taxis. ¿Pudo ser que ella necesitara apoyarse en algo en una curva, o algo parecido, y que la rodilla de Alí fuera lo que tuviera más cerca para agarrarse? Hansson pensó un momento y llegó a la conclusión de que pudo haber sido así. No lo había pensado antes. Siempre había partido de que fue un manoseo.

—Déjame ver si entiendo esto —dijo Ramén señalando la lamentable figura de Sonny Hansson—. ¿Estás diciendo que Sara Leijon, en el momento que puso

la mano en la rodilla de Alí Huseín, en un pequeño asiento trasero de un coche, en una curva, en el interior de un taxi que iba demasiado rápido…, que en ese preciso momento se ofreció gustosamente a tener una orgía con cuatro hombres desconocidos?

Hansson no tenía respuesta. Sonaba demencial. Todos lo habían oído. Unas grandes marcas rojas aparecieron en sus mejillas. Los tics volvieron con toda su fuerza. Tenía problemas y lo sabía. Ramén dejó que el comentario siguiera colgado en el aire, abierto a la contemplación en general. Hansson miró de soslayo a Klingspor, que estaba absorto tomando notas en sus papeles.

Ramén finalizó el interrogatorio de Hansson. El muchacho era una nulidad.

Alí Huseín parecía estar compungido y hablaba casi todo el tiempo con la mirada clavada en el tablero de la mesa. El abogado Nilson le hizo preguntas amables y agradables, con voz tranquila. No, él no había tenido sexo con Sara Leijon, y no, no consideraba que los otros lo hicieran contra la voluntad de ella.

Pero ¿por qué se quedó mirando a pesar de todo?

Y ese era el punto más débil de Huseín, ya que no lo podía explicar. Jisander fue a buscarlo y le dijo que había vía libre. La chica estaba tumbada en el sofá, desnuda y con las piernas abiertas, y Huseín hizo todo lo posible para no poner la excusa de que solo era un pobre infeliz que pensaba con lo que tenía entre las piernas. Pero logró irse de allí. ¿Así que ella protestó? Bueno, él no lo sabía bien, se lo tendrían que preguntar a Jisander. Huseín no estaba ahí en ese momento. Se había ido a otra habitación. Una vez que el abogado Nilson se hizo con él, la cosa fue bastante bien. La imagen de un hombre confundido y arrepentido estaba clara; no hubo mala intención, sino que se metió en el juego engañado y presionado por el resto del grupo.

Un enfoque bastante inteligente: reconocer que se había producido una orgía sexual, pero negar que hubiera presenciado las violaciones. Y en el caso de que se hablara de violación en el juicio, él podría remitirse a que no se atrevió a detener a los otros.

Ramén ejecutó a Alí Huseín en cinco minutos. Disparó directamente a lo que supuso era su punto débil. En medio de una frase acerca de algo completamente distinto, Ramén lanzó la pregunta del viaje en taxi. Huseín no notó que ella le tocara cuando iban en el coche, ya que estaba ocupado intentando mantenerse en el asiento trasero sin acercarse demasiado a nadie. ¿Entonces todos sabían que

ella le había metido mano y él no se había dado cuenta? ¿Fue así?

Silencio.

Evidentemente, Alí fue a parar a un sitio equivocado aquella noche de Santa Lucía. No obstante, Ramén no pensaba dejar que se escondiera detrás de eso. No tenía ni idea de por qué no se dio cuenta del posible manoseo. ¿Miente alguien?, se preguntó Ramén. No, en absoluto; lo único que Huseín no sabía era por qué no notó nada.

El tercer día del juicio finalizó poco después.

Capítulo 80

Sonny no podía comer bien. Todo le sabía a papel. El juicio le estaba quitando la vida. Había adelgazado casi ocho kilos en solo un par de meses y en el trabajo apenas lo reconocían. No sabían lo que estaba pasando y él tampoco lo pensaba decir. Prefería despedirse a reconocer el delito del que se le acusaba. Estaba preocupado a pesar de todo lo que Klingspor le aseguraba. En ningún momento quiso hacerle eso a la chica y se opuso desde el principio, pero Challe siguió insistiendo. Y podía ser muy convincente. Jisander seguía siendo el único puerto tendido hacia el mundo real. Sobre todo estaba agradecido de que Challe quisiera verle aún, a pesar de que sus vidas habían tomado direcciones muy distintas. A veces no se daba cuenta de la suerte que tenía.

Sonny llevaba casi un año sin estar con una chica hasta esa noche. Tal vez se debió en parte a que tomara la estúpida decisión de acompañarlos. La idea del sexo en grupo le resultaba estimulante, pero en su mente el grupo siempre estaba compuesto por más mujeres que hombres, y entonces fue al revés. ¿Y si la otra chica también hubiera querido acompañarlos? ¿No habría sido todo distinto?

A veces lograba justificarse —al menos ante sí mismo— achacándole la culpa a la cerveza. Pero solo le duraba unos minutos, ya que no bebió demasiado. Al día siguiente tenía que ayudar a un colega con una mudanza y se moderó conscientemente.

Entonces, ¿cómo acabó en esa situación? No lo entendía. Un día volvió a hablar con la otra chica y le pareció bastante agradable. Tal vez un poco fría a veces, sobre todo cuando llamó terroristas a todos los musulmanes. Eso no estaba bien. A Sonny tampoco le gustaban los terroristas, pero pensaba que había que mostrar respeto hacia la religión. Y la mayoría de ellos no estaban locos.

Su apetito había disminuido, en cambio el sueño había mejorado. El motivo

era simple: tenía una receta de pastillas para dormir y se tomaba generosamente un par de ellas todas las noches a las nueve. El doble de la dosis hacía que durmiera hasta las seis de la mañana. Al despertar seguía muerto de cansancio, pero al menos se había librado de tener toda la noche en la mente la cara enrojecida de la chica.

Eso era lo peor de todo sin ninguna duda. Los gritos y la mirada horrorizada de ella. No se lo podía sacar de la cabeza.

Sonny creía que se iba a volver loco. En una ocasión estaban tal mal las cosas que llamó a Mustafá para hablar un rato con él. A Mustafá no pareció interesarle mucho, por lo visto había fútbol en la tele. Tal vez Sonny le lloriqueó un poco, no estaba seguro. Pero le daba igual. Necesitaba hablar con alguien y no tenía con quién. Si les decía a sus conocidos lo que había hecho iban a pensar que era un cerdo. Solo le quedaban los cómplices, y con el que había más confianza estaba en el trullo.

Él no podía acabar allí. No sabía cómo iba a sobrevivir.

Capítulo 81

—Esta reunión tiene como meta que lleguemos a un primer dictamen sobre las consideraciones del tribunal respecto a la cuestión de la culpabilidad —dijo Wiklund mirando a los componentes del jurado—. Hemos oído los hechos más destacados pero, como ha quedado patente, las partes mantienen posturas diametralmente opuestas.

—Es una pérdida de tiempo —afirmó Falk.

—No lo sé —dijo Wiklund de modo objetivo—. Resulta evidente que algunos de los acusados mienten.

—¿Cómo puedes saberlo? —dijo Falk.

—La experiencia me dice que mienten. Se aprecia desde lejos. Sus declaraciones no son fidedignas.

—También puede ser ella la que mienta. No es una persona creíble.

Ann-Britt Glad se aclaró la voz. Se identificaba con Sara.

—Eran cuatro chicos —dijo con suavidad.

—¿Y bien? —la alentó amablemente Ullenklev, del partido ecologista.

Era la primera vez que Glad decía algo por propia iniciativa después de muchos juicios.

—Quiero decir…, ¿cómo iba a protegerse de ellos?

—¿De qué tenía que protegerse? —objetó Falk—. ¡Lo hizo voluntariamente!

—No lo creo —dijo Glad en voz baja—. Creo que fue una violación, de verdad.

—¿Y la camiseta? ¿No viste la camiseta? —dijo Falk poniendo los ojos en blanco.

—Está claro que no estuvo con ellos de manera voluntaria, no con todos —dijo Ullenklev—. Pero la cuestión es si en realidad fue culpa de ellos.

Glad lo miró fijamente detrás de unas gafas gruesas.

—¿De quién si no iba a ser la culpa?

—Bueno, ¿cómo iban a saber que no estaba de acuerdo si no decía nada?

—¡Exactamente! —rugió Falk.

—No quería, ella misma lo ha dicho —replicó Glad.

—Pero ¿lo entendieron?

—Ella gritó. Debieron oírlo.

—No sé… Había mucha gente en el apartamento, música a todo volumen, tal vez incluso estaba encendida la tele…

¿Y qué hay del alcohol?, preguntó alguien. Lo de siempre, respondió Wiklund. Ella bebió por espontánea voluntad, dijo, pero eso ya no importaba. Aunque la mujer hubiera bebido, desde la entrada en vigor de la nueva ley, se consideraba violación en vez de abuso sexual. A Wiklund en realidad no le gustaba porque era una exigencia más respecto a él y sus veredictos. Demostrar el delito seguía siendo igual de difícil, por no decir imposible. Como quisiera llamarlo cada uno después le parecía que carecía de importancia. Pero el consumo de alcohol de la demandante no iba a ser una cuestión de peso en ese juicio. No era necesario. Había bastantes más cosas que hablaban en contra de la chica.

—Me refiero a que los hombres también son víctimas aquí —dijo Ullenklev —. Piensa de qué modo les afectan las películas e internet. En la sociedad actual no es fácil saber lo que está bien o mal.

Falk protestó.

—Hace ya diez años que los del partido moderado quisimos mejorar la situación de la mujer —gruñó—. Pero los ecologistas estabais más interesados en salvar unas malditas ardillas.

—Ya —dijo Ullenklev—, pero había muchas cuestiones insolubles. Faltaban recursos para abrir casas de acogida. La economía estaba bastante mal por aquel entonces —añadió mirando a Glad.

—¿Pero sí había recursos para las ardillas y los parquímetros? —bufó Falk, combativo.

Wiklund escuchaba la discusión a medias; no iba a aportarle nada que no supiera. Esos chapuceros no tenían ni idea de la situación jurídica, se estaban dejando llevar por los sentimientos y él no podía permitírselo. La culpabilidad debía quedar demostrada más allá de toda duda razonable. No importaba que la chica les diera pena. Si los hombres no oyeron sus protestas, terminarían

absueltos. La ley era así.

Si el fiscal no hacía mejor su trabajo, las perspectivas eran sombrías para Sara Leijon.

Capítulo 82

Dos días después Sara estaba de pie en la cocina mirando los trozos de salchicha mientras daban vueltas en la sartén. El fuego estaba demasiado alto, pero le daba igual. Hacía la comida porque tenía que comer. Prefería tumbarse en la cama y dormir más aún. ¿Por qué estaba tan cansada? La última semana había dormido quince o dieciséis horas al día.

Echó un vistazo rápido a la jaula. Sí, tenía que darle de comer al hámster. Pero primero comería ella. El hámster debía tener un almacén en su casita.

Sara miró los macarrones mientras que el agua subía lentamente en la cacerola y se derramaba por el borde. Retiró los platos sucios y se sentó a la mesa. Había un frasco de kétchup en el frigorífico, pero no tenía fuerzas para ir a buscarlo. Al terminar de comer siempre dejaba todo encima de la mesa. Se bebió lo que había en el vaso y sintió que el calor se le esparcía por el cuerpo. Fue al dormitorio y se echó en la cama aún sin hacer. Después de pensar si iría al baño, se quedó dormida.

La despertó el timbre de la puerta. Transcurrió un momento hasta que cayó en la cuenta de lo que era. Después de oírlo sonar más de un minuto, se levantó de la cama y fue a abrir.

Miró sorprendida al fiscal Ramén. Él la saludó inclinando la cabeza y luego se pasó una mano por el pelo. Carraspeó y dijo:

—¿Puedo entrar?

Al cruzar el umbral se fijó en el pelo aplanado y despeinado de ella y en la sudadera llena de manchas que llevaba. Lo condujo a una desordenada sala de estar. Había discos compactos esparcidos por el suelo y una pila de libros a punto de caer junto a un sofá. Ella señaló el sofá. Él se sentó sin quitarse el abrigo.

—Disculpa que me presente así, pero es importante —dijo.

—Podías haber llamado.

El fiscal vio que había un teléfono encima de la mesa y lo cogió.

Al acercarse el auricular no oyó nada.

—Has dejado un teléfono descolgado en algún sitio.

Era verdad. Sara había descolgado el teléfono del dormitorio para poder dormir. ¿Cuánto tiempo hacía de eso? ¿Varios días? Y seguía sin comprarse otro móvil.

La miró unos segundos y frunció levemente el ceño.

—¿Has bebido?

—¿Y si lo he hecho, qué pasa? ¿Qué vas a hacer al respecto?

Ramén guardó silencio un momento. Luego se enderezó. Por su expresión parecía que había decidido que no era asunto suyo.

—¿Crees que esto va por buen camino? —dijo Sara.

—Por supuesto, vamos a ganar. ¿A qué te refieres?

—Los otros parecen estar muy unidos. Se habrán puesto de acuerdo entre ellos.

—No creas que no hay conflictos al otro lado —dijo Ramén—. Se pelean tanto como nosotros, pero no lo demuestran. Oye, tengo algunas dudas. Es solo para entenderlo mejor. ¿Te parece bien?

—Sí, sí —dijo Sara.

—He revisado la declaración de Mari Näslund de principio a fin. Lo interesante es que dais versiones idénticas con una pequeña diferencia: invertís los roles completamente. Todo lo que tú dices de ella lo dice ella de ti. ¿No es extraño?

Sara suspiró.

—Ya te he dicho lo que pasó.

—Lo sé —dijo Ramén inclinándose hacia delante—. Voy a hacerle más preguntas a Mari, pero no la encontramos, como tal vez hayas oído. ¿Qué crees que sucede?

Sara se encogió de hombros.

—¿No sabes nada?

—No —dijo Sara volviendo a encogerse de hombros.

—Sara, ¿qué ocurrió realmente aquella noche?

Ella se quejó y dijo:

—Mari se comportó como una cualquiera, se sentó en las rodillas de todos

ellos, les enseñó el vientre, dijo un montón de obscenidades. Luego se fue.

—¿En qué momento se marchó a casa?

—Lo has preguntado por lo menos diez veces.

—Vuelve a intentarlo.

—En el momento que Jisander se puso pesado, realmente pesado, a ella empezó a dolerle la cabeza. Antes de que me diera tiempo a reaccionar, ya estaba metida en un taxi.

—¿Qué dijo?

Sara pensó, se concentró.

—La verdad es que no lo había pensado antes… ¿Por qué no me acordé de eso?

—¿De qué?

—Recuerdo que ella tenía lágrimas en los ojos.

—¿Lágrimas en los ojos?

—No lloraba, pero tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No lloraba, pero tenía los ojos llenos de lágrimas —dijo Ramén.

—¿Qué es esto? ¿Un juego de repetición?

—¿Por qué tenía los ojos llenos de lágrimas?

—No lo sé, pero dijo algo que se me había olvidado. Dijo: «Perdóname, Sara, perdóname» —afirmó, luego se llevó una mano a la boca—. Y yo pensé que era porque se iba y me dejaba sola. Ahora ya no lo sé.

Ramén la miró como si con la ayuda de una mirada pudiera averiguar algo más. Pero no había nada más.

Lágrimas.

Perdóname.

De camino a su casa, Ramén volvió a llamar a Nina. El solo hecho de escuchar la voz de ella lo alegró. Al parecer estaba sumamente ocupada con un asesinato. Pero cuando le pidió que reanudara la búsqueda de Mari Näslund ella accedió y se rio. Él le explicó que había algo en esa chica que le daba mala espina y que no sabía qué podía ser. Simplemente tenía que encontrarla.

Después de hablar del tiempo un rato, hubo que poner fin a la llamada con Nina. Al llegar a casa se puso a silbar.

Capítulo 83

—¿Qué coño haces aquí?

—Voy a trabajar —dijo Sara poniéndose la camisa roja que tenía que llevar en la tienda.

El jefe la miró con gesto de duda.

—Tienes muy mal aspecto, que lo sepas. ¿Estás segura de lo que haces?

Ella no le hizo caso.

—Gracias por las palabras de aliento. Es justo lo que necesitaba oír.

Él se alejó sacudiendo la cabeza.

Sara desembaló productos lácteos durante treinta minutos. Era agradable tener algo de lo que ocuparse. Le distraía repasar la lista de entrega de Arla. Leche desnatada. Nata líquida. Yogur sin lactosa. Pero no podía relajarse físicamente y después de un par de horas empezó a dolerle la espalda. Alguien le preguntó por un artículo determinado y fue casi corriendo a buscárselo al cliente. Le puso en las manos cuatro paquetes de galletas, ¿no quería también un poco de queso? Tenían unos quesos exquisitos.

El cliente la miró como si estuviera enferma. Ella notó que se fijaba en el pelo. Sara fue a la zona del personal y se miró en el espejo.

Cielo santo.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué resultaba tan difícil recuperar el ánimo? No recordaba cuándo se había lavado el pelo por última vez. Ella, que nunca se quedaba quieta y no podía esperar para hacer las cosas. Ahora cualquier pequeña actividad era un obstáculo casi insuperable. Parecía que se iba quedando paralizada cada vez más, atrapada en un estado con el que no podía identificarse. ¿Qué estaba a punto de sucederle?

Tenía que recuperarse, debía trabajar. Tenía que ganarse la vida. Se hundió

en una silla en el minúsculo vestuario. Con el rostro entre las manos trató de encontrar su habitual fuerza interior, ese impulso que había hecho de ella una superviviente.

—Márchate a casa.

Se volvió y vio a su jefe observándola de un modo que interpretó como una combinación de asco y lástima. La peor posible.

—¿Me mandas a casa?

—No puedes seguir aquí en ese estado.

—No me mandes a casa.

—La gente se te queda mirando. Vete a casa.

Sara se levantó y se fue de la tienda sin decir una palabra.

Capítulo 84

Los abogados se reunieron en el bufete de Slättås, Bennet, Thomasson & Partners. Se sentaron en la amplia sala de reuniones en la que había espacio para veinte personas. Era una sala que transmitía poder, con una mesa de reuniones larga en forma de nave. El tablero relucía.

Habían vuelto allí para revisar sus respectivas tácticas después del tercer día del juicio. Klingspor estaba preocupado. Sostenía que su cliente Sonny Hansson era inocente, a diferencia de los otros. Helen Slättås, polémica, le preguntó qué quería decir. La idea de Klingspor era simplemente así: Hansson era una víctima en la misma medida que cualquier otro. Johnson, el abogado de Huseín, y Nilson, el de Mahmud, no tardaron en aprovechar la oportunidad.

—Algo de eso hay —dijo Johnson, pensativo, intentando aparentar que en realidad no lo había considerado antes.

—Sí que lo hay —dijo Nilson frotándose la barbilla. Miró a hurtadillas al joven Klingspor y levantó las cejas, animándolo. Klingspor no tardó en morder el anzuelo.

—¡Exactamente! ¡Mi cliente afirma que no quería involucrarse en eso! No quería ninguna mujer en su casa. Por lo demás, vive una vida tranquila y normal; hace una eternidad que no está cerca de una mujer.

Johnson pensó en la actitud de Alí Huseín. En realidad el hombre no quería participar, pero fue víctima de la presión del grupo. Además, el impulsor fue el cliente de Slättås. ¿No debía asumir mayor responsabilidad en beneficio del cliente de Johnson? Llegó a la conclusión de que así debía ser.

Slättås no podía dar crédito a sus oídos. Después del tercer día de juicio esos chiflados ineptos ya estaban dispuestos a romper el pacto.

—No se trata de quién es culpable de qué. Se trata de que el fiscal no pueda

probar que hubo una violación. Me importa un bledo lo que os hayan dicho vuestros clientes. Mi cliente no ha hecho nada que no hayan hecho los vuestros, así que esto no lleva a ninguna parte.

—¡Incitó a mi cliente! —exclamó Klingspor.

—¡Se burló de mi cliente y lo llamó impotente! —gritó Johnson.

—Ya, pero hizo todo lo que pudo para demostrar lo contrario, ¿no? —rugió Slättås. ¡Qué imbécil!, pensó. Lo único que demuestra eso es que tiene menos cerebro que mi cliente.

—¡Jisander llamó cabeza negra a mi cliente! —afirmó Nilson.

—Pues denúncialo. Sigue sin tener nada que ver con esto. —Slättås estaba furiosa.

Klingspor se ajustaba la corbata continuamente y miraba a su alrededor.

—Es hora de que aclaremos lo que realmente sucedió aquella noche.

Slättås tomó la decisión de no perder el control. ¿Lo que ocurrió aquella noche? Ya lo habían decidido. La chica estaba dispuesta a estar con los cuatro hombres. Le encantaba el sexo en grupo. Punto.

—Me refiero a que tenemos que ponernos de acuerdo respecto a lo que hizo cada uno en el domicilio de mi cliente. No es necesario que investiguemos cómo distribuir la culpabilidad.

—No existe culpabilidad. Todos están acusados falsamente de violación. Eso afecta a mi cliente, al tuyo, a los de ellos —dijo la abogada haciendo un gesto con la mano.

—Es posible que nosotros no estemos de acuerdo en eso —dijo Klingspor.

Slättås se inclinó sobre la mesa. Miró a Klingspor fijamente a los ojos.

—Escúchame bien porque solo voy a decirlo una vez. Mi cliente está en el mismo barco que el tuyo. Si mi cliente es inocente, el tuyo también lo es, y lo mismo se aplica en sentido contrario —dijo arqueando las cejas y amenazando a los de la mesa con su índice—. Si mi cliente es culpable, también lo es el tuyo.

—Entonces, ¿admites que es culpable?

—No admito nada —replicó Slättås—. Pero lo que le pase a mi cliente, le pasará al tuyo. ¿No aprendiste nada en la escuela, muchacho?

El cuello de Klingspor se enrojeció.

—Si nos fijamos en las estadísticas —prosiguió Slättås enderezando la espalda—, vemos que el peso de la justicia cae sobre todos o sobre ninguno. En los últimos veinte meses he visto dieciséis juicios distintos de violación en grupo, y la respuesta es inequívoca: todos o ninguno.

Tú no has hecho nada de eso, pensó Yngveson, su ayudante. Porque fue él quien se tuvo que leer todo un contenedor de documentos para seleccionar casos similares. Además encontró al menos cinco casos de violación en grupo en los que algunos implicados habían sido condenados y otros absueltos.

—¿Todos o ninguno? ¡Ja! —Klingspor no estaba impresionado en absoluto.

—¿Es así? —dijo Nilson.

—¿Todos o ninguno? —dijo Johnson.

Slättås asintió.

Klingspor no parecía satisfecho.

—¿Y el intento de agresión? —exclamó.

—Mi cliente estaba entonces en la cárcel y no podía agredir a nadie más que a sí mismo —dijo Slättås mirándole con gesto de triunfo—. Las personas que entraron en el apartamento de Sara fueron tres —añadió señalando a los tres abogados sucesivamente—. Uno. Dos. Tres.

Se desencadenó una discusión salvaje. Cuando los tres abogados invitados abandonaron la sala miraron fijamente a Slättås y también unos a otros.

La grieta iba en aumento.

Antaño

Tom salió de la cárcel después de tres días bajo custodia policial. Su padre fue a recogerlo. Un silencio glacial se instaló durante todo el trayecto hasta la estación, donde Tom recibió un billete de ida a Estocolmo para el próximo tren. Ni cómo estás, ni buena suerte; nada.

A Tom lo habían acusado de maltrato y podía contar con un juicio en el plazo de seis meses. En realidad la cosa no resultó complicada. Reconoció, sin más, haberle dado una buena paliza a ese imbécil que había dejado preñada a su hermana. Admitió que le había machacado la cara y que le había cortado el pelo a ese hijo de puta.

Los policías eran comprensivos, pero tenían que hacer su trabajo.

—Reconócelo —decían—. Así será más fácil. Es la primera vez. No estás fichado. Si lo reconoces, solo te caerán un par de meses.

Así que cuando Tom volvió a su ciudad natal seis meses más tarde, en el juicio le preguntó a su abogado de oficio sobre el asunto.

—¿Hice bien al reconocerlo? ¿Me reducirá la pena?

El abogado parecía que había acabado la carrera solo unas semanas antes. La cartera que llevaba no tenía ni un rasguño, iba sin afeitar y se veían unas manchas de sudor enormes bajo sus brazos.

—Por supuesto. Hiciste bien. Hiciste lo correcto.

Tom trató de encontrar la mirada del abogado, pero no fue fácil.

—¿Qué posibilidades tengo? ¿Será mucha la condena?

El abogado terminó de recoger los papeles y se fijó en Tom durante un par de segundos.

—Dos meses como máximo. No más de tres, con toda seguridad.

Tres meses. Tom tragó saliva y se preguntó si soportaría estar tanto tiempo

encerrado.

—Haces lo que puedes para reducir la condena, ¿verdad?

—Por supuesto, chaval.

Chaval, pensó Tom. No le sentó nada bien que un chico que tenía pocos años más que él lo llamara chaval. Tal vez no debía fiarse de él.

Durante el juicio, el abogado defensor no hizo gran cosa para salvar a Tom. Enfrente de ellos estaba el imbécil ese. Tom no podía reconocerlo. Sara no asistió, estaba a punto de dar a luz. Los padres brillaron por su ausencia.

Él había actuado, había hecho algo que ninguno de ellos se hubiera atrevido a hacer nunca. Se había sacrificado por su hermana menor.

El tribunal dijo que el hecho de haber confesado el delito lo honraba, pero no por ello lo iban a tratar con guantes de seda.

Le cayeron dieciocho meses sin posibilidad de reducción de condena.

Capítulo 85

Los días de Sara confluían en una masa gris sin noche ni día, sin mañanas ni tardes, solo una espera insoportable que no quería acabar. Los días eran cada vez más luminosos sin que ella lo percibiera. Intentaba romper la apatía haciendo al menos una cosa por cada día. Sacó algunos libros para leer, pero después de unas pocas líneas perdía la concentración y los pensamientos empezaban a vagar. Cuando ponía la tele, le molestaba todo lo que veía. Quitaba el sonido aunque no consiguiera entender lo que decían. Ni siquiera podía seguir la reposición de *Friends*.

La noche de Santa Lucía daba vueltas y vueltas. Escenas, imágenes, palabras que dijo, frases que dijeron otros. Rostros enfadados, excitados. Sonidos, sus propios gritos le resonaban en la cabeza. Se repetía una y otra vez por qué salió aquella tarde, por qué no se quedó en casa. Si al menos lograra nublar los pensamientos.

En varias ocasiones había estado un rato sentada en el sofá, al lado del teléfono, con el auricular en la mano y el dedo pulgar encima del único número de marcación rápida que probablemente iba a utilizar en algún momento. El de la casa de sus padres.

Tu casa, como Mari solía decir. La casa de los padres era más que una casa, era su casa.

Lo que Sara quería hacer realmente era llamar a sus padres. Pero se imaginaba la escena en la que llamaba, por primera vez en un año, y hablaba fríamente con una madre indiferente y tal vez le preguntaba a un padre ausente por su trabajo, pero en la que no había ninguna posibilidad de contarles cosas. La madre de Sara se dedicaba con todo empeño a quejarse de su situación, pero le interesaba poco la de los demás.

¿Y si los llamaba y les contaba lo sucedido? Sabía que su caso circulaba por la prensa. ¿Qué ocurriría si le dijera a su madre «Mamá, la de la violación de la noche de Santa Lucía soy yo. Por cierto, ¿cómo está papá?»?

A las chicas buenas no las violaban. Sara recordó las advertencias que le hicieron al comienzo de séptimo grado. Ten cuidado con los chicos, no vayas nunca sola a la casa de un chico. No beses a los chicos si lo puedes evitar.

No prometas nada.

¿Quién sabe lo que pueden pensar?

Siempre las mismas consecuencias.

¿Quién sabe lo que pueden pensar?

Recordaba incluso algo que dijo un profesor en séptimo u octavo grado.

No molestéis a los chicos.

Las chicas debían entender que era pesado para los chicos ir por ahí empalmados todo el tiempo cuando llegaban a la pubertad.

Tenedlo en cuenta, dijo el profesor. Las chicas ya no debéis comportaros de cualquier manera con el sexo opuesto. Tenéis que pensar que un chico puede excitarse con tan solo rozarlo.

Y el profesor les explicó detalladamente lo que le sucedía a un chico cuando el órgano sexual masculino se le llenaba de sangre y lo mucho que le podía doler si no se le pasaba.

Sara no podía imaginarse a un solo profesor que informara a la clase en horario escolar de lo sensibles que eran los pezones y los labios de la vulva de una chica.

Su madre tal vez no la culpara expresamente, pero tampoco iba a ponerse de su parte. No creía que su madre ni su padre le hubieran dicho nunca a su hermano que tuviera cuidado con las chicas que conocía, ni si debía o no respetarlas. Ni que debía tener en cuenta la voluntad de la chica y no solo pensar en sí mismo.

Si llamaba a su casa sería igual que hablar con extraños.

Se quedó sujetando el teléfono con la mano, como tantas otras veces. Sin llegar a marcar el número.

Capítulo 86

Alí Huseín solía entrar al dormitorio a mirar el lado de la cama donde dormía su mujer. El lado que llevaba dos meses vacío. Al llegar a casa después de Santa Lucía le dijo inmediatamente lo que había ocurrido en Estocolmo ese desafortunado día de fiesta. Ella solo tardó veinte minutos en meter en la maleta lo más importante y marcharse a casa de su madre con los dos niños.

Alí se hincó de rodillas, le rogó que lo escuchara, lloró y se derrumbó.

No sirvió de nada. Ella se marchó y desde entonces no se había puesto en contacto con él. Llamó cientos de veces a sus suegros, pero se negaron a que su hija se pusiera al teléfono. Últimamente solo contestaba el suegro, y al oír que era Alí le decía que se fuera al infierno.

Alí ya estaba en el infierno.

Se pasaba las noches llorando y tratando de entender su propio comportamiento, intentando ver en qué momento de la noche se le fueron las cosas de las manos, pero no lo logró.

Había bebido alcohol, lo que no hacía habitualmente. En realidad no lo toleraba, así que su razonamiento estaba limitado. Era una excusa deplorable y no pensaba ir con excusas. El que bebió fue él. No había ninguna justificación.

Llamó a Johnson, su abogado, para que averiguara cómo estaba la chica. Johnson lo disuadió diciéndole que por el momento no era conveniente tener contacto con ella. ¿Quién sabe cómo podía interpretarse? Alí no lo entendió. Quería saber si la chica estaba grave. Sería como reconocer tu culpa, dijo Johnson. Pero es que soy culpable, gritó Alí por teléfono. El abogado dijo que no era pertinente.

Consideró hablar con su jefe. Sabía que iba a terminar en la cárcel y se había hecho a la idea. No sería agradable, pero estaba dispuesto a recibir su castigo,

fuera el que fuera. Después saldría como un hombre probablemente divorciado, sin trabajo, con antecedentes penales, pero dispuesto a asumir nuevos retos en la vida. Aunque, ¿quién iba a darle un empleo después de eso? ¿Y quién iba a querer vivir con él? ¿Qué dirían sus hijos? Tenían dos y cuatro años. ¿Qué les habría dicho de él la madre? ¿Cuánto tiempo estaría en la cárcel? ¿Podría verlos en el futuro?

Pero eso no era nada comparado con las pesadillas que lo atormentaban por la noche. Si al menos pudiera dar marcha atrás al tiempo, advertir a la chica. Decirle que se fuera corriendo.

Alex iba caminando a paso ligero por el centro de la ciudad. Había intentado trabajar en una tarea que iba a generar grandes ingresos a la empresa, pero le resultaba imposible concentrarse. La reunión con los colegas había sido muy larga y él estuvo todo el tiempo mirando cómo se movían los labios del Justiciero y del Norteño, pero sin oír una palabra de lo que decían. Lo único en lo que podía pensar era en cómo se encontraría Sara. Estaba tan inquieto que en varias ocasiones tuvo que levantarse y ponerse a dar vueltas por la sala de reuniones, lo que hizo que los demás se enfadaran. ¿No podía centrarse un poco, joder?

Cuando culpó de ello a su lesión cervical y salió de la sala, vio caras largas, pero nadie protestó. Él era uno de los recursos clave en el próximo proyecto, aunque no se echaría a llorar si lo destituían. El Norteño y el propio presidente le importaban un bledo.

Si hubiera tenido más tiempo para prepararse. Si hubiera un modo de que él aprendiera cuáles eran los distintos procedimientos jurídicos.

Pero era lo que había.

Alex se dio cuenta de que tenía que improvisar si quería hacer algo realmente útil. Si nadie seguía las reglas, ¿por qué tendría que seguirlas él?

Se detuvo en una esquina y tomó la decisión de hacer cuanto pudiera para ayudar a Sara. Por más tiempo que tuviera que dedicarle.

Capítulo 87

Las vacaciones de invierno pasaron tan discretamente como lo hizo la Navidad. El cuarto día de juicio comenzó de forma lamentable. El cielo colgaba justo por encima de los tejados y la primavera estaba infinitamente lejos. Cuando se sentó en la sala, Ramén llevaba encima el desgaste de una mala noche y de una mala mañana. Los niños estaban enfermos y el coche no había querido arrancar. Tenía ganas ya de irse a la cama y ni siquiera eran las diez de la mañana.

Comenzó el cuarto día, y todos los que estaban allí pudieron comprobar desde el principio que el dique se había roto. Después de que Slättås les mostrara el camino, llegaron los otros abogados y desfilaron directamente por la vida de Sara sin tener en cuenta las heridas que le infligían.

—Sara, ¿puedes hablar de tus hábitos sexuales? —comenzó diciendo el abogado Nilson.

Sara lo había decidido durante la noche: iba a resistir cuanto pudiera hasta que recibiera una reprimenda por parte del juez o hasta que ella se viniera abajo, lo que primero ocurriera. Estaba decidida a luchar con todo que tenía. Que se vayan todos al infierno, se dijo.

—Realmente no —respondió Sara esforzándose para no mirar a Alex ni a Ramén.

Alex parecía muy decidido cuando ella lo vio. Le había dado una charla muy alentadora y ella decidió seguir sus consejos y ser consecuente, pero no tanto como él pretendía. Pensaba negarse a responder ciertas preguntas. Y en eso sí pensaba ser muy consecuente.

—Creo que es mejor que lo hagas —dijo el abogado Nilson sonriendo.

—Me niego. Muchas gracias.

Ramén se aclaró la voz y estuvo a punto de decir algo.

—Debes responder las preguntas del abogado —dijo el juez Wiklund haciendo algo con el rostro que probablemente representaba una sonrisa—. El propósito es bueno —añadió.

—¿Un buen propósito? ¿Alguien les ha preguntado a ellos sobre sus hábitos sexuales? —dijo Sara señalando a los acusados.

—Déjame decir esto —dijo Nilson—. Tengo datos que indican que tienes experiencia en ciertas actividades, y ahora quiero darte la oportunidad de librarte de esas sospechas.

—Sara, hemos hablado de eso —dijo Ramén en voz baja, para que Nilson no lo oyera—. Sabe algo. Intenta contestar lo mejor que puedas.

Ramén le dio unos golpecitos en la mano y ella la retiró rápidamente con gesto hostil. Empezaba a sentir dolor de cabeza. Tenía que beber agua.

La mujer que era miembro del jurado miró en primer lugar al fiscal con preocupación, luego al presidente y después de nuevo al fiscal. ¿Qué estaba pasando?

Alex le susurró al oído:

—Si no te sientes bien respondiendo, niégate. Es perfectamente factible. No estás obligada a contestar.

Ella se volvió y lo miró asombrada. Él asintió lentamente.

¿Cuándo perdiste la virginidad? ¡Dinos otra vez qué ropa llevabas! ¿Besaste a alguno de los chicos aquella tarde? ¿Con la boca cerrada? ¿Abierta? ¿Por qué no gritaste más alto? ¿No debiste oponer más resistencia? ¿Cómo te hiciste ese hematoma en uno de los labios de la vulva? ¿Sangraste mucho por el ano? Por cierto, ¿te gusta el sexo anal?

—Creo que vamos a hacer una pausa —dijo Göran Wiklund al ver que Sara no podía contener las lágrimas por más que luchaba, y la miró con una expresión casi humana.

Durante la pausa Alex dijo:

—Escúchame. Nada de lo que están haciendo tiene importancia alguna. No se trata de ti, solo son intentos desesperados de destruir nuestro objetivo.

—Es doloroso escucharlo.

—Lo entiendo, pero eres más valiente que ese abogado. Se ha presentado sin un plan, sin argumentos propios de cómo proceder. Sin nada que aportar. Míralo. Un hombre mayor, flácido, un cero a la izquierda. Casi da pena.

Sara miró a Nilson.

—No tengo que hacerle caso.

—Eso es. Cuando sientas que resulta demasiado duro, respira profundamente y levanta la barbilla. Míralo a los ojos, no bajes la vista.

Sara asintió.

—Lo intentaré.

La pausa iba a llegar a su fin. Pronto empezarían de nuevo.

—Tengo un par de preguntas más —dijo Nilson.

—¿Qué quiere saber? —dijo Sara manteniendo la cabeza todo lo alto que podía.

Su rostro reflejaba dolor, pero pensaba demostrar que las críticas la afectaban menos de lo que ellos creían. Las lágrimas eran solo una forma más de expresar su rabia.

—Veamos por ejemplo con cuántos hombres ha estado este último año —dijo Nilson.

—¿Con cuántos estuvo usted? —dijo ella entre dientes.

—No facilita las cosas, precisamente —dijo Nilson, evasivo.

—Ni usted. Con tres. Si se cuenta el año pasado. ¿Satisfecho?

Nilson hojeó sus papeles como si la pregunta siguiente estuviera allí.

—¿Ha mantenido relaciones sexuales con más de un hombre a la vez?

—¿Qué?

—¿Ha mantenido relaciones sexuales con más de un hombre a la vez?

—Lo he oído. ¡No!

—¿Conoce a un hombre que se llama Stefan Lindgren? —dijo Nilson.

—No, bueno, no lo sé. Tal vez.

—¿Conoce a otro que se llama Nico Portos?

Sara volvió a levantar la vista.

—Sí.

—Esos dos caballeros sostienen que mantuvieron relaciones sexuales con usted el mes de enero del año pasado. A la vez —dijo Nilson ajustándose las gafas.

Los otros representantes legales tomaron nota detallada de todo lo que ocurría.

—Eso no es una pregunta —dijo Sara.

—Acaba de afirmar que nunca había tenido relaciones sexuales con varios hombres a la vez.

—¡Que te den!

Capítulo 88

Se anunció otra pausa. Tom se abalanzó hacia Ramén, que no había salido aún de la sala. Lo cogió por las solapas de la chaqueta.

—¿Qué coño estás haciendo? —dijo Tom entre dientes.

Ramén apretó las mandíbulas y se agarró al borde de la mesa. Tom le sujetaba la chaqueta con tal fuerza que no podía moverse bien.

—No es el momento adecuado. Sara necesita estar tranquila.

—¿Por qué no haces nada? —dijo Tom soltándolo.

Ramén carraspeó.

—Ellos pueden hacer preguntas. Funciona así. Es probable que a él lo penalice después la Federación de Abogados.

—¡Qué bien! —dijo Tom—. ¡Será muy agradable pagarle al psicólogo con la indemnización cuando acabe esta maldita farsa!

Ramén bajó la voz y dijo, del modo más discreto que pudo, refiriéndose a Wiklund:

—Es él quien decide aquí dentro, y cuando dice que es suficiente, lo es.

Tom se enderezó y miró a Wiklund.

Cuando dice que es suficiente, lo es.

—Ve a sentarte —dijo Ramén esperando irradiar alguna seguridad en sí mismo—. La verdad es que a Sara solo le empeoras las cosas.

Tom apretó las mandíbulas. Miró al suelo y cerró los puños. Podía hacer una estupidez si no controlaba las emociones.

Una verdadera estupidez.

—¿Estaba borracha cuando se acostó con Nico Portos y Stefan Lindgren?

—No.

—¿Seguro? Ellos dijeron que había bebido usted bastante.

—No.

—¿Cuánto bebió la noche de autos? —dijo Nilson.

—¿Tiene problemas auditivos? Ya respondí a eso.

—Le dijo a la abogada Slättås y al fiscal que se había tomado cuatro cervezas, ¿es correcto?

—Lo ha leído directamente.

—Me refiero a si la información es correcta.

—Es correcta —dijo Sara.

Luego respiró profundamente, levantó la barbilla y miró a Nilson a los ojos. Os condeno a diez años de prisión.

Nilson hizo una pausa retórica, bajó la vista y miró sus papeles.

—Me han llegado otras informaciones que aseguran que bebió bastante más.

—¿Estaba usted allí tal vez? —dijo Sara—. ¿Vio con sus propios ojos lo que bebí?

Nilson no era tan hábil como Slättås, así que Sara no estaba preocupada en realidad. Era más dura que él. Fue un intento torpe y no dio resultado. Hacía tiempo que Sara había descubierto que si mentía con bastante descaro, funcionaba.

—Cuatro cervezas.

—Volvamos a Lindgren y Portos. ¿Los denunció por violación? —dijo el abogado Nilson.

—¡Maldita sea!

Wiklund volvió a intervenir.

—Debo pedirle que conteste las preguntas del abogado. E intente utilizar un vocabulario agradable.

Sara levantó la vista hacia el abogado.

—No, no los denuncié por violación. Es violación cuando no se quiere hacer. Cuando se hace voluntariamente no es violación.

Nilson hizo una nueva pausa intencionada.

—¿Cómo sabe a quiénes denunciar y a quiénes no?

Sara lo miró fijamente.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —dijo Nilson poniendo cara de estar hablándole a una niña pequeña— que si puede estar con varios hombres a la vez unas veces, ¿por qué

no puede estar otras?

—¿Tengo que responder? —dijo ella mirando hacia la sala con gesto de duda.

—No responder una pregunta es también una respuesta —dijo Nilson sonriendo.

—¿Y eso qué significa?

Nilson se aclaró la voz. Él estaba allí para hacer preguntas, no para responderlas. Lo que aseguraba su posición.

—¿No es cierto que le gustan las experiencias fuertes?

Sara puso las manos sobre la mesa y se echó hacia atrás en la silla.

—No necesito responder a esas preguntas. No tengo ningún motivo para sentarme aquí y que me humillen. Son ellos los que tienen que responder las preguntas, no yo —dijo señalando a los acusados.

Dos de ellos sonrieron abiertamente. Huseín bajó la vista y miró la mesa.

—Bueno —dijo el abogado Nilson—, si no quiere colaborar…

Ramén sacó la silla, produciendo cierto ruido. Se levantó y se abrochó lenta y ordenadamente la chaqueta azul marino. Tenía que fijar un límite ahí para poder volver a mirarse en el espejo. Dijo con voz firme:

—Señoría, quiero que figure en acta lo siguiente: la fiscalía se opone enérgicamente a la actuación del abogado Mattias Nilson. Debo decir que lo que está haciendo es… —Hizo ademán de contarse los dedos y prosiguió—: Uno, especulativo y confuso. Dos, irrelevante y absurdo. Tres, el único motivo por el que utiliza las posibles experiencias anteriores de Sara es que el caso le parece tan endeble que tiene que desviar la atención del verdadero delito. Cuatro —dijo levantando la mano delante de él en un intento de alinear sus mal elaborados argumentos—, perjudica deliberadamente a mi cliente. No se pueden prever las consecuencias de ese ultraje a la integridad de la demandante. Tenemos aquí a una víctima maltratada por el sistema desde el principio. Sometida a interrogatorios policiales, a sumarios, a audiencias ofensivas. Víctima de un intento de malos tratos. Humillada por esos misántropos ambulantes —dijo, haciendo un movimiento de barrido señalando a los defensores—. No puedo encontrar circunstancias atenuantes para lo que ha ocurrido en esta sala los últimos días. No habría que permitir, señor presidente, que esos hombres puedan seguir un solo momento más con sus fechorías.

—¿Ha concluido la fiscalía? —dijo Wiklund mirando el reloj de la sala de modo manifiesto.

Ramén apretó los puños en la espalda y miró a Nilson fijamente. Quería decirle lo que pensaba de él y tenía muchas ganas de evitar expresiones envolventes.

—En absoluto.

—De acuerdo. Se hace constar en acta la protesta del fiscal y seguimos el interrogatorio. Siéntese. El abogado tiene la palabra —dijo Wiklund volviéndose hacia Nilson.

Sara se quedó mirando a Wiklund sin poder asimilar lo sucedido. ¿Por qué no lo interrumpía?

Ramén, para su propia sorpresa, se mantuvo en pie. Se pasó las manos por el pelo, notando que lo llevaba algo largo. Había trabajado muchas horas para preparar ese caso. Era importante colocar todas las piezas en su sitio, todos los interrogatorios con los acusados, con Sara. Las largas y tardías sesiones con los investigadores, las noches que pasó revisando su alegato. Sabía que el noventa por ciento de las denuncias de violación ni siquiera llegaban a juicio, pero ese caso lo defendía con todas sus fuerzas por lo evidente que era.

Ramén se sentó.

Sara miró a Alex, que se había quedado con la boca abierta. Tenía las manos entrelazadas y los nudillos pálidos. En una de las manos apretaba un papel arrugado, probablemente las anotaciones que había hecho durante toda la mañana. Nunca lo había visto así. Siempre era la tranquilidad en persona, pero en ese momento daba la impresión de que al fin había tenido suficiente.

Nilson obedeció. Recordó lo que acababa de decir.

—Sara, ¿qué contesta? ¿Es cierto que prefiere el sexo duro al normal?

—¿Es cierto que te haces pajas por la noche delante del televisor? ¿Es cierto que le das por el culo a tu mujer? —dijo ella.

Nilson sonrió.

—No se trata de mí. Yo no soy el acusado.

Sara dio un golpe en la mesa con la palma de la mano y gritó marcando las sílabas:

—¡YO TAMPOCO!

Capítulo 89

El juez Wiklund se volvió hacia Nilson de repente y dijo:

—Al parecer no llegamos a ninguna parte. ¿Tal vez podamos dejar este camino y continuar? Pido al abogado que se centre y que no cause daño sin necesidad.

Nilson se encogió de hombros. Recogió sus papeles, los amontonó ordenadamente y los puso delante de él. Sara exigió ir al baño. Wiklund ordenó hacer otra pausa. Eran tantas que empezaba a resultar difícil llevar la cuenta.

Alex puso una mano en el brazo de ella y le dio unas suaves palmaditas.

—Irá bien. Lo estás haciendo de maravilla. Niégate si resulta demasiado difícil. Recuerda que eres más fuerte que ellos. Anímate, no te pongas de mal humor. Resiste. Solo queda el abogado de Hansson. Aguanta un poco más, prometo que irá a mejor.

Pero él sabía que no resultaría fácil. Si la defensa quería que se prolongara, lo harían. Y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Sara salió. Pensaba estar fuera un montón de tiempo.

Cuando se volvió a mirar al público, Alex reparó en Tom Leijon. Estaba sentado con los pies muy separados, tenía las manos juntas delante de la boca y la mirada fija en un punto determinado de la sala. Parecía que también había dormido mal y Alex creyó por un instante que se había quedado dormido. Entonces se dio cuenta de que Tom no parpadeaba, pero alcanzó a distinguir una pequeña arruga que tenía en el entrecejo. Cuando siguió su mirada pudo ver lo que él estaba mirando.

Alex notó en su interior una vaga inquietud.

Aunque no debía hacerlo, Ramén miró sucesivas veces hacia las filas de bancos en las que estaba la gente de prensa con más experiencia. Si empezaba a pensar en lo que escribirían en los periódicos y en lo que dirían en los informativos de televisión, no podría concentrarse.

Pero empezaba a dudar de su propio sentido común. ¿Había sobrepasado el juicio los límites del decoro? Por ejemplo, ¿no fue una prueba definitiva de haber descendido a un nivel inferior el momento en que Wiklund no reprendió a Helen Slättås cuando esta dijo que Sara iba vestida como una puta? A él le parecía un indicio de que el sistema estaba a punto de hundirse por completo.

Una mujer de la redacción de noticias de SVT se secó los ojos después de ver a Sara frustrada durante el juicio. Un hombre se removió con gesto de desagrado y se cruzó de brazos y de piernas cuando Sara gritó que ella tampoco estaba acusada de nada.

Aparte del estado mental de Sara, lo que más le preocupaba a Ramén era su hermano. Al observar a Tom no advirtió nada especial, solo algo obvio: no parpadeaba. Miraba a los demás a los ojos con tal firmeza que resultaba gratuita. Tenía una mirada implacable. Algo le indicaba a Ramén que le convenía llevarse bien con Tom Leijon.

En la cama por la noche, con el brazo debajo de la almohada escuchando la respiración de su mujer, pensó en Tom y no en Sara, lo que le produjo una especie de vergüenza.

Tenía un paradigma propio en la vida. Si el miedo al fracaso se hace más fuerte que el deseo de triunfar, habrá problemas. Cuando volvió a mirar a Wiklund, Ramén vio que dejaba los papeles encima de la mesa con sumo cuidado y que colocaba el bolígrafo al lado, perfectamente alineado. Antes de sentarse se subió ligeramente los pantalones, y ya sentado se ajustó la corbata a pesar de que la llevaba perfectamente recta.

Cuando dice que es suficiente, es suficiente.

¿Qué ocurriría si yo protestara contra sucesivos ataques?, pensó Ramén. ¿Tendría la razón de mi parte o tendría que atacar a los acusados con la misma dureza que ellos atacan a Sara?

¿Qué era lo correcto?

Wiklund dio un leve golpe en la mesa con el mazo. Tras unos minutos de formalidades legales llegó el momento de que Stefan Klingspor, abogado de Sonny Hansson, preguntara a Sara acerca de lo ocurrido aquella noche.

No paraba de escribir como un loco. O el joven abogado no sabía que ello denota falta de preparación o era una variante creativa y acababa de llegarle la inspiración. A Wiklund le molestó de todos modos.

—¿Podría tener el abogado la amabilidad de empezar? El tiempo pasa.

—Por supuesto. Quisiera preguntarle, Sara, si podría hablarnos una vez más de aquella noche. Tengo algunas preguntas al respecto.

Sara resopló, y también varios de los asistentes. Ramén esperaba de corazón que ella pudiera refrenar su lengua.

La joven parpadeó para quitarse las lágrimas de los ojos. No lograrían hundirla. No volvería a llorar delante de esa gente por ningún motivo. Nadie podía salvarla de la humillación, estaba sola en esa batalla. Y, al final, tuvo que aceptar la situación.

—No le veo el sentido, pero puedo hacerlo una vez más, claro.

—Un momento —dijo Wiklund.

Todos se volvieron hacia él. Sara pensó por un instante que no permitiría que en lo sucesivo la interrumpiera.

—La demandante ha hablado ya de lo ocurrido. Detalladamente. No hay ninguna razón para volver a revisarlo.

—Señoría —replicó Klingspor, a mucha distancia de la experta Slättås—, tengo una serie de preguntas basadas en su declaración.

—Entonces puede utilizar sus anotaciones. Dejen de ofender a la testigo.

Klingspor y Sara se miraron. Ambos estaban un poco sorprendidos.

Klingspor se aclaró la voz y continuó:

—Si he entendido bien, Jisander fue el promotor de los hechos.

—Sí.

—¿De qué modo empujó a los demás?

Sara suspiró.

—¿Cómo que de qué modo?

—Sí, es decir, ¿qué hizo para empujar a los demás? ¿Qué dijo, cómo lo expresó, qué hizo?

Slättås se volvió hacia su joven colega, que acababa de romper la impía alianza de los cuatro abogados.

Sara miró a Ramén unos segundos. Después giró la cabeza hacia los

asistentes y Ramén se dio cuenta de que miraba a su hermano. Cuando volvió a mirarlo a él, le dijo en voz baja:

—¿Tengo que contestar a eso?

—Puede ser importante —dijo pensativo—. Arriésgate, pero solo si te sientes bien, de lo contrario dile que… —añadió haciendo un gesto con la mano.

Sara se aclaró la voz y se volvió hacia Klingspor.

—Cuando él acabó, les dijo a los otros lo que tenían que hacer conmigo. Contra mí.

—Entiendo —dijo Klingspor—. Había que salvar lo que se podía salvar. ¿Qué dijo exactamente?

—¿Lo ha comprendido o no? Si lo ha comprendido, no tengo necesidad de repetir aquello.

—Facilitaría las cosas que dijera exactamente las palabras que utilizó.

Sara sintió que algo empezaba a burbujear otra vez en su interior, y no estaba segura de que fuera solamente beligerancia.

No te pongas de mal humor, se dijo.

—¿Por qué no se lo pregunta a él?

—Lo haré después, gracias por el consejo. Ahora la estoy interrogando a usted.

—¿Quiere saber las palabras exactas? ¿Lo que dijo exactamente cuando me violó?

—Sí.

Sara jadeó y miró al abogado.

—Dijo que iban a follarme hasta que gritara de dolor. Dijo que me la iban a meter con tanta fuerza que me iba a quedar sin respiración. Dijo que me iban a asfixiar con sus, con sus… Dijo a los otros que me apretaran la nariz mientras… me la metían en la boca…

Se detuvo un momento, pero no se hundió.

—Dijo que… que después de que me follaran se me iban a quitar las ganas de volverlo a hacer —añadió.

Luego miró a Jisander y añadió:

—Dijo que iban a utilizar sus pollas como armas, que me iban a hacer todo el daño que pudieran. Dijo que yo era una puta, una zorra, una guarra que follaba con cualquiera, y que ellos me curarían eso. Dijo que me iban a llenar el… el… con su veneno. Dijo que cuando acabaran los demás, él iba a terminar el tratamiento rompiéndome el culo de tal modo que después no podría volver a

cagar. Jisander dijo que si los otros no lo hacían, él iría a ir por ahí diciendo que eran unos maricones impotentes. Dijo…

Sara se hundió en la silla. Le temblaba todo el cuerpo. Alex le pasó un brazo por los hombros, pero ella lo retiró con un aullido de furia. Se dio cuenta de que no lloraba.

Estaba furiosa. Respiraba con dificultad, levantando la barbilla.

Klingspor tragó saliva y tamborileó en la mesa. Después de un momento que pudo durar tanto diez segundos como dos minutos, dijo en voz baja:

—Creo que es suficiente.

Alex entendió perfectamente lo que había hecho Klingspor. Había trasladado el foco de atención y ahora el malo no era Hansson, sino Jisander. ¿Qué ganaba difamando a Jisander? El tribunal tal vez pronunciara sentencia a favor de Hansson. En realidad era lógico. El único problema era que Klingspor utilizaba a Sara como arma, llevándola de ese modo peligrosamente al borde de la crisis nerviosa.

Alex miró al fiscal, que estaba ordenando sus papeles. Volvió a pasar el brazo por los hombros de Sara otra vez y entonces ella no lo retiró.

Capítulo 90

Sara estaba tumbada en una litera en el cuarto que habían acondicionado para la fiscalía. No hablaba. Ramén estaba sentado a su lado hojeando los papeles. La camisa se le pegaba al cuerpo y a él mismo le parecía percibir que olía a sudor. Había solicitado dos horas de descanso y le habían concedido una.

—¿Qué vas a hacer con dos horas? —preguntó un malhumorado Wiklund al pasar Ramén por delante de su despacho cuando se dirigía a la sala auxiliar—. Si ella no se serena en una hora, no creo que lo haga en dos.

—Pero si no puede continuar, tendremos que retomarlo en otra ocasión.

—Lo superará —dijo Wiklund con cara seria. Ya he oído lo que les ha dicho a los abogados.

Ramén miró a Wiklund, que carraspeó y se examinó las manos. Cuando el fiscal abrió la boca, eligió bien las palabras.

—Déjame ver si lo entiendo correctamente —se aventuró mirando a Wiklund a los ojos—. ¿La acusas de interferir en tu juicio oral?

—No puedo permitir tantas interrupciones en la sala —dijo Wiklund.

Ramén midió con sumo cuidado cada una de las palabras antes de dejarlas salir de los labios.

—Pues entonces corta en el momento adecuado, por el amor de Dios —dijo mirando al juez con gesto de duda.

Wiklund se quitó las gafas y se inclinó por encima de la mesa de escritorio vacía. Se aflojó la corbata y por un momento le dio la impresión de que iba a limpiarse las gafas con ella. Luego volvió en sí, soltó la corbata y se ajustó el nudo una vez más.

—Han manifestado que la chica practica sexo en grupo todos los fines de semana y que justo ahora se le ha ocurrido denunciar a estos chicos por puro

capricho.

—Hacen su trabajo —dijo Ramén—. No tengo que explicarte eso.

—Ha ido demasiado lejos —dijo Wiklund apretando las mandíbulas y tamborileando los dedos sobre la mesa—. Criticar al representante es ir demasiado lejos —añadió.

El fiscal miró por la ventana. La lluvia se deslizaba por los sucios cristales. Pensó en Sara. Y por primera vez desde que arrancó su carrera tuvo dudas acerca de su elección de profesión.

Cuatro años, pensó. Cuatro años creyendo en el sistema. Por no hablar de los años de estudio.

Ramén se frotó los cansados ojos; le ardían. Miró a Göran Wiklund, un hombre que tal vez no le agradaba, pero al que respetaba de todos modos.

—A veces me parece que quieres castigarla a ella en vez de a ellos.

—¿Has leído la investigación sobre la presunta víctima? —replicó Wiklund.

—¿Qué quieres decir?

—Su reputación no facilita precisamente las cosas.

—Eso no da derecho a que la violen y la maltraten —protestó Ramén.

Wiklund no contestó. Se limitó a contemplar el paisaje por la ventana.

—Tengo una cliente a la que debo atender —dijo Ramén poniéndose en pie y mirando el reloj—. Y, según el presidente del jurado, me quedan cincuenta y un minutos para recogerla para la próxima ronda de tortura mental. Esperemos que después de esta parodia haya plazas libres en las emergencias psiquiátricas.

Algo le decía que en ese momento su rostro irradiaba asco hacia el hombre que permanecía al otro lado de la mesa.

Mientras Ramén discutía con Wiklund, Alex intentó controlar la situación. Sara volvía a desplomarse. En ese momento estaba tumbada en la litera con los ojos cerrados. Había dado muestras de cambios opuestos, tanto de ánimo como de comportamiento en general, lo cual era preocupante. Le había dicho que era más valiente que sus oponentes. Que desde el principio había sido una persona fuerte, por lo que cabía esperar que sus reacciones siguieran siéndolo. Pero, por desgracia, iban en ambos sentidos, alternaba fuerza y motivación con caídas en una especie de estado de penumbra que la inmovilizaba. Se preguntó si estaba suficientemente preparado para seguir ayudándola.

Alex se inclinó hacia delante.

—¿Sara? Mírame.

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Recuerda el objetivo que hay tras todo esto. Acuérdate de por qué lo haces.

—Esos hijos de puta van a ir al trullo.

Al decirlo le vibró todo el cuerpo de emoción. Parecía estar tranquila por su tono de voz, pero su temperamento volcánico engañaba bajo la superficie y podía estallar en cualquier momento. Alex lo sabía, igual que sabía ella lo que él pensaba.

—No me voy a desanimar.

—Puedes contestar las preguntas estúpidas con pocas palabras, si quieres. No hay nada que no se haya dicho ya.

—La fuerza de la coherencia.

Él asintió.

—Lo importante no es lo que ocurre, sino…

—Sino mi modo de ver lo que ocurre.

Alex le apoyó una mano en el brazo.

—No olvides nunca que tú decides. No dejes que nadie te diga qué debes pensar. Puedes tomar la decisión de ganar y ello te dará toda la energía necesaria. Serás capaz de hacerlo.

Sara asintió.

—Ellos no pueden acabar conmigo.

Se incorporó, estiró levemente la espalda y durante unos segundos su aspecto fue el habitual. Alex se preguntó qué se movía bajo la superficie en realidad.

Llamaron a la puerta. Tom Leijon entró en el cuarto con gesto de enfado. Alex inclinó la cabeza en señal de saludo, sin decir nada.

El hermano acercó una silla a la litera, tomó una de las manos de Sara y la puso entre las suyas.

La hermana guardó silencio y se limitó a mirar a Tom y a apretarle la mano. Alex sonrió y los miró con nostalgia. Había algo especial entre los hermanos Leijon. Ese núcleo duro también estaba en el interior de Tom. Había algo en su mirada que Alex no entendía. Una vena en la frente le latía amenazadora. Tom hervía de agresividad reprimida.

—¿Puedes resistir, Sara? —dijo Tom finalmente.

—A veces pienso que me va a despertar el sonido del canto de los pájaros y que todo ha sido un mal sueño —dijo—. Que me secaré el sudor de la frente y

me daré cuenta de que solo se trataba de una pesadilla.

Llamaron a la puerta.

Ramén entró en el cuarto.

—Cinco minutos —dijo. Miró a Tom y luego a Sara. Levantó las cejas, se volvió hacia Alex y este se encogió de hombros.

—Lo odio —dijo ella.

—¿A Jisander?

—Al juez. Podría pararlo si quisiera y no lo hace.

Tom apoyó la mano en el escuálido hombro de Sara.

—Ahora no puedo quedarme. Tengo que hacer una cosa.

Ella inclinó la cabeza como despedida y a continuación levantó la barbilla.

—Claro, tienes que cuidar la tienda —dijo.

—Sí —dijo él mirándola a los ojos.

Alex podría jurar que los hermanos se habían intercambiado un mensaje totalmente diferente.

—Tengo que cuidar la tienda —repitió Tom y luego añadió, mirando a Alex:

—Estás en buenas manos.

Después se inclinó y besó a su hermana en la mejilla.

Ella lo miró a los ojos.

—Gracias, Súper-Tom —susurró.

Capítulo 91

Nina lo descubrió por casualidad. Acababa de actualizar su perfil de Facebook cuando le vino a la cabeza algo que había leído acerca de que una de cada diez personas del planeta estaba en Facebook, sobre todo personas jóvenes. Era muy probable que Mari Näslund también tuviera un perfil.

Ramén había sido muy insistente pidiéndole que procurara encontrar a Mari Näslund y se lo repitió un par de veces en pocos días. Nina hizo todas las llamadas telefónicas que pudo: compañeros de trabajo, familiares, amigos, conocidos, vecinos y demás, pero nadie sabía dónde había ido Mari.

Y no podía ser verdad.

Cuando Nina escribió «Mari Näslund» en el encabezamiento azul de su perfil personal solo obtuvo dos coincidencias. Una era una mujer que no parecía particularmente activa, ya que la última entrada registrada consistía en un par de fotos de un viaje a Tailandia que había hecho el año anterior. La otra coincidencia era la Mari Näslund que Nina buscaba.

No sabía si reír o llorar, porque además el perfil de Mari se había actualizado pocas horas antes.

Esa tarde no podría ver *El Show de Tyra Banks*. ¡Buah!

Nina se echó hacia atrás. Había una posibilidad de que Mari, dondequiera que estuviera en ese momento, llevara su portátil, y en tal caso iba a ser un poco más peliagudo. Si solo tuviera un ordenador fijo, tal vez todavía estuviera en su domicilio. Como no se encontraba allí, eso significaba que ahora estaba utilizando otro ordenador en alguna parte de Suecia. O incluso en el extranjero. Y todos los ordenadores tienen su propio número IP. Con un poco de suerte podría solucionarse.

—Facebook tarda muchísimo tiempo en contestar esas cosas —dijo el

experto en IT del equipo, un hombre joven con amplios conocimientos de todo lo que sucedía en la red—. Si es que lo hacen.

—Tienen que colaborar con la policía, ¿no? —dijo Nina.

Él resopló.

—Les importa un bledo. Pero tienes suerte, porque un colega mío trabaja actualmente allí.

El colega tardó cinco minutos en encontrar el ordenador que Mari había empleado. Estaba en una dirección concreta de Eskilstuna. Una rápida ojeada a la dirección les indicó que se trataba de un cibercafé.

Mari probablemente había intentado ser astuta, pero según el experto en IT utilizó el mismo ordenador al menos nueve veces durante la última semana. Había bastantes probabilidades de que lo volviera a utilizar.

—¿Gabriel? Necesito hacer una búsqueda.

Hellmark estaba en pie en su despacho y tenía la cara enrojecida después de gritar por teléfono algo más de dos minutos mientras Nina esperaba. Soltó el auricular con una sacudida y se volvió hacia ella.

—¿Una búsqueda? Mientras que se trate de algo que esté muerto en un garaje no tengo ningún inconveniente.

Nina dudó demasiado tiempo.

—¿Qué demonios estás haciendo? Te necesito aquí. Lo otro puede esperar, sea lo que sea.

Nina recordó que, aunque tuviera la cara enrojecida y levantara la voz, no estaba necesariamente enfadado. Al menos con ella.

—La amiga de Sara Leijon probablemente haya cometido perjurio. Hay posibilidades de encontrarla, pero buscarla puede llevarme varios días.

—¡No tenemos varios días! ¡Aquí vamos con un mes de retraso!

Nina dio dos pasos hacia delante y se puso frente a él.

—Esta es la única oportunidad de ponerlos tras las rejas. ¡Me voy!

—¿Entonces, por qué me preguntas nada? ¡Vete de una vez, joder! ¡Encárgate de que esos hijos de puta vayan a la cárcel, como debe ser!

Volvió a coger el teléfono y marcó un número con rabia, como si estuviera enfadado con el aparato. Nina lo dejó allí y bajó directamente al garaje, donde recogió un coche policial camuflado.

En dos minutos ya estaba en camino.

Capítulo 92

En la última tanda de preguntas, Ramén logró al fin meter cizaña entre los acusados. Después de haber interrogado de nuevo a Hansson y a Huseín, estaba claro que Jisander fue el impulsor y que incitó a los otros a comportarse de un modo brutal. Sus relatos no cambiaron en un punto: Sara seguía queriendo tener sexo con todos. Pero Jisander los incitó a incrementar esa motivación, por supuesto.

Los demandados empezaron a tartamudear y los abogados a olvidar cosas. En realidad, solo Slättås no había perdido la compostura por el ataque de Sara una hora antes. Los cuatro abogados sufrían cada vez más con más frecuencia las interrupciones de Wiklund, que aceptaba cada vez menos. Se miraban entre ellos con más frecuencia que antes. Era evidente que el pacto entre los cuatro abogados se estaba resquebrajando.

Ramén no tenía opción. Tenía que volver a llamar a Jisander. ¡Qué harto estaba de ese hombre!

—Charles, durante el juicio ha surgido información acerca de que fue usted el que empujó a los otros tres durante la supuesta violación.

Ramén miró a Jisander del modo más ambiguo que pudo, intentando volver a tener a Wiklund de su parte mediante la utilización de un lenguaje comedido.

Jisander le devolvió la mirada sin decir nada.

—¿Y bien? ¿Qué tiene que decir al respecto?

—Nada —dijo Jisander.

—Según Sonny Hansson, usted incitó a los demás. Según Alí Huseín, casi les exigió que siguieran violando a Sara.

—Gilipolleces.

Entonces, sorprendentemente, Wiklund reaccionó.

—Tengo que pedir al acusado que cuide su lenguaje en la sala.

Lanzó una mirada a Slättås e hizo una anotación en un papel. La abogada tenía aspecto de haberse tragado un limón.

—Bueno —dijo Ramén—, ¿entonces, por qué lo afirman los dos? ¿Cuál es su explicación?

Se dio cuenta de que le formulaba dos preguntas a la vez y rectificó:

—Es decir, ¿qué explicación da a las respuestas de ambos?

Jisander se retorció.

—No lo sé.

—Oh, sí. Sin duda lo sabe. Vamos.

—Supongo que se querrán escapar del castigo.

—Nadie se escapa del castigo cuando ha cometido una violación tan grave. Usted ya ha sido procesado por violación, como obviamente sabe.

Jisander se inclinó hacia delante con gesto de enfado.

—¡Me absolvieron!

—¿Se refiere a que no fue a la cárcel? Le he echado un vistazo al proceso.

Ramén se volvió hacia Slättås.

—Los abogados no son los únicos que pueden hurgar en viejos papeles. He encontrado algunos datos interesantes en el interrogatorio preliminar. En aquella ocasión también iba usted acompañado y, según sus compinches, en ese momento también los incitó a que actuaran contra la chica. ¿Qué tiene que decir a eso?

Jisander se cruzó de brazos. Miró hacia abajo y dijo:

—Quiero hablar con mi abogada.

Ramén se volvió hacia Wiklund y levantó la ceja.

—Responda al fiscal —dijo Wiklund con severidad.

Jisander esperó un minuto.

Ramén creía que iba a estallar. No había logrado nunca mantenerse en silencio tanto tiempo.

Con evidente angustia y el rostro enrojecido, Jisander dijo al fin:

—Solo no puedo.

—¿No puede qué? —dijo Ramén.

Jisander miró al fiscal con súbita tristeza.

—No puedo acabar.

Se oyó un leve murmullo en la sala. Los asistentes debieron intercambiar impresiones entre ellos. Por lo visto, el chico no podía completar una relación sexual bajo la presión que conlleva una violación.

Ramén no sabía si llorar o reír.

—De acuerdo —dijo—, entonces usted no participó. ¿Así que no tuvo sexo con Sara Leijon? —dijo señalando a Sara con una mano e intentando parecer benévolo.

Jisander sacudió la cabeza.

—No oigo nada —replicó el fiscal.

—Traté de tenerlo, pero no pude con ella.

—¿Así que no podemos juzgarlo por violación consumada?

Jisander sacudió la cabeza con fuerza. No se dio cuenta de que Helen Slättås abría unos ojos como platos y le hacía gestos desde la mesa.

No lo intentes, pensó Ramén. A pesar de todo, decidió poner unas palabras bien elegidas en la boca de Jisander. Ya era hora de aprovechar la incapacidad del muchacho para pensar por sí mismo.

—¿Entonces lo único que hizo usted fue excitar a los otros e inducirlos a que la violaran, ya que usted lo intentó pero no pudo?

Jisander asintió lentamente. Perecía sentirse aliviado. Iba a salir del atolladero.

—No oigo lo que dice —dijo Ramén.

—Incité a los otros a que lo hicieran con ella.

—Aprecio su honestidad. Entonces fueron ellos los que la violaron.

Jisander vaciló. Tenía instrucciones muy concretas de lo que debía contestar a una pregunta así. ¿Pero qué demonios? Esta era su oportunidad. Él ya había tenido que recibir un par de puñaladas por la espalda.

—Sin duda. La violaron. Pero era solo un juego. Ella tenía fantasías con esas cosas.

Los que estaban en el estrado tomaban nota como locos. El jurado resucitó de repente.

Ramén se preguntó qué significaba realmente el último comentario. ¿Solo un juego? Intentó no sonreír cuando dijo:

—¿Por tanto solo podemos juzgar a los otros por violación? ¿A usted no?

—Supongo.

—Menos mal que lo podemos juzgar por complicidad. Y por incitar a la violación. Y por agresiones sexuales graves.

Ramén se volvió hacia Wiklund y lo miró a los ojos.

Jisander observó a su abogada por primera vez después de un buen rato. Helen Slättås estaba recostada en la silla y miraba al techo con un papel arrugado en una mano.

Asombrado, se dio cuenta de la situación.

Lo habían engañado.

Capítulo 93

Tal y como Ramén le había explicado a Sara, la defensa tenía todo el derecho del mundo a volver a interrogar a la demandante. Y aprovecharon la oportunidad. ¿Qué otra cosa podían hacer? Totalmente en contra del plan, las cosas habían evolucionado de repente hasta convertirse en ventaja para la otra parte.

Pero Helen Slättås no tenía intención de rendirse. Guardaba una carta en la manga y decidió apostarlo todo, pasara lo que pasara.

—¿Puede hablar de su hermano, Sara?

Sara se aclaró la voz y se enderezó. Igual que los demás, se dio cuenta de que todo había dado un giro imprevisto y notó que, de repente, retornaban sus ganas de luchar.

Soy más valiente que ellos, pensó.

—¿Por qué motivo? —dijo Sara.

—Me despierta curiosidad.

Sara miró a Slättås y dijo:

—Entonces creo que debería pedirle una cita.

—¿De qué vive su hermano? —dijo la abogada.

—Tiene una tienda de vídeos —contestó Sara alzando la barbilla.

—¿A qué se dedicaba antes de eso? —dijo Slättås como si en realidad no lo supiera.

—Señoría —interrumpió Ramén—, a los demandados no se les acusa de haber alquilado cintas de vídeo.

—¿Por qué no quiere hablar de su hermano? ¿Hay algo que ocultar?

—¿Dónde quiere llegar con esto la abogada? —dijo Wiklund.

—Solo quiero formarme una idea precisa de las relaciones familiares de Sara. Es conveniente para el tribunal tener conocimiento de ciertos hechos —

dijo la letrada.

Wiklund trazó con fuerza una línea en el papel, casi con furia. Se debatía entre la irritación personal y la profesión jurídica.

—¿Podría explicar la abogada por qué es importante?

Slättås juntó las manos y habló libremente.

—Señoría, mi cliente percibió señales claras de Sara aquella noche y tengo una idea del origen de ese comportamiento. Eso es todo. Pero si el tribunal no quiere conocer los hechos…

Se quedó callada y giró con lentitud la cabeza hacia Ramén.

—No lo pienso permitir. Es irrelevante —concluyó Wiklund mientras miraba a Slättås con gesto autoritario.

Slättås apretó los labios, pero no dijo nada. Al parecer, se le había acabado la buena racha.

—¿Algo más? —dijo Wiklund.

—No, señoría.

Nina cambió de postura en la silla. El café le había bajado directamente y necesitaba ir al baño. Pero ¿y si Mari Näslund aparecía en el momento en que ella hacía un descanso en la búsqueda? Estaría bonito. Había motivos para que los policías de investigación trabajaran en pareja.

Sonó el móvil.

—Hola, ¿la has encontrado? —dijo Ramén.

—¿Eres tú, Johan? ¿No estás ocupado?

—Ahora hay una pausa, pero tal vez hayamos logrado un pequeño avance. Aunque no vendría mal uno más.

—Sigo esperando que pique —dijo como resumen de su plan de encontrar a Mari Näslund.

—Eso suena bien. ¿Qué piensas hacer esta tarde?

Nina se incorporó en el asiento.

—¿Me preguntas qué voy a hacer?

—Necesito descansar un poco de todo esto y quisiera saber si te gustaría cenar conmigo.

—¿Cenar?

—Claro —dijo sonriente.

A Nina se le pasaron mil cosas por la mente. Ella mantenía una relación. No

funcionaba del todo, pero era una relación al fin. Además él estaba casado. ¿Qué era eso? No se permitiría un encuentro de esa clase con el fiscal, al menos en esas circunstancias. ¿En qué estaría pensando él?

Intentó salir por la tangente con algo que Alex solía utilizar cuando no sabía qué responder.

—¿Qué quieres decir? —le dijo a Ramén.

—Exactamente lo que he dicho. Necesito alejarme de este juicio agotador. Comer algo, relajarme. Beber un vaso de vino, tal vez. Y creo que sería agradable que me hicieras compañía. Eso es todo.

Sonaba tan simple. Y sorprendentemente se sentía atraída por la propuesta.

—Sabes que tengo una familia, así que no debes preocuparte. No tontearé contigo —dijo riendo.

Aunque Nina creía que era capaz de hacerlo, tuviera o no familia. Ramén era amable y seductor. Además era atractivo y lo sabía. Una combinación letal.

—Lo podemos llamar encuentro profesional. Solo hablaré de trabajo.

—Creía que habías dicho que querías escapar un rato del trabajo.

—De Sara Leijon, sí. No te puedes figurar lo agotador que puede resultar estar con ella. A diferencia de estar contigo.

Lo dijo con toda naturalidad, sin afectación, como si decir piropos sin más a la mujer de otro fuera lo más natural del mundo. Pensó qué le parecería a ella que Alex se comportara así.

Concluyó que tal vez no fuera tan grave que Ramén rompiera etiquetas. En realidad, no sabía que su asesor y ella eran pareja. Habían decidido no revelarlo, al menos por el momento. Recordó la frente arrugada de Alex cuando le habló de Ramén durante la cena unas semanas antes. No había reflexionado sobre eso, solo recordaba que percibió que a él no le agradaba que el nombre de Ramén saliera a relucir varias veces durante la conversación. No dijo nada, por supuesto. Al parecer estaba por encima de esas cosas. Pero no lo vio contento.

—¿Por qué no? —se oyó decir a sí misma mientras sonreía.

—¡Perfecto! ¿En el Grill a las siete? He reservado ya. —Después colgó.

He reservado ya.

Eso es estar seguro de sí mismo, pensó ella mientras dejaba caer el móvil en el bolsillo.

En la calle todo estaba muerto. Parecía que los habitantes de Eskilstuna hubieran hibernado.

Solo es una cena, se dijo a sí misma. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Capítulo 94

Lo que hiciera Alex parecía no importar. Por más que apoyaba y animaba a Sara, siempre surgían nuevas ocasiones para los abogados de volverla a hundir en la miseria. Por un lado tenían un ingenio impresionante, pero Alex estaba profundamente abatido por la visión que compartían del ser humano. ¿Cómo podían mirarse esas personas en un espejo?

Wiklund tal vez ya había tenido suficiente. Era probable que su necesidad personal de poder hubiera sido superada finalmente por su sentido del bien y del mal. Y, sin duda, Sara se había recuperado en el último momento, pero eso era más delicado.

Alex se volvió hacia la joven y la miró a los ojos con toda la firmeza que pudo, intentando transmitirle algo:

La fuerza de la coherencia. No dejes que te hundan.

Tiene que acabar alguna vez.

Sara echó la silla hacia atrás. Antes de que nadie pudiera reaccionar, ya se había puesto en pie. No lo había hecho nunca antes, por lo que se oyó un leve murmullo en la sala. Sara detuvo su mirada durante unos segundos en el tablero de la mesa, luego, con la cabeza alta, la fijó en Göran Wiklund.

—Señor presidente —dijo en voz baja pero firme—, ¿lo han violado alguna vez?

Desde que Wiklund trabajaba en los tribunales era la primera vez que un demandante se dirigía directamente al juez. Este se quitó las gafas y se introdujo en la boca una de las patillas.

—No creo que quiera terminar de este modo el juicio oral —dijo

rápidamente, antes de que ella levantara una mano en el aire.

El cansancio de Sara se vislumbraba a través de una fachada de arrogancia.

—Responda mi pregunta: ¿lo han violado alguna vez?

Wiklund intentó sonreír. Miró a su alrededor entre sus grises colegas que estaban en el podio, sus aliados. ¿Qué era esto? Ninguno había presenciado nunca tropelía semejante.

La secretaria judicial miraba con expresión divertida, tal vez esperaba con interés lo que Sara tenía que decir. Los dos señores mayores y las dos señoras de aspecto gris parecían estar de repente muy ocupados con sus anotaciones. Al no encontrar ningún apoyo, Wiklund dijo:

—Tal vez sea mejor que hagamos una pausa.

Luego dio un golpe en la mesa con el mazo.

—Veinte minutos.

Nadie se movió.

Wiklund levantó los brazos como para decir: ¿qué os pasa?, ¿no habéis entendido que hay que hacer una pausa?

—¿Sí o no? —insistió Sara. Ella no sabía que había roto una de las reglas fundamentales: dirigirse directamente al presidente sin que él se lo pidiera. Y además después de que este ordenara hacer una pausa.

—Señor presidente —dijo Sara, que en ese momento se sentía sumamente coherente. Su voz se fue elevando con cada palabra—. No ha respondido. ¿Significa que tiene algo que ocultar? ¿Hay algo que no nos ha contado?

—Escuche…

—¿Es su objetividad algo que tal vez deberíamos cuestionar? ¿Sí o no?

Wiklund miró hacia las filas de espectadores. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla rápidamente. Cogió el mazo y dio un fuerte golpe en la mesa.

El eco rodó por la sala, que estaba en absoluto silencio.

—¿Sí o no?

Sara se balanceó un poco y Ramén se incorporó en la silla. Ella le hizo un gesto para que se tranquilizara y recuperó el equilibrio.

Alex se quejó para sus adentros. ¿Por qué ahora? Habían ganado mucho terreno las últimas horas y ahora Sara se dirigía hacia el precipicio sin que nada la frenara.

Comprendía que estaba intentando recuperar algo de su honor, pero era un intento peligroso. Se arriesgaba a destruir más de lo que podía ganar.

Su misión principal era procurar que Sara no se hundiera, y de manera

secundaria que ganara el juicio. La cuestión era si podían combinarse ambas cosas. Y si ese era el mejor modo. Si la interrumpía ahora iría a parar a la misma línea que Ramén, y entonces ella tampoco confiaría en él.

Se dio cuenta de que Sara se reía. ¿Habría sucedido finalmente? ¿La habían empujado más allá de sus límites?

Sara apenas podía hablar de la risa cuando dijo:

—Mientras no conteste, supondré que lo han violado. Ahora quiero añadir que eso pasó porque, casualmente, llevaba una camisa de esas tan ajustadas que hacen que los gais no puedan controlar los dedos. Me pregunto si le gustó, señor presidente.

—Esto es inaudito —rugió Wiklund—. ¡No he visto nunca nada igual!

Se oyeron unas risitas procedentes de alguien de la segunda fila. Enseguida se rieron descaradamente varios periodistas.

Ramén se dio cuenta de que él también se reía. El estrés, la prensa, la situación completamente absurda hicieron que se soltara en su interior una especie de cuerda de seguridad. Era consciente de que la ira de Wiklund lo afectaría después negativamente, pero en ese momento no se le ocurrió nada que decirle a su cliente para detenerla.

Wiklund tenía la cara roja y hablaba con los dientes apretados.

—Esta conducta es sumamente inapropiada.

—¿No es agradable? —dijo Sara, cuya voz vibraba de ira contenida—. ¿Quisiera que esto no hubiera sucedido nunca? ¿Le gustaría en este momento que no se hubiera formulado la pregunta? ¿Quiere hacer referencia al párrafo cuatro o seguiremos limpiándonos el culo con él?

Wiklund volvió a abrir la boca.

Sara se derrumbó en la silla con los hombros caídos. Le dolía todo el cuerpo. Se volvió hacia Alex.

—Mandemos todo esto a la mierda. Llévame a casa.

Ramén se levantó como en trance. Pasara lo que pasara en el futuro, difícilmente sería algo parecido. Estaba consternado y orgulloso a la vez de la actitud resuelta de su cliente. ¿De dónde sacaba la fuerza?

—Bravo —le susurró a Sara con la boca pequeña.

Esperemos que ahora no se declare nulo todo el juicio, se dijo a sí mismo.

Sara lo miró sin decir una palabra.

En la sala se desató un fuerte alboroto. Las voces excitadas fueron en aumento. Alex se puso detrás de Sara, y cuando la estaba ayudando a salir del frustrado juicio vio a Helen Slättås sentada con las palmas de las manos sobre la mesa. Tenía los ojos muy abiertos y sus labios parecían una línea delgada.

Al fondo estaba Tom Leijon, con un puño apretado contra la boca. Parecía perplejo, concentrado. Acababa de darse cuenta de algo importante.

En realidad Tom no creyó en ningún momento que su hermana fuera a obtener una compensación. El sistema no estaba hecho para los que eran como ella. Nina Mander tenía razón al decirle a Sara que sus antecedentes iban a ocasionarle la ruina.

Sentía el palpitar del corazón bajo la camisa. Era como si se le hubiera caído la venda de los ojos. De repente, se dio cuenta de que había pensado de manera errónea todo el tiempo.

Alguien le tiró del brazo. Tom abrió los ojos y agarró instintivamente la mano que lo sujetaba. Una mujer gritó cuando tiró hacia arriba de su brazo. Tom se quedó sin aliento. La mujer tenía los ojos desorbitados; le había dado un buen susto.

—¿Qué quieres? —protestó él.

La mujer lo miró con un gesto de dolor. Tom vio que llevaba un bloc en la otra mano.

—Eres su hermano, ¿verdad? —dijo entre dientes.

Él soltó bruscamente la mano de la mujer. Se quedó mirándola.

—¿Qué quieres?

Ella tragó saliva e hizo todo lo posible para no apartar la mirada.

—Quisiera saber tu opinión sobre el juicio.

Tom cerró los ojos durante tres segundos. Luego volvió a abrirlos.

—¿Quieres conocer mi opinión acerca del juicio? —preguntó riéndose—. ¿Crees que para mí hay algo en esa mierda que se pueda imprimir en tu periódico? —dijo escupiendo las palabras.

La mujer retrocedió mientras se frotaba la mano. Tom miró las suyas. Se dio cuenta de que tenía que llegar hasta el final.

Capítulo 95

La sala fue vaciándose de público lentamente. Alex acompañó a Sara a la puerta. Ella no sabía qué podría haber ocurrido esa noche. La idea de estar sola en el apartamento le resultaba insoportable. Sabía que tenía posibilidades de ganar, por supuesto. Sara suponía que el tribunal, con ese maldito sádico de Wiklund a la cabeza, tenía la obligación de entrar en razón.

Y ella había resistido. Había sido duro, pero lo hizo.

Nina apareció por el pasillo en el mismo momento que Alex intentaba hablar con Sara.

—¿No estabas en Eskilstuna? —dijo él.

—No ha picado aún. Hace una hora que salí de allí.

—Ha ido rápido.

Nina se volvió hacia Sara y le dijo:

—Estoy convencida de que el tribunal se atendrá finalmente a los hechos.

Sara asintió con gesto vago, pero no dijo nada.

—Alex y yo, y un montón de personas más, creemos en ti. Lo sabes, ¿verdad?

Sara suspiró.

—Bueno, supongo que sí.

Alex carraspeó.

—Le acabo de decir a Sara que su actitud es la correcta para hacer frente a esto.

—Llevo varios años en la policía y no he visto nunca a una chica en tu situación con la fuerza interior que tienes tú. Sé que vas a superarlo —dijo Nina.

La convencieron, le dieron ánimos e intentaron usar todos los recursos, pero la fuerza de Sara se había acabado. Su cansancio era indescriptible. El cuerpo le exigía reposo; el solo hecho de estar sentada un día entero resultaba devastador para el proceso de curación. Cada uno de sus músculos gritaba en señal de protesta. Los pensamientos le seguían dando vueltas como de costumbre. No podía evitarlo. Si al menos pudiera quitarse ese ruido constante de la cabeza. Necesitaba algo con lo que poder relajarse.

Los violadores y sus abogados transmitían una increíble hostilidad hacia ella, pero no era solo eso, sino que había percibido que ciertas personas de la sala la odiaban, y ello hacía que se resquebrajara interiormente.

La traición, ser juzgada por quien creía que era su mejor amiga. Esa relación no podría salvarse ya. Se había acabado. Mari, con la que había compartido todo desde que eran pequeñas. ¿Y dónde estaban los demás? Ni una sola llamada de móvil, y en Facebook no cesaban los comentarios cargados de odio. ¿Iba a ser siempre así?

¿Por qué salieron aquella noche? ¿Por qué la compañía de Mari?

¿Y si se hubieran quedado en casa?

¿Y si no se hubieran vestido de ese modo ni hubieran dicho las cosas que dijeron? ¿Y si no hubieran bebido?

¿Y si no hubiera toqueteado a Alí en el taxi?

¿Y si no…?

Algunos pensamientos eran demasiado oscuros para permitírselos.

Nina y Alex llevaron a Sara a su casa en silencio. Subieron con ella hasta el apartamento.

—Tomaré pastillas para dormir —dijo Sara—. Dos.

Alex asintió. A él tampoco le importaría aturdirse un poco. Había aprendido cosas sobre el sistema jurídico sueco y algunas le habían dejado un sabor amargo en la boca.

—¿Estás bien? —preguntó Nina.

Sara asintió, pero luego sacudió la cabeza.

Nina miró a Alex. Él no podía interpretarlo. ¿Era conveniente que la dejaran sola? Él debía trabajar, tenía un pasaje a Alemania. Una reunión de negocios que

había planificado hace tiempo. El vuelo salía dentro de pocas horas y no había hecho aún la maleta.

Se llevó a Nina a un lado mientras Sara seguía sentada en la cama con gesto de confusión.

—No podemos dejarla así.

Nina se pasó las manos por el pelo y dijo suspirando:

—Lo sé. ¿Qué demonios podemos hacer? Tengo miles de cosas que hacer. Cenar en el Grill con un fiscal, por ejemplo.

—Yo tengo que estar en Alemania mañana a primera hora. El avión sale a las ocho de la tarde —dijo Alex mirando el reloj.

Eran casi las cinco. No tenía mucho tiempo que perder.

—¿Me la llevo a la comisaría?

—Mírala. Está agotada. Su última intervención la ha dejado sin energía. No puede salir de aquí.

—De acuerdo. Alguien tiene que acompañarla.

—¿Su hermano?

—¿Ese? —dijo Nina en voz baja para que Sara no lo oyera—. ¿Confías en él?

—Bueno, pues ¿quién entonces? ¿Qué se suele hacer en estos casos? ¿No puedes quedarte tú?

Nina miró hacia la puerta del dormitorio y pensó un momento.

—Johanna, la del Servicio de Asistencia a Víctimas.

Alex cerró los ojos unos segundos.

—¿Crees que vendrá después de lo de Ramén y de que yo ocupara su lugar?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque la sustituyeron en algo en lo que creía y fue reemplazada por alguien que no tenía la misma misión que ella. Está dolida, ofendida y resentida. Además, no le caigo bien.

—Si quiere ayudar, debería poder ver más allá de sus necesidades.

—Sí, lógicamente. Pero ella es del tipo verde, por lo que, entre otras cosas, reacciona de un modo más emocional que racional. Todavía seguirá ofendida.

—Intentaré llamarla por teléfono. Y tú no pierdas el vuelo. Te llamaré esta noche.

Salieron del apartamento con una extraña sensación de agobio.

Sara les oyó cerrar la puerta de la calle y se quedó escuchando unos minutos. El apartamento estaba vacío, igual que había estado los últimos meses. No se oía ningún ruido. Había escuchado lo que decían. Lo que no entendían era que seguiría estando sola aunque se quedara alguien con ella. Le dolía la nuca porque había estado tensa todo el día. ¿Cómo no lo iba a estar? Todo se iba a la mierda. Tal vez ella lo había estropeado con su mal carácter, como le advirtió Ramén.

Tanto esfuerzo, tanto dolor en vano.

Sara fue a la despensa y sacó una botella de vino.

Se sirvió un vaso de forma mecánica y empezó a beber.

La parte lógica de su mente le decía que había ganado un poco de terreno hacia el final. Algo le había salido bien. Pero aunque esos asquerosos violadores fueran condenados, ella solo podía perder. ¿Cómo pudo creer seriamente que saldría ilesa de allí? Y esos sinvergüenzas no se llevarían a la cárcel todo el dolor que sentía.

No había un lugar al que pudiera ir sin que la siguieran sus propios pensamientos. No se quitaría nunca de encima las preocupaciones, los sentimientos de asco, la vergüenza. Iban a seguirla durante años, tal vez toda la vida.

Fue de una habitación a otra, sintiendo que la oscuridad se iba abriendo paso en su mente poco a poco.

Miró el vaso. Estaba vacío. No tardó mucho en llenarlo, ni tampoco en vaciarlo.

Se sentó en el sofá del cuarto de estar y puso los pies sobre la mesa. Se sirvió un tercer vaso de vino. Su cuerpo se fue adormeciendo lentamente.

¿Qué ocurre si los condenan?

¡Qué idiota! Los van a condenar, por supuesto, se dijo.

¿Y si no lo hicieran? ¿Qué significaría? ¿Cómo soportaría la idea de que andaban por la ciudad como cualquier persona, a pesar de todo lo que habían hecho? Ella caería en un agujero profundo del que tendría que salir por sí misma.

Eres más valiente que ellos.

Ella no se sentía así. Todos continuarían sus vidas normalmente. Todos excepto ella.

Se apoyó en el respaldo del sofá e intentó relajarse. La verdad se fue deslizando poco a poco hasta llegar a ella, obligándola a ver lo inevitable. Carecía de importancia que los condenaran o los absolvieran. Ella estaba ya en ese agujero y no sabía cómo salir.

Cerró el puño y se lo llevó a la sien. No podía llorar; no le quedaban lágrimas. Se acercó el vaso de vino a la boca, sin abrir los ojos. Se bebió el contenido y se sirvió más.

¿Qué coño importaba?

A la quinta señal, Johanna descolgó el teléfono. Parecía estresada y respondió de forma entrecortada.

—Aquí Johanna Bergman, ¿puede esperar un momento?

—Soy Nina Mander, y no puedo esperar.

—¿Nina? Esto no es conveniente.

—Alguien te necesita y no tengo a quien llamar.

Se oyó un ruido, como una especie de resoplido contenido.

—¿De quién se trata? —dijo malhumorada.

—De Sara Leijon. El juicio ha concluido. No nos atrevemos a dejarla sola.

—Pues no lo hagáis —dijo Johanna.

Nina tomó la palabra. Se arriesgó.

—Sara te necesita. No hay nadie más. Te respeta, te escucha y, sobre todo, confía en ti.

—Hace unas semanas nadie necesitaba mis servicios.

—Comprendo que no se te haya olvidado la torpeza del fiscal, y lo lamento. Pero no es justo que le afecte a Sara. No tiene a nadie más.

—Puedes enviar a tu novio, porque es tu novio, ¿no?

Nina no respondió. No era ningún secreto que Alex y ella eran pareja, pero no entendía cómo podía saberlo Johanna. No se lo había mencionado nunca, y estaba segura de que nadie podía haberlos visto en actitudes íntimas. Se acordó de la cena que tenía pendiente, y se preguntó por qué había accedido.

—¿No es así? —dijo Johanna.

—¿Cómo lo has sabido?

—Se nota en el modo en que te mira. Como si fuera tu dueño.

—Espera un momento. Alex no es así en absoluto.

—Claro que lo es. Habla contigo con cierta indulgencia, como si no supieras bien lo que haces. Lo primero que pensé fue: ¿quién es el policía?, ¿qué sabe él de esto? Simplemente se mete en medio y toma el relevo.

Nina sentía que le ardía la garganta. Respiró profundamente varias veces.

—Entiendo que estés molesta porque te dejaron a un lado, y lo lamento. Alex

se incorporó cuando ya te habías ido. Lo hizo por el mismo motivo que tú cuando entraste aquella noche en la comisaría y fuiste a buscarme después de que Korell se comportara como un imbécil. Alex quería ayudar a Sara. No digo que lo hiciera mejor, pero en ese momento no había opción.

—¿Así que ahora es mía la culpa? —dijo Johanna—. ¿Es culpa mía que ella esté a merced del sistema establecido?

Nina se esforzó por mantener la calma. Hubiera querido gritar que ella no había dicho eso, que respetaba profundamente que estuviera molesta e incluso triste, y que lamentaba que se sintiera así; sin embargo, se quedó expectante, dejó actuar al silencio.

Pero Johanna no podía permanecer en silencio. Nina finalmente habló:

—Escucha. El juicio está a punto de terminar y…

—Lo sé —dijo Johanna.

—¿Ah, sí?

—Anoté la fecha en mi agenda.

—Bien. Sara está sola en casa en este momento y nosotros no nos podemos quedar allí. Tenemos que seguir trabajando.

—¿Crees que yo no trabajo? ¿Sabes todo lo que he tenido que sacrificar para colaborar como voluntaria en el Servicio de Asistencia a Víctimas?

Nina se aclaró la voz.

—Sí, ya lo sé. Te recuerdo que yo, como tú, lo he hecho durante varios años.

Entonces fue Johanna la que se quedó en silencio. Transcurrieron unos segundos.

—Debo terminar mi trabajo aquí. Estaré lista más o menos a las seis.

—Johanna, si hay algo que pueda hacer por ti, no dudes en decírmelo, ¿vale? Sara agradecerá que le eches una mano. ¡Mil gracias!

Nina colgó el teléfono y miró el reloj.

Las seis y cuarto.

Le daba tiempo.

Antaño

¡Felicidades!

Sara le dio a Mari el collar. Lo había comprado en Glitter y era chulísimo. Solo doscientos; eso podía permitírselo. Para la tarjeta le tuvo que pedir dinero a su padre.

Se besaron en la mejilla, como si no hubiera pasado nada.

Sara y Mari llevaban bastante tiempo enfadadas, pero Mari intentó que hicieran las paces en varias ocasiones según se iba acercando su décimo octavo cumpleaños. Sara no sabía si era un gesto de paz o si quería regalos, aunque le daba igual y le alegraba que volvieran a ser amigas.

Los padres de Mari le prometieron que lo celebrarían fuera, pero el padre seguía en la casa. Pusieron en la cocina platos de papel y patatas fritas.

Asistieron nueve amigos de Mari, de los cuales Sara conocía más o menos a la mitad. Al llegar, dos de las chicas se acercaron y la abrazaron; otras inclinaron la cabeza a modo de saludo y la miraron con cierto recelo. Algunas se habían portado bastante mal con Sara cuando se quedó embarazada. Hacía tres años de eso. Tres meses antes del nacimiento estuvo a punto de pelearse con una de ellas en la escuela. Fue con la chica alta y delgada, la del pelo rubio y fino que parecía que nunca lo llevaba limpio del todo. Haría cuanto pudiera para evitar a esa pobre flacucha que apenas tenía cuatro pelos.

Pero la cena fue agradable. Mari abrió los regalos y gritó de alegría por cada pequeña sorpresa. Mientras brindaban con sidra de 4,5 grados, el padre entró en el cuarto de estar y les dijo que se iba a dar una vuelta con el coche.

—Hazlo —dijo Mari sin mirarlo.

Los demás intercambiaron miradas y Sara recordó aquel momento, años atrás, en que recibieron la visita del Servicio de Ejecución Judicial. Se llevaron

de allí el televisor y los sofás y tuvieron que sentarse en la cocina durante seis meses hasta que una tía del padre, ya mayor, se apiadó y les regaló sus viejos y gastados sofás. Los mismos que seguían usando. Mari tuvo el detalle de taparlos ese día con una tela blanca que ocultaba las quemaduras de cigarrillo.

Hacia la madrugada llegó el momento de volver a casa, y Sara tenía la sensación de que lo había pasado bastante bien. Afortunadamente, la bruja de los cuatro pelos se había mantenido apartada. Mientras se ponía el abrigo en el recibidor —estaban a quince grados a pesar de que ya era mayo—, Mari se le acercó y le dio un gran abrazo.

—Gracias por venir —dijo Mari entre sollozos, apoyada en su hombro.

Mari había bebido demasiada sidra y era muy probable que después le doliera la cabeza. Sobre todo teniendo en cuenta que en cuanto su padre se marchó, una de las chicas sacó una botella de vodka que llevaba escondida. La mezclaron con la sidra y el estado de ánimo mejoró sensiblemente.

—¿Cómo no iba a venir? —dijo dándole unas palmaditas a Mari.

—Sé que he sido un poco…

—¿Un poco desagradable? —completó Sara sin que fuera necesario.

Notó que Mari se ponía algo rígida. Sara se maldijo a sí misma por no haber aprendido a mantener la boca cerrada.

—Mañana voy a ir a la tienda de telefonía a por un móvil —dijo Mari.

—Ah, ¿sí? —dijo Sara, que había olvidado por completo que Mari no tenía móvil. Todos lo tenían, muchos desde quinto grado, pero Mari no. En realidad Sara no sabía el motivo, pero suponía que estaba relacionado con la mala economía familiar.

—¿Puedes acompañarme? —preguntó Mari secándose con suavidad la línea bajo las pestañas para que no se le corriera el rímel.

—¿Ir contigo? —dijo Sara—. Sí, claro que puedo. Así te ayudaré a elegir el color.

Ella asintió.

—Exacto. Necesito que me aconsejen. Ellos no me lo podrán impedir —añadió mirando a Sara.

—¿Que tengas móvil? No, desde luego.

—Me refiero a irme a vivir a otro sitio. Puedo largarme mañana. No tienen derecho a retenerme.

Sara apoyó una mano en el hombro de su amiga.

—No hagas todo a la vez. Primero consigue el móvil, luego puedes pensar en

la mudanza.

Capítulo 96

Los medios de comunicación se lanzaron en picado a divulgar el ataque de Sara al juez. Y había más que decir sobre el tema. Se había producido otra violación en grupo. Una chica de catorce años había sido agredida por dos hombres. De manera previa al ataque, la engañaron para que bebiera hasta emborracharse. Los agresores le introdujeron un objeto que le destrozó los genitales. Antes de dejarla en la escalera de una estación de metro, los violadores la ducharon para destruir todas las huellas.

Las reacciones no se hicieron esperar. La violación de la noche de Santa Lucía había abierto las compuertas de algún modo.

En Facebook surgieron grupos con nombres como «Destruye la sociedad machista», «¡Protege a las mujeres!» y «Tómate la justicia por tu mano antes de que te destroce». Todos consiguieron miles de miembros rápidamente.

La rabia rebosaba en los foros de chat. Alguien escribió que, al parecer, era admisible violar a una chica de catorce años que estaba borracha, pero si estaba sobria era ilegal mantener relaciones sexuales con ella con su consentimiento. Otro estaba ofendido de que a un hombre le cayeran cuatro años de cárcel por disparar a un lobo, ¿sin embargo, no era delictivo emborrachar y violar a una chica?

El programa Kalla Fakta hizo un reportaje sobre una mujer víctima de un violador. Después de ser absuelto en sentencias de primera y segunda instancia, se rio abiertamente de ella y de sus padres en la pequeña ciudad donde vivían. A la mujer le destrozó la vida. Se tuvo que ir de allí, mientras que el violador se convirtió en el héroe de su pandilla.

Muchos gritaban pidiendo justicia, pero los abogados no decían nada. Los hombres y las mujeres de la ley no querían hacer comentarios.

Se empezó a recaudar fondos para apelar contra las sentencias absolutorias. El padre de una chica cuyo violador acababan de dejar en libertad recibió casi novecientas mil coronas para que se atreviera a apelar ante el Tribunal Supremo. Si perdía, corría el riesgo de tener que pagar a los violadores las costas del juicio y él solo no podía hacer frente a esa contingencia. Pero el Tribunal Supremo se negó a abrir la causa.

Suecia se agitaba de ira.

A Göran Wiklund lo inundaban las llamadas. Su auxiliar administrativo solicitó la baja por enfermedad tras recibir amenazas de bomba en el juzgado. Sin que se supiera bien cómo, un periodista logró atravesar la línea de defensa. Cuando Wiklund levantó el auricular y se dio cuenta de que se trataba de un periodista, lo primero que pensó fue en colgar y cortar directamente, y después buscar y escarmentar al que había dejado pasar la llamada. Iban a rodar cabezas.

—No tengo ningún comentario que hacer —afirmó Wiklund en tono forzado, y cuando estaba a punto de colgar, el periodista le dijo:

—¿Pero qué opina de la información que han difundido los medios de comunicación sobre este caso? ¿No quiere aprovechar la oportunidad para dar su opinión sobre el asunto?

Wiklund reflexionó rápidamente. La verdad es que había algo. La interpretación del juicio por parte de los medios de comunicación era parcial. Todos habían escrito sobre la angustia de la chica y el modo en que el sistema había ido en su contra. Nadie había tenido en consideración lo que decía la ley. ¿Debería aprovechar la oportunidad para aclarar conceptos?

—Sí, azuzáis al jurado de tal modo que parece una auténtica violación, una cacería ilícita de los miembros del tribunal. Es inaceptable que un policía, un fiscal o un juez, cuya obligación es aplicar la ley, prácticamente sea linchado por los medios de comunicación.

—Pero ¿no es conveniente que el público y los medios de comunicación se interesen por lo que sucede en los tribunales? —dijo el periodista, que trabajaba para el periódico matutino más importante.

—Por supuesto —convino Wiklund—, pero de vez en cuando ese interés se expresa de una forma que contrarresta el objetivo de la actividad del tribunal; todo su propósito es cuestionado.

El periodista preguntó a qué se debía que los medios de comunicación y el

público en general estuvieran tan irritados.

—Pura ignorancia, dijo Wiklund. Hay que dejar la gestión de la ley a los que la conocen.

—¿Usted, por ejemplo?

—¡Por supuesto!

Se habían sucedido las campañas encaminadas a que jueces y fiscales actuaran e hicieran lo que la opinión pública les pedía a gritos. Pero Göran Wiklund sentenció que estaba decidido a no ceder ante ningún tipo de mafia.

Al día siguiente, justo a la hora del café, pudo leer en el periódico sus declaraciones.

El periodista había hecho un trabajo elegante. Se las arregló para que el juez Wiklund pareciera un conservador misógino e intransigente, todo un hijo de puta con bata negra, aunque no lo acusó directamente de imbécil. El periódico encontró incluso una foto suya y le puso una peluca del siglo XVIII en la cabeza.

Wiklund estaba tan indignado que no pudo desayunar. Su mujer se quedó con la boca abierta cuando se marchó sin decir adiós por primera vez en veintiocho años. Entonces cogió el periódico y vio el titular en la primera página.

Decía así: «¡Prefiero absolverlos!».

Después leyó el sumario: «El juez Wiklund habla claro. Prefiere absolver a los violadores antes que escuchar lo que opinan los suecos».

La señora Wiklund se levantó lentamente y desconectó los teléfonos.

Capítulo 97

Había algo que sonaba fatal, y Tom tardó un buen rato en darse cuenta de qué era. Se bajó de la cama tambaleándose y buscó sin éxito el teléfono móvil.

—Tengo intención de ayudarte —dijo Mikael Kurosz—. Esto es demasiado raro, simplemente. No puedo evitarlo.

Tom apretó el auricular del teléfono contra la oreja sin decir una palabra.

Kurosz se echó a reír.

—Siempre he sabido que nuestros caminos volverían a cruzarse. Es muy divertido que haya sido de este modo.

—Una pura casualidad —dijo Tom enderezándose.

Kurosz volvió a reírse.

—Lo haces por tu hermana, ¿verdad?

Tom tragó saliva.

—Sí.

—Eso está bien —dijo Kurosz—. Hay que echarle una mano a la familia. De lo contrario, no eres nada.

Tom se quedó un rato sentado en la cama, la vista al frente con la mirada vacía. Sabía que el sueño no vendría a buscarlo. Demasiados pensamientos, demasiadas cosas que podían ir mal.

Tom compadecía al pobre infeliz al que se le hubiese ocurrido cometer algún tipo de injusticia contra un miembro de la familia Kurosz. Y no podía desprenderse de la sensación de haber vendido su alma al diablo.

Capítulo 98

Esa tarde, los miembros del jurado discutieron mucho cuando se reunieron. Göran Wiklund estaba frustrado. No sabía de ningún caso en el que un demandante mostrara una actitud tan insolente. ¿Cómo iba a pelearse una mujer violada con los abogados de la otra parte, y menos aún con el presidente del tribunal?

—Exactamente —dijo Falk—. ¿Y qué dice eso acerca de su credibilidad?

Hasta Ullenklev parecía reticente. Sara Leijon no era la víctima que él esperaba ver.

Ann-Mari Glad no estaba tan segura. Admiraba a Sara Leijon en silencio, y era evidente que Sara poseía una potencia inaccesible para ella. Estaba de acuerdo con Wiklund y Falk en el sentido de que era raro ver ese espíritu de lucha en una víctima. Al darse cuenta de que los hombres del tribunal le echaban la culpa a Sara, Glad se preocupó. ¿Cómo le podía perjudicar a Sara su fuerza mental?

Por una vez, Wiklund no estaba seguro. Una demandante que luchaba como Sara por ser desagraviada le inspiraba cierto respeto, sin ninguna duda. La había visto luchar. Pero estaba de acuerdo con Falk y Ullenklev en lo esencial. Era un comportamiento extraño. La chica no estaba tan mal como el fiscal había argumentado al principio. Ya en su discurso de apertura insistió mucho en que Sara Leijon solo era un desecho de ser humano y que los abusos que la fiscalía llevaba a juicio eran tan serios que temía por su salud mental e incluso por su vida.

Lo que presenciaron era distinto. La chica era tan fuerte. Eso afectaría al veredicto de un modo estrictamente legal.

—Me preocupa que no se cumpla la ley —dijo Wiklund.

—¿Quieres que sean condenados? —dijo Falk.

—Son culpables. Están mintiendo. Los cuatro violaron a la chica. Supongo que no te habrás dejado convencer, ¿no? Mira las pruebas —dijo Wiklund.

—Y todas esas lesiones —dijo Glad—. No se pueden justificar.

—Sí, pero eso es delito de lesiones. En esta recta final debemos estar seguros de que esos individuos entendieron en su momento que lo hicieron contra la voluntad de la chica. ¿Fue o no intencional? Y ella se ha buscado problemas de muchas maneras distintas. Demasiados interrogantes, antiguas orgías, la maldita camiseta, el alcohol, su embarazo a los catorce años —dijo Wiklund.

—La obvia rebeldía del tribunal —dijo Falk señalando a Wiklund—. Siempre puedes invalidar el juicio.

—Olvídalo —dijo Wiklund—. A ella la presionaron. Puedo entenderlo. Pero necesitamos evidencias más claras respecto a la intención. Espero que el fiscal guarde un as en la manga que ponga fin a esto.

Capítulo 99

Nina se incorporó en el asiento del coche. Por fin. Estaba a punto de perder la esperanza. Mari apareció al tercer día. Vio caminando por la calle a una mujer con unas enormes gafas oscuras. Vestía abrigo negro y botas de piel. Hacía sol, desde luego, pero esas gafas tan grandes que llevaba atraían todas las miradas. Era probable que su intención fuera esconderse detrás de las mismas, pero en realidad producía el efecto contrario.

La paseante se detuvo a mirar un momento delante de un café. Otro comportamiento extraño. Hubiera sido natural si se tratara de un escaparate normal, pero ¿quién se detiene a contemplar el interior de un café? ¿Sería Mari? Nina la comparó con la foto que le había proporcionado Sara. Se dio cuenta de que, en realidad, lo que la mujer miraba en el espejo del escaparate era si alguien la miraba a ella. A Nina no era fácil que la viera, ya que la observaba desde el interior de un coche de policía camuflado. Seguro que era Mari. ¿Quién si no iba a tener motivos para comportarse de un modo tan sospechoso fuera de un cibercafé?

La mujer de las gafas siguió caminando. Se detuvo en la puerta del cibercafé un par de segundos y luego entró.

Nina se incorporó en el asiento, sacó su *smartphone*, se conectó a Facebook y revisó el perfil de Mari. Al cabo de unos minutos, Mari ya estaba conectada.

Nina esperó un poco. Enseguida apareció una actualización del perfil de Mari.

Me he comprado unas botas.

Cielo santo, eso sí que era una noticia. Vamos, escribe algo interesante, se dijo Nina.

Estoy de viaje. Vuelvo dentro de unos meses.

Interesante. Pero ¿quién se encargaba de su manutención y vivienda en Eskilstuna?

Después no hubo nada más. Ninguno de los supuestos contactos de Mari respondió. Entonces Nina pensó que tenía que actualizar la página. Hizo clic en la pequeña flecha circular situada en el ángulo superior, a la izquierda.

Entonces, dos personas dijeron que les gustaban las botas nuevas de Mari. Luego hubo una nueva entrada. Una pregunta. Por lo visto Mari quería saber una cosa, y Nina lo interpretó del único modo posible.

¿Alguien sabe cómo le ha ido a Sara?

Eso era todo. No hacía referencia a violaciones ni juicios. Solo esa frase. Guardó el *smartphone*, salió del coche y se dirigió al café.

Nina miró a Mari, que se quitó lentamente las gafas de sol que llevaba puestas incluso dentro del café.

—¡Uy!

Nina inclinó la cabeza. Se quedó de pie con las manos en las caderas mirando a Mari, que medía quince centímetros menos que ella.

—Ese es otro modo de reaccionar, decir ¡uy!

—¿Estoy arrestada?

No, imbécil, pensó Nina. Ojalá tuviera ese tipo de poderes en este caso.

—Puedes estarlo si no me escuchas. Vamos a mi coche.

Mari inclinó la cabeza y la siguió.

Una vez dentro del coche, Nina fue al grano:

—Quiero proponerte algo. Tienes una posibilidad de ponerlo todo en orden otra vez.

Mari la miró fijamente.

—Esta oferta no es de duración indefinida. Sabemos que has cometido perjurio, sabemos que mentiste cuando declaraste el primer día. No sabemos por qué, pero lo averiguaremos. Esta es la única posibilidad que tienes de enmendar las cosas.

Mari bajó la vista y se puso las manos entrelazadas sobre las rodillas.

Nina vio que llevaba las manos cuidadas y las uñas pintadas de rojo. Al parecer había tenido tiempo para arreglárselas, mientras que su mejor amiga tenía que atravesar una especie de infierno personal. Nina apretó las mandíbulas con tal fuerza que temió haberse roto alguna pieza dental.

Entonces Mari levantó la vista hacia ella y asintió con gesto pensativo. Se había decidido.

Capítulo 100

Tras un descanso de seis días llegó el momento de que el juicio finalizara. Las partes solo querían hacer sus alegatos finales y luego separarse como enemigos. De modo rápido y ágil. Después, el tribunal tomaría una decisión. Sin duda habían murmurado unos de otros todo lo que habían podido, pero no había ocurrido nada espectacular. Wiklund contempló la sala. Golpeó en la mesa con el mazo.

El juez se reunió en su despacho con los cinco delegados para hablarles de las normas que prevalecerían en la sala. Y Ramén, obviamente, intentó impedírselo.

—Creía que no querías normas en tu juicio.

—No empieces otra vez —advirtió Wiklund.

—Yo no tengo ningún inconveniente en seguir las normas, señoría —dijo Slättås.

—Con excepción de las éticas —dijo Ramén en tono seco.

—¿Cómo?

—Sea como sea, no quiero más gritos ni ataques personales —dijo Wiklund.

Ramén hizo una pausa y miró a Slättås.

—Una aclaración, ¿eso es válido para todos o solo para algunos de nosotros?

—Déjate de tonterías.

—Quería estar seguro. ¿Puedes decirme qué es para ti un ataque personal?

—Lo que yo soporté el cuarto día —dijo Wiklund.

Ramén asintió en silencio, ya que el hombre mantuvo la calma en esa ocasión.

—Bueno, ¿y qué hay de los ataques a mi cliente? ¿Puedo suponer que también se han acabado?

—No habrá ninguna discrepancia —dijo Wiklund volviéndose hacia los cuatro abogados—, ¿verdad?

Ellos sacudieron la cabeza y se encogieron de hombros, como si no entendieran nada. ¿Cómo iban a hacer algo así?

Ramén cruzó los brazos con gesto de escepticismo. No se creía ni una palabra de lo que decían, pero al mirar a Wiklund vio que todo había acabado.

El juego podía empezar. O más bien terminar.

—¿Dónde está Sara? —dijo Ramén mirando a Alex mientras señalaba la silla vacía.

Alex nunca había ido a buscar a Sara para llevarla al juzgado, ella siempre fue por sus propios medios. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que, de repente, pudiera no presentarse.

—No lo sé. La llamaré.

—Date prisa.

—Sí, sí.

Marcó el número. No contestó.

Alex leyó el mensaje de Nina con gran interés.

«Ya la tengo. Vamos para allá. Está dispuesta a colaborar. Habla con Ramén. Besos».

Expulsó el aliento y miró a Ramén.

—Escúchame, Johan —dijo llevándose a un lado al fiscal mientras la sala se llenaba de gente—. Nina ha encontrado a Mari Näslund y vienen para acá. Mari está dispuesta a declarar. Va a cambiar su testimonio en beneficio de Sara.

Ramén lo miró y se secó las palmas de las manos en la chaqueta.

—¿Y qué diablos va a decir?

—No sabemos qué tiene que decir exactamente, pero va a dar una versión completamente nueva. Nina no vendría con ella si no fuera a aportar algo distinto. Están de camino hacia aquí. Llegarán dentro de una hora. Tendrás que hablar con Wiklund.

—Estás loco —dijo Ramén, clavando en él la mirada.

—Sin duda te beneficiará, ¿qué puedes perder?

—Wiklund no va a aceptar. Solo quedan los alegatos finales —dijo Ramén

pasándose las manos por el cabello—. Oye, es demasiado en este momento. La demandante no está, pero tal vez haya otro testigo… ¿Cómo coño se combina eso?

Alex le puso una mano en el hombro y apretó levemente. Solo un poco, para que Ramén entendiera que era algo serio.

—Si hay alguien que pueda hacerlo, eres tú. Haz lo que haces bien. Improvisar. Convence a Wiklund de que conceda una hora adicional. Entra y actúa como si ya hubieras ganado el debate. Háblale en su idioma. Yo intentaré traer a Sara, pero ¿puede continuar el juicio sin ella en caso de que no la encuentre?

—Sería muy inusual, pero no hay nada que lo prohíba.

Ramén volvió a pasarse las manos por el cabello y parecía que empezaba a desquiciarse.

—Convence a Wiklund —dijo Alex en tono imperativo.

Ramén carraspeó.

—Lo haré —dijo.

Ramén no había leído los periódicos. No quería saber nada. De haberlo hecho tal vez no se hubiera atrevido a acercarse a Wiklund, pero, para su asombro, Wiklund aceptó sin más lo que le pedía. Tal vez se debió a que Ramén le informó de que Sara no estaba presente. Al fiscal le pareció por un momento que Wiklund se alegraba de librarse de ella, y tal vez por ese mismo motivo accedió a que Mari prestara declaración.

—¿Hemos de informar previamente a la defensa?

—¿Acerca de qué? —dijo Wiklund mientras anotaba algo.

—Acerca de todo —dijo Ramén abriendo los brazos.

—Lo sabrán cuando llegue el momento.

Ramén subió el volumen para generar emoción en la sala. ¿Y por qué no? Por primera vez en mucho tiempo le había salido bien la jugada.

—Llamo a declarar a Mari Näslund como testigo.

Miró de reojo a los abogados cuando soltó la bomba. Estaban sentados hablando unos con otros en voz baja cuando oyeron el nombre de Mari. Los ojos de Nilson se abrieron como platos y Johnson parecía petrificado. Ni siquiera él

era tan buen actor como para ocultar su sorpresa. Klingspor se quedó con la boca abierta. Slättås frunció el entrecejo y se volvió hacia Jisander. Tal vez se preguntaba hasta qué punto habían escondido bien a Mari. Así que la mesa de la defensa explotó de verdad. Helen Slättås se puso a hablar inmediatamente, el abuelo Johnson sacudió la cabeza con gesto de indignación, Nilson y Klingspor parecían estar a punto de levantarse de la silla, ahogando las furiosas protestas de Slättås.

Se oyó un fuerte murmullo en la sala. Era Mari Näslund, la que el primer día clavó los primeros clavos en el ataúd de la demandante. ¿Qué tendría que decir ahora?

¿Y dónde estaba la demandante? ¿Se habría derrumbado al final? ¿No iban a ver cómo acababa el drama? Las especulaciones en las últimas filas de bancos parecían no acabar.

Wiklund hizo sonar el mazo con tal energía que los bolígrafos saltaron encima de la mesa.

—¡Silencio! —rugió.

—Señoría —dijo Slättås, segura de sí misma después del ataque de Sara Wiklund. Ella sí había leído el periódico esa mañana. Estaba convencida de que el juez aún estaba furioso y castigaría al fiscal por todos los inventos que se le pudieran ocurrir—. Esto llega como una absoluta sorpresa. No sabíamos que Näslund iba a declarar y no hemos podido prepararnos.

—¿Cuál es el problema? —dijo Ramén—. Ella figura en la lista de testigos. Además ha declarado ya una vez. Tengo algunas preguntas complementarias que hacerle para descartar cualquier malentendido.

Ahí quedaba eso. Él quería proceder minuciosamente. Solo había que remitirse a los hechos.

—Tenemos derecho a ser advertidos —dijo Slättås—. ¿Cuándo han dado con ella?

Wiklund se mostró sorprendido por primera vez, y Ramén constató que el hombre casi parecía humano.

—No sabía que hubiera desaparecido —dijo Ramén levantando las cejas.

Slättås apretó de golpe las mandíbulas.

—Después discutiremos eso —dijo Wiklund a Slättås mientras anotaba algo en su bloc—. Esta tarde a las dieciocho horas en mi despacho.

Era evidente que los abogados sabían algo que la fiscalía desconocía. Ramén se quedó pensativo. No podría saber cómo acababa esa conversación.

—Señoría… —dijo Slättås, pero no pudo seguir.

—Mari Näslund declarará.

Al final Alex desistió de buscar a Sara. Ya no lo necesitaban, así que abandonó la sala. Lo único que le preocupaba era que Ramén tenía que actuar sin guion a partir de ese momento. Pero tampoco se atrevía a marcharse del juzgado.

¿Y si ella aparecía de repente?

Antaño

A la mañana siguiente, Mari llamó a las nueve. Decidieron verse una hora después en la calle peatonal.

Mari la esperaba cuando Sara llegó, y además estaba de un humor excelente.

—¡Hola, adolescente de diecisiete años!

—Hola, mujer adulta —dijo Sara.

—Vamos directamente, ¿no? Había pensado un Ericsson T10. O tal vez un Siemens. Tienen un modelo nuevo chulísimo. Llamativo a tope, de color rojo, metálico, figúrate.

Como la ciudad no era muy grande, llegaron a la tienda de telefonía móvil en cuatro minutos. Mari se puso a corretear por la tienda como una niña buscando un juguete nuevo.

No tardó en elegir el modelo que quería. Era verde, y era indispensable que tuviera cámara de megapíxeles. Después de esperar un rato, Mari consiguió que el vendedor le mostrara el teléfono y ella lo miró sonriente.

—Cuesta dos mil —dijo el vendedor.

Sara miró a Mari de reojo.

¿Tenía tanto dinero?

Mari sonrió burlonamente y sacó el dinero, dejándolo encima del mostrador de un manotazo.

¿Lo habría recibido por su cumpleaños?

—¿Contrato o tarjeta prepago?

—Contrato —dijo Mari.

—¿Estás segura? —dijo Sara—. Te puede salir muy caro.

—Por supuesto que sí. Tú lo tienes.

—Sí, pero…

—El precio con tarjeta prepago es cuatro mil —dijo el vendedor con amabilidad, zanjando la discusión.

Sacó una lista de posibles números disponibles, y Mari se puso a elegir tarjetas SIM.

Sara no tenía ganas de esperar y curioseó por la tienda. Había un montón de teléfonos móviles; solo en una de las paredes habría unos cincuenta. Algunos parecían auténticos ordenadores en miniatura. ¿A qué edad tuvo ella su primer móvil? ¿A los trece?, ¿a los catorce tal vez? No lo recordaba bien. Mientras buscaba unos auriculares para su móvil, un grito interrumpió sus pensamientos.

—¡No puedes decirlo en serio!

Mari tenía la cara roja y se agarraba al mostrador con ambas manos.

Sara se acercó rápidamente.

—¿Qué ha pasado?

Mari estaba mirando al vendedor, que también la miraba. Parecía que el chico de repente tuviera necesidad de ir al baño. Su bonito bronceado había recibido una pequeña descarga del arrebato de Mari.

—¡Dime que estás bromeando! ¡Dilo, por lo que más quieras!

—¿Mari? ¿Qué ocurre? —preguntó Sara, sin recibir respuesta—. ¿Qué ocurre? —dijo mirando al chico que estaba detrás del mostrador.

—Bueno, pues… He pedido una información de tu amiga —dijo como si Mari fuera a agarrarlo por la garganta en cualquier momento—. Es un requisito para firmar el contrato.

Sara hizo un gesto con la mano.

—¿Qué problema hay?

El vendedor carraspeó.

—A ella no se le puede hacer contrato.

—¡Pero dime el motivo, joder! ¿Por qué no se puede?

—No lo sé. Simplemente no dan el visto bueno.

Mari empezó a llorar a lágrima viva. Sara se guardó el dinero que se había quedado encima del mostrador y se llevó a Mari fuera de la tienda. Esta se volvió y lo miró con expresión de enfado. El muchacho levantó las manos y se encogió de hombros.

—Puedes comprarte uno de tarjeta prepago —dijo Sara cuando ya estaban fuera.

—Entonces será el doble de caro —dijo Mari, sollozando.

—Pues llévate uno más barato. Los hay por solo quinientas, ¿sabes?

Mari la miró fijamente con los ojos llenos de lágrimas.
—No lo entiendes.

Capítulo 101

Sara estaba sentada en el inodoro mirando las baldosas blancas que había encima de la bañera y descubrió una mancha que se le debió pasar por alto la última vez que limpió.

Miró fijamente la mancha, con toda su fuerza y atención. Había perdido por completo la noción del tiempo. No había pegado ojo en toda la noche. Tomó varios somníferos, el doble de la dosis, pero no sirvió de nada. Lo único que consiguió fue que le palpitara y le doliera la cabeza.

Pensó volver al trabajo, probar por última vez. Entonces recordó que no tenía ningún trabajo al que volver. El dueño de la tienda la había llamado unos días antes para decirle que no se presentara más por allí. Ella le colgó el teléfono.

Solo era un trabajo por horas, y su situación era la más débil que cabía imaginar. Solo la idea de enfrentarse a él, de luchar por sus derechos —algo que había hecho toda su vida sin dudar—, la dejaba exhausta.

¿Qué importaba en realidad?

Creía ingenuamente en el sistema. Había leído mucho acerca de la situación de desprotección de las mujeres en un proceso legal, pero por alguna razón incomprensible creía que para ella iba a ser distinto.

Ya no sabía qué era peor: la prolongada violación que había mancillado su cuerpo o todo el proceso judicial humillante que la había ultrajado en el fondo del alma.

Eres más valiente que ellos.

Pero estaba equivocada. Solo era por fuera.

Quizá fue la traición de Mari lo que más le dolió. Sara creía que eran amigas. Tal vez no hasta el punto de morir la una por la otra, pero al menos estaban del mismo lado. Y Mari va y la ataca por la espalda diciendo que se había ofrecido a

esos hombres y les había dicho que quería tener sexo con ellos. ¿Por qué lo hizo?

Ahora sabía a qué se refería Johanna al hablar de la segunda violación. En cuanto llegara la noticia iba a ser como una burla. Y a esos cerdos los absolverían, por supuesto.

¿Cómo pudo pensar otra cosa?

Alex apenas había llegado a Fridhemsplan cuando recibió el mensaje de Johanna. Al parecer, Nina reaccionó y llamó a la voluntaria. Excelente. A pesar de su ego herido, Johanna asumió su responsabilidad como persona de apoyo. Alex se dijo a sí mismo que debería darle un *feedback* positivo en cuanto fuera posible.

Inmediatamente, algo en su cabeza le recordó que en ese momento no era consultor.

Leyó el mensaje. «No puedo entrar en casa de Sara. No coge el teléfono. ¿Qué hago?».

No había tiempo para pensar. Había que actuar.

«Quédate. Sigue llamando a la puerta. Voy de camino. Alex».

En Kungsholmen había una caravana terrible. Se quedaron atrapados en la vía de acceso a Essingeleden.

—¡Dese prisa!

El taxista se quejó, aunque no sirvió de nada. Ninguna de las tres filas se movía. Las que iban hacia el sur en Essingeleden estaban colapsadas.

Alex tragó saliva. Temía que hubiese ocurrido algo, pero se negaba a escuchar la voz interior que le decía que en algún momento se había cometido un error.

El conductor encendió la radio y sintonizó Radio Stockholm 103.3. Un choque en cadena en Årstalänken. Los vehículos del servicio de emergencias ya iban de camino.

El colapso era total.

Johanna leyó el mensaje de Alex. Suspiró y pulsó otra vez el timbre de la puerta de Sara. No pasó nada. Seguramente Sara estaba cansada después del juicio. La propia Johanna estaba agotada después del primer día y eso que se limitó a sentarse junto a ella y tomarla de la mano. Pero ¿por qué no había comparecido

Sara ante el tribunal? Además era el último día, el decisivo.

Sacó el móvil y volvió a marcar el número de Sara. No obtuvo respuesta. Johanna pensó que Sara se alegraría al verla. Al principio se llevaban bien, sin que hubiese surgido ningún problema entre ellas. El imbécil del fiscal fue el que lo estropeó todo. Y luego el consultor. Ese tío con aires de autosuficiente que iba por ahí como si lo supiera todo. ¿Qué sabía él de apoyo a víctimas de delito?

Johanna iba retrasada en el trabajo. No fue durante los días del juicio. Se quedó en casa y le envió a Sara toda la energía positiva que pudo. Era como si solo pensara en el juicio. Se lo decía a todo el mundo, percibía que hacía algo trascendental y se sentía importante. Cuando ese consultor se interpuso no pudo decir en el trabajo que la habían apartado del proceso, así que puso buena cara y no dejó que nadie supiera que se había quedado al margen.

Como el juicio había terminado, todas las concesiones se acabaron. Su jefe se había mantenido apartado, pero de algún modo sabía exactamente cuándo terminaba el juicio. Estaba constantemente encima y le exigía que se pusiera al día con el trabajo. En el Servicio de Asistencia a Víctimas también la necesitaban. Varias mujeres más habían sido violadas y necesitaban apoyo. ¿A cuántas podía ayudar?

Johanna estaba confusa y bastante estresada. ¿Cómo iba a poder cumplir con todos esos requisitos?

Después de llamar a la puerta de Sara y tocar el timbre varias veces más, se rindió. No pasaba nada. Podía irse a comer algo mientras esperaba al consultor. ¿No había una pizzería cerca de allí?

En el apartamento, Sara estaba triste y se sentía vacía.

Esperaba que dejaran de llamar y de golpear la puerta. Oyó pasos que bajaban la escalera.

Tenía la cabeza vacía y el cuerpo también. Incluso la botella que estaba al lado de la cama estaba vacía. Todo su ser estaba vacío.

Ahora sí que no le quedaba nada.

Capítulo 102

Al final todo empezó a rodar otra vez. Alex trató de meterle prisa al taxista, pero casualmente era un tipo poco habitual en su profesión y respetaba las reglas de tráfico. Por más que le proponía vías de escape y alternativas para evitar los embotellamientos, el hombre solo suspiraba y decía que eso no se podía hacer.

Alex llamó a Sara por teléfono. Enseguida saltó el contestador. Telefoneó a Johanna, pero tenía el móvil ocupado o quizá lo había apagado porque ya había logrado entrar en el apartamento de Sara. ¿Estarían hablando en ese momento? Tal vez se estaba poniendo nervioso sin necesidad, pero el recuerdo de Nicole surgió de modo inesperado.

Cuando enfermó Alain, su padre, casi se lo esperaban. Demasiadas desgracias, demasiado sufrimiento en la familia. Después del «accidente» —así lo llamaban — de Nicole, envejeció de golpe. Tenía solo cincuenta y cinco años, que no eran muchos, pero estaba vencido y encorvado como un anciano.

—¿Qué te pasa? —dijo Alex mientras ponía mermelada en el cruasán del desayuno.

—Apenas me puedo levantar de la cama. Últimamente estoy rígido como un palo.

—Deberías moverte más.

Alain King se limitó a murmurar. Después fue al cuarto de baño y estuvo diez minutos allí. Al salir, tenía gesto de preocupación.

Apareció la madre, muy arreglada, con zapatos de tacón alto y el periódico de la mañana bajo el brazo. No se dignó mirar a su hijo. Todavía no estaba del todo claro cómo terminaría lo que él había provocado.

—¿Sucede algo? —dijo ella.

Al no obtener respuesta, preguntó de nuevo.

—¿Alain?

Su marido gruñó y se sentó en una silla de la cocina.

—Tengo dificultades para orinar. Me lleva mucho tiempo y me duele una barbaridad.

Alex dejó de masticar y miró a su padre. Nunca le había oído hablar de ese modo. Se dio cuenta de que no sabía mucho sobre la salud de sus padres. La madre parecía estar hecha de acero, pero el padre era bastante más débil. Y últimamente había perdido peso. Cuando Alex lo miró con detenimiento vio por primera vez que el cuello de la camisa le quedaba grande. Y fue consciente de que su padre estaba enfermo.

—Tienes que ir al médico.

—Sí, tengo que ir —dijo Alain moviendo la cabeza.

Qué sencillo, pensó Alex, pero cuando vio la expresión de su madre se percató de que acababa de ocurrir algo inusual. Alain King no era de los que iban al médico sin necesidad. Nunca había motivos para hacerlo, ya se pasaría.

Al parecer, Alain King tenía cáncer de próstata. Los médicos le dieron seis meses de vida.

Mientras se iba consumiendo lentamente, Idelle King tuvo problemas. Sus electores supieron lo que había hecho su hijo. La paliza que Alex le había dado al tío Bertrand no quedó silenciada como cuando su tío violó a Nicole. Al principio, su madre se dejó llevar por su intuición y lo negó, pero por algún motivo la crítica no cesaba y al final le resultó insostenible y tuvo que dimitir. El presidente de su partido la llamó al despacho y le dijo que había hecho un trabajo excelente, pero tenía una misión totalmente distinta para ella. El cuerpo diplomático necesitaba una persona con su experiencia y motivación. Contaba con el apoyo del Gobierno.

Idelle King no sabía lo que había detrás. Sin duda, en Francia a veces se les permitía a los políticos que se desviaran del camino marcado antes de agotar la confianza que tenían depositada en ellos. Podían ser infieles, tener contactos con elementos sospechosos de la sociedad, sobornar y aceptar sobornos, además de toda una variedad de actividades más o menos apropiadas sin agotar la paciencia de los votantes. Pero por un lado Idelle King era mujer y, por el otro, había una serie de personas equivocadas involucradas para que el hecho pudiera pasar totalmente desapercibido. Así que tuvo que abandonar el cargo que había

manejado con mano de hierro durante los últimos años.

Ella sabía que no tenía otra opción. Hizo un esfuerzo y se tomó la deportación a Suecia con toda la calma que pudo. Oficialmente se trataba de una promoción, así que de cara al exterior prefería que esa mudanza inesperada lo pareciera en realidad. En la familia, sin embargo, la actitud era distinta. No se anduvo con rodeos cuando le dijo a su hijo lo que había provocado.

Todo era política, y Alex no entendió ni la mitad. Había crecido con una madre que tenía el control absoluto y que ahora se veía obligada a dar marcha atrás. Él tuvo que soportar la presión. Le dolió oír que era el responsable de todo. Pensaba que en el fondo ella se lo merecía, que de algún modo se había buscado ese revés.

El colmo fue cuando, además, empezó a culparle de la enfermedad del padre. Alain King estaba cada vez peor. Él no había criticado nunca a Alex por lo que hizo. Comprendía a su hijo, aunque obviamente le disgustaban las consecuencias que tuvo. Pero en su interior le hubiera gustado tener el valor de su hijo para marcar un límite en lo que la familia podía aceptar. Eso no les devolvería a Nicole, pero significaba integridad. Estaba orgulloso de su hijo.

El estado de salud de Alain empeoró dramáticamente durante la preparación para el traslado a Suecia. Los últimos días de su vida los pasó en el hospital. Alex iba a verlo todos los días, se sentaba en una esquina de la cama y le leía el periódico, pues su padre ya no lo podía sostener.

Alain King se fue debilitando poco a poco. Alex solía pensar que era como si se fuera hundiendo en las sábanas, como si la cama fuera absorbiendo lentamente su cuerpo.

En tres semanas todo acabó.

De algún modo Alex había aceptado ya la muerte de su padre. Sentía el dolor en su interior como un yunque al rojo vivo y algunas noches creía que no iba a desaparecer nunca. Pasó mucho tiempo solo.

La pena era como una habitación propia en la que él se tenía que encerrar. Era un mundo particular en el que se podía permitir ser débil y frágil sin tener que compartirlo con nadie. Tenía que llorar a solas, sin manos que lo consolaran ni voces que lo alentaran. Era la única manera de poder salir de la tristeza. Y lo hizo; paso a paso aprendió a manejarla.

El funeral fue muy desagradable. Alex no sabía cómo lo había soportado. No miró a su madre en ningún momento. Y a poca distancia pudo ver el nuevo Citroën de Bertrand. Se había comprado uno nuevo y había ido a decirle adiós a

su amigo desde la distancia.

Luego llegó la mudanza de Alex a Suecia con su madre, la persona con la que tenía más problemas en el mundo. Pero mitigó de algún modo la ausencia del padre. Y tuvo que asumir el hecho de que Nicole tampoco iba a acompañarlo al nuevo país.

Le resultaba difícil llamarlo «accidente». No había huellas de frenada, nada que indicara que ella se salió de la carretera por error.

¿Qué podría haber hecho él de forma diferente? Era una pregunta sin sentido.

Y además sabía la respuesta.

Nada. Absolutamente nada.

Capítulo 103

Mari se sentó en la silla, exactamente en la misma que el primer día, y parecía estar tan cómoda como la vez anterior. No miró a nadie. En esta ocasión procuró evitar mirar hacia el lado de la defensa, igual que hizo la vez anterior con la fiscalía. Si le sorprendió la ausencia de Sara, no lo demostró.

Los cuatro abogados estaban indignados. La pausa previa a la llegada de Mari la pasaron refunfuñando y gesticulando, con la vista puesta en la mesa del fiscal. Como si mediante una guerra psicológica pudieran hacer desaparecer lo que estaba por venir.

A Ramén le parecía ridículo que fingieran indignación. Hicieron la vista gorda cuando se ocultó una testigo clave —que con toda probabilidad había cometido perjurio por indicación de ellos—, y ahora los iba a delatar. Esperaba la batalla con interés.

—Mari, ya habló antes sobre esa noche de Santa Lucía en el Soap Bar. Todos pudimos escuchar su descripción de lo que pasó. ¿Quiere cambiar algo de su relato? —dijo Ramén.

Mari asintió.

—El secretario judicial no puede oírla… —dijo, animándola a hablar.

—Sí —dijo Mari—. Quiero cambiar una parte.

—¿Qué quiere cambiar?

Ella resopló.

—Todo —se sinceró.

Un murmullo recorrió la sala.

—Me inventé lo del comportamiento de Sara hacia esos chicos. Nosotras charlamos con ellos, pero Sara no se les ofreció. Fue agradable y educada, pero ya me había dicho que el que le interesaba era Alí, que era el tipo de hombre con

quien ella podía plantearse vivir.

—¿Le parece razonable acceder a tener sexo en grupo con alguien con quien te planteas iniciar una relación seria, la primera vez que lo ves? —dijo Ramén.

—No creo que ninguna mujer lo hiciera de forma voluntaria.

—¿Lo hizo Sara?

—No.

—¿Qué le parecían los otros hombres?

—Hansson y Mahmud no le gustaban nada. Y Jisander le repugnaba.

Se oyeron más murmullos. Ramén miró a Jisander. Había oído con toda claridad lo que Mari acababa de decir, pero fingió que se estaba quedando dormido. Se apoyó en la silla con los brazos cruzados sobre la camisa, que estaba cada vez más arrugada. Tenía los ojos medio cerrados.

—¿Le repugnaba Jisander? —dijo Ramén.

—Totalmente.

—¿Qué le repugnaba de él?

—Su aliento, su estilo, su forma de mirarnos como si no lleváramos ropa. Su actitud de superioridad. Su olor. Todo.

—¿Cree que es posible mantener relaciones sexuales en grupo con un hombre que… te repugna?

Ella negó con la cabeza.

—No, en absoluto. Ese tío es un cerdo.

—¿Quién se sentó en las rodillas de Jisander?

—Lo hice yo.

—¿Por qué motivo lo hizo?

—No dejaba de tirar de mí. Al final me puso allí. Luego no dejó que me moviera.

—¿Por qué no dijo nada?

—Sí lo hice, pero no me escuchó. Me daba miedo. Solo quería irme de allí.

—¿Sabía usted que era capaz de cometer una violación?

—Sé que le gustaba hacerlo.

Ramén se detuvo a pensar. ¿Qué importancia tenía ese comentario? Decidió retenerlo en la mente y llegar hasta el final de la pista en la que estaba.

—¿Así que usted se quería marchar?

—Sí, él era asqueroso.

—¿Y Sara qué hacía?

—Hablar con Alí y beber cerveza.

—¿Qué la impulsó a irse a casa sin Sara?

—Solo quería irme de allí. Y ellos se amontonaron alrededor de Sara. Siempre lo hacen.

—¿Había rivalidad entre Sara y usted?

—A ella le resulta sencillo ligar con los chicos. Yo no me he atrevido nunca a hablar con ellos con esa facilidad.

—¿Y en aquella ocasión ella era el centro de atención?

—Como siempre. Aquella noche no pude más.

Ramén vaciló.

—¿Puede que Sara no le guste?

—A veces no me gusta.

Ramén dejó el comentario en el aire mientras reflexionaba sobre cómo continuar.

—Pero Jisander sí que le prestaba atención, ¿no la sujetó y la puso sobre sus rodillas?

—Yo no quería estar con él.

—Por lo que decidió irse a casa. ¿Le dijo usted algo a Sara antes de marcharse?

Mari suspiró.

—Perdona —dijo Mari en voz baja—. Perdóname.

—¿Por qué pediste perdón?

—Por algo que acababa de hacer.

Ramén frunció el ceño.

—¿Dentro del *pub*?

—Sí, dije algo porque estaba enfadada con Sara. No creí que fuera para tanto, y quería irme de allí.

—¿Quería irse de allí y se le ocurrió un modo de hacerlo?

—Más o menos.

—Supongo que usted pretendía deshacerse de Jisander, ¿no?

—Sí, le dije algo que hizo que me soltara y que le prestara atención a Sara.

Ramén tragó saliva. Si al menos supiera qué decir. No tenía elección, solo era cuestión de seguir.

—¿Qué le dijo a Jisander?

Mari volvió a resoplar. Abría y cerraba las manos continuamente.

—Le dije que a Sara le gustaban las *gang bangs*.

—¿Qué es eso?

—Muchos chicos y solo una chica.

Ramén miró a su alrededor. La mayor parte de los asistentes parecían concentrados en lo que Mari decía.

—¿Puede explicarlo un poco, por favor?

—Una *gang bang* es practicar sexo en grupo con una sola chica.

—¿Y varios hombres?

—Sí.

—¿Cuántos hombres?

—Muchos. Con todos los que se pueda.

—¿Y le dijo a Jisander que a Sara le gustaba eso?

—Pues… sí —dijo ella levantando una mano y rascándose la nuca.

—¿Qué más dijo?

—Yo… le dije que tenía ciertas fantasías.

—¿Fantasías sexuales?

—Sí, le dije que le gustaba tener sexo de un modo determinado.

—¿Con muchos hombres a la vez?

La bomba explosionó.

—Le dije que tenía fantasías sobre cosas un poco más duras. Que le ponía que la tomaran por la fuerza. De verdad, pero como una fantasía, algo así.

La sala explotó. Jisander se puso a gritar, los abogados se quedaron boquiabiertos. Johnson volvió a sacudir la cabeza. Tal vez al final se arrepintió de haber aceptado ese caso.

Todos los miembros del jurado se volvieron hacia Jisander, que se iba hundiendo cada vez más en la silla. Los asistentes no podían guardar silencio y empezaron a hablar en voz alta sin tener en cuenta el orden que debían mantener en la sala. ¿Eran culpables los violadores si creían que Sara quería probar de todo?

Ramén miró de reojo a Wiklund, que por un momento frunció los labios y cerró los ojos. No hizo nada para que cesara el alboroto.

Después de unos minutos, los abogados lograron que sus indignados clientes guardaran silencio. El murmullo languideció poco a poco.

Cuando la sala se quedó en completo silencio, Ramén dijo:

—¿Puede decirse que incitó a Jisander a que violara a Sara con la ayuda de sus amigos?

Mari se encogió de hombros.

—No sé si lo incité o no; le dije que era una de las fantasías de ella. Que eso

le ponía.

—¿Les dio la idea?

—En ningún momento creí que lo iban a hacer, como puede suponer.

—Pero acaba de decir que creía que Jisander era capaz de cometer una violación, ¿no?

—Imaginé que a él le gustaría hacer algo así. Parece uno de esos chicos a los que les gusta hacer daño a las chicas.

Nuevo rumor en la sala.

—Seguramente hay muchos aquí que se preguntan cómo pudo usted hacerle eso a su mejor amiga. Se conocían desde que tenían seis años.

—Estaba enfadada con ella.

—¿Estaba enfadada con ella? ¿Fue una especie de castigo?

—No pensé que terminaría así.

—¿Cómo?

—En una violación.

—¿Quiere decir entonces que esos cuatro hombres violaron a Sara Leijon? —dijo Ramén haciendo un gesto en dirección a la mesa de la defensa.

—Claro que lo hicieron.

Había llegado el momento de que los abogados protestaran, pero ninguno lo hizo. Tal vez estaban ocupados pensando si no tendrían que haber elegido otra carrera.

—¿Qué hizo Sara para que usted se enfadara hasta el punto de castigarla con eso?

—Una vez me quitó un chico. Él estaba conmigo y luego la conoció a ella y cortó conmigo. Y aquella noche volvió a ser el centro de atención de todos los chicos. Fue demasiado para mí. Lo siento.

—Es un poco tarde para pedir disculpas, ¿no cree?

Mari no tenía respuesta.

—¿Por qué mintió sobre este asunto el primer día del juicio?

—Estaba avergonzada por lo que había hecho.

—¿No pudo simplemente decir lo que había ocurrido, sin dar su versión personal?

—Ellos hicieron que mintiera.

Ramén quiso saber de nuevo qué sucedería a partir de ahora.

—¿A quiénes se refiere al decir «ellos»?

Mari guardó silencio unos segundos. Luego señaló hacia la mesa de la

defensa.

—A los Jisander.

—¿A Charles Jisander?

—No a ese Jisander, sino a su padre.

Ramén se quedó desconcertado. Miró a Wiklund, cuyo rostro permanecía imperturbable. Él también lo había oído. En lenguaje jurídico eso se denominaba coacción, y era un delito grave. Samuel Jisander, el padre de Charles, el financiero de la cuenta bancaria abultada, había metido la mano donde no debía. Y tendría que pagar por ello. Habría más procesos, todos los abogados que estaban en la sala lo sabían. Ramén sabía que Slättås, y tal vez incluso el abuelo Johnson, eran expertos en ir más allá de los límites permitidos, pero no los creía capaces de alentar a sus clientes para que intentaran manipular la justicia de ese modo. Aunque de ser así serían expulsados de la Asociación de Abogados de inmediato.

—¿La instó Jisander padre a que mintiera en el juicio?

—Sí.

—¿Puedo preguntar por qué accedió?

Ella lo miró como si fuera estúpido.

—Por dinero, por supuesto.

Por supuesto. ¿Qué otra cosa podía ser?

—Primero intentó que Sara retirara la denuncia. Pero ella se negó, claro.

—¿Podría decirme la cifra?

—Cien mil.

—¿Qué va a hacer con ese dinero?

—No mucho. Todavía no lo he recibido, y ahora no creo que lo vea ni en pintura. Él es aún peor que su hijo. También quería sexo. Me negué. Tal vez por eso no he recibido el dinero —dijo Mari.

Después rompió a llorar.

Ramén no sabía si lloraba por lo que le había hecho a Sara o por ella misma. No se le ocurrió nada más que preguntar. Aquella confesión no podía ser más devastadora tanto para los abogados como para sus clientes. Solo quedaban migajas de sus defensas.

Antaño

El interior del banco estaba silencioso como una iglesia. Sara había estado antes con su padre y sabía que allí la gente bajaba la voz automáticamente al entrar. Ella no lo pensaba hacer. Iba a averiguar algunas cosas.

Cuando la cajera la miró, fue a la caja directamente, con Mari detrás de ella.

—Mi amiga necesita ayuda —dijo Sara—, necesitaría un informe de crédito. ¿Podría dárselo?

La cajera movió la cabeza con gesto serio.

—¿Por qué?

—¿Qué importa eso? Están ocurriendo cosas muy feas y tenemos que comprobar este asunto.

La cajera retrocedió unos veinte centímetros con la silla y dijo:

—Entonces tendrá que venir acompañada de sus padres.

Sara miró a Mari y le sonrió. Se la llevó a un lado, a medio metro de allí.

—Espera un momento, yo me encargo de esto.

Se volvió hacia la cajera y le dijo con una amplia sonrisa:

—¿Por qué, si puedo preguntar?

—Para obtener un informe de crédito hay que ser mayor de edad.

—¿Y cuándo se es mayor de edad?

La cajera la miró como si pensara que Sara era imbécil. Frunció los labios.

—A los dieciocho años, si no recuerdo mal.

—Entonces estamos de suerte —dijo Sara con gesto de alegría—. Mari, trae tu carné de identidad.

Mari hurgó en la cartera y sacó su documento de identidad. Sara casi se lo quitó de las manos y lo tiró encima del mostrador. Dejó a la cajera que comprobara por ella misma que Mari había cumplido dieciocho años el día

anterior.

—Ya puedes empezar —dijo Sara.

Diez minutos después, Mari no podía dejar de llorar. Estaban sentadas en el despacho de alguien que se presentó como el contable Niklasson, quien aseguró, con grandes surcos en la frente, que Mari no tenía dinero en sus cuentas.

—Pero si llevan toda la vida ahorrando. Mi madre dice que tiene que haber mucho dinero.

Sara estaba a punto de volverse loca por el llanto de Mari. Era terrible, sin duda, pero debía serenarse.

Niklasson negó moviendo lentamente la cabeza. Siguió aporreando el teclado del ordenador con gesto serio, como si de allí pudiera salir alguna información más.

—Ha habido entradas intermitentes de dinero, pero se han retirado de manera continua.

—¿Quién lo ha hecho? —dijo Sara, combativa.

—No lo veo aquí, pero podría ser alguno de tus padres —dijo mirando a Mari—. Son los únicos que pueden disponer de la cuenta.

—Ese sinvergüenza —dijo Mari mirando hacia el suelo—. Ese maldito sinvergüenza.

Niklasson miró a Sara y levantó una ceja.

—Su padre es imbécil —dijo ella resoplando.

Pero eso no era el mayor problema. Lo más grave era el informe de crédito de Mari. Niklasson lo había escrito. Tenía tres páginas, aunque no contenía tanto. O, mejor dicho, no debería contener tanto.

Los ingresos de Mari eran cero; su patrimonio, cero también. El patrimonio solo se facilitaba si había más capital que deudas, aclaró Niklasson.

Mari tenía deudas en vez de ahorros. Unas deudas enormes. Impagos. Los últimos cinco años se le había olvidado pagar la factura de la luz. Tenía multas de estacionamiento indebido por un total de ciento diez mil coronas. Y al parecer no pagaba el impuesto de circulación desde que iba al jardín de infancia.

Mari debía en total casi cuatrocientas mil coronas.

—Pero eso no puede haberlo hecho ella, como comprenderás. Supongo que esas cosas podrán eliminarse, ¿no?

Niklasson juntó las palmas de las manos y se inclinó hacia delante.

—¿Puedo invitaros a algo? ¿Un café tal vez?

Sara miró el rostro serio del hombre y tragó saliva. Miró a Mari y dijo:

—Puede ser una buena idea.

El café llegó en un minuto.

—A veces vemos estas cosas, lamentablemente —dijo Niklasson—. Padres que registran los coches a nombre de hijos que son menores de edad, creyendo que así se librarán de pagar sus gastos. O la factura del teléfono. Las facturas siguen llegando, como es natural. Los padres no se molestan en pagar. El agente judicial no puede embargar a un menor de edad.

Sara suspiró. Mari había enmudecido y se mordía las uñas. Sara podía apostar algo a que estaba pensando en el móvil que no se podía comprar.

—¿Qué significa eso para Mari?

Niklasson suspiró levemente.

—Sus padres han aplazado sus deudas durante años. Los intereses y las penalizaciones probablemente asciendan a la mitad del total de la deuda. Pero los incumplimientos de pago están ahí.

—Sí, pero ¿hasta cuándo? Supongo que desaparecerán al final.

—Qué va. Desaparecen tres años después de que se hayan pagado totalmente las deudas.

Sara sacudió la cabeza. Mari empezaba su vida de adulta con unas deudas comparables a una hipoteca que hubiera que pagar durante años.

—¿Qué significa eso?

—Tiene que hablar con sus padres —dijo Niklasson como si Mari no estuviera allí.

—No llevará a ninguna parte —dijo Sara—. ¿Supongo que habrá algo que se pueda hacer?

—El asunto es que ella va a tener problemas.

—¿No me digas? ¡Esto sí que es sorprendente! ¿A qué problemas te refieres?

—Mari no podrá darse de alta en ninguna compañía telefónica. Ni de telefonía móvil ni de nada. No podrá alquilar un apartamento. Probablemente ni siquiera pueda obtener una tarjeta para un cajero automático. Y está descartado que pueda acceder a un crédito —dijo dando unas palmaditas al informe de crédito de Mari—. De hecho, ciertos empresarios solicitan informes bancarios de las personas que van a contratar. Cada vez es más habitual.

Sara cerró los ojos un momento. No podía seguir señalando a Mari para instar al austero banquero a que se dirigiera directamente a la persona afectada.

—¿No podrá conseguir trabajo?

Él sacudió lentamente la cabeza y se frotó la cara.

—No cualquier trabajo.

—Sin un empleo, no va a poder pagar nada.

Él carraspeó, miró a un lado y se ajustó el nudo de la corbata. Después de mirarse los zapatos unos cinco segundos, dijo:

—Tiene que hablar con sus padres, como ya he dicho.

Sara se volvió hacia Mari.

—Vámonos —dijo.

Le dio las gracias al empleado, que se puso en pie y pareció alegrarse de quitarse el problema de encima.

Capítulo 104

Sara estaba en la cocina delante de la jaula del hámster, la puerta estaba abierta. Bajó la mirada hacia el animal que tenía entre las manos. El pequeño cuerpo marrón estaba frío, rígido e inmóvil. Ella no recordaba cuándo le había dado de comer por última vez. Quizá hace varias semanas.

Miró al hámster durante unos minutos mientras sentía latir su propio corazón. Luego volvió a dejarlo en el serrín y cerró la puerta con cuidado.

El recuerdo del rostro herido de Nicole no le había abandonado. No pasaba ni un solo día sin recordarla. El dolor había disminuido después de veinte años, sin ninguna duda, y él podía pensar en ella sin que las lágrimas acudieran a sus ojos. Pero el recuerdo seguía ahí.

Iba en un taxi que avanzaba lentamente y estaba a punto de volverse loco. Sus presentimientos lo acuciaban con saña a medida que pasaba el tiempo. No quería ver a otra Nicole. No de ese modo.

El coche giró hacia Gröndal. En un rato estaría allí. Dentro de cinco minutos, siete minutos como mucho.

Finalmente llegaron. Dejó caer dos billetes de quinientas coronas en el asiento delantero y se precipitó fuera del taxi.

Capítulo 105

El silencio se fue asentando poco a poco, como el polvo en primavera al paso de un coche por una calle enarenada. Solo quedaban los alegatos finales. Después, todo habría terminado.

—¿Está lista la fiscalía?

Ramén asintió.

—¿Están listos los abogados?

Los cuatro asintieron a la vez.

—… por lo que considero responsabilidad del tribunal condenar a los cuatro acusados por la brutal violación de Sara Leijon —dijo Ramén en tono firme—. No hay que prestar demasiada atención a lo que los acusados hayan dicho en este juicio. Hemos descubierto la mayor parte de sus mentiras. Violaron a mi cliente. Cuando uno de ellos no logró consumar la violación, incitó a los otros tres a que le hicieran daño. Es imposible imaginar el horror y el pánico de Sara mientras ocurría, pero apelo al sentido común del tribunal.

»En realidad es bastante simple. Un motivo importante es la intención de los acusados. Me refiero a que tenían muy claras sus intenciones desde el inicio de estos hechos terribles. Dos de ellos se escondieron al salir del Soap Bar. Es evidente que se dieron cuenta de cómo habría reaccionado ella si hubiera conocido sus planes desde el principio. Sostener que no entendieron que ella oponía resistencia sería insultar la inteligencia de los acusados, y sé que el tribunal no lo haría de ningún modo.

»Hemos oído decir a los acusados que Sara Leijon mantuvo de buena gana relaciones sexuales violentas con cuatro hombres totalmente desconocidos

durante varias horas. Todo ello, además, basado en los consejos de una mujer que ellos tampoco conocían. Hemos oído las dos declaraciones de Mari Näslund, y ruego al tribunal que intente comprender su situación. No lo hizo con premeditación.

»Lo esencial es que las relaciones se produjeron contra la voluntad de Sara. Y es por lo que tienen que ser juzgados los acusados.

Ramén se pasó una mano por el cabello. Hizo una pausa y dejó que las palabras se asentaran un momento. Miró a Göran Wiklund y observó su rostro sombrío.

—Hemos visto la táctica desesperada de la defensa. A falta de argumentos objetivos se ha intentado denigrar a mi cliente. Para empezar se han referido a que no tiene trabajo fijo. Según la oficina de empleo, esta mañana la cifra de desempleados ascendía a cerca de cuatrocientas ochenta mil personas. ¿Vamos a dejar que los acusados ataquen también a esas personas? Según la defensa, estaría justificado. Si no tengo trabajo fijo soy una persona sospechosa, así que me pueden violar. Recomendaría a todos los que están aquí que cuiden con celo sus puestos de trabajo. Es vergonzoso.

Ramén hizo otra pausa y fijó la mirada en Helen Slättås. Su rostro pétreo no mostraba nada. El abuelo Johnson miraba al frente directamente. Eran demasiado profesionales para asumir la derrota como algo personal.

—Por otra parte —continuó—, la defensa ha hecho todo lo posible para dejarnos claro que Sara bebe demasiado. Supongamos que fuera el caso. Ella sostiene que bebió cuatro cervezas. Mari Näslund afirmó al principio que fueron bastantes más, pero también ha reconocido que mintió en todo. Pero la cantidad no importa. ¿El hecho de que una persona mayor de dieciocho años beba alcohol significa automáticamente que quiere tener sexo con todo el mundo? ¿Deberán aprovecharse los señores que hay allí? ¿Alguno de los presentes tiene intención de beber una copa de vino en la cena? Vayan con cuidado, quién sabe lo que les puede ocurrir. Resulta patético.

Hizo un gesto en dirección al banquillo de los acusados. La imagen de esa pandilla persiguiendo a alcohólicos desempleados provocó risas entre algunos de los asistentes.

—Por otra parte se ha hablado mucho acerca de las pasadas experiencias sexuales de mi cliente. La fascinación de la defensa por los detalles íntimos es casi inquietante… —dijo haciendo una pausa que, esperaba, causara efecto entre los miembros del tribunal— a la vez que lamentable. Si ello también significa

que todos los que han tenido alguna vez sexo, junto con los alcohólicos y los desempleados, son víctimas de violación que deben estar agradecidas…, bueno, entonces el mercado se habrá incrementado de forma significativa para los señores Jisander, Hansson, Huseín y Mahmud. El argumento me parece una burla.

Se detuvo y no pudo evitar echar un vistazo a la sala. Vio sonrisas aquí y allá, pero también una serie de rostros preocupados.

—La abogada Slättås montó el número a causa de la camiseta que mi cliente llevaba esa noche. Comprendo que la entretuviera el texto de la camiseta. ¿De qué otro modo iba a llenar el tiempo?

Era consciente de que estaba cerca del límite de lo permitido; sacó la camiseta que le había dado Slättås y la levantó delante del tribunal, girándola luego un poco para el que resto de la sala pudiera verla.

—Aquí hay una palabra escrita. No sé si lo de estrella porno es una profesión, pero admitamos, para simplificar, que hay quienes se ganan la vida de esa forma. ¿Y si una persona, hombre o mujer, lleva esta camiseta, significa que su entorno tiene el derecho de esperar que la persona comience a ejercer su profesión inmediatamente?

Ramén soltó la camiseta, que se deslizó un momento por la mesa antes de caer al suelo con el texto hacia abajo.

—El texto de la camiseta de Sara es irrelevante. Echarle la culpa sería como afirmar que los acusados son tontos. No solo un poco torpes o ingenuos, sino pura y simplemente imbéciles.

Paseó la vista por los acusados. Pasó la página y se dio cuenta de que iba atrasado. Aumentó el ritmo para no cansar al tribunal.

—Sin embargo, lo más desesperado del relato de la defensa es, sin duda, su vano intento de invitarnos a creer que el culpable de la violación de Sara fue su hermano. Eso es una ofensa para el tribunal, señoría. Utilizar ese tipo de prácticas tan ruines es indicativo de una defensa cuyas carencias están fuera de lo admisible. Así que ella, por culpa del hermano y de algún modo misterioso, dio a entender a los acusados que podían violarla. La he buscado, pero no he encontrado la palabra adecuada para esto.

Ramén carraspeó y miró a su alrededor. Tom Leijon no estaba en su sitio. Tal vez no quería saber cómo iban las cosas.

—No creo que tenga que explicarle a los padres que se encuentran aquí lo que sentirían si esta atrocidad le ocurriera a sus hijas. Pero puede ocurrirle a

cualquiera y puede suceder en cualquier momento. Quiero que el jurado manifieste con firmeza su aversión por lo ocurrido y que juzgue a favor de mi cliente. Por todo ello, solicito el castigo más severo previsto en la ley por los delitos de agresión sexual con agravantes, violación, maltrato y privación ilegítima de la libertad. Para todos los acusados. Gracias.

Luego arregló un poco el montón de papeles, satisfecho de su alegato final. Siempre había que encontrar el nivel adecuado, y creía haberlo logrado en esta ocasión.

—De acuerdo —dijo Wiklund—. Haremos una breve pausa antes de pasar a la defensa.

Capítulo 106

—Señoría. Acabamos de oír el alegato final del fiscal. No puedo decir que me haya impresionado especialmente. Lo que he oído solo son intentos desesperados de hacer caso omiso a una larga lista de circunstancias agravantes. Podemos discutir durante horas lo que fue y lo que debería haber sido, y si es justo que la demandante declarara del modo que lo hizo. Pero eso no hace que los hechos varíen.

»Sara envió señales a los demandados. Llevaba una camiseta en la que se podía ver que le gustaba el sexo, se comportó de manera inapropiada, tiene una reputación inusualmente mala, había bebido y seguía bebiendo. No hubo lesiones graves después de las relaciones sexuales. Además, su mejor amiga les había dicho que le gustaba el sexo en grupo, en especial si ella era la única mujer.

Slättås tenía un problema. Ya que la base de la defensa era que no se había producido ninguna violación, la abogada no podía utilizar el argumento de Mari de que fue Sara la que los incitó. De otro modo, habría sido una brillante oportunidad para incidir en que las malas intenciones de los autores se podían cuestionar. Pero esa carta no podía jugarla.

Habló largo y tendido sobre el pasado de su cliente, esforzándose en restaurar su honor. Que se le acusara de abuso sexual en el pasado no era del todo culpa suya. Él era un hombre inocente que había tenido dificultades en la vida, y sería un error castigarlo por ello. Le tenían que dar una oportunidad para que pudiera rectificar, en vez de empujarlo a algo que solo lo llevaría a una profunda depresión. ¡Concededle la libertad!

Al finalizar solo había tardado media hora.

Las peticiones de los otros tres abogados fueron básicamente las mismas, tal vez algo más apagadas. No surgió nada nuevo. El mensaje era el mismo: Dejad a mi pobre defendido en libertad. No ha hecho nada ilegal.

Antaño

Sara habría dado cualquier cosa por oír la conversación que tuvo lugar en la casa de los Näslund la noche que Mari se enteró de que su padre le había arruinado el futuro. Ojalá se hubiera podido quedar allí sentada en silencio, simplemente escuchando.

Lo único que sabía era que, después de la conversación, Mari logró lo que quería. Se marchó de casa al día siguiente de cumplir dieciocho años. Utilizó las dos mil coronas que le había dado un viejo pariente de Estocolmo para comprar un billete de tren y una botella de vino. Por lo que Sara sabía, nadie había intentado detenerla.

Después de varias semanas, se planteó seriamente ir a la antigua casa de Mari y enfrentarse a los idiotas que tenía por padres. Simplemente ponerlos contra la pared y obligarlos a dar explicaciones. Pero según pasaba el tiempo se iba dando cuenta de que no serviría de nada. Eran unos miserables y siempre lo serían.

Transcurrió medio año.

Mari le envió una carta sin incluir un número de teléfono. Le decía que estaba bien. Sara no tenía ganas de preguntar a los padres de ella si era posible escribirle o llamarla por teléfono, así que no lo hizo. Ella seguía sin querer relacionarse con ellos.

Pasó el tiempo. La escuela secundaria terminó y Sara buscó trabajo. Estuvo empleada en un café y después en una imprenta, pero el horario de trabajo era muy malo. Levantarse a las tres de la mañana no era lo suyo. Durante un tiempo estuvo en una oficina realizando funciones administrativas en general, más que nada navegar en la red y fumar a escondidas cuando creía que nadie la veía. Aprendió todo acerca de la moda mientras simulaba que registraba clientes. Leía

todos los blogs sobre moda que podía, chateaba con amigos y descargaba música que se llevaba a casa. El trabajo era muy triste y después de dos meses la llamaron para despedirla. Escasez de trabajo.

—No te puedes dedicar a dar vueltas por ahí —dijo su madre un día mientras hacían juntas la comida.

—Lo sé —dijo Sara.

—No creas que te vamos a salvar siempre.

—No lo creo —dijo Sara mordiéndose las mejillas.

—No te podemos mantener bajo el ala. Tú también tienes que asumir tu responsabilidad. Ya eres una persona adulta.

Sara dejó de cortar cebolla y se volvió hacia su madre.

—Asumo mi responsabilidad.

—Si lo hubieras hecho no habría ocurrido esto.

—¿Esto? ¿Qué es esto? ¿Qué ha ocurrido ahora?

Pero la madre no quería seguir. Como de costumbre, se conformaba con echar bastante sal en las heridas y retroceder cuando empezaba a escocer.

—Además, no me tenéis bajo el ala. Me he buscado sola todos los trabajos. Contribuyo económicamente en casa. Así que asumo cierta responsabilidad.

¿La respuesta? Silencio.

El maldito silencio de siempre.

Capítulo 107

Sara miró el objeto que tenía en la mano. El borde del trozo de espejo no era especialmente afilado, pero lo sintió agradable al ponerlo en contacto con la muñeca.

Una lágrima le rodó por la mejilla y cayó en la mano con la que sostenía el trozo de espejo. Permaneció inmóvil un rato mirando la lágrima. Buscó algún acontecimiento grato en el que hubiera participado, quería tener en la mente algo claro y bonito. En el apartamento empezó a oírse un ruido conocido, un ruido que le produjo una sensación desconocida y no del todo agradable, como un *déjà vu*.

Llamaban a la puerta. Un ruido apremiante e insistente.

Sara tuvo que buscar en la mente muchos años atrás. Después de cavar y rebuscar en su interior llegó finalmente al día en que cumplió trece años, cuando estaba con un compañero de clase del que llevaba todo un año enamorada en secreto. Al final la correspondió, y ella estaba eufórica. Recordó con una pálida sonrisa lo emocionada y feliz que se sintió cuando le dijo que sí, que podían estar juntos. Pudo ver la sonrisa de él. Recordaba que le gustó su olor.

Sara cogió con firmeza el trozo de vidrio.

No fueron malos momentos aquellos, cuando tenía trece años. No lo fueron en absoluto.

Volvieron a llamar a la puerta.

Sara tragó saliva y cerró los ojos.

Alex decidió golpear la puerta. ¿Dónde diablos estaba Johanna? ¿Estaba ahí dentro? ¿Por qué no abrían? Golpeó otra vez.

Alex se agachó y levantó la ranura del buzón. Gritó el nombre de Sara a través de la ranura.

No hubo respuesta.

Golpeó la puerta con ambas manos. ¿Estaría en casa de todos modos?

De repente, vio a Johanna detrás de él.

—Solo he ido a comer una *pizza* —dijo ella excusándose.

Él la miró durante unos segundos. Apretó las mandíbulas para no empezar a maldecir.

Ella se encogió de hombros, como disculpándose.

—Miraremos desde fuera —dijo él mientras salía corriendo de la casa.

Ya no sonaba el timbre. Era raro. Ella estaba contenta y triste a la vez. Había sido más difícil de lo que creía. Tuvo que hacer un corte profundo. Le había dolido más de lo que había imaginado. Pero no tenía importancia. El dolor había desaparecido y eso era lo más importante. Al ver la sangre correr, se preguntó confusa cuánto tiempo le llevaría.

Había tanto silencio.

Al principio sentía golpes en los oídos, pero ahora solo oía una especie de rugido en la cabeza. Se apoyó en la pared y cerró los ojos. Sonrió al recordar aquel verano, cuando tenía trece años.

Alguien gritó su nombre, tal vez el novio que tenía por entonces.

¡Sara!

Oyó su nombre a lo lejos, como en sueños. Había algo conocido en ese grito, pero no sabía qué. La voz… sonaba como… como…

¡Sara!

En ese momento reconoció la voz.

Le quité la llave. Estaba enfadada con él, me parecía que no entendía.

Cogí la llave.

Ella se esforzó y se arrastró hasta la puerta de entrada, deteniéndose a cada metro para intentar orientarse. Sentía latidos en la cabeza y no le quedaban fuerzas. La mente le decía que se rindiera, pero algún antiguo instinto de supervivencia la obligaba a seguir.

Johanna llevaba una bicicleta.

—Puedes ponerla ahí.

Alex la cogió y la apoyó en la pared del edificio. Al ponerse de pie en el sillín se quedó a un paso del balcón. Dio un arriesgado salto y se lanzó contra la barandilla, se irguió y sintió que todo el cuerpo estaba en tensión. Se quedó colgando unos segundos sin saber qué hacer.

—Ten cuidado —dijo Johanna con gesto de preocupación.

Alex se agarró a todo lo que pudo y oyó que la chaqueta se desgarraba al rozar con la barandilla. Se las arregló para lanzarse hacia el balcón y caer al otro, pero enseguida se puso en pie. Mientras miraba por la puerta del balcón recordó que Sara vivía en el segundo piso. Claro, ¿qué estaba haciendo allí?

El descenso hasta llegar al cuerpo de Nicole aquel día, casi veinte años atrás, lo notó en todo el cuerpo. Esta vez tenía que subir, pero la situación era tan similar que le dolía el estómago solo de pensarlo.

Se quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo. Volvió a subirse a la barandilla. Se lanzó todo lo largo que era. Llegó justo al borde del balcón siguiente, el de Sara. Mientras subía poco a poco notó el dolor en las yemas de los dedos. Pronto alcanzaría la barandilla del balcón con una mano.

—¿Cómo van las cosas? —dijo una intranquila Johanna.

No respondió. Ella podía ver perfectamente cómo le iba. No lo hacía por ella, sino por Sara. Y por Nicole.

Treinta segundos después estaba de pie en el balcón.

Dentro estaba Sara arrodillada y en silencio. Si Alex miraba por el buzón en ese momento, seguramente la vería. A ella le daba vueltas la habitación y estaba convencida de que nada era real. No había nadie al otro lado. Solo eran imaginaciones suyas. Cuando se dio la vuelta y vio las huellas de sangre se horrorizó.

Poco a poco fue consciente de lo que había hecho.

Esa sangre, no estaba bien.

Empujó la puerta, pero estaba cerrada con llave. Después de varios intentos logró girar el pomo. Presionó contra la puerta con las últimas fuerzas que le quedaban, pero no se abrió.

Se dejó caer en el suelo mientras todo se oscurecía ante ella.

La ventana estaba tan sucia que Alex no podía ver el interior. Tardó un rato en orientarse. No había visto antes el apartamento desde ese lado.

—¿Ves algo? —preguntó Johanna desde la calle.

Un hombre que salió por la puerta miró a Johanna y luego a Alex, pero no dijo nada. Pasaron coches. Ladró un perro. Notó el aire fresco en las mejillas. Frotó el cristal de la ventana con la manga de la camisa.

Ahí estaba.

Tumbada en la entrada, cerca del cuarto de estar.

Debía de ser la entrada que él vio. Reconoció una silla, aunque en ese momento la vio desde otro ángulo. Había algo en el suelo. ¿Qué era? ¿Un montón de ropa?

—Creo que veo algo.

Se volvió hacia la puerta del balcón de Sara. Entornó los ojos, se llevó una mano a los ojos para protegerlos de los reflejos del vidrio, intentando entender lo que tenía ante él.

—Parece que… que…

Alex se tapó la boca con la mano.

El veredicto

Capítulo 108

Ya no contaba las semanas que pasaban. Ahora no tenía sentido. La noche estaba avanzada. La primavera había llegado definitivamente. Tom estaba en su Honda abollado mirando la fachada oscura. Tenía las manos frías como el hielo. Volvió a percibir la sensación de sus días de juventud; había pasado muchas noches esperando el momento oportuno para actuar. Ciertas sensaciones nunca se olvidaban.

Tenía la radio puesta, pero el volumen estaba tan bajo que daba igual que la apagara. No lo hizo, le gustaba ver esa tenue luz roja en el salpicadero.

Afuera estaba oscuro, la nieve había desaparecido y no volvería hasta el invierno. Se puso los guantes y agarró el volante. Volvió a mirar la ventana del cuarto piso y vio que seguía iluminado. Una sombra se movía detrás de las cortinas. Alguien tenía ganas de orinar. Tom dedicó unos minutos a respirar, solo eso.

Cogió de nuevo la carta de Sara que vio en el suelo una semana después de que la encontraran al otro lado de la puerta. La volvió a leer, sin saber cuántas veces lo había hecho.

La sangre, toda esa sangre. Las manchas seguían en la alfombra cuando él cruzó el umbral. ¿Cómo pudo ser tan tonta?

Mustafá Mahmud, cuatro años de cárcel por violación con agravantes.

Alí Huseín, cuatro años de cárcel por violación con agravantes.

Una lágrima solitaria corrió por su mejilla.

Sonny Hansson, cuatro años de cárcel por violación con agravantes.

Charles Jisander, cuatro años de cárcel por violación con agravantes.

Ella le dio las pistas que necesitaba, le dijo cuál había sido la peor de todas las ofensas, la que más le dolió. Si él lo hubiera entendido antes. Si hubiera

escuchado. No fue ella la que se cortó las venas. Ellos la habían inducido. Alguien tenía que sufrir por lo que le hicieron a Sara.

El sobre se deslizó lentamente de su mano hasta el asiento de al lado.

Miró el reloj. Eran las doce y media.

Entrada la noche del sábado, otro coche oscuro se detuvo frente a la puerta de un chalé en uno de los municipios de los alrededores de la capital. El motor se apagó y el silencio se extendió por toda la calle. Era medianoche y la zona estaba tranquila. Una leve lluvia, apenas una neblina húmeda se desplazaba lentamente por el aire como un velo.

Fuera del coche todo estaba en calma. La calle, vacía.

Tom expulsó todo el aire que pudo hasta que se vaciaron sus pulmones, y luego inhaló tanto oxígeno que parecía que iba a estallar. Repitió el procedimiento varias veces hasta que sintió que estaba suficientemente despierto. No tenía sentido posponerlo más. Bajó del coche y se quedó de pie en la calle.

Puso el piloto automático, el que había utilizado tantas veces en redadas nocturnas. Esa capacidad de hacer simplemente lo que había que hacer, sin un solo pensamiento innecesario. Se preparó dejando de pensar en sí mismo como una persona de carne y hueso, como si fuera un piloto kamikaze. A partir de ese momento era una máquina, una herramienta que tenía que hacer un trabajo.

Chasqueó los nudillos un par de veces y empezó a caminar en dirección a la casa. Delante de la entrada sacó una barra de hierro que llevaba en el bolsillo interior. La introdujo entre la puerta y el marco y en un par de segundos esta se rompió y se abrió con cierta dificultad. Fue hacia el panel del portero automático.

Allí.

Se quedó mirando el nombre mientras la furia iba invadiéndolo. Cuarto piso. Estaba en el lugar correcto.

Se abrieron dos puertas de la furgoneta y de las sombras emergieron cuatro figuras. Una de ellas hizo una señal con un brazo en dirección a la casa, y las otras tres la siguieron. Uno de aquellos hombres cojeaba un poco e iba rezagado.

Las cuatro figuras se detuvieron delante del chalé, que permanecía a oscuras, y hablaron un momento. Después de una leve discusión, uno de ellos abrió la puerta y entraron todos.

El hombre que estaba sentado en el sofá miraba un programa de casos policiales ocurridos el año anterior. Era una de esas historias de detectives en las que la policía rastreaba a los delincuentes utilizando unas técnicas impecables. Cada uno de los pasos del asesino se había comprobado, y todos los policías tenían un cerebro digno de Sherlock Holmes. El hombre del sofá se preguntó si ese tipo de policías existía en realidad, pero era entretenido ver cómo se iba resolviendo el caso con la ayuda de unas cuantas pistas.

Los tallarines con salsa de curri calentados en el microondas todavía le daban vueltas en el estómago. Después de comer se había bebido dos copas de vino. No estaba afectado directamente por el vino, pero se sentía algo cansado. En cuanto estuviera resuelto el caso de la televisión, se iría a la cama. Miró el reloj.

Quedaban veinte minutos.

El repentino aumento del audio de la televisión al emitir los anuncios hizo que se levantara del sofá. Fue a la cocina para llevarse algo para picar que le durase hasta el desenlace final. Buscó en los armarios.

Luego se preguntaría si tendría que haber quitado el sonido con el mando a distancia. Tal vez así hubiera podido evitar lo que ocurrió a continuación.

Se quedó inmóvil en la puerta, perplejo.

—Hola, colega —dijo un hombre que estaba de pie al lado de su sofá—. ¿Estás de fiesta?

Capítulo 109

Cuando Tom rompió la puerta del apartamento, se produjo un ruido parecido al de una explosión y por instinto apretó las mandíbulas. Curiosamente no ocurrió nada. No se movió nadie en el interior del apartamento. Tal vez el hombre, al final, se había quedado dormido.

Bien, eso le proporcionaba el valioso factor sorpresa. Se dirigió al pasillo después de intentar cerrar la puerta. Ya no encajaba, pero no importaba. Respiraba de modo entrecortado, deteniéndose cada dos pasos para escuchar. Había un televisor encendido y no tardó en localizar el sitio del que procedía el ruido.

El hombre del chalé hacía esfuerzos para respirar y no se le ocurría nada que decir. Normalmente no tenía dificultades para encontrar las palabras, pero en ese momento las ideas le llegaron tarde, demasiado tarde. Después de unos segundos en los que dejó correr por ahí, sin ningún tipo de control, una serie de fantasías salvajes, logró sosegarse lo suficiente para que le saliera algo sensato.

—¿Qué queréis? —preguntó con voz ahogada.

—Lo mismo que tú —respondió el intruso—. Divertirnos un poco. Has sido muy amable al invitarnos.

Su rostro era irregular, tenía la nariz fracturada por una o dos partes. La barbilla torcida, un ojo estaba algo más abajo que el otro. El hombre era de complexión fuerte e iba vestido de cuero de pies a cabeza. Llevaba unas botas gruesas y parecía que se hubiera bajado de una moto poco antes.

Junto a él había otros tres. Uno de ellos, un hombre delgado y con poco pelo que no decía nada, solo se pasaba la lengua por los labios sin cesar, lo que le

producía al hombre que estaba en el sofá una sensación muy desagradable en el estómago. De repente, notó que tenía que ir al baño. El tercero iba bien peinado y bien vestido, pero tenía los ojos algo saltones, como si intentara ver todo lo que podía en el menor tiempo posible. Movía la cabeza constantemente, mirando de forma alternativa a la víctima y al intruso que hablaba.

Deseó no haber dirigido la mirada hacia el cuarto intruso. La visión lo asustó más allá de lo imaginable. El hombre movía las manos sin cesar y reía en voz baja, mostrando unos dientes que eran restos lamentables de lo que fueron una vez. Tenía una mirada terrible y unos ojos llorosos, como de loco, que no se movían, solo lo miraban sin parpadear. El vacío que vio en ellos hizo que se echara hacia atrás en el sofá.

Le pareció sentir en el estómago una especie de boya fría y pesada.

—¿Qué queréis de mí?

—Ya te lo he dicho —contestó el primero—. Noche de sábado —dijo sonriendo mientras chasqueaba los nudillos.

—Idos de aquí o llamaré a la policía.

—Somos tus colegas. ¿Habías olvidado que nos íbamos a ver esta noche?

—Debe ser un malentendido —dijo la víctima intentando encontrar un modo lógico de salir de esa locura.

Le iban a dar una paliza, una buena paliza, como nunca se la habían dado en su vida, ni siquiera en la escuela. Siempre había conseguido librarse de las peleas, no sabía nada del dolor.

—¿De qué se trata?

El hombre sonrió, y algo en el cerebro de la víctima se apagó. Fue como apagar el interruptor de la luz. Una oscuridad fría y lúgubre lo envolvió.

El hombre que no paraba de reír, un despojo humano, fue acercándose lentamente a él. Le puso una mano sobre su brazo y le acercó el rostro lo suficiente para que el fétido aliento hiciera que la víctima se agitara involuntariamente.

—Creo que lo sabes perfectamente —dijo el hombre—. Eres como todas esas putas. Lo estás pidiendo.

La víctima volvió la cara hacia un lado. No podía ocultar las lágrimas. Jamás había estado tan asustado en toda su vida. El pánico lo paralizó por completo.

Sacudió la cabeza.

—No —susurró—. ¡NO!

El hombre que sonreía y tenía los dientes podridos se puso a darle un masaje

en el hombro. Mientras apoyaba la otra mano en la entrepierna de la víctima, susurró:

—A veces pasan estas cosas, pasan…

Tom estaba junto a la puerta de la sala de estar. Miró al hombre sentado en el sofá y con los pies sobre la mesa. Sin afeitar, con una mano sobre la cara. El pelo despeinado se le pegaba a la cabeza. Por lo visto se había quedado dormido mientras comía, porque al lado tenía un plato con salchichas frías y sus labios parecían manchados de kétchup.

Tom sintió asco. Entró en la habitación, vio el mando a distancia y subió el volumen. En la pantalla parpadeaba la emisión nocturna del canal Playboy, y se quedó mirando un momento a una mujer que al parecer quería quitarse la blusa a toda costa.

Se volvió hacia el hombre que estaba en el sofá y le bajó los pies al suelo de una patada. El hombre se despertó dando un grito y trató de levantarse del sofá, pero Tom le puso una de las manos contra el pecho y lo empujó.

—¿Qué demonios es esto?

—Cierra la boca —dijo Tom—. Quédate quieto.

El hombre lo miró con unos ojos que casi se le salían de las órbitas.

—¿Quién eres?

Tom sonrió y le enseñó los dientes, como un lobo.

—Yo estuve todos los días allí. Escuché todo lo que se dijo, todas y cada una de las mentiras. ¿No me reconoces?

El hombre intentó enderezarse sin que pareciera que tenía intención de levantarse.

—¿Quieres saber quién soy? —susurró Tom.

El otro lo miró sin decir nada. Tom pensó por un momento que no había entendido la pregunta.

—Me llamo Tom.

—¿Ah, sí?

—Tom Leijon.

El hombre guardó silencio y frunció el ceño. Su mente se puso a trabajar intensamente para encontrar la relación. Tardó un momento en darse cuenta. Una vez que lo hizo, primero sintió frío por todo el cuerpo y luego calor, como si le ardiera la cabeza.

No lo reconoció a él, nunca lo vio. Pero sí reconoció sus ojos. Había visto esos ojos antes. En otra persona, pero exactamente iguales.

Sara Leijon.

Tenía las mandíbulas apretadas, las manos parecían peligrosas, venas que sobresalían en los antebrazos. Esa furia salvaje detrás de los ojos, esa rabia como un volcán. El hombre sabía exactamente cuándo la había visto por última vez.

—Eres el hermano de ella —dijo sin mover apenas los labios.

Tom asintió con lentitud. Su rostro parecía tallado en piedra cuando dijo:

—Sí, soy su hermano.

Tom respiró profundamente y flexionó los brazos, el estómago. Los puños se cerraron y parecían dos piedras duras.

—¿Qué… qué… quieres? —dijo de forma entrecortada el hombre desde el sofá.

Tom le dirigió una mirada repentinamente clara, vacía de cualquier rastro de sentimiento. Sintió que la vieja emoción se apoderaba de él cuando dijo:

—¿Tú qué crees?

Charles Jisander se orinó encima.

Antaño

El padre la llevó en el coche. La madre se negó a ir. Aunque no lo admitiría de ningún modo, qué va. Tenía que hacer un turno extra en el hospital, por lo que, obviamente, le resultaba imposible ir a despedir a su hija.

Para no tener que decírselo ella misma, le escribió una nota. Un pósit.

Cuando Sara iba en el coche en dirección a la estación de autobuses notó que se le aguzaban los sentidos. El sonido se volvía más claro, los colores más brillantes. De repente, prestaba atención a cada uno de los detalles de la carretera. Pasaron por la tienda de bicicletas en la que ella compró la primera que tuvo. Una calle después, la pizzería en la que ella y Mari solían charlar ante sus respectivas cervezas. Junto a la plaza estaba la fuente en la que se bañó en ropa interior cuando se emborrachó una vez. La noche terminó con una cistitis.

No era que no fuera a volver nunca a su ciudad natal, sino que le parecía horrible. Desde primeras horas de la mañana sentía que algo de una inesperada gravedad le sobrevenía.

Hasta su padre estaba decaído, era evidente. Los hombros le colgaban un poco más de lo habitual, y se había afeitado a pesar de que era sábado. Llevaba la camisa planchada, y Sara comprendió que era un día duro para él. Pero estaba sereno y respondía de modo escueto cuando se le hablaba.

Todo para no estallar en sentimientos incontrolados. Todo para no decir ni una palabra de más.

Cuando giraron en la plaza, vio los autobuses. Los había visto miles de veces antes, pero en ese momento se le ocurrió contarlos. Dieciséis autobuses, y uno de ellos se la llevaría.

Más vale ser cabeza de ratón que cola de león, como alguien le había dicho cuando comentó que se iba a vivir a Estocolmo. El típico comentario de un

paleto. Ella no era pequeña y no iba a permitirle a nadie que se pusiera por encima de ella solo por el hecho de no ser de allí. La capital era como un océano, sin duda; solo la ciudad de Estocolmo tenía cuarenta veces más habitantes que su ciudad natal. Claro que iba a desaparecer, pero a Sara eso le venía bien. La atraía el anonimato. En Estocolmo no tendría que soportar las miradas de las viejas en el café: Ahí va la que se abrió de piernas y se quedó preñada antes de acabar la escuela. Aquí viene esa loca que siempre protesta si alguien se le acerca demasiado. Mírala. Su hermano está en chirona por malos tratos. Sí, todos sabemos quién es.

Y cosas por el estilo.

Pero Tom no estaba ya en la cárcel. Hacía tiempo que se encontraba fuera y le iba bien. Al menos eso dijo cuando lo llamó y le preguntó si podía vivir en su casa al principio. Enseguida dijo que sí.

Se había prometido a sí misma no llorar. Cuando Sara abrazó a su padre y se sentó en el autobús, las lágrimas empezaron a brotar.

Un conductor de pelo canoso y rizado revisaba los billetes mientras subían los pasajeros. Ella se sentó casi al fondo y esparció sus cosas por los dos asientos. Dejó la cocacola, las patatas fritas, las revistas que le había comprado su padre. *Cosmopolitan*. *Vogue*. El iPod que le había cargado con sus últimas listas. La mejor manera de evitar que alguien se siente a tu lado es parecer más audaz y más distante que los demás. Se sentó más o menos en medio de los dos asientos, con la expresión más hostil que pudo. No era difícil, no iba a reírse ni aunque le contaran el chiste más gracioso del mundo.

Tuvo cuidado de no mirar a los que subían al autobús, fingiendo leer el último número de su *Cosmopolitan*.

Subió un grupo de hombres que parecía que estaban borrachos, y Sara contuvo el aliento.

No os acerquéis. Es mi territorio.

Pero ellos se sentaron en los asientos delanteros. Estaba segura de que habrían elegido los de atrás, pero alguien se había sentado antes allí y les había estropeado la fiesta. Qué bien.

El conductor de pelo canoso empezó a darles la bienvenida por los altavoces, y Sara se puso la música. No le interesaba nada de lo que pudiera decir.

Ella había desafiado a todos los que amaba. Los había puesto a prueba. Lo sabía cada vez que no la echaban. Ella significaba algo de todos modos.

Después tenía que ponerlos a prueba otra vez. Y otra más. Y al final

fracasaron. Renunciaron a ella.

Capítulo 110

No lo podía hacer. Tom no le había levantado la mano a nadie desde aquella agresión por la que estuvo dieciocho meses en la cárcel. Aunque odiaba al hombre que tenía enfrente, no lo podía hacer.

Jisander no se dio cuenta de la lucha interna que libraba, por lo que estaba convencido de que había llegado su final.

—Vas a tener que esperar —dijo Tom en un tono apagado.

Jisander apretó los ojos con fuerza. Tenía el rostro empapado en sudor frío.

—¿A qué? —logró balbucear.

—A mí. Tendrás que esperar que te busque. Cuando creas que estás a salvo, volveré. No vas a escapar.

—¡Estás loco!

Tom miró al hombre que estaba en el sillón. Odiaba a Jisander, pero no podía dar el paso. Aunque podía hacerle sufrir.

—Claro que estoy loco. Debo de estarlo para dejarte vivir después de lo que le hiciste a mi hermana. Pero no lo suficientemente loco como para dejarte escapar. Puede ser la próxima semana o dentro de seis meses, pero no voy a olvidar. Sara no va a olvidar.

Se inclinó hacia Jisander.

—Tú no vas a olvidarlo.

Lleno de odio, tiró la mesa del sofá de una patada.

Capítulo 111

Alguien se reía. Cuando se volvió hacia la puerta de la sala de estar vio que el primer hombre lo miraba. Empezó a quitarse la ropa.

Parpadeó asustado.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó.

—Ella tampoco había hecho nada —dijo el hombre—. Ella también era inocente.

El juez Wiklund lo miró a los ojos.

—No entiendo.

El hombre se agachó, acercó su rostro al de Wiklund. Un hedor ácido, mezcla de cigarrillos y café y alguna otra cosa le envolvió el rostro.

—Sara, Göran. Sara te envía saludos y se pregunta si te gustará.

Wiklund ya no podía pensar, la cabeza le estallaba. ¿Podría volver a mirar a su mujer a los ojos? ¿Podría volver a mirarse en el espejo? No había hecho nada para merecer aquello.

Tú tampoco te resististe, ¿verdad? No luchaste, ¡ni siquiera gritaste! ¿Estás seguro de que no era eso lo que querías desde el principio?

—Espera —dijo una voz detrás de él.

Wiklund volvió la cabeza. Uno de los otros tenía un móvil en la mano.

—Se suspende. Alguien ha cambiado de idea. Vámonos.

Los hombres se miraron. Uno de ellos se encogió de hombros y fue hacia la puerta.

En medio minuto, Göran Wiklund estaba solo otra vez.

Se dejó caer en el suelo y lloró en silencio.

Capítulo 112

Alex miró al presidente de la compañía. Era imposible responder a la pregunta que se acababa de hacer.

¿Por qué?

Desde que encontró a Sara muerta en su apartamento, Alex tenía problemas para dormir, más de los habituales. Le dolía el cuello como no le había dolido en muchos meses.

Sabía que hizo todo lo que pudo por Nicole después de su violación, que resultó imposible evitar que su hermana fuera a visitar al tío Bertrand ese día. Tampoco estaba seguro de que se lo hubiera impedido en caso de conocer los planes de ella. Pero después de encontrar a Nicole en el fondo de aquel acantilado, de sostener su cara entre las manos, juró que nadie más se le acercaría tanto. El miedo a perder a alguien era terrible, y él lo había soportado durante más de quince años. Había puesto distancia deliberadamente entre el resto del mundo y él. No podía volver a sentir aquel dolor.

Pero se tropezó con Sara Leijon, y las cosas evolucionaron como lo hicieron. No fueron solo las horas que pasó en otros sitios en vez de trabajar en la oficina o con los clientes, sino que era su foco de atención en general. Ahora estaba harto de su trabajo. De hecho estaba harto de un montón de cosas.

Y el presidente de su empresa se había dado cuenta de que Alex últimamente no iba mucho por la oficina. Aunque era socio de la misma y, de hecho, no corría peligro ni su puesto ni su facturación. Pero podía haber trabajado más y eso era lo que le interesaba al presidente.

—¿Dónde has estado? —preguntó al comienzo de la conversación, que evidentemente había preparado bien.

—He estado ocupado con otros asuntos durante un tiempo —respondió Alex.

Como de costumbre, no tenía sentido dar vueltas a las cosas ni inventar excusas ante un presidente que era del tipo rojo. Solo había que decirle las cosas como eran.

—Tienes un trabajo que atender. Espero que seas serio y lo hagas bien.

—Cálmate.

—Podías haber asumido más tareas en vez de dedicarte a tus proyectos privados.

—No sabes lo que he estado haciendo.

—Entonces, dímelo. Tranquilízame.

Alex miró por la ventana del piso catorce del Wenner-Gren Center. Por desgracia no tenía vista a Sveavägen, donde ocurrió todo. En cambio sí la tenía hacia Brunnsviken, que tampoco estaba nada mal.

—Maldita sea, Alex. ¿Necesitas tiempo libre o qué? —quiso saber el presidente con gesto de disgusto. Para él, tomarse días libres y darse de baja era cosa de blandengues.

—He ayudado a una persona.

—¿Ayudado? ¿Qué tipo de ayuda?

—¿No has ayudado nunca a nadie?

El presidente se encogió de hombros.

—Claro. Un montón de veces, pero solo si no me cuesta nada.

—Bueno, yo le he dedicado tiempo a algo que es más importante que esto —dijo Alex.

—¿Qué es más importante que esto? ¿Puedo preguntar si fue bien?

—No, no fue bien.

—Entonces fue una pérdida de tiempo.

El presidente giró sobre sus talones y se marchó.

Alex volvió a mirar por la ventana. ¿Tenía razón el presidente? ¿Sería todo una pérdida de tiempo? Tal vez fue ingenuo al pensar que podía manipular el sistema judicial. Un sistema que funcionaba del mismo modo desde hacía décadas. ¿Cómo pudo creer que podría burlarlo?

Tal vez era injusto consigo mismo. Los violadores recibieron el castigo que merecían. Los condenaron. Quería creer que su apoyo a Sara había ayudado y que se las había arreglado para animar al fiscal lo suficiente como para que este pudiera manejar al juez.

Pero nada de eso le calmaba la conciencia. En alguna parte había fracasado en su concentración. Había dado prioridad a algo equivocadamente y la había

perdido. Y tendría que vivir con eso el resto de su vida.

Se daba cuenta de que Sara no era una víctima común. No quería pasar desapercibida. Rompió todas las normas. Y el sistema la engulló y luego la escupió.

El sistema. La sociedad. Todos nosotros.

No iba a olvidar nunca a Sara. Ella luchó por su honor y no aceptó en ningún momento ser una víctima.

Y nosotros la castigamos, pensó.

Oh, santo cielo, de qué modo la castigamos.

Retiró el envoltorio de las flores y le indicó al taxista, que esperaba al otro lado de la calle, que podía marcharse. Encontró una papelera donde tirar el papel. Cuando miró hacia la ventana de Nina, vio luz en la cocina. La falta de sueño, el dolor constante, el estrés de haber fracasado con Sara, todo se mezclaba y le complicaba las cosas con ella. Al principio de su relación le regalaba un montón de flores, pero últimamente lo hacía cada vez menos. Había llegado el momento de reparar aquello.

Alex pensó mucho en Nicole durante el viaje que hizo con Sara Leijon, y se dio cuenta de que tenía que dejar de mantener a distancia a las personas. Tenía que atreverse a permitir que la gente se le acercara. No podía protegerse contra eso de manera indefinida. La vida te daba un revés de vez en cuando, era cuestión de acostumbrarse. Los daños del pasado no conducían necesariamente a otros nuevos.

Se preguntaba cómo se sentiría si pudiera hablar de sí mismo y de sus experiencias con otros, como hacían algunas personas sin pestañear.

Tenía que abrirse.

Y en ese momento era con Nina con quien más deseaba liberarse. Lo había pensado bien y era el momento de contarle su historia, de mostrarle su carga e intentar explicarle cómo había llegado a ser del modo que era. No tenía ni idea de cómo lo haría, pero sentía que era lo correcto. En el mismo instante en que él estaba de pie con el ramo de flores en la mano, colocando una gerbera que estaba torcida, la puerta de entrada al edificio de Nina se abrió.

Alex volvió la cabeza justo a tiempo de ver a un hombre que salía de allí.

El hombre sonrió, se puso un par de guantes de piel y se alejó caminando por la calle.

Alex se quedó helado mientras veía desaparecer por la esquina al fiscal Johan Ramén. Notó que algo se le revolvía en el estómago. Miró de nuevo la ventana de la cocina y se quedó inmóvil unos diez minutos.

Luego contempló las flores.

Las dejó caer en la misma papelera en la que había tirado el papel solo unos minutos antes.

A los que han llegado hasta aquí

Si formas parte de los que —por algún motivo desconocido— leen esta página en primer lugar, te recomiendo encarecidamente que leas antes el libro. Es por tu propio bien…

Ha resultado doloroso escribir este libro por varios motivos. Entre otras cosas, porque durante la investigación descubrí lo poco que se necesita para que un inocente coqueteo de una noche cualquiera en el bar acabe tan mal como en el caso de Sara Leijon. Tuve que aceptar el mundo en el que crecen nuestras adolescentes. No me interpretéis mal, no soy ningún ingenuo. Pero cuando empecé a investigar la opinión que tiene la sociedad de una víctima de violación, tuve que dejar el teclado a un lado en varias ocasiones para no escribir ninguna estupidez. Cómo se percibe en ciertos casos a una mujer violada, cómo se la sigue culpabilizando y cómo tendemos a cerrar los ojos ante la realidad. Y, además, cómo podemos llegar incluso a aplaudir al culpable por extraños motivos. No todos. Tú y yo no, pero sí muchas otras personas.

Los violadores están en todas partes y no tienen un aspecto físico determinado. Es difícil saber de antemano quién va a sobrepasar el límite, quién va a respetar y quién no. Es trágico que el resto de los hombres, ese noventa y nueve por ciento a los que ni siquiera se les ocurriría hacerlo, también se halle bajo sospecha. Hace poco vi a una joven de dieciséis años que llevaba una camiseta en la que se podía leer: «Los hombres de verdad no violan». Yo no podría haberlo expresado mejor.

El tema es un tabú, evidentemente. Tuve mis dudas antes de empezar a escribir esta novela. ¿Quién quiere leer una historia tan terrible? ¿Podemos soportar otra violación en grupo? ¿No hay nada más divertido sobre lo que escribir? Es más fácil hablar de alguien a quien le han dado una paliza y le han

robado que hablar de una mujer a la que han violado. Pero yo tuve a Sara delante de mí de un modo tan claro, con esa increíble transparencia. Necesitaba ver de qué forma podía salir del apuro. Me gustaría que le hubiera ido de otro modo, pero a veces solo hay un final natural para un relato así. Ella no era la persona más fácil de amar, pero la echo de menos.

En el año 2012, la maquinaria legal sigue cuidando más a los delincuentes que a las víctimas. La conclusión más importante que he sacado mientras escribía *Infamia* es la siguiente:

Ser víctima de delito en Suecia es algo que no le deseo a nadie. Pero una vez que ha ocurrido espero que pueda lograr algún tipo de apoyo. Con el fin de ser útil, voy a donar el diez por ciento de los beneficios de *Infamia* al Servicio de Asistencia a Víctimas de Delito de Suecia, con la esperanza de que los beneficie. Los que trabajáis allí voluntariamente estáis haciendo un esfuerzo heroico y pocos suecos conocen vuestro compromiso.

A todos los abogados que lean este libro quiero decirles que soy totalmente consciente de que me he tomado libertades en el proceso judicial. No, un juicio normalmente no se desarrolla como yo lo he hecho en el libro; se trata de un recurso dramático para no perder el ritmo. Y el juez no ve el sumario antes del juicio. Pero yo quería reflejar a una persona obsesionada con el control, así que salió lo que salió. Hay un montón de cosas más que no se describen siguiendo exactamente el manual. Llamémoslo libertad artística del escritor.

El *coaching* de Alex King se basa en técnicas que yo también utilizo, aunque de vez en cuando sea un verdadero horror, tanto para Sara como para el fiscal. Es una forma efectiva de conseguir que alguien reflexione de verdad. Su método para leer el comportamiento humano se emplea en todo el mundo. No abarca al completo el rompecabezas que constituye una persona, pero sí una gran parte del mismo. Yo lo hago continuamente.

Las siguientes personas me han ayudado en este proyecto. Gracias a todos.

A mi Maria, que me ha animado y apoyado todo el tiempo cuando me he perdido en algún callejón sin salida. Porque has leído el borrador unas cinco veces. Porque no dejaste que tirara el ordenador por la ventana (otra vez).

A mi hija Saga, que dio nombre al libro. Se llamará *Infamia*, dijiste. Y el título se puso directamente. Y me alegro de haberlo defendido, porque esto trata de una infamia de la peor clase. Espero que entiendas el mensaje.

Al comisario de la Policía Judicial que no quiere salir en la foto ni hacer alarde de su nombre, pero que admitió que aún quedan prejuicios en la policía sueca en cuanto al trato que se le debe brindar a una mujer violada.

Al juez de la Audiencia de Estocolmo, que me explicó con claridad cómo funciona un juicio y también la dureza que puede emplear un abogado defensor para avanzar sin que nadie reaccione. Me hubiera gustado añadir tu nombre, pero tú ya lo sabes.

Ningún abogado defensor quiso hablar del asunto. No sé por qué.

A mi editora Anna Lovind, de Damm Förlag. ¿Por dónde empiezo? Me merezco una reprimenda, lo sé. Tengo que decir menos tonterías, también lo sé. Y no meter cosas en el texto cuando creo que nadie me ve. Ejem. Una aportación de valor incalculable acerca de cómo podía hacer a Alex King menos exigente con su entorno. En el último libro que escribí prometí ser más paciente en lo sucesivo. No estoy seguro de haberlo conseguido…

A Maria Sundberg, la diseñadora que creó la cubierta del libro. Es raro que una cubierta encaje tan bien con el contenido.

A todas las demás personas de la editorial que me han apoyado en varios momentos: Cina, Sophie, Anna T., Malin, Karolina, Anders K., Maria T., Nina y Lotta S.

Y por último, pero no menos importante, a esa pandilla de supervendedores: Anders L., Marie O. y Conny S. Sin vendedores, el mundo se detendría. «Que la fuerza te acompañe».

A ti, que has leído el libro y te has esforzado para llegar hasta aquí. ¡GRACIAS! Tu aprecio es lo más valioso que puedo conseguir. Si lo deseas, puedes entrar en *thomaserikson.com* y decir qué te ha parecido el libro. O envía un correo electrónico directamente a thomaserikson@thomaserikson.com.

Una última cosa: Alex King volverá. No lo pierdas de vista.

THOMAS E.

Mayo de 2011 a mayo de 2012

Notas

[1] Doma = juzgar; Dan = nombre de él. Apodo: «El Justiciero». Viene de la novela de T. Erikson, *Farsa*. <<